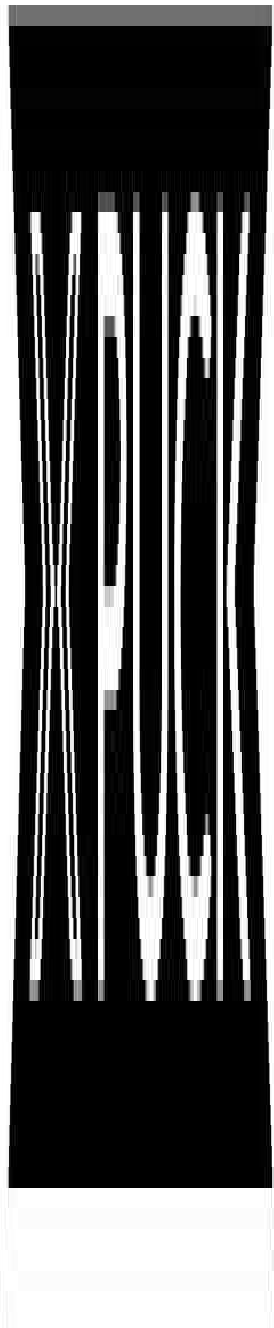
JENNIFER
MATHIEU
LAS
MENTIRAS
DE
LA ISLA
MARIPOSA

LAS MENTIRAS DE LA ISLA MARIPOSA

LAS MENTIRAS DE LA ISLA MARIPOSA

JENNIFER MATHIEU

Traducción de Silvina Poch



Argentina – Chile – Colombia – España
Estados Unidos – México – Perú – Uruguay

Título original: *The Liars of Mariposa Island*
Editor original: Roaring Brook Press
Traducción: Silvina Poch

1.ª edición: noviembre 2020

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © 2019 by Jennifer Mathieu
All Rights Reserved
© de la traducción 2020 *by* Silvina Poch
© 2020 by Ediciones Urano, S.A.U.
Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid
www.mundopuck.com

ISBN: 978-84-17981-71-6

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

A las hermanas Canales: Graziella, Georgina y
Maria Elena, y, en especial, a mi madre, Maria Teresa.

Las mentiras tienen patas cortas.
(Que en inglés sería algo así: *Lies have short legs*).

ELENA FINNEY

ISLA MARIPOSA, TEXAS

1986

CAPíTULO UNO

Con solo verme la cara, mi hermano Joaquin sabe que los Callahan ya han llegado a la isla. Y es obvio que le fastidia.

Está en cuclillas frente a la puerta principal, en el porche cubierto, reparando el picaporte flojo, después de que Mami le haya insistido una y otra vez para que lo haga. Levanta la mirada, ve mi expresión y lo sabe, sin necesidad de hacer preguntas.

Ay, el bueno de Joaquin. Siempre se esfuerza por hacer lo que Mami quiere y nunca lo consigue. La mayoría de las veces, los dos terminan enredados en discusiones explosivas. Otras veces, él acaba insultándola a sus espaldas, tan alterado que necesita ponerse a escuchar música a todo volumen en el walkman o tomarse de un trago una Budweiser para recuperar la tranquilidad. En mi opinión, es un gasto innecesario de energía. Es mejor no prestarle atención a Mami, esconderse de ella, mostrarse de acuerdo con lo que dice, aunque no sea así. No es muy difícil, honestamente. Al menos, no cuando se vuelve costumbre.

No hace falta que diga nada: Joaquin se da cuenta de que los Callahan han vuelto. Al fin y al cabo, hace una semana que terminaron las clases. Solamente han transcurrido unos pocos días desde que Joaquin atravesó el auditorio del instituto LBJ, con la toga y el birrete burdeos alquilados, y los tres fuimos a celebrarlo a El Mirador, por invitación de Carlos, el jefe de Joaquin. Los Callahan siempre llegan una semana después del fin de clases, una tradición que empezó el verano después de la secundaria.

—Hola —me dice, mientras se seca el sudor de la cara con su camiseta blanca y me mira de reojo.

—Hola —le respondo—. Esta noche trabajo de niñera.

Mi hermano se pone de pie y estira los músculos, con el torso arqueado. Lanza al aire el destornillador que tiene en la mano. Lo arroja una vez y luego otra, y lo atrapa sin mirar. No aparta los ojos de mí.

—Hace mucho calor, Elena —comenta—. ¿Por qué carajo los Callahan vienen a la isla Mariposa todos los veranos? ¿Por qué no van, qué se yo, a la costa de Maine?

Me encojo de hombros y le respondo:

—¿Quién entiende a los ricos?

—Bueno, a mí me toca cubrir el turno de la noche en el restaurante. Así que espero que no vuelvas muy tarde. Alguien tiene que estar en casa para meter a Mami en la cama.

Arrugo el entrecejo, exasperada. En primer lugar, casi siempre soy yo quien mete a Mami en la cama, y Joaquin lo sabe. Y, en segundo lugar, él aprovecha todas y cada una de las oportunidades que tiene para atacarla. Una vez, trajo a casa panfletos sobre el alcoholismo que le dio la enfermera de la escuela y comenzó a dibujar marcas en la botella de Bacardi de Mami para calcular cuánto bebía. Ese asunto duró dos semanas, más o menos. A veces, es muy exagerado.

—El señor y la señora Callahan saldrán a cenar. Eso es todo —le explico, mientras él vuelve a ponerse en cuclillas y estudia la puerta como si estuviera a punto de entablar un combate cuerpo a cuerpo con el picaporte—. Tengo que dormir a los niños. Probablemente, me libere cerca de las diez. Tal vez diez y media.

—¿Cuántos años tienen esos mocosos ya? —pregunta Joaquin, mientras gira el pomo, con el ceño fruncido.

—Jennifer tiene ocho, y Matthew, cuatro —respondo—. Al menos, Matthew ya no usa pañales. Y no son mocosos. Son muy buenos. Un poco malcriados, es cierto. Pero me quieren y nunca me dan problemas.

—Has resultado ser toda una Mary Poppins —dice Joaquin, irónico.

—¿Me vas a dejar entrar o no? —le pregunto con una mano en la cadera.

Joaquin mueve el picaporte una vez más y, balanceándose sobre

los talones, abre la puerta principal y me deja pasar sin decir ni una palabra. Estoy bastante segura de que el portazo que se oye a continuación va dedicado a mí.

Falta una hora para que Mami vuelva del trabajo, así que reviso la despensa hasta encontrar una bolsa de patatas fritas prácticamente vacía. Pienso comerme lo que queda y, entonces, Joaquin tendrá un motivo más para enfadarse conmigo. Pero él recibe una comida gratis con cada turno del trabajo, y las cenas de El Mirador son mucho mejores que las de Mami. Lo único que ella cocina es «ropa vieja» o macarrones con queso o hamburguesas resecas, todos los días de todos los años.

Descuelgo el teléfono de la cocina, estiro el cable al máximo y me siento en el suelo, detrás de la puerta de mi habitación. Michelle atiende después del primer timbre.

—Hola, soy yo —le digo.

—Hola —contesta ella—. ¿Y? ¿Puedes ir a la fiesta esta noche?

Mastico una patata frita y me relamo los dedos cubiertos de sal.

—Sí, calculo que sí.

Los Callahan suelen volver antes de lo que dicen.

—¿Y tu hermano?

—Tiene que trabajar.

—Qué cagada.

—Ay, Michelle, no seas asquerosa.

—No soy asquerosa. He dicho «cagada» para expresar que estoy decepcionada porque tu hermano no irá a la fiesta.

Mastico un puñado de patatas grasientas y hablo mientras tanto. De mi boca, salen despedidos pedacitos de patata.

—Es asqueroso porque… mi hermano te parece atractivo.

—Tú eres la asquerosa. Comes mientras hablas. Y tu hermano es atractivo, no hay discusión —responde ella. Yo me trago las patatas y grito en el auricular. No pronuncio ninguna palabra, solo lanzo un grito fuerte y sostenido.

—¡Ay, por favor! —exclama Michelle, y yo me echo a reír—. Está bien, no mencionaré más a tu hermano.

Estoy sentada, espalda contra la puerta, y me deslizo lentamente hacia abajo hasta que la barbilla me toca el pecho. Madonna observa,

con una mirada fulminante de confianza, desde el póster colgado en la pared. Me pregunto cuánto tiempo pasará antes de que Mami me obligue a quitarlo. Tengo que asegurarme de dejar la habitación bien cerrada.

—De todas formas, mi hermano nunca hace nada divertido. Prefiere sufrir.

—No pienso responder porque me da miedo que vuelvas a gritar.

—Mejor pasemos a los chicos que no son familiares míos. Por ejemplo, Jimmy Paradise.

Sé que es ridículo que alguien se llame «Paraíso» y mucho más que la persona en cuestión sea tan sexy y genial como su apellido lo sugiere, pero Jimmy Paradise existe en serio y en serio se llama así. Se mudó a la isla Mariposa el año pasado, a mitad de décimo curso. Desde que llegó, hace cinco meses, ha tenido una suspensión y dos novias. Cada vez que lo veía entrar a la clase de Español **II** me quería morir, y hasta dejé que se copiara de mí en todos los exámenes de conjugación de verbos. La profesora McCloud no sabe que hablo español casi a la perfección, pero Jimmy se dio cuenta enseguida. Cada vez que sacaba un 10 gracias a mí, me enseñaba la hoja y me guiñaba el ojo.

—Estoy segura de que Jimmy Paradise irá a la fiesta —responde Michelle—. La verdad, no sé lo que le ves. Tiene demasiados músculos para mi gusto.

—¿Qué? —chillo, saboreando la última patata—. Es que tú no tienes gusto. Ese es el problema.

—Sí, claro, como tú digas.

Puede que Michelle suene irritada, pero yo sé que no es así. Somos mejores amigas desde primaria. Desde segundo curso, o tal vez tercero, no lo recuerdo bien. Pero, desde que tengo memoria, nos pasamos notas durante la clase e intercambiamos gomas de borrar perfumadas y revisamos los anuarios para hacer una marca junto a los nombres de nuestros compañeros de clase que seguramente ya han tenido sexo.

Seguimos hablando y hablando, al teléfono, y antes de que me dé cuenta, ya ha pasado una hora y escucho que alguien abre la puerta principal. Se me hace un nudo en el estómago.

—Llegó mamá, tengo que colgar —le digo.

—Elena, ¡vas a romper el teléfono si sigues estirando el cable! ¡Te lo he dicho un millón de veces!

Michelle se ríe porque, al fin y al cabo, se trata de mi madre y no de la suya. Se limita a decir:

—Uf, la escucho gritar desde aquí.

—No lo dudo —le digo—. Nos vemos esta noche.

—Vale. Ojalá pudieras quedarte a dormir en casa.

—Ya sabes que no me dejan.

—¡Elena! ¡Cuelga el teléfono de una vez!

—Sí, ya sé que no te dejan —dice Michelle.

Entonces me pongo de pie, y sin ni siquiera despedirme de ella, abro la puerta de mi habitación.

* * *

Las acciones de Mami siempre pesan: las palabras que dice, los movimientos que hace. Incluso las cosas que piensa. En serio, hasta lo que no dice y lo que no hace pesan.

Cuando era pequeña y me metía en problemas, solía ir a su dormitorio por las noches a darle un abrazo y siempre la encontraba acurrucada a un lado de la cama, como a la espera de que alguien fuera a acostarse allí. Ella leía revistas de espectáculos que traía del consultorio, acostada boca abajo y con el cabello revuelto recogido, que parecía una nube de tormentas sobre su cabeza. Y, cuando me veía entrar, se quedaba mirándome en silencio, mientras yo le daba las buenas noches, mientras le decía «Lo siento».

«Buenas noches», respondía entonces ella, tensa ante la torpeza de mi abrazo, y se apartaba de mí como si pudiera contagiarle alguna enfermedad. «Que duermas bien».

El abrazo que se negaba a ser abrazo me pesaba. Las frases que no se articulaban en palabras me pesaban.

Pero entendí que si ignoraba la situación, si fingía que todo iba bien, podía quitarme el peso de encima. Es algo que Joaquin nunca ha aprendido a hacer.

—Elena, te he dicho un millón de veces que no estires el cable del

teléfono —observa Mami cuando salgo de mi habitación. Apoya dos grandes bolsas de supermercado sobre la encimera y comienza a vaciarlas—. Literalmente, un millón de veces.

Se pasa una mano por los rizos negros que le llegan hasta los hombros. Ahora son negros gracias a una caja de tinte para el pelo, en la que gasta una fortuna de vez en cuando y luego esconde en el gabinete del baño. Yo finjo que no me entero.

—Lo siento, se me ha olvidado —le digo, mientras vuelvo a colocar el teléfono en su sitio.

—¿Con quién hablabas? —me pregunta, por más que lo sabe de antemano, y yo decido seguirle el juego.

—Con Michelle.

Veo que sus fosas nasales se ensanchan, y la comisura de sus labios se vuelve hacia abajo. Coloca plátanos y manzanas en la fuente para las frutas, y, acto seguido, la devuelve a su sitio, justo sobre la misteriosa mancha permanente, una mancha que ya estaba en la fórmica rosa cuando comenzamos a alquilar esta casa. Mami hace dos gestos que invitan a la discusión: primero, frunce el ceño y, a continuación, resopla ruidosamente. No caigo en la trampa. En cambio, meto las manos dentro de una de las bolsas.

—Ten —le digo—, déjame ayudarte.

—Sabes lo que opino de ella —insiste en decir mi madre, al notar que no he mordido el anzuelo.

—Sí, Mami.

La madre de Michelle va por su tercer matrimonio. La hermana mayor de Michelle solía trabajar en un club de estriptis antes de terminar embarazada, soltera. El padre de Michelle, que ni siquiera es su padre, se queda sin trabajo constantemente.

«Basura», es la palabra que Mami usa en estos casos.

Mami no dice nada más y yo tampoco, y terminamos de guardar las compras en silencio hasta que aparece Joaquin, que, al parecer, ha puesto fin a su lucha con el picaporte roto. De inmediato, siento que el peso de la escena es aún mayor.

—¿Lo has arreglado? —pregunta Mami, y lucha por meter la última caja de macarrones con queso en una de las alacenas superiores. En el movimiento, su blusa de estampado azul trepa sobre

los pantalones color caqui. Cuando por fin consigue guardar los víveres, se acomoda la blusa y la alisa con cuidado

—Sip —responde Joaquin—. Es decir, sí.

—Qué bien. Elena, no metas la carne *on the fridge*, así se descongela.

—*In the fridge* —la corrige Joaquin.

—Basta, Joaquin —señalo, mientras dejo la carne picada sobre la encimera—. Siempre la fastidias con las frases en inglés. Nunca las terminará de entender.

—Me encanta cuando mis hijos hablan de mí como si yo no estuviera presente. Muy respetuosos —dice Mami. Contengo la respiración durante un segundo, pero luego se da media vuelta y nos regala una sonrisa, así que sé que todo va bien. A continuación, agrega—: Debería pediros que hablarais siempre en mi idioma, a ver quién lo hace mejor.

Yo suelto una carcajada, pero Joaquin interviene:

—Tal vez si hubiéramos practicado más de niños, hablaríamos mejor español. —Y mira el destornillador que tiene en la mano mientras lo dice.

—Claro, porque tú te morías de ganas de practicar —replica mi madre, con la voz ligeramente ronca—. Ya bastante te has quejado de tu nombre.

Compadezco a mi hermano. ¿Cuántos profesores, al pasar lista durante el primer día de clases, habrán dicho bien su nombre? ¿Cuántos lo habrán pronunciado «Yoáquin»? Al menos, mi nombre suena parecido en inglés. En boca de algunos, da la impresión de que soy una joven sureña de la alta sociedad, en lugar de la hija de una refugiada cubana que ahora es madre soltera y trabaja en un consultorio médico. Me divierte.

Joaquin no responde al comentario de Mami, sino que va hasta el cajón de la cocina donde guarda las herramientas y arroja en su interior el destornillador y un manojo de tornillos.

—Elena trabaja de niñera esta noche, quizás se le ha olvidado avisarte —dice de pronto, mientras cierra el cajón. Luego se dirige al pasillo y me pasa por al lado sin dirigirme la mirada. Es una mirada que no es una mirada—. Voy a darme una ducha antes de irme.

Unos segundos después, escucho que atranca la puerta de su habitación, con más ímpetu del normal. Al cabo de un par de minutos, enciende el estéreo y vuelve a poner la cinta de Jesus and Mary Chain, la que escucha siempre que está de mal humor. Es puro acople y distorsión. Horrible.

Mi madre dobla las bolsas de supermercado y las deposita en el espacio que hay tras el cubo de la basura. Mira el reloj de pulsera antes de sacar un vaso de cristal, abrir la nevera y servirse un trago. El tintineo del hielo (*plin plun*), el silbido de una lata de cola de marca barata (*fizz*), el borboteo de la enorme botella de Bacardi (*glu glu*). Podría ponerle letra a esa música, de tantas veces que la he escuchado. Me quedo de pie en la cocina, descalza, mientras la observo preparar el cóctel, y pienso en cuánto habrán crecido Matthew y Jennifer desde el verano pasado.

—Con respecto al trabajo, ¿ha venido el señor Callahan o solo la madre con los niños? —interroga mientras da el primer sorbo. En ese instante, sus hombros se relajan y descienden un milímetro o dos, una distancia que solo Joaquin y yo somos capaces de calcular.

—El señor Callahan pasará aquí el fin de semana, pero el lunes debe regresar a Houston, por trabajo, igual que los otros veranos.

—¿Y a ella no le molesta? —pregunta Mami, arqueando una ceja —. ¿Que su marido nunca esté con ella?

—Bueno, hace falta dinero para mantener una casa en Punta Isabel —argumento—. Tiene la mejor vista al mar de toda la isla.

Mi madre ensancha las fosas nasales de nuevo.

—Ajá, el mar —repite—. El golfo de México, quieres decir. No es lo mismo.

Cada vez que se presenta la oportunidad, Mami nos recuerda que las costas de la isla no se comparan con las de su ciudad, La Habana.

—Exacto, el golfo de México —respondo—. Los Callahan saldrán a cenar y después irán al cine. Así que probablemente esté de vuelta en casa a las diez y media. Tal vez a las once.

Miro hacia abajo y me inclino para rascar una picadura imaginaria en la pierna. Cuando alzo la vista, advierto que Mami está frunciendo los labios igual que hace tres años, cuando di con el panfleto que la señora Callahan había pegado en el tablón de anuncios del

supermercado: «¡Se busca niñera para el verano! A cargo de dos niños muy educados, de 1 y 5 años. Tareas: contar cuentos, organizar excursiones a la playa, jugar a los disfraces».

Es la misma expresión tensa que aparece en la cara de Mami cada vez que se entera de que han regresado los Callahan y antes de darme permiso para salir de casa como cualquier persona normal y corriente.

—¿Cuánto te pagan? —me pregunta, tomando otro sorbo. Un buen trago, en realidad. El vaso ya está medio vacío.

—Tres dólares la hora —le digo—. Además, a veces me dan dinero extra. Gano más que todas las chicas que conozco.

Mi madre abre la nevera y saca la botella de Bacardi. Ella lo llama «retocar su bebida», igual que se retoca el maquillaje después del trabajo, a pesar de que nunca va a ningún lado.

—¿Y alquilan la casa durante la temporada baja? —insiste Mami, mientras llena el vaso y vuelve a cerrar la botella. Ya he respondido esta pregunta en otras ocasiones, pero a ella se le debe de haber olvidado la respuesta o, quizás, quiere que se la repita.

—No. Contratan a alguien para que venga una vez al mes a asegurarse de que todo esté en orden y se encargue de la limpieza. O tal vez, dos veces al mes, no me acuerdo.

El señor Callahan debe de ganar un dineral. Casi todas las familias que tienen casa en Punta Isabel la alquilan cuando no la usan.

—Deben de ser ricos —observa Mami, con un tono que demuestra admiración y envidia a partes iguales.

—Supongo que sí.

Mami toma otro sorbo y mira por la ventana del fregadero, que da a una endeble casa de madera, parecida a la nuestra. Entonces, con el ceño fruncido, Mami clava la vista en un punto imaginario del cristal y enseguida lo ataca con una toalla de papel y una botella de limpiacristales. De momento, deja su bebida olvidada en la encimera.

—Entonces, ¿tengo permiso para cuidar a los niños? —digo, retomando el tema. Contengo la respiración, mientras su mano frota furiosamente la mancha del cristal.

—Sí, está bien —contesta, sin darse la vuelta para mirarme. Luego agrega, con total certeza—: Pero ¿sabes qué? Apuesto a que ese hombre engaña a su esposa. Apuesto a que cuando regresa a Houston

durante la semana se la pasa de fiesta. Recuerda, Elena, no se puede confiar en los hombres.

Yo vuelvo a respirar con normalidad, aliviada.

—Apuesto a que tienes razón sobre el señor Callahan —respondo, sin prestar atención a lo que ha dicho sobre los hombres.

Después, voy a mi habitación y cierro la puerta.

CAPÍTULO DOS

Michelle y yo nos dirigimos hacia la fiesta de la playa, cargando seis latas de Budweiser. La arena gruesa que pisamos sigue tibia porque la noche acaba de caer, y las estrellas comienzan a asomarse y saludar tímidamente. Me hacen pensar en Matthew y Jennifer, los hermanos que cuido. Me recuerdan que, cuando comienza el verano, siempre se muestran un poco retraídos. Se esconden tras la falda de la señora Callahan y ella los tiene que tentar con Oreos para que se animen a salir.

«Os acordáis de Elena, ¿no es cierto?», les dice el primer día de trabajo de la temporada, con voz dulce y melodiosa, siempre comprensiva, siempre paciente. Aunque, tal vez, las madres sean más pacientes cuando tienen dinero y tiempo libre de sobra. Es increíble, pero a la señora Callahan se la ve más joven y más atlética cada año. Ella dice que tiene un profesor de tenis en Houston, Antonio, que la obliga a mantenerse en forma.

—La primera fiesta del verano —comenta Michelle, y se estremece un poco, ilusionada—. Tres meses sin clases. Y seis latas de cerveza. Sí, gracias.

Sonrío, pero cuando recorro con la mirada la multitud que se encuentra junto a las olas, se me acelera el corazón. No salgo mucho durante los meses de clase. Michelle se pasa todos los fines de semana del año en alguna fiesta, bebiendo y bailando, porque, por suerte, su madre no se vuelve loca cada vez que ella tiene ganas de pasar una noche divertida.

—¿Ves a Jimmy Paradise? —me pregunta.

—Shh, cállate.

—Elena, estamos como a un millón de kilómetros. Es imposible que me oiga.

—Cállate igualmente —digo, y entonces detecto a Jimmy. Lleva pantalones cortos y un polo, y está apartado, jugando al fútbol con un grupo de chicos.

A medida que nosotras nos acercamos, alcanzo a oír que todos se insultan. De pronto, Jimmy se detiene para terminar su cerveza, aplastar la lata y arrojársela a uno de los demás.

—Atrápala, idiota —grita, y después se echa a reír. El otro chico también se ríe y le vuelve a lanzar la lata a Jimmy.

—No, atrápala tú, imbécil.

Ninguno nos presta atención. Intento dar la impresión de que todo me da igual y, justo en ese momento, escucho una voz conocida.

—Ey, venid aquí.

La que habla es Tara, una amiga. Está con otras chicas que conocemos, sentada en una manta vieja, fumando. Tara da unas palmadas sobre la toalla para que nos acomodemos a su lado, así que Michelle y yo nos dejamos caer sobre la arena, sacudimos los pies para quitarnos las chanclas y abrimos dos latas.

—¿En serio eres tú, Elena? ¿Te has decidido a pisar la tierra de los vivos? —pregunta Tara antes de darle una calada lenta y larga a su Marlboro.

—¿Me invitas uno? —respondo para evadir la pregunta. Tara me arroja la mochila y el encendedor, y luego Michelle también le pide un cigarrillo.

Al cabo de unos minutos, estamos sentadas sobre la manta otra vez, observando a los chicos que juegan al fútbol y cotilleando sobre las parejas que se alejan del tumulto y caminan hacia la orilla, donde se funden como si fuera la última noche de su vida. Es una fiesta multitudinaria. Debe de haber cerca de sesenta o setenta chicos y chicas de LBJ y, cada vez que me doy la vuelta, veo que llegan más, cervezas en mano. Algunos incluso traen neveras portátiles. Y, además, hay un radiocasete que suena a todo volumen.

—Espero que no venga la policía —dice Michelle—. Sería un asco.

—Totalmente —responde Tara.

—Sí —agrego, mientras trato de no perder de vista a Jimmy

Paradise, que se aleja del grupo y camina a la orilla, de espaldas a mí. Un segundo después, una chica rubia y menuda corre hacia él, y salta para colgarse de sus hombros y dar un paseo a caballito improvisado. Ella salta sin dudar, segura de que tiene el peso de una pluma. Salta sin dudar, segura de que lo que más desea Jimmy Paradise en el mundo es que ella aparezca de la nada y lo abrace por el pecho, que le rodee la cintura con las piernas y entierre la cara en su cuello. Cuando él la sujeta por las piernas y comienza a dar giros, ella grita de emoción, pero con la ternura de un cachorro o algo por el estilo.

No consigo distinguir los detalles bien a la luz de la luna, pero podría asegurar que lleva una manicura profesional en las uñas pintadas de rosa y que tiene dientes blancos y perfectos, y ojos verdes del color del jade. Ah, y seguramente se llame Ashleigh o Siobhan o Vanessa, y cuando llegue a casa por las noches encuentre a su madre despierta, esperándola. Y, después, las dos se acurruquen en el sofá de la sala y la madre sonría al ver lo mucho que Ashleigh Siobhan Vanessa le recuerda a su propia juventud, llena de belleza y popularidad y todas las buenas cualidades del universo.

Suspiro.

Michelle me sorprende observando toda la secuencia y también lo que sucede después, que es que Jimmy Paradise y la rubia se marchan por la costa y se adentran en la oscuridad de la noche, como las demás parejas pegajosas. Termino el cigarrillo y lo tiro dentro de la lata vacía de Budweiser que está en el centro de la manta y todas usan de cenicero. Michelle apoya la cabeza sobre mi hombro durante un segundo antes de darme un beso en la mejilla. Huele a loción para bebés y a humo, y es mi mejor amiga, así que no necesita decir ni una sola palabra.

—¿Alguien quiere otra cerveza? —pregunta Tara, mientras hunde la mano en la neverita.

—Sí —le digo—, y también quiero mojarme las piernas un minuto.

—¿Quieres que te acompañe? —me pregunta Michelle.

—En un ratito.

Tomo la lata resbaladiza que me ofrece Tara y camino hacia el golfo. Hundo los pies en el agua, en el vaivén del oleaje, hasta que la arena me llega a los tobillos. Cuando Joaquin y yo éramos pequeños,

Mami solía llevarnos a la playa. Recuerdo que me quedaba de pie, junto a la orilla, y me preguntaba cuánto tiempo tendría que permanecer allí antes de que la arena me cubriera las rodillas y luego la cintura y, por último, la cabeza. Tomo un trago de Budweiser, con ganas de que me guste más el sabor que tiene. Probablemente el Bacardi con cola barata de Mami sea mejor. Nunca lo he probado, pero al menos la cola es dulce.

—Elena. —Me sobresalto y estoy a punto de dejar caer la cerveza. Es Miguel Fuentes, uno de mis compañeros de clase. Él se aleja—. No quería asustarte.

—No pasa nada —le digo, y tomo un trago—. No te he visto venir.

—No estaba seguro de que fueras tú —comenta Miguel. Mete las manos en los bolsillos de sus pantalones cortos—. Casi nunca sales.

Nos miramos a los ojos un instante y luego volvemos a centrarnos en el golfo, oscuro y ondeante. Arrugo la nariz cuando percibo ese olor a pescado que, según Mami, ella nunca se vio obligada a soportar en las playas de Cuba.

—Durante el verano, mi madre me deja tener vida social —le respondo. Miro mi reloj: nueve y media. Me queda al menos una hora antes de volver a casa y, para mis adentros, doy gracias de que los Callahan hayan vuelto pronto, tal como yo esperaba, y me hayan dado más tiempo para pasar el rato.

—Imagino que ella opina que puedes tener más libertades cuando no hay clases, ¿no? —pregunta Miguel.

—Sí —respondo.

Miguel saca las manos de los bolsillos y se suena los nudillos antes de volver a meterlas. Ojalá él tuviera un cigarrillo o una cerveza en las manos, para tenerlas ocupadas.

Sé que a Miguel Fuentes le gusto, desde octavo curso. En realidad, nunca me lo ha confesado, pero estoy segura de que es así. Mi experiencia amorosa es más limitada de lo que querría admitir, pero estoy convencida de que los chicos demuestran interés de ciertas formas. Por ejemplo, se quedan al lado de tu taquilla para saludarte, ofrecerte los apuntes de clase cuando enfermas o decirte que le gusta tu pelo a pesar de que es castaño y muy poco llamativo. Y Miguel ha hecho todas y cada una de esas cosas. ¿Por qué sería amable un chico

si no esperara acostarse contigo algún día?

—¿Estás lista para empezar el penúltimo curso? —me pregunta, con la mirada todavía clavada en el agua.

Esa es otra cosa que me hace pensar que le gusto. Siempre formula preguntas muy evidentes y ensayadas.

—Supongo que sí —le respondo, y tomo otro trago de cerveza—. ¿Y tú?

Miguel levanta las cejas, como si no esperara mi pregunta.

—A la mierda el penúltimo curso —dice al fin, y no tengo otra opción más que echarme a reír.

—¿Te ha parecido divertido?

Se siente orgulloso, obviamente.

—Un poco —le respondo, y Miguel sonríe.

Nos quedamos en silencio, pero está bien. Contemplamos el agua, los aullidos de nuestros compañeros de clase que, a lo lejos, inundan la calurosa noche de verano. Miguel se rasca la picadura de un mosquito en el brazo, y las uñas se le clavan en la piel. Él es «puro indio», diría Mami, y luego pondría expresión de fastidio cuando Joaquin le dijera lo racista que suena. Miguel tiene la tez morena que las personas de la isla Mariposa asocian con los hispanos. Tez oscura, ojos oscuros, apellido español. Lo más chistoso es que sus abuelos nacieron en Texas, así que su familia ha vivido en los Estados Unidos mucho más tiempo que la mía. Y, de hecho, sé que no sabe una mierda de español. ¿Quién adivinaría que Elena Finney, de tez clara, conoce mejor la lengua materna que compartimos?

—Entonces —comienza diciendo Miguel, sin apartar la vista de las olas. Traga saliva, y yo miro a un lado porque intuyo lo que está a punto de preguntarme. Lo intuyo, sin explicación—. Si te dan más libertad este verano, ¿te puedo invitar a salir?

A veces, va al instituto con la camisa manchada. Las dos cejas negras y gruesas que tiene están a punto de convertirse en una sola. Y yo juraría que, una vez, durante la clase de Geometría, se tiró un pedo durante un examen.

No me interesa Miguel Fuentes.

—Eh…

Pero tardo demasiado en responder y destruyo sus esperanzas. Lo

noto porque desvía la mirada y se pone a observar la costa con la ilusión de que una ballena varada le ponga fin a nuestra charla.

—No te preocupes —me dice—. Seguramente, estés ocupada.

Me arrepiento un instante. Quizás Miguel no se parezca a Jimmy Paradise, pero es una buena persona.

—No, es que…

No tengo el valor de mirarlo a la cara, así que hundo la vista en el mar, como si las palabras adecuadas fueran a aparecer flotando en una balsa para salvarnos a los dos.

—Oye, ¿estás acaparando a mi amiga?

Bueno, tal vez no sea una balsa, pero Michelle ha venido a rescatarme.

—Ey —le digo, y le rodeo los hombros con el brazo—. Has venido.

Miguel respira más tranquilo. Creo que él también está aliviado de que Michelle haya aparecido. Me imagino la escena que se desarrollará unas cuantas horas después: él en su habitación y yo en la mía. Él estará desilusionado pensando en mí y yo estaré desilusionada pensando en Jimmy Paradise, pero los dos nos sentiremos igual de deprimidos porque ninguno ha conseguido lo que quería. En algo, Mami tiene razón: «La vida no es justa». Mami aprendió esa frase en Cuba. Tal vez por eso resulte más auténtica.

—¿Cómo va, Miguel? —pregunta Michelle.

Miguel se frota la nuca y suspira.

—Como siempre —responde—. Otro verano en Mariposa. Los turistas lo ocupan todo, y no hay un sitio donde aparcar junto a la playa. Pero, al menos, recibo mejores propinas.

Miguel trabaja en El Mirador con Joaquin, pero no de camarero, sino de ayudante. Hasta yo soy capaz de admitir que mi hermano tiene el atractivo necesario para atender clientes. En cambio, Miguel no tiene lo que hace falta para el puesto.

—Tengo que ir a buscar una cerveza —dice, dándose por vencido por fin—. Nos vemos.

—Cuídate, Miguel —lo saludo, y me siento una imbécil total.

Michelle y yo nos tomamos del brazo, y ella me guía por la costa, mientras las olas me besan los pies.

—Me he imaginado que te estaba invitando a salir —dice ella.

—La verdad, no quiero hablar del tema.

Me doy cuenta de que estoy tratando de avistar a Jimmy Paradise y a la rubia en mitad de la oscuridad, de que me esfuerzo por oír su voz grave y confiada. De pronto, miro hacia abajo y pateo la arena con todas mis fuerzas. Los granos salen volando, arremolinados, y vuelven a caer. Me hace sentir bien, así que lo repito varias veces.

—Necesitas otra cerveza —sugiere Michelle, y me arrastra a la manta de Tara para que deje de patear la arena.

Y así paso mi última hora de libertad durante mi primera noche de verano: bebiendo cerveza barata y fumando cigarrillos aún más baratos, rodeada de amigas, contando chismes. A su vez, el calor de la noche texana nos rodea a todas y nos contiene en un abrazo que ya conocemos muy bien.

CAPÍTULO TRES

«Que esté dormida, por favor».

Pero, obviamente, no.

Sigue despierta, mirando el final del telenoticias local de las diez, en el cuarto de la tele. Está acurrucada en el sofá, de costado, con la cabeza apoyada en un almohadón y un vaso vacío sobre el pecho. En la pantalla, el presentador habla sin parar sobre el certamen de belleza anual Señorita Langosta.

—Pero mira a esas chicas. Desfilan en ropa interior —dice Mami, apuñalando el aire con el dedo, en dirección al televisor. Después, agrega, con palabras traídas de Cuba—: ¡Bacalaos! ¡Satas!

—Sí —comento, mientras las miro y descubro que son muy parecidas a la última noviecita de Jimmy Paradise y que caminan contoneándose por la pasarela en bikini, no en ropa interior. Por supuesto que no me detengo a corregir a Mami. Pero sí recojo su vaso, que está demasiado cerca del borde del sofá para mi tranquilidad—. Me llevo esto.

—Espera un segundo —dice ella. De pronto, me toma por la mano y me sujeta con más fuerza de la que hubiera anticipado a estas alturas de la noche. La veo olfatear el aire y me paralizo—. Hueles a cigarrillo, Elena. —Me suelta la mano y se incorpora hasta sentarse, antes de volver a olfatearme—. Sí, a cigarrillo.

Se despabila y hace una mueca.

—Es el señor Callahan, Mami —le miento, mientras recorro los pocos metros de distancia que hay hasta el fregadero de la cocina, con el vaso en la mano, y lo enjuago una y otra vez, para ensanchar la distancia entre las dos y que no siga percibiendo mi olor—. Se puso a

fumar en el coche cuando me traía a casa. Está… estresado por el trabajo, creo.

Dejo el vaso en el escurreplatos y me doy media vuelta. Quedo de cara a mi madre, la espalda apoyada contra el fregadero. Ella frunce el ceño.

—¿Por qué está estresado con el trabajo? ¿No crees que le sucede otra cosa? —me pregunta, mientras ladea la cabeza.

—Sinceramente, no lo sé. Parecía estresado. Dijo que tenía muchas cosas en la cabeza y que estaba agradecido de que yo pudiera ayudar a su esposa durante el verano, porque él tenía que viajar mucho.

En serio lo había dicho, aunque sin fumar. El señor Callahan es igual que su esposa: un fanático del deporte y de la buena alimentación. Además, juega al ráquetbol. Y en la Universidad de Northwestern jugaba al fútbol. La señora Callahan siempre encuentra alguna excusa para mencionarlo, como si fuera más impresionante que su trabajo en una compañía de gas y petróleo, o lo que sea que haga. Me da mucha ternura que su pasado de futbolista le resulte más importante que su empleo bien pagado. No me cabe la menor duda de que ella lo quiere de verdad.

—Escucha lo que te digo —dice Mami, señalándome con el dedo —: está estresado porque tiene una familia en Punta Isabel y otra en Houston. —Arrastra las palabras cuando habla, las articula con lentitud. Está claro que ha tomado unos cuantos tragos—. Espero que sepan que vienes de una familia decente y que, en tu casa, ese tipo de comportamiento es inaceptable.

—Estoy segura de que lo saben —le respondo. Lleno un vaso limpio con agua y voy hasta el dormitorio de Mami. Está al lado del cuarto de la tele y es la habitación más grande de la casa, que, en total, tiene las dimensiones de una casa de muñecas. Joaquin y yo, en realidad, dormimos en una habitación dividida por una pared falsa, que el propietario colocó para subir la renta. Entro al dormitorio, abro las sábanas y ahueco las almohadas. Apoyo el vaso con agua sobre la mesita de noche, junto a su vieja colección de novelas románticas. Mami las deja boca abajo para esconder las portadas, que tienen imágenes de corpiños desgarrados y cosas similares, como si aún fuéramos pequeños y no debiéramos verlas.

Recorro el dormitorio con la mirada, en busca de su camisón, pero no lo localizo. Al cabo de unos minutos, lo encuentro tirado a los pies de la cama, completamente arrugado. Con un movimiento rápido, lo sacudo y lo despliego sobre el colchón, con los botones de perlas y encajes hacia arriba. En Cuba, Mami tenía una criada, Juanita, que solía cambiar las sábanas todas las noches y cepillarle el pelo y ayudarla a bañarse y a cambiarse de ropa, incluso cuando ya era adolescente. Para ser sincera, a Mami la consentían mucho, así que a veces entiendo por qué es como es. No sé por qué Joaquin no lo ve. En especial, considerando que soy yo quien ayuda a Mami a meterse en la cama la mayoría de las noches.

Vuelvo al cuarto de la tele. Mami está echada, roncando despacio. Apago el televisor y, durante un instante, contemplo la posibilidad de dejarla durmiendo allí. Pero después recuerdo que, la única vez que cometí el error de hacerlo, se despertó aterrorizada en mitad de la noche, sin saber dónde estaba. Se levantó de un salto y tumbó una lámpara de la mesa. Para colmo, le encantaba esa lámpara. Era su favorita: de color rosa pálido con ribetes blancos y había costado como cinco dólares en la tienda de segunda mano. Tuve que usar gran parte de mi paga de niñera para cubrir el gasto.

—Mami —digo, mientras la tomo por los hombros y la sacudo suavemente. Ella gruñe. Vista de cerca, la gruesa capa de maquillaje que le cubre el rostro y se le acumula en las patas de gallo parece de mala calidad—. Mami, es hora de acostarse.

Abre los ojos y se incorpora como si la hubieran tocado con un hierro caliente.

—¡Está bien! Está bien, ya voy —dice. La veo ir hasta el baño dando tropezones y luego oigo el ruido del agua y las palabras que balbucea. Por último, se dirige a su dormitorio y desde el interior me grita—: *Good night*, preciosa.

Cierra la puerta, sin darme tiempo para responder. A continuación, oigo sus pasos pesados y el chirrido del colchón cuando se desploma sobre la cama y se queda dormida.

* * *

Cuando oigo que Joaquin llega a casa, estoy recién salida de la ducha. Mientras me seco el pelo mojado con una toalla, intento dejar de reproducir mentalmente la conversación incómoda con Miguel Fuentes. Me pongo el camisón y me asomo: mi hermano cuelga las llaves en los ganchos que están junto a la puerta principal. Echa un vistazo a la sala de estar y la cocina durante unos segundos, como si abrigara la esperanza de que la casa hubiera mejorado mientras él servía quesadillas de queso toda la noche en El Mirador.

—Hola —le susurro, cuando salgo del baño. Me llevo un dedo a los labios.

—¿Está dormida? —Asiento—. ¿De buen humor o mal humor? —Me encojo de hombros.

—Del mismo humor que siempre, supongo.

Entonces es Joaquin quien se encoge de hombros, antes de poner cara de fastidio. Lo juro, si sigue pretendiendo que Mami esté de buen humor, se pasará el resto de su vida esperando.

Me acurruco en el borde del sofá. Tenía ganas de ver una película, pero seguro que Joaquin se burlaría de mi idea. Echo de menos la época en que nos gustaban las mismas cosas: los mismos dibujos animados de los sábados por la mañana, las mismas golosinas baratas que comprábamos en el quiosco de la esquina. Meto los brazos y las piernas por debajo del camisón, y me abrazo las rodillas. Joaquin saca una cerveza de la nevera.

—¿Te acuerdas de esa vez que te sentaste así? —me pregunta, mientras hace un ademán en mi dirección. Después, se sienta en el sillón reclinable que está lleno de marcas de rasguños, de ese año en que Mami nos dejó tener un gato—. ¿Y te caíste del sofá y no extendiste las manos para protegerte y te golpeaste contra la mesa de café y te rompiste la paleta? Cómo se enfadó Mami cuando vio la factura del dentista.

Le lanzo una mirada de odio y saco los brazos por las mangas.

—¿Estás más feliz ahora?

Joaquin toma un sorbo de cerveza.

—Ya tienes edad para hacer lo que quieras.

—¿En qué planeta vives?

Mi hermano no me presta atención. Saca un casete del bolsillo de

su vaquero y le da varias vueltas entre los dedos.

—¿Es bueno?

—Me lo dieron en el trabajo —responde antes de volver a meterlo en el bolsillo—. Parece bueno.

—Espero que no sea esa música depresiva —digo, y hago de cuenta que tengo arcadas.

—Bueno, y yo espero que no sea música de Madonna —me contesta, y después finge que se asfixia hasta desmayarse, y se desmorona sobre el sillón reclinable. Cuando vuelve a sentarse, me echo a reír, pero no sé qué añadir.

A veces, siento que daría la vida por mi hermano mayor y que haría cualquier cosa por él. Pero, otras veces, pareciera que tan solo actuamos de hermano y hermana en esta comedia estúpida que vivimos y que casi nunca tenemos nada que decirnos. Últimamente, la segunda situación es la más frecuente.

Del exterior, llega el rugido de un motor, y luego de otro que contesta, como si fueran dos cohetes a punto de despegar.

—Carreras de coches —digo. Hasta puede que sean algunos de mis compañeros de clase, de vuelta de la fiesta. Me imagino que Jimmy Paradise conduce a toda velocidad por el boulevard Esperanza, mientras la melena de la Rubia Bonita, que lo acompaña, se sacude al viento como las serpentinas de fiesta.

—Sí —dice Joaquin. Se termina la cerveza y señala la habitación de Mami con el mentón—. Espero que no despierten a la Bella Durmiente.

—Está desmayada —le digo, exagerando. No tengo ánimos para criticarla, y espero que él tampoco, aunque casi siempre está de humor.

—Bueno, ¿y cómo te ha ido en el trabajo de niñera? —me pregunta. Me quedo sorprendida de que haya cambiado de tema.

—Bien —respondo. Me pongo de pie y voy a la cocina, para ordenar lo que ya está ordenado. Me preocupa que Mami haya pasado algo por alto. No le gusta despertarse y encontrar cosas fuera de sitio. Tomo la lata vacía de Joaquin para arrojarla a la basura.

—¿Los Callahan te pagan lo mismo que el año pasado? ¿O te han dado un aumento?

—Lo mismo —digo, mientras humedezco la esponja y limpio la encimera y la manija de la nevera.

—¿No mereces un aumento después de haber trabajado para ellos tantos años? Creía que eran ricos.

Me encojo de hombros y dejo la esponja. Luego, ordeno los imanes de la nevera. Hay uno de la bandera cubana, otro de la bandera de Texas y un tercero con forma de manzana que tiene impreso: «¡Soy la más sana!». Joaquin se lo regaló a Mami para Navidad cuando éramos pequeños.

—Tengo la impresión de que te gustaría ganar más —dice.

Ay, ¿por qué insiste? Tres dólares la hora está bastante bien, aunque definitivamente los Callahan podrían pagar más.

—Puede ser —le respondo—. Pero tengo suerte de tener un empleo.

—Quieres decir que tienes suerte de que Mami te dé permiso para ir a trabajar.

Al final, me doy la vuelta para mirarlo a los ojos, pero él aparta la vista, saca el casete que le han dado en el trabajo y vuelve a girarlo entre los dedos.

—Si te preocupa que, por el trabajo, no pueda estar aquí para ayudar a Mami, ya basta, ¿está bien? Esta noche te he demostrado que no es así.

Joaquin respira hondo.

—Elena, no es eso.

Casi nunca me llama por mi nombre, así que cuando lo escucho se me cierra la garganta de tristeza.

—¿Entonces? —exijo saber.

Joaquin mira por la ventana, en silencio. Noto que Mami ha dejado las cortinas abiertas, así que voy hasta la ventana y las cierro de un tirón. Me aseguro de que el borde de la cortina limpia cubra el borde de la cortina que tiene la mancha crónica.

—Olvídate del trabajo y escúchame un segundo —me dice, mientras estoy de espaldas.

¿Cuándo empezamos a tener conversaciones sin mirarnos a la cara?

—Bueno —respondo, mientras estrujo tanto la tela de las cortinas

que se marcan las venas de mis manos.

—No voy a vivir aquí para siempre. Estoy pensando en irme de casa cuando termine el verano. Marcharme de la isla.

—Está bien —le digo, sin darme la vuelta.

—Ya he terminado la secundaria. He ahorrado dinero y creo que no tengo motivos para quedarme aquí. —Hace una pausa entre cada oración, como si hubiera practicado el discurso. Por la forma de ser de Joaquin, es probable que así sea. El silencio se instala entre nosotros, pero al cabo de un rato reúno el valor para mirarlo por encima del hombro. Mi boca, puedo percibirlo, se ha convertido en un mohín.

—¿Así que no tienes motivos para quedarte aquí? Vaya, muchas gracias.

—Elena —repite, solo que esta vez cuando dice mi nombre me hace sentir como una tonta—. Elena, sabes de qué estoy hablando.

Mirándolo a la cara, le pregunto:

—¿A dónde vas a ir? ¿Por qué no puedes quedarte e ir a clases aquí, en el colegio universitario? —le pregunto, mirándolo a la cara. «Por favor, aguántate las lágrimas», me digo a mí misma.

—Para qué voy a gastar dinero en el colegio universitario cuando ni siquiera sé lo que quiero hacer con mi vida. Creo que, por ahora, viajaré. He pensado en ir a California.

—Ah, claro, donde vive él, supuestamente. —Advierto que tengo las manos en las caderas, aunque no recuerde haberlas puesto allí.

—No se trata de eso —dice Joaquin, bajando la voz—. No se trata de él.

—Claro, claro. Me imagino que no —le respondo, con gesto de fastidio.

¿No se ha tratado siempre sobre él, en parte? ¿Al menos para Joaquin? El misterio que rodea a nuestro padre siempre ha sido más importante para él que para mí. No entiendo por qué quiere conocer a un imbécil que abandonó a su familia.

—¡Baja la voz! —me pide, y se pone de pie. Vuelve a echar un vistazo a la puerta de Mami.

—Tranquilo, no se despertará. Además, si tanto te preocupa despertarla, no sé cómo harás para decirle que vas a mudarte y a dejarnos. —Es un golpe bajo y lo sé, pero no me importa.

—Basta —dice Joaquin, gesticulando—. Mira, quizás no suceda nunca. Tal vez no llegue a ahorrar lo suficiente para irme.

Me muerdo el labio y hago un puchero.

—Yo creo que sí —digo, por fin, con un aire de resignación—. O sea, que sí ahorrarás lo suficiente.

—Puede que sí, puede que no. No debería haberte dicho nada. No quiero que te preocupes. Me gradué en el instituto la semana pasada. Tengo un verano largo por delante.

—Está bien —le digo, ansiosa por quitarle el peso de la culpa, aunque también quiero que se sienta súper culpable.

—Voy a ducharme y acostarme, ¿de acuerdo? Mañana trabajo doble turno —dice. Después, se queda callado y me mira—. ¿Va todo bien?

—Sí —respondo, aunque los dos sabemos que no es cierto.

—Ey —dice él, mientras se me acerca. No somos una de esas familias que se da abrazos. Mami no suele abrazarnos, así que supongo que es una costumbre que nunca adquirimos. De pronto, Joaquin me rodea con el brazo y me estruja. Huele a comida Tex-Mex. Su apretón es sorprendentemente fuerte—. Todo va a ir bien. ¿Y sabes qué? Si yo consigo marcharme, tú también podrás hacerlo algún día.

Qué fácil de decir. Él es el mayor y es varón. Puede irse, siempre y cuando yo me quede con Mami. En cambio, si yo me marcho, ella se quedará sola.

—Sí, puede ser —comento, solamente para terminar la charla.

—Espero que duermas bien —añade, antes de dirigirse al baño.

—Tú también.

Me quedo allí hasta que oigo correr el agua de la ducha. Acto seguido, camino de puntillas por el pasillo en dirección al dormitorio de Mami, para asegurarme de que esté bien. Me recuerda a, cuando unas horas atrás, fui hasta el cuarto de Jennifer y Matthew para ver que estuvieran a salvo en sus camas. La puerta rechina un poco cuando la entreabro y me asomo. Mami está inmóvil. Espero allí, hasta que distingo el movimiento de su pecho, que sube y baja una vez, y luego otra. Entonces cierro la puerta sin hacer el más mínimo ruido, antes de ir a mi habitación.

CARIDAD
DE LA GUARDIA

MIRAMAR, LA HABANA

1957

Tenía catorce años y una vida perfecta. Era sencillo ver por qué.

Primero, tenía la fortuna de poseer cabellos oscuros y labios carnosos, una figura encantadora y risueños ojos azules, del color del agua en las costas de Varadero, por donde solía caminar de la mano con su abuela. Y su abuela la adoraba, como toda abuela, y en particular una que tenía una sola nieta que consentir, mimar y querer.

Vivía en una casa bonita, en uno de los barrios más bonitos de La Habana, que se llamaba Miramar, porque quienes vivían allí podían mirar el mar cada vez que se les antojaba. Podían mirar el mar, que se desplegaba ante los ojos como un enorme rollo de terciopelo azul, contemplarlo e imaginar que todas las cosas buenas de la vida ocuparían su lugar como las piezas en un rompecabezas.

En el colegio para niñas al que asistía, dirigido por las Ursulinas, Caridad era una de las favoritas de las estrictas monjas católicas, que esbozaban sonrisas ante sus magistrales recitaciones y sus actuaciones ejecutadas a la perfección. Su estuche siempre estaba ordenado, lleno de lápices bien afilados y suaves gomas de borrar que su padre llevaba a casa de la oficina. A Caridad le encantaba su inesperado aroma a limpio. Todas las mañanas, Juanita, la mucama, planchaba el uniforme escolar, que era de un rosa claro que contrastaba divinamente con sus mechones oscuros y ondulados. En sus zapatos, nunca había rozaduras.

Después de clase, ella y su mejor amiga, Graciela, se dirigían a la casa de Caridad en Miramar y se sentaban en la salita y bebían limonada rosa que hacía juego con los uniformes, y contaban chismes sobre Ricardo, el chico de la esquina, que, con sus ojos oscuros y sus rasgos seductores, les hacía recordar al cantante Pedrito Rico. Los padres de Ricardo y los de Caridad eran buenos amigos, y Caridad estaba segura de que su madre y su padre no veían la hora de emparejarlos. ¡Qué suerte la de ella si se casaba con un hombre tan atractivo! Durante aquellas tardes soleadas en la salita, Caridad y Graciela soñaban con sus fiestas de quince, que pronto celebrarían en el club. Imaginaban lo que vestirían y cómo bailarían y qué canciones tocaría la banda, convencidas de que cuando la noche llegara a su fin, ya serían mujeres.

Y después de que Graciela se marchara a casa, Caridad terminaría los deberes e iría a la cocina, donde Juanita prepararía la cena, inundando toda la casa del delicioso aroma a chuletas de cerdo o a «papas rellenas», patatas con carne picada, aceituna y cebolla. Cuando Juanita picaba la cebolla, primero se

echaba a llorar y luego a reír de sus propias lágrimas, y Caridad también se reía y luego le rogaba a Juanita que preparara arroz con leche o dulce de leche con galletas de postre, y Juanita siempre le daba el gusto. Caridad solía quedarse en la cocina, observando a Juanita limpiar. Después de preparar la comida, Juanita siempre fregaba minuciosamente las ventanas de la cocina, sin dejar ni la más mínima marca.

Más tarde, llegaría su madre, después de hacer compras o de tomar aperitivos con sus amigas en el club, y su padre volvería de la oficina, y Caridad los admiraría a ambos y su belleza. Se parecían a las estrellas de Hollywood de las revistas estadounidenses que le encantaba hojear, aunque no entendiera inglés. Atractivos y elegantes, los dos tenían pelo oscuro y ojos azules, una combinación encantadora. Durante la cena, le recordarían a Caridad que era una niña especial y bonita, inteligente y preciosa, y cuando pasaran a la salita a fumar y beber cócteles, Caridad iría a tomar un baño. Y en su dormitorio, en esa hermosa casa cerca del mar, encontraría sábanas inmaculadas al quitar el edredón, que se cambiaban todos los días, y después del baño, a pesar de que ya era demasiado mayor para esas cosas, Caridad se envolvería en una toalla mullida, de color rosa claro, y se sentaría frente al tocador a la espera de que Juanita le desenredara los nudos del cabello largo y oscuro antes de perfumarla con la colonia de agua de violetas, tal y como había ocurrido cada noche desde que tenía memoria.

Y mientras se iba quedando dormida abrigaba la certeza de que escuchaba el mar rugiendo y cantando en el exterior. No se oía desde allí, por supuesto, pero si abría la ventana de su habitación, alcanzaría a olerlo, y la inundarían los buenos recuerdos de cuando caminaba por la orilla de noche con su abuelita. Recordaría, además, las cosas que ella le contaba: por ejemplo, que cuando salía la luna los tiburones se acercaban a la costa para alimentarse. Por eso, durante los paseos, Caridad siempre le daba la mano a su abuela, atemorizada y protegida al mismo tiempo.

Y después los recuerdos de su abuelita se desvanecerían, y ella se quedaría dormida, hasta despertar y repetir la misma rutina al día siguiente.

Sí, a los catorce años, la vida de Caridad de la Guardia era perfecta. O, al menos, así la recordaba ella.

ELENA

CAPÍTULO CUATRO

Cuando cumplí los nueve y Mami decidió que yo ya tenía la edad suficiente para quedarme sola en casa durante el verano mientras ella iba a trabajar, diseñó un sistema para asegurarse de que no me escapara. Cada hora, más o menos, pero sin ser puntual, llama a casa. Y ay de mí si no atiendo el teléfono.

—¿Qué estás haciendo? —me pregunta siempre, sin tomarse la molestia de saludarme.

—Las tareas de la casa —le respondo siempre, aunque esté viendo la tele, o viendo la tele y comiendo Doritos, o viendo la tele y comiendo Doritos y dejando manchas anaranjadas en todo el sofá, que luego tendré que limpiar.

—Está bien, pero no te olvides de fregar los zócalos —dice ella—, ni debajo del sofá, ni detrás de la nevera.

—No lo haré, Mami.

—Muy bien, vuelvo a llamarte en un rato.

Y así será. Quizás dentro de cuarenta y cinco minutos. Quizás dentro de dos horas. No llama a intervalos regulares porque, de otro modo, su sistema sería muy fácil de manipular, pero en algún momento sonará el teléfono y si yo no estoy aquí para contestar, tendré problemas. Admito que me gusta tentar al destino de vez en cuando. Admito que en ocasiones, después de colgar, corro hasta el quiosco de la esquina solo para salir de casa y buscar el periódico gratuito de cada semana o los caramelos de menta de cortesía que siempre deja el señor O'Rourke. Solo para sentirme libre un rato. Pero

luego tengo que volver, y si me llevo el periódico, más vale que lo esconda bajo la cama para que Mami no se pregunte de dónde ha salido.

Una sola vez sucedió que no atendí la llamada de Mami. Fue el verano en que yo tenía doce. Después, no fui más al quiosco durante unos meses y ni siquiera me atrevía a mirarlo cuando pasábamos en el coche.

No es tan malo estar en casa el día entero si Michelle puede venir a hacerme compañía y si consigue quedarse callada durante los controles de Mami, si se quita la camiseta y baila en sujetador o algo parecido mientras yo me aguanto la risa e intento responder preguntas sobre plumeros y trapos. Pero este verano Michelle trabaja en la playa, alquilando sombrillas y tumbonas, así que no puedo pasar tanto tiempo con ella.

Y tampoco es tan malo estar en casa el día entero si está Joaquin. Pero Joaquin trabaja en El Mirador y, además, él nunca ha tenido que sufrir los mismos controles, lo cual es absolutamente injusto en mi opinión. Hace unos años, mientras ayudaba a Mami a lavar la vajilla, me atreví a preguntarle por qué mi hermano podía salir con sus amigos durante el verano. Mami alzó un vaso de zumo, que estaba sumergido en el agua jabonosa.

«Así terminan las chicas buenas», dijo.

Entonces golpeó el cristal con su esponja rosa y gotas de agua humeante me salpicaron la cara. Yo la miré, desconcertada. Después, añadió:

«Y así terminan las chicas malas».

Acto seguido, dio un paso atrás y soltó el vaso, que se estrelló contra el suelo y quedó convertido en decenas de astillas transparentes.

Yo lancé un grito y salté, pero Mami no se inmutó. Más tarde, cuando recogí los fragmentos de cristal resbaladizo y los metí con mucho cuidado en una bolsa de papel, entendí lo que Mami había querido decir, aunque quizás ya supiera la respuesta desde un principio. En la calle, los chicos pueden rasparse las rodillas o romper una bicicleta o recibir insultos de vecinos o comerciantes irritados. Pero, a las chicas, les pueden pasar cosas mucho peores. En particular,

si hay chicos por allí.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Mami cuando me llevo el auricular a la oreja por tercera vez esta mañana. Miro el reloj de la cocina. Diez y cuarto.

—Acabo de terminar de doblar la ropa —le digo—. Pero no olvides que después del almuerzo voy a trabajar a casa de los Callahan. Estaré aquí cuando vuelvas.

—¿A dónde va esa madre esta vez? —me pregunta. De fondo, la escucho grapar los papeles de Sanders, el médico. *Cha-chan*.

—Supongo que irá a la peluquería y después a un almuerzo o algo parecido con unas amigas. No me lo ha dicho.

—Qué triste cuando una madre no quiere pasar tiempo con sus propios hijos. —*Cha-chan*.

—La verdad que sí. Al menos, los niños están felices conmigo.

La señora Callahan es una madre increíble, muy paciente y dulce con sus hijos. Muy paciente y amable conmigo también. Pero, por supuesto, no se lo menciono a Mami.

—Tienes que traerme otra foto. Quiero ver cuánto han crecido. —*Cha-chan*.

—Claro.

—Vuelve a casa antes de que yo llegue. *Bye*.

Cuelgo. Mami nunca ha querido que le presente a los Callahan. Se siente incómoda con los desconocidos, pero, para ella, todos son desconocidos. Por eso, tiene sentido que le baste con ver una foto de Matthew, Jennifer y yo, la única que tengo. La señora Callahan la tomó el verano pasado, en la playa. Cuando Mami la vio, miró la tierna barriga de Jennifer y murmuró despectivamente: *Gordita.* Suele usar palabras de su tierra para decir cosas así.

Recojo las pilas de ropa limpia que Mami y yo llevamos ayer a la lavandería y las reparto. Voy primero a su dormitorio, luego al mío y, por último, al de Joaquin. Sus vaqueros doblados van en el estante superior del armario y los calcetines pulcramente enrollados en el cajón superior. La habitación de mi hermano está formada por líneas y ángulos rectos, puro orden y método, desde el póster de Joy Division pegado detrás de la puerta hasta los casetes organizados alfabéticamente dentro de una caja que guarda al pie de la cama.

El que trajo a casa el otro día está en la mesita de noche, ubicado justo en el centro de una pila de novelas de ciencia ficción. Lo levanto y leo lo que dice en el lomo: «Besos Amy». Me pregunto si Besos Amy sabe que mi hermano está a punto de abandonarnos a todas para mudarse a California cuando termine el verano. Al mismo tiempo, se me ocurre que tal vez ella pueda convencerlo de lo contrario.

Frunzo el ceño aunque nadie me vea y arranco el pensamiento de mi mente. Vuelvo a apoyar el casete sobre los libros, pero lo dejo un poco torcido. Es un gesto de mierda y lo sé, pero no me importa. Es culpa de Joaquin, que quiere marcharse.

Después llamo a Michelle. Le digo que voy camino a casa de los Callahan y tal vez pueda ir a visitarla después.

—¿No quieres traer a los niños a la playa? —me pregunta.

—¿Con este calor? Ni por casualidad. Esos niños se queman enseguida.

—Sí, la señora Callahan podría cortarte la cabeza si terminan con una insolación.

—Y no puedo perder el trabajo —añado, aunque la señora Callahan nunca se enfadaría conmigo por un accidente. A decir verdad, es difícil imaginarla enfadada, sin importar las circunstancias.

—Dímelo a mí —responde Michelle.

* * *

Durante el verano trabajo como niñera, pero el trabajo de Michelle consiste básicamente en que le paguen por broncearse. Las familias y parejas llegan a la playa por la mañana. Le pagan en efectivo para que cargue la sombrilla y las tumbonas, y las instale donde ellos quieran. Después, al final del día, Michelle lo retira todo. Las clases terminaron hace apenas una semana, pero mi amiga ya está bronceada como una tostada y un poco más en forma que a finales de mayo.

—¿Sabes qué? Creo que algunos de los padres me miran el culo cuando clavo las sombrillas —dice Michelle, mientras le da una calada al cigarrillo.

—Seguramente, pero no me tires el humo a la cara, ¿puede ser? —respondo, y entierro los pies en la arena—. Mi madre me dio todo un

sermón el otro día por volver a casa con olor a humo. Tuve que decirle que el señor Callahan había estado fumando.

—Ah, ¿así que ahora fuma? —pregunta Michelle, mirando la extensión de arena que se despliega ante nuestros ojos. La veo dar otra calada y noto que, de alguna manera, se las ha arreglado para tener los labios pintados de rosa perlado todo el día.

—No, le gusta la vida sana, pero algo tenía que inventar —respondo. A pocos pasos, una niña y su madre están construyendo un castillo de arena con un pequeño cubo amarillo y una pala. Ahora que ya ha pasado la peor hora de sol, me gusta estar aquí.

De pronto, algo helado me baja por la espalda. Grito y doy un salto, sorprendida. Luego giro la cabeza y lo descubro: es hielo, mezclado con soda pegajosa, lo que cae desde mi nuca hasta la toalla de rayas blancas y verdes sobre la que estoy sentada.

—Mierda, te he confundido con Michelle.

La voz pertenece a un tipo que nunca antes había visto. Es atlético y está bronceado, y un mechón de pelo negro flota sobre los ojos castaños. Viste pantalones cortos a cuadros naranjas y blancos. Del cuello para arriba, parece un patinador. Del cuello para abajo, un vagabundo.

—J. C., ten cuidado —dice Michelle, y toma la toalla sobre la que tiene apoyado el culo para secarme la espalda.

—Lo siento mucho —dice el chico misterioso. Acto seguido, saca un paquete de Camel y se sienta al lado mío. No parece muy arrepentido, a decir verdad. Pero definitivamente es sexy. Y también es mayor que yo, quizás incluso mayor que Joaquin.

—J. C., te presento a mi amiga Elena —dice Michelle—. Elena, él es J. C., el sobrino de Jack.

Jack es el encargado del local donde trabaja Michelle y se parece mucho a su sobrino, aunque con barriga en lugar de abdominales marcados.

—Hola, Elena —saluda J. C. Me mira e inclina la cabeza a modo de saludo, con una sonrisa casi imperceptible en la cara, antes de encender un cigarrillo.

—Cómo va —digo, intentando no demostrar emociones. Al fin y al cabo, me ha tirado un refresco encima a propósito, aunque me haya

confundido con Michelle. Todavía siento restos pegajosos en la espalda, y me alegro de tener puesta una camiseta oscura. También me alegro de llegar a casa antes que Mami para cambiarme sin tener que inventar un cuento que explique la mancha.

—¿Trabajas con Michelle? —pregunta J. C., mientras sopla una larga bocanada de humo en dirección al mar. Comienzo a ruborizarme. Qué guapo es, por favor. Aunque queda claro que volveré a casa con olor a cigarrillo.

—No, no. Por lo general, trabajo como niñera.

J. C. asiente y después nos dedica a las dos una enorme sonrisa.

—Bueno y… ¿no queréis venir a casa a fumar un porro? —Enseguida, levanta las cejas y se encoge de hombros, arrepentido, como si nos acabara de invitar al cine o a la iglesia.

—¿Qué? —grita Michelle, antes de arrojarle un puñado de arena —. Estás loco. ¡Estoy trabajando!

—Cuando termines —dice J. C.

—No, tu tío me despediría —responde Michelle, con un gesto de irritación.

—Pero tu turno termina en, qué sé yo, treinta minutos.

—Basta, J. C.

Cuando escucho a J. C. mencionar la hora, miro mi reloj. Falta más o menos una hora para que Mami llegue a casa.

—¿Y tú, Elena? ¿No quieres que nos encendamos uno?

Le lanzo a J. C. una mirada de fastidio y con mi mejor voz de chica mala digo:

—Mmm. No.

Por lo que sé, la voz suma puntos con los chicos. Y, al parecer, esta vez funciona, porque J. C. se ríe a carcajadas y revela una sonrisa tan bonita que me aturde. Comienzo a respirar agitada, cada vez más rápido, así que aparto la vista porque, sin duda, estoy ruborizada.

Michelle no le presta mucha atención a J. C. Después de un rato de silencio, ella se sacude la arena y anuncia que tiene que comenzar a recoger las sombrillas y las tumbonas de los clientes.

—Creo que yo también me voy —digo, ansiosa en parte por alejarme de este chico raro y atractivo, y en parte desesperada por impresionarlo como pueda.

—¿Necesitas que te lleve? —me pregunta él. Se pone de pie de un salto y luego extiende una mano, que yo acepto. Una vez que estoy de pie, no me suelta enseguida. Trago saliva. Es muy atractivo. Una presión extraña comienza a acumularse en mi ombligo.

—Pensaba caminar o ir en bus —le contesto—, pero sí, me viene bien que me lleves.

Siento la mirada de Michelle clavada en mi espalda, pero no me doy la vuelta para mirarla.

—Hablamos más tarde, ¿no, Elena? —dice ella, y con un tono que podría ser de preocupación o reproche.

—Sí, sí —le respondo, sin darme la vuelta, y antes de que me dé cuenta, estoy siguiendo a J. C. hasta el aparcamiento. Nos detenemos frente a un Escarabajo amarillo chillón, que tiene el parabrisas trasero lleno de pegatinas de Grateful Dead.

—¿Te gusta Dead? —pregunto, para sacar conversación.

—Sí, los seguí casi todo el año pasado. El recital que más me gustó fue al aire libre, en Maryland, el verano pasado. Bailamos hasta reventar.

Nos subimos al coche. Los asientos, tapizados de negro, me queman los muslos durante un instante.

—¿Cuántos años tienes? —pregunto cuando J. C. pone en marcha el motor. Acabo de subir a un coche con un chico que no conozco, quizás un hombre que no conozco. Igualmente, es muchísimo mejor que vivir encerrada. Por primera vez, me siento como la protagonista de la historia.

—Diecinueve. ¿Y tú?

—Tengo unos cuantos años —le respondo, porque me parece que suena ingenioso. Un poco sexy, incluso. Pero también un poco estúpido, así que de inmediato agrego—: Es broma. Cumplo diecisiete en octubre.

Suena mejor que decir dieciséis.

—Está bien, señorita «Diecisiete en octubre» —dice, y vuelve a sonreír.

Con el corazón acelerado, me las arreglo para explicarle cómo llegar a casa. No quiero que me lleve hasta la puerta, sino que le pediré que me deje en la esquina de Esperanza y Decimoquinto, por si

acaso.

—Entonces ¿pasarás a qué, tercero en el instituto? —pregunta, mientras pone un casete en el estéreo. Reconozco la voz de Jerry García porque la he escuchado en las fiestas de la playa y en el instituto. Da la impresión de que trata de recuperar el aliento cuando canta, pero J. C. mueve la cabeza al ritmo de la música mientras conduce por el boulevard.

—Sí, tercero —respondo. Noto que J. C. no lleva zapatos. La sonrisa en su rostro crece a medida que Jerry apunta a las notas altas. Me pregunto cómo será tomarse un año sabático para seguir a tu grupo musical favorito por todo el país. No puedo ni imaginármelo, la verdad.

—Perdón por haberte volcado esa bebida encima. Estaba haciendo una estúpida broma.

—No ha sido para tanto —digo mientras pasamos junto a grupos de turistas que avanzan a duras penas por la calle principal, cargando sombrillas a rayas y tumbonas y bolsas de playa, hundidos bajo el peso de pilas de juguetes de plástico. Para las vacaciones, parece demasiado esfuerzo.

—No, ha sido una idiotez —insiste—, así que realmente desearía que hubieras aceptado mi oferta de un porro. Te debo una.

Me pregunto qué diría J. C. si le contara que nunca he fumado marihuana, ni una sola vez. Pero, por supuesto, nunca se lo admitiría. Sería totalmente vergonzoso.

—Tal vez la próxima vez. Me bajo aquí.

—Pero hago servicio puerta a puerta.

—Aquí está bien, me gusta caminar.

—De acuerdo, pero aún te debo una —dice J. C. mientras aparca.

Lo único que quiero hacer es salir del coche y correr. Quiero seguir conduciendo con él hasta Houston y más allá. Quiero no hablarle nunca más porque me deja muda. Quiero meterme en la cama y pensar en qué sentiría si me besara el cuello.

—Prometo que no me olvidaré del porro —añado, y en cuanto pronuncio las palabras me doy cuenta de que las recordaré una y otra vez más tarde, y trataré de descifrar cómo de tonta he sonado al decirlas.

J. C. me sonríe. Yo cierro la puerta del acompañante, y cuando me doy la vuelta, veo a mi hermano mayor, que llega en su bicicleta. Durante una fracción de segundo, me siento igual que si Mami me hubiera pescado, porque ella y Joaquin tienen los mismos ojos azules. Pero Mami fulmina de un vistazo, mientras que Joaquin solo se queda mirando con fijeza.

Cuando J. C. se aleja, lo único que Joaquin tiene que decir, en un tono que no es del todo amable:

—Ey, *sis*, ¿quién porras era ese?

CAPÍTULO CINCO

Mami empuja el plato de espaguetis sobre la superficie de la mesa, que se desliza hasta detenerse por sí solo. Luego, deja caer la cuchara para pasta dentro de la olla, que aterriza con un ruido metálico. A juzgar por el maltrato que está recibiendo la loza, sospecho que Joaquin y yo tenemos una larga noche por delante.

—Gracias —le digo, intentando imprimirle un tono moderadamente alegre a mi voz. No quiero exagerar, porque si no pensará que me estoy burlando de ella.

—Creo que quedaron un poco crudos —comenta, mientras se lleva las manos a las caderas y frunce el ceño con los ojos clavados en los espaguetis.

—Estoy segura de que están bien —le digo. Enseguida, recalculo—: O sea, estoy segura de que están geniales.

Mami toma asiento. No es para nada gorda, pero es capaz de moverse como si pesara mil kilos. La silla de la cocina rechina bajo su cuerpo. Ella lanza un suspiro. Joaquin no hace comentarios y se estira para tomar el recipiente que ha traído de El Mirador.

—Restos de nachos —explica, mientras me los pasa.

Lo miro a los ojos y me sonríe. Error número uno.

—Claro, nachos —sentencia Mami, como si fuera la presidenta de un país diminuto, lo cual, en cierto punto, es verdad. Joaquin y yo vendríamos a ser los únicos ciudadanos bajo su gobierno—. Los nachos son de mal gusto.

Joaquin se echa a reír a carcajadas. Error número dos.

—No hay comidas de mal gusto —dice él, primero. Después redobla la apuesta—: Es absurdo.

Cállate, Joaquin.

—Cuando era pequeña, mi criada, Juanita, jamás preparaba nachos —dice Mami, arrugando la nariz, y se da media vuelta para mirar por la ventana de la cocina. A mí me palpita el corazón. Joaquin se queda en silencio, pero imagino su respuesta: «Probablemente, tampoco te habría preparado espaguetis». Rezo para que no pronuncie esas palabras.

Tomo un enorme bocado de espaguetis con el tenedor y me lo meto en la boca. Es verdad: están un poco crudos.

—La pasta está muy buena, Mami —le digo.

—Ajá —me responde, sin apartar la vista de la ventana. Después, toma un sorbo de su ron con cola.

—¿Cómo te fue en el restaurante, Joaquin? —pregunto, tratando de conducir el tren de la cena hacia una estación menos incómoda. O al menos más fácil de soportar.

—Igual que siempre —dice mi hermano, mientras se pone de pie de un salto para sacar una cerveza de la nevera, que se abre con un silbido y termina con un *pop*. Joaquin bebe un trago y luego toma un manojo de nachos y los mastica con mucho entusiasmo.

—Están excelentes —dice—. Excelentes nachos.

Aquí vamos.

Mami se levanta y tumba la silla en el proceso. Después lanza los espaguetis dentro del cubo de la basura que está en un rincón, con plato y todo. *¡Pim! ¡Crac!* Acto seguido, arroja el tenedor en el fregadero. *¡Plaf!* Y, por último, toma su vaso y se va al dormitorio. *¡Bam!*

Respiro hondo y empujo a un lado el plato. Ojalá tuviera un perro, así podría darle la pasta. Me pregunto si Mami se detendrá a ver si yo también he tirado mi comida a la basura.

—Muchas gracias —le digo a Joaquin, en tono irónico.

—No es tan grave, Elena. Come los nachos.

Joaquin me mira con cara de fastidio, pero enseguida echa un vistazo a la puerta cerrada del dormitorio de Mami, con una expresión que parecería ser de arrepentimiento. Creo que, a veces, no puede contenerse.

Me doy por vencida y como un nacho. No es excelente, pero es

mucho mejor que los espaguetis de Mami.

—¿Cuánto tiempo pasará sin hablarme esta vez? —murmura Joaquin, mientras vacía la cerveza. Finge que no le importa, pero yo sé que no es verdad.

—Si no quieres que Mami te deje de hablar, la próxima come los espaguetis. Estaba de mal humor, ya lo sabías. Has empeorado la situación con los nachos.

Has empeorado la situación cuando te has puesto esa camiseta.

Has empeorado la situación con el comentario que hiciste después de misa.

Has empeorado la situación cuando la has mirado así, de camino a casa en el coche.

Has empeorado la situación cuando has mencionado a papá.

Has empeorado la situación, Joaquin.

—Sí —acepta Joaquin con un suspiro—. Lo siento, he arruinado la cena.

—No pasa nada.

Ninguno de los dos tiene hambre, pero logramos tragarnos casi todos los nachos. Joaquin me ayuda a limpiar y a rescatar el plato de Mami del cubo de la basura. Me pregunto qué está haciendo ella en su dormitorio. Ya iba por el tercer ron con cola. Quizás, el cuarto. Es difícil llevar la cuenta porque «retoca su bebida» muy seguido.

—¿Me vas a contar quién es el chico del Escarabajo o qué? —pregunta Joaquin, mientras pasa el trapo por la superficie de la cocina. Veo que ha dejado algunas manchas y las limpio.

—Ya te lo he dicho. Es amigo de Michelle y me ha traído. Nada más.

Joaquin toma mi plato de espaguetis y se dirige al cubo.

—Espera —le digo, y después de quitárselo, me apoyo en la encimera y como algunos bocados, a la fuerza. Joaquin se muerde el labio.

—¿Y a este amigo de Michelle le gusta Grateful Dead?

—Parece —le digo, y le devuelvo el plato medio vacío—. Como dije, me ha traído y nada más.

—Grateful Dead es pésimo.

—Bueno.

—¿Qué? ¿Te parece que es una buena banda?

—No tengo ninguna opinión al respecto —le respondo. Lo que no le digo es que esta tarde, en cuanto he llegado a casa, he ido a mi habitación, he buscado el único casete de Dead que tengo, *American Beauty,* y me he puesto a escuchar la canción sobre las magnolias de azúcar en el walkman una y otra vez. Me gusta, la verdad.

Cuando la cocina queda lo bastante limpia para cumplir los estándares de Mami, Joaquin y yo caminamos los pocos pasos que se necesitan para llegar al cuarto de la tele. Joaquin se echa en el sillón reclinable y yo en el sofá. Joaquin pasa los canales, pero no hay nada para ver. Me muerdo las uñas y pienso en Mami en su dormitorio, al otro lado de la pared. Es como si su presencia palpitara a través del yeso. ¿Estará durmiendo o juntando rencor? ¿Estará a punto de abrir la puerta y gritarle a Joaquin? ¿O a mí?

—Voy a ir a ver cómo está —le digo a mi hermano, al fin. A veces es mejor desactivar la bomba antes de que explote.

—Está bien —responde Joaquin—. Y me parece mejor que vayas tú.

No se equivoca.

Entreabro la puerta de Mami y la veo acostada de lado, acurrucada. Está leyendo una de sus novelas románticas, y ya no queda ni una gota de ron con cola. Hasta los cubitos de hielo han desaparecido.

—¿Mami? —pregunto, con voz dulce.

—¿Sí? —responde ella, sin apartar la mirada del libro. No es una buena señal.

—Quería saber cómo estabas. ¿Todo va bien? —le pregunto.

—Sí —responde.

—La pasta estaba muy buena. Me he acabado el plato.

—Perfecto.

—¿Quieres que te traiga algo?

—No, gracias. —Bueno, al menos me ha dado las gracias.

—Me llevaré el vaso a la cocina —le digo.

Camino hasta su mesita de noche y lo levanto. El cristal está húmedo por la condensación. Mami cambia de posición en la cama y pasa la página del libro en cuanto me acerco. Ella es la única persona

capaz de pasar la página de una novela de bolsillo y producir el ruido más fuerte del mundo. Oigo que suena el teléfono. Ella no se mueve.

—Si es para mí, diles que no estoy —le dice a su libro.

Las dos sabemos que no será para ella porque nunca recibe llamadas. Aparte de llamadas esporádicas de alguna secretaria o algún vendedor, nadie llama a Mami. Mucho menos un día entre semana y de noche.

—Claro —le digo. El teléfono para de sonar. Joaquin ha atendido.

Salgo del dormitorio, cierro la puerta y encuentro a mi hermano junto al teléfono, tapando el auricular con la mano.

—Creo que es el fanático de Grateful Dead —dice, levantando una ceja—. Ha preguntado por ti.

No sé cómo lo hago para no soltar el vaso de Mami.

—¿Qué?

—Ya me has oído —resopla Joaquin—. El fanático de Grateful Dead está al teléfono, pregunta por ti.

Como me quedo inmóvil, Joaquin se me acerca, me quita el vaso de Mami de la mano y me da el teléfono. Entre mis manos, lo siento pesado y eléctrico.

—Voy a ver la tele, así que llévalo a tu habitación —dice, antes de tomarme por los hombros para hacerme dar media vuelta y empujarme en dirección al cuarto.

Es la primera vez que un chico me llama. La primera vez en mi vida. Si Mami lo descubriera, me arrancaría el teléfono de la mano y lo colgaría en el receptor. Luego exigiría saber qué cosa indecente había hecho yo para que un chico me llamara.

Con el corazón acelerado, estiro el cable y me meto en la habitación. Después, cierro la puerta y me siento en el piso.

—¿Hola?

—Hola —dice la voz en el teléfono. Estoy acostumbrada a la voz alegre y agitada de Michelle. O a la voz fuerte e imperiosa de Mami. La voz de J. C. suena grave, más grave que cuando estábamos en la playa o en su coche. No parece la voz de un chico, sino, más bien, la de un hombre.

—¿De dónde has sacado mi número? —Apenas pronuncio esas palabras, me arrepiento. No podría haber dicho algo más estúpido

para empezar la charla.

—Michelle me lo ha dado —explica J. C.—. Espero que te parezca bien.

—Sí, por supuesto —le digo. El corazón me late aún más rápido que antes y tengo la boca seca.

—¿Cómo estás? —pregunta.

—Bien, acabo de terminar de cenar. Pasta. —¿Por qué he dicho eso?

—¿Ha sido tu hermano el que ha respondido?

—Sí, mi hermano mayor.

—Genial. —Silencio. Mientras pienso en qué decir, porque es mi turno, J. C. añade—: Bueno, hablemos del porro.

—Guau, ¿siempre eres tan directo? —respondo, orgullosa por mi réplica ingeniosa.

—Ja —dice él—. Hablando en serio, te quería preguntar si tenías ganas de salir esta noche.

Tironeo de la alfombra barata, color ocre, que tengo debajo, y la pellizco con ansiedad. A través de la puerta alcanzo a oír que Joaquin ve un programa de preguntas y respuestas. Entre los sonidos apagados, distingo ovaciones y aplausos forzados. Miro el reloj: son las siete en punto.

—¿Salir a…? —J. C. se echa a reír, pero es una risa simpática.

—No hace falta que fumemos —dice—. Podemos salir a hacer algo. Cualquier cosa. Nada muy intenso.

Recuerdo sus ojos oscuros y su pelo negro. Recuerdo que, después de ayudarme a ponerme de pie, no me soltó la mano enseguida. Recuerdo que es supersexy.

Pero nunca he tenido una cita de verdad. Los pocos besos que he dado fueron en fiestas de verano, en la playa, con chicos que no me gustaban particularmente, después de haber bebido varias cervezas. Y, siempre que volvíamos a clase, fingíamos que no había pasado nada. Pero ahora un chico de diecinueve años quiere salir conmigo. El primer pensamiento que me viene a la cabeza es que diecinueve está muy cerca de veinte, y me suena increíblemente adulto.

Pero él quiere salir. Conmigo. Lejos de las cuatro paredes de mi sala de estar. Lejos de Mami, que se desploma, suspira, inspira miedo

y pasa la página. Salir. A alguna parte. A cualquier parte.

—Entonces, ¿qué dices? —insiste J. C., y tose. De pronto, me pregunto si estará nervioso, pero me parece una idea ridícula.

—Bueno… —empiezo a decir y respiro hondo. Me imagino a Mami en su cama, encerrada durante el resto de la noche, a menos que salga a prepararse otro trago. Y de pronto oigo que mi propia voz añade—: De acuerdo.

—Genial. ¿Quieres que pase a buscarte en, qué sé yo, media hora más o menos?

—Sip —respondo, y siento que el corazón me late tan rápido que se me está por salir del pecho. Pero sigo hablando—. Recógeme en la esquina donde me has dejado esta tarde.

—¿En serio?

—Es lo mejor. Se podría decir que tengo una madre sobreprotectora o algo así, qué sé yo.

—He oído hablar de ese tipo de madre. La mía es todo lo contrario.

—¿Como si le diera lo mismo que siguieras la gira de Grateful Dead? —J. C. se echa a reír.

—Considerando que hace cinco años que no hablo con mi madre, puede ser.

—Ah, lo… ¿siento?

—No te preocupes —dice él, y por la forma en que me responde entiendo que ya no seguirá hablando del tema—. Bueno, ¿te paso a buscar en media hora?

—Sí, genial —le contesto.

Y, antes de que me dé cuenta, nos despedimos y yo me quedo sentada en el suelo de mi habitación, con una sonrisa dibujada en la cara y el estómago revuelto, todo al mismo tiempo.

* * *

Joaquin está en mi habitación. Le he pedido que viniera porque no puedo arriesgarme a tener esta charla en la sala de la tele. Es raro ver a mi hermano aquí dentro. Desde que empecé a usar sujetador y a colgar pósteres de Ralph Macchio, ya no quiere entrar.

—¿Quieres que le diga que te han llamado para que fueras a cuidar

a los niños? —me pregunta—. ¿No es mejor decir que has salido con Michelle?

—¡Shhh! —susurro, como si Mami fuera a entrar en cualquier momento, cosa que no resulta del todo improbable. Es tan menuda y sigilosa que no hace ruido—. Sabes que no me deja salir con Michelle. No puedo creer que lo sugieras, Joaquin.

Miro mi reloj de pulsera de nuevo y, después, veo mi reflejo en el espejo de cuerpo entero, que cuelga de la puerta. Estoy hecha un espanto.

—Nunca le preguntas si puedes salir —me dice—. Das por sentado que no te va a dejar.

Abro el armario y reviso mis escasas opciones.

—Tengo razón y lo sabes —le digo, mientras saco una camiseta celeste y la arrojo sobre la cama. Estoy nerviosa y necesito que Joaquin me ayude—. No tienes ni idea de lo que es no poder salir. A ti te deja ir a ver a Amy cuando te da la gana.

Joaquin se sobresalta y frunce el ceño.

—¿Cómo sabes lo de Amy?

—Vi su nombre en el casete que trajiste.

—¿Qué, entraste a mi cuarto para registrar mis cosas?

—No, fui a dejar la ropa limpia, así que cálmate —le digo mientras me pongo en cuclillas y excavo hasta el fondo del guardarropa en busca de mi mejor par de Keds.

—Bueno.

Los encuentro. Éxito al fin. Cuando me doy la vuelta para mirar a Joaquin, hace una mueca que indica que está pensando.

—Por favor, si ella sale de su dormitorio o pregunta dónde estoy, ¿puedes decirle que los Callahan han tenido una emergencia y que me necesitaban? ¿Que ellos han sido los que han llamado y que yo no he querido molestarla? Por favor, Joaquin. Nunca me deja hacer nada. —Sueno muy patética cuando lo digo, ya lo sé. Pero la verdad es que a veces me siento así.

—¿A qué hora volverás? ¿Y estás segura de que se puede confiar en ese tipo?

—Es el sobrino del jefe de Michelle —le explico, y me doy cuenta de que mi respiración es un poco superficial. Estoy nerviosa.

—¿El sobrino del jefe de Michelle? —repite, incrédulo—. Entonces, es básicamente un desconocido. ¿Cuántos años tiene?

—Diecisiete. Y además es muy simpático —le digo, mintiendo. Joaquin se rasca la nuca y resopla—. Me tengo que cambiar. —Mi hermano asiente. En su expresión leo que sigue absorto en sus pensamientos. Como no reacciona, se lo explico—: O sea, sal de mi habitación, por favor.

Cuando por fin se marcha, me dedico a un sinfín de actividades, pero todo, desde el peinado hasta el atuendo y el maquillaje, sale mal. Ojalá tuviera tiempo para llamar a Michelle. Cuando ella tuvo su primera cita, en el primer año de instituto, su madre le hizo una trenza francesa y le puso a unas gotas de Chanel No. 5 detrás de las orejas. Durante un segundo me imagino llamando a la señora Callahan para pedirle consejo, pero sería demasiado raro. Solo hemos hablado por teléfono sobre los niños. Igualmente, la imagino poniéndome colorete en las mejillas, mientras me sonríe para que me tranquilice y me sienta la chica más bonita de toda la isla.

Hago silencio para ver si oigo a Mami, pero no se escucha nada.

Por favor, Dios, que no salga.

Necesito al menos cinco minutos para caminar hasta la esquina donde he quedado con J. C. No puedo correr o terminaré empapada de sudor. Respiro hondo para serenarme y me miro al espejo para ver si me he puesto bien el pintalabios. He elegido un color rosa pálido llamado Rocío de Primavera. Aprieto los labios una vez más para que el color quede homogéneo. Arrugo la frente. No está completamente perfecto, pero es lo que hay.

Salgo de la habitación conteniendo la respiración, lista para toparme con Mami. Pero ella sigue en su dormitorio. Creo que lo voy a lograr.

—Espera —dice Joaquin, cuando paso por la sala de la tele. Luego se levanta del sofá, saca su cartera destartalada de lo profundo del bolsillo trasero y arranca del interior dos billetes arrugados. Son propinas de El Mirador—. Toma, diez dólares —dice, estirando los billetes con mucho cuidado antes de doblarlos y depositarlos en la palma de mi mano.

—Gracias, Joaquin —le digo, más que agradecida. Guardo el

dinero en mis vaqueros.

—Entonces, ¿estás segura de que se puede confiar en ese tipo? —pregunta, preocupado.

—Sí, al cien por cien —le contesto, y pienso: «Es un fumeta muy atractivo que siguió la gira de Grateful Dead durante un año entero». Me pregunto qué haría o diría Joaquin si se lo contara. Creo que no me dejaría salir, más molesto por los Grateful Dead que por la marihuana.

—Bueno, mentiré por ti si se levanta —dice, señalando el dormitorio con el mentón.

—Gracias. —De pronto, entre las voces de la televisión, se oye una tos. Mami todavía está despierta.

—Creo que deberías irte lo antes posible —me dice Joaquin, bajando la voz—. Pero ten cuidado, ¿sí? Y no llegues tarde. Y… llámame si necesitas. Iré a buscarte sin hacer preguntas.

Sonrío y, durante un minuto, siento que hemos recuperado la confianza que compartíamos cuando éramos niños, cuando nos levantábamos los sábados por la mañana para ver la televisión juntos en el sofá mientras Mami dormía hasta tarde, roncando, por la resaca.

—Te prometo que tendré cuidado —le respondo— y que no volveré tarde.

Y entonces, antes de que mis nervios o mi madre me detengan, abro la puerta principal y me escabullo de casa. Mientras bajo saltando los escalones del porche, y me adentro en la penumbra, con el corazón acelerado en el pecho y una sonrisa dibujada en los labios, la palabra «libertad» me resuena sin cesar en la cabeza, como si rebobinara una cinta y le diera *play* una y otra vez.

CARIDAD

1958

Cuando entrara al salón de baile, con un peinado perfecto y un vestido maravilloso, se sentiría igual que una princesa.

Eso era lo que Caridad quería para su fiesta de quince, lo que siempre había querido. Pero a su padre no le convencía la idea.

Le había dicho que era demasiado peligroso: los rebeldes estaban en las montañas, pero parecía que día tras día la lucha armada se acercaba. Los titulares de los periódicos acechaban, cada vez más atemorizantes. Una de las amigas de Caridad, Graciela, tenía una prima menor que vivía en la finca de la familia, en Santa Clara. Graciela le había contado que una mañana, cuando iba de camino a la escuela, su prima había encontrado muertos a sus dos perros, Johnny y Daisy. Los rebeldes los habían asesinado de un disparo en la cabeza. Un charco de sangre empapaba la hierba verde. Lo más probable era que los rebeldes hubieran llegado hasta el pequeño arroyo de la propiedad, en busca de agua, y los perros de Georgina les hubieran ladrado muy fuerte. Había bastado un *pum* de las armas para matar a los perros.

Caridad no tendría que haber escuchado a sus padres hablar de lo sucedido, pero así había ocurrido de todos modos, mientras comía galletas a escondidas con Juanita, en la cocina.

—Ay, mija, tus padres se enfadarían conmigo si supieran que estás oyéndolo todo —le había dicho Juanita cuando las voces comenzaron a llegar desde la salita—. Tienes que ir a prepararte para dormir.

—¿Los rebeldes dan tanto miedo como dicen? —había preguntado Caridad, mientras intentaba no pensar en la cara de tristeza de la niña al encontrar a los cachorros.

—Se comenta que Batista es peor —había respondido Juanita, encogiéndose de hombros—. Dicen que guarda los ojos de sus enemigos en su oficina, dentro de frascos.

Caridad había hecho una mueca de asco.

—Es mentira.

—Puede que sí —había dicho Juanita—, pero algunos creen que es verdad. Tal vez por eso tienen la esperanza de que los rebeldes mejoren la situación.

Puede que Juanita tuviera razón, opinaba Caridad. Tal vez los rebeldes mejorarían la situación. Y tal vez tampoco habían asesinado a los perros. Quizás había sido un vecino molesto, en una noche de borrachera triste. Caridad había preferido esa explicación porque la hacía sentir mejor. Y esa explicación la había convencido más que nunca de que no había motivo para

dejar de celebrar su fiesta de quince. Aun así, había decidido no insistir: a sus padres no les gustaba que actuara como una niña caprichosa.

Por suerte, su madre también quería hacer la celebración y asumió la tarea de convencer al padre.

—No sé, mi amor —dijo él cuando el tema surgió hacia el final de la cena, una noche.

Su padre y su madre fumaban Pall Malls en la mesa, a pesar de que tenían los platos casi llenos. Últimamente, fumaban cada vez más y comían cada vez menos. A Caridad le sorprendía que discutieran el asunto delante de ella. Siempre evitaban que fuera testigo de situaciones tensas.

—Ay, Joaquin, solo tenemos una hija, una niña —respondió su madre—. Hemos esperado muchos años para presumir de nuestra bebé ante todos.

Caridad se estremeció de emoción y se quedó observando a su madre, que en ese momento apartó un mechón de cabello oscuro y lo colocó detrás de la oreja. Entonces vio relucir uno de sus aretes de diamantes, y lo tomó como un buen presagio. Y no se equivocaba porque, acto seguido, su padre pronunció las siguientes palabras:

—De acuerdo, que celebre los quince.

Y así fue cómo, cuatro meses después, Caridad se vio a sí misma envuelta en un vestido de gasa rosa, importada de Francia. Parecía una golosina: delicada, bonita y dulce. Una costurera muy quisquillosa, que había estudiado en París con las mejores modistas, estuvo a cargo de la confección: había tirado y acomodado y abrochado, tarareando despreocupadamente, hasta conseguir que Caridad estuviera más guapa que nunca.

Caridad, Graciela y algunos de los hijos de buenas familias habían practicado los valses en la sala de fiestas del club. Ricardo estaba allí, con sus deslumbrantes ojos oscuros y su sonrisa tímida. Y, aunque Caridad sabía que sería su compañero de baile gracias a sus padres, tenía la impresión, por la forma en que él la miraba, de que estaba contento con el arreglo. La madre de Caridad había contratado a la hija de un famoso compositor para que hiciera la coreografía de los bailes más complicados. Y, cada vez que la mano de Ricardo rozaba la suya, Caridad sentía un escalofrío que le recorría la espalda.

Se habían enviado cerca de trescientas invitaciones por correo, en sobres que además contenían un carné de baile. Caridad las había visto apiladas en la mesa del comedor, a la espera de que el calígrafo contratado por sus padres las completara. En los días previos a la entrega, se había puesto los guantes blancos para no arriesgarse a dejar marcas de dedos, antes de tomar la cartulina gruesa y cremosa, y leerla una y otra vez, deleitándose con la fuente cursiva oscura: «Joaquin y Elena de La Guardia tienen el honor de invitarlo a

los quince años de su hija». Las invitaciones eran absolutamente perfectas.

La tarde de la fiesta se sentía algo mareada, como si viviera un sueño. Solo había comido unas cuantas galletas saladas, porque estaba demasiado nerviosa para probar bocado. Su madre le había puesto unas gotas de Arpège detrás de las orejas, antes de tomar el rostro de su hija entre sus manos y sonreír con expresión melancólica al advertir que ya era demasiado mayor para perfumarse con agua de violetas. Con sus gestos, Juanita había dado a entender que no le gustaba el peinado que la peluquera contratada para la ocasión le había realizado, y finalmente había decidido intervenir con sus propias manos para peinar los rizos de Caridad. Esa noche, Juanita contemplaría la celebración desde la cocina, con el resto del personal de la casa. Le había prometido a Caridad que no se perdería ni un solo minuto.

Después de la puesta de sol, Caridad y su padre habían viajado en un coche de lujo a uno de los hoteles más elegantes del centro de La Habana. Caridad había tomado la mano de su padre y había deseado retener cada instante para siempre. Aquella sería una noche única. Habría otras noches mágicas en el futuro, podía intuirlo. Pero ninguna igual. Aquella sería distinta de las demás.

—Papi —había dicho Caridad, mientras lo miraba y apretaba la mano grande de su padre entre la suya, pequeña—. Estoy muy feliz.

Y su padre la había observado con una sonrisa, y Caridad había entendido, sin necesidad de palabras, que él también estaba feliz.

Cuando llegaron a la entrada del hotel, encontraron reporteros y fotógrafos de sociedad esperando para hacer fotos. Caridad inclinó ligeramente la cabeza a modo de saludo y estrenó la sonrisa que había practicado durante tanto tiempo frente al espejo, recatada pero auténtica. Y, también, inocente pero sofisticada. El destello de los flashes dejó explosiones blancas en sus ojos durante un instante, y cuando finalmente quedó fuera del alcance de los fotógrafos, apretó bien los párpados para recuperarse.

Y, después, mientras se aproximaban al salón de baile del brazo de su padre, consiguió escuchar los acordes que tocaba la banda de Barbarito Díez, la melodía de los violines que se elevaba, más dulce, a medida que se acercaba. Cuando entraron, Caridad contempló toda la escena: los hombres engalanados de esmoquin blanco, las mujeres con sus vestidos largos, el pastel de cumpleaños rosa y blanco digno de una princesa, ubicado en una mesa especial, frente al escenario.

Y allí estaba Ricardo, mirando a Caridad. Tenía las cejas un poco arqueadas y una expresión de sorpresa en el rostro que, Caridad quiso pensar, significaba que ella le parecía la chica más bonita del mundo entero.

—Sonríe, hijita —le había recordado su padre, con los ojos arrugados por su propia sonrisa, mientras la conducía al centro de la pista y comenzaba a bailar el vals con ella—. No te quedes dura como una piedra.

Al oír esas palabras, Caridad consiguió serenarse. Y también debió de haber sonreído, mientras su padre la llevaba a la pista y ejecutaban juntos los pasos que tanto habían practicado. La voz de Barbarito Díez sonaba aún más melodiosa en persona que por la radio, no había duda. Cuando su padre la hizo girar, alcanzó a ver a su madre durante un instante, que se cubría la boca con la mano mientras una sonrisa de felicidad le iluminaba la cara. Solo faltaba Juanita.

Fue entonces cuando sucedió: una fuerte explosión seguida del ruido de cristales rotos. De pronto, Caridad sintió el impacto de la pista de baile, aunque no recordaba haber aterrizado allí. Lo único que sabía era que no podía respirar. Se puso boca abajo e intentó levantarse, pero no lo consiguió. Se obligó a respirar, pero cuanto más respiraba, más crecía la opresión en el pecho. Un pánico frío la asaltó. Le zumbaban los oídos.

De pronto, percibió un olor rancio, a quemado, que le inundó la nariz. Alguien la tomó por las axilas y la alzó. Quizás fuera su padre. La buena noticia era que aún podía ponerse de pie. Como por arte de magia, sus pulmones volvieron a funcionar. Luego, comenzaron a guiarla hacia las puertas, hacia la entrada del salón. No oía nada más que aquel zumbido. Caridad se preguntó si estaba muerta, y si esta era la otra vida: un sitio caótico e infernal. *¿No había sido una buena chica, no merecía algo mejor?,* **se preguntó. Mientras el desconocido que tenía a su espalda la llevaba hasta el exterior, no conseguía pensar en otra cosa que no fuera el pastel de cumpleaños. ¿Podría rescatarlo?**

Después, se encontró en la calle. El aullido de las sirenas se fue acercando, hasta que al fin sofocó el zumbido de sus oídos. En el mismo sitio donde, momentos antes, Caridad había sonreído para los fotógrafos, los invitados lloraban, perplejos, boquiabiertos. Un hombre se cubrió la frente con un pañuelo blanco, y Caridad observó, atónita, que la tela se teñía de un rojo intenso.

—*¡Caridad, preciosa! ¡Qué horror!*

Era la madre de Caridad, con el vestido rasgado y el pelo oscuro despeinado por completo. Tomó a Caridad en sus brazos y la estrechó con todas sus fuerzas. Caridad abrió la boca para hablar, pero descubrió que estaba muda. Levantó las manos para acariciar la espalda de su madre, para consolarla, pero su madre la estrujaba con tal fuerza que temió quedarse sin aire otra vez.

Entonces vio a su padre, que corría en dirección a ellas, con la cara manchada de hollín. Habían llegado las ambulancias. La gente gritaba, pidiendo ayuda.

—Sabía que era un error —dijo su padre, sin aliento, mientras se acercaba a su esposa y su hija, con los ojos desorbitados. Miró a los invitados heridos, los cristales rotos, el charco de sangre que se extendía por la acera—. Sabía que tendría que haber dicho que no.

—Joaquin, no es el momento —había dicho la madre de Caridad, antes de echarse a llorar.

Años más tarde, Caridad recordaría los horrores de aquella noche más a menudo de lo que hubiera deseado, al igual que otros evocaban momentos felices del pasado. La noche de su fiesta de cumpleaños se entretejería en el lienzo de su memoria, y entraría en sus sueños de tanto en tanto, como si fuera un virus informático, aleatorio e indeseado. Pero ella jamás hablaba de lo que le sucedía. Lo ocultaba. Había charlado sobre los quince una sola vez, con Juanita, que había sobrevivido, a diferencia de Ricardo. Y una vez que se marchó de la isla y dejó a sus padres atrás, una vez que subió la escalinata de metal del avión y contuvo el aliento mientras surcaba el cielo, Caridad nunca volvió a hablar con franqueza de aquella noche.

Elena

CAPÍTULO SEIS

A la luz de los faroles del boulevard Esperanza, la isla se parece a París, con sus calles llenas de magia y romance. O tal vez sea J. C. quien me hace sentir así.

—Se me ha ocurrido que podemos ir a mi apartamento a tomar algo y después dar un paseo por la playa, ¿qué opinas? —me pregunta.

Durante un instante, aparta la vista de la carretera y se queda mirándome, con sus increíbles ojos castaños.

«Podemos ir a mi apartamento»: es lo que diría uno de los personajes en una comedia romántica cursi y de bajo presupuesto. Pero esta noche la frase no es parte de una ficción: es muy real y me hace temblar de emoción.

—Me parece bien —me escucho responder.

Mi primera cita ha llegado y no iremos al Cinemark ni a la pizzería de Gino ni a ninguno de los sitios donde van mis compañeros de clase, sino a su apartamento, al apartamento de un chico que ni siquiera vive con sus padres.

Bueno, Elena, pienso*, es mejor que vayas a por todas por una vez que, al fin, tienes la oportunidad.*

Me paso todo el viaje en silencio. Me preocupa un poco porque creo que parezco una niña tonta de instituto, pero él tampoco habla, así que quizás no esté tan mal. Sintoniza una emisora de radio que pone rock. Tengo que hacer algún comentario sobre la canción que suena, pero no sé de qué grupo es, y si J. C. me hace preguntas

quedaré aún peor. Mejor sigo callada.

Mis pensamientos vuelven una y otra vez a casa. A Mami encerrada en su habitación y a Joaquin haciendo guardia, listo para mentir por mí si es necesario. Bueno, espero que esté listo para mentir. Rezo una plegaria más para que Mami no me descubra. La situación es arriesgada, pero al mismo tiempo, qué sé yo, no puedo ni quiero evitarla.

Al cabo de un rato, J. C. aparca cerca del puesto donde Michelle alquila sombrillas. Sin decir ni una sola palabra, lo sigo. Subimos dos pisos por escalera de un complejo de apartamentos en ruinas que se alquilan durante el mes o la temporada. Todo el edificio está pintado de color verde mar, con paredes que ya han comenzado a descascarillarse, y rodeado de maceteros vacíos, que alguna vez supieron albergar plantas. Un cartel de madera bastante tristón cuelga de la entrada principal. «Había duna vez», lleva escrito.

—¿«Había duna vez»? —le pregunto, sin poder creer lo que veo, contenta de tener algo que decir.

—Sip, es pésimo, ¿no? —dice J. C., mientras abre la puerta—. Tengo un compañero de piso, pero está trabajando. Pasa y siéntate.

Es un apartamento pequeño, impregnado de un olor dulce que podría ser incienso mezclado con marihuana. Tomo asiento en el único sofá que hay en la sala de estar, tapizado con una tela a cuadros, áspera, que debía venir con el resto de los muebles. Está cubierto de arena, así que la superficie resulta todavía más áspera.

—¿Te gusta el whisky? —pregunta J. C., mientras va hasta la cocina y saca dos vasos de la alacena.

—Sí.

Oigo los cubos de hielo contra el cristal, uno después del otro: *plin plun*. Veo a Mami preparar cócteles todos los días, por supuesto, pero nunca he probado bebidas destiladas. Joaquin siempre dice que solo tome cerveza porque es menos peligrosa. Pero, antes de que tenga tiempo para reflexionar, J. C. me ofrece un vaso y comienzo a tomar pequeños sorbos, tratando de no levantar las cejas.

¿A quién le gusta esta mierda?

—Voy a poner música —dice J. C. Camina hasta al estéreo que está al otro lado de la habitación. Tiene que mover una pila de ropa para

alcanzar el dial. Me gustaría apoyar el whisky en algún sitio, pero la mesa está cubierta de vasos descartables de Whataburger y, además, hay un cenicero lleno a medias. A decir verdad, el apartamento es un desorden. Lo único limpio son las paredes color celeste, mayormente vacías, a excepción de un cuadro de una niña que recolecta caracolas en una playa mucho más bonita que la de la isla. Está claro que el cuadro también vino con los muebles y estaba pensado para inquilinos muy diferentes.

—Así que… ¿conseguiste el trabajo aquí gracias a tu tío? —le pregunto cuando vuelve, bebida en mano. Se sienta en el sofá, a mi lado, cerca pero sin incomodarme. Intento fingir que estoy a gusto y me obligo a tomar otro sorbo de whisky.

—Sí, sí —dice J. C., pasándose la mano por el pelo. Me pregunto si sabe lo sexy que es cuando hace ese gesto.

—¿Así que no naciste en Texas?

—No, en California —dice J. C.—. Soy de Los Ángeles. Mi tío Jack y mi madre se criaron allí, pero mi tío vino aquí persiguiendo a una chica hace como un millón de años y nunca más volvió. Parece raro cambiar las playas de Los Ángeles por esta isla de mierda, pero aquí estoy yo, así que no puedo juzgar, supongo.

—Es una isla de mierda —digo, aunque me sienta una traidora por menospreciar mi ciudad natal. Me pregunto por qué la gente tiende a defender el lugar donde ha nacido, el sitio donde los padres tuvieron sexo alguna vez.

—Bueno, tampoco es tan malo —comenta J. C., al tiempo que apoya su bebida en el suelo y deja un paquete de Camel en la mesa—. Para empezar, es más barato que L. A. —Señala el paquete de cigarrillos y añade—: ¿Quieres uno?

—No, gracias —respondo. Estoy tan ansiosa que tengo miedo de que me tiemblen las manos o me dé tos. Apenas puedo soportar el whisky.

—¿Te molesta si yo fumo?

—Para nada —digo. Consigo tomar otro sorbo. Tengo la esperanza de que pronto el alcohol me adormezca la boca y ya no pueda sentir el sabor.

—Así que… ¿estás harta de la secundaria? —J. C. comenta antes

de dar una larga calada. Sé que fumar es muy malo para la salud y causa cáncer y mancha los dientes de amarillo y todo lo demás, pero un chico atractivo con un cigarrillo entre los dedos me hace derretir. Es así.

—Me quedan dos años más en LBJ —digo—. Odio el instituto. —No es cierto, pero supongo que es lo que debería decir.

—Yo también odiaba el instituto —dice J. C., tomando un sorbo de su bebida, o más bien un trago largo—. Qué fastidio. Aprobé de casualidad.

—Yo igual —respondo. En realidad, tengo un 8 de media, pero a veces me pregunto si es porque soy inteligente o porque mi instituto es malísimo. Ni me esfuerzo para tener buenas notas.

—Y, ¿qué vas a hacer cuando termines? —Me encojo de hombros.

—No sé. Quizás hacer algún curso en el colegio universitario. Ni idea.

Esta vez hablo en serio. Mami quiere que estudie enfermería. Opina que es una buena profesión para una mujer y que se puede tener un sueldo respetable. En realidad, creo que quiere que me case con un hombre rico y no trabaje jamás, como la señora Callahan, pero le parece un futuro improbable para una chica de clase trabajadora de la isla Mariposa.

—Bueno, hazme caso —dice J. C., mientras el resto del whisky baja por su garganta, con cubitos de hielo y todo—, te sobra tiempo para decidirlo. La vida es larga y jodida.

—Por desgracia —bromeo, y J. C. se ríe. Me alegra haber dicho algo gracioso, aunque en el fondo me siento una idiota. Mi vida no será la mejor, pero quiero vivirla. Al fin y al cabo, es la única que tengo.

—¿Así que vives con tu madre y...?

—Y mi hermano mayor. El que contestó el teléfono, Joaquin. Se acaba de graduar. Parece que se va de casa cuando termine el verano. —Me estremezco un poco al pensarlo.

—¿«Joaquin»? —repite J. C., frunciendo un poco el ceño—. ¿Es un nombre hispano?

—*Claro que sí, chico* —digo en español con acento cubano.

Me encanta sacar este truco de la galera, sobre todo por las

miradas de asombro que recibo.

—¡Joder! —exclama J. C.—. Pero no pareces mexicana.

—¡Es que no soy mexicana! Soy cubana, al menos, por parte de mi madre.

—Pero eres blanca —dice J. C., confundido. Lo miro exasperada como si fuera tonto, pero la situación me divierte. Por fin, tengo algo inteligente que decir, algo que tal vez justifique salir con una chica de instituto.

—Hay hispanos blancos —le explico—. También hay hispanos negros.

—Ajá —dice J. C., arrugando la frente—. Bueno, hoy he aprendido algo nuevo. Guau, genial. ¿Así que hablas español?

—Sí —digo—. No lo hablo muy fluido, pero me apaño.

—Cuando hablas con acento cubano eres aún más bonita, ¿lo sabías? —me dice, con una sonrisa. Yo me sonrojo y clavo la mirada en mi vaso, pero me las arreglo para decir:

—*Oye, chico, gracias.*

J. C. me golpea juguetonamente con el codo y muero en ese mismísimo instante.

—¿Y tú qué eres? O sea, qué ascendencia tienes.

J. C. apaga su cigarrillo y se echa a reír.

—Irlandesa o algo por el estilo. Mi apellido es Keller, qué sé yo, alemán, me parece.

Me echo a reír y tomo un sorbo más. Me siento más relajada y me sube el calor. Puede que el whisky haya empezado a hacer efecto. Eso espero: tiene que haber alguna recompensa por el sabor espantoso.

—Entonces, tu madre es cubana, ¿y tu padre? —pregunta J. C., levantándose para ir a la cocina y «retocar su bebida», como diría Mami.

Respiro hondo, sin saber bien qué responder. Pero, para mi sorpresa, las palabras simplemente fluyen.

—Vive en California. Eso creo. Creo que también era de familia irlandesa, pero no estoy segura. Se fue cuando yo era bebé, así que no guardo ningún recuerdo de él. Creo que es uno de los motivos por los que mi hermano quiere mudarse. Creo que quiere ir a buscarlo.

Por primera vez estoy agradecida de tener una vida jodida. Puede

que resulte extraño, pero creo que me hace parecer más interesante, más madura, más algo.

—Qué mierda —dice J. C., volviendo al sofá. Esta vez, cuando se sienta, está tan cerca que nuestras rodillas se rozan. Siento que floto en una brisa cálida.

—Sí, es una mierda —respondo, aunque no estoy segura. No puedo echar de menos a un hombre al que nunca he conocido. En las pocas fotografías que Mami nos mostró a regañadientes cuando éramos pequeños, vi imágenes granuladas de un tipo más o menos atractivo con la misma nariz que tiene Joaquin y el mismo cuerpo desgarbado que tengo yo. Heredamos casi todas nuestras facciones de Mami, por suerte, porque era una mujer guapa en su juventud. Menos mal que sus genes fueron más fuertes que los de nuestro padre. Por supuesto, Joaquin fue el afortunado que heredó sus ojos azules.

—A mí me pasó lo contrario —dice J. C.—. Mi madre nos abandonó cuando yo estaba en secundaria. Así que quedamos mi padre y yo.

—¿Qué? ¿Esperó hasta la secundaria? —Es la primera vez que oigo hablar de una madre que se fue de casa. Largarte cuando tu hijo es adolescente me parece prácticamente un acto criminal.

—Sí —responde J. C., encendiendo otro cigarrillo—. La verdad es que nunca estuvo del todo presente. Se fue a vivir a Taos, en busca de su verdadera identidad, creo. Al principio, me mandaba tarjetas de Navidad y cosas así. Pero después le dije que cortara el rollo porque era una mierda.

Mientras lo escucho hablar, me dan ganas de cubrirlo y protegerlo y también de besarlo durante cien años. Miro hacia abajo y veo el vaso vacío. Me siento bien. A salvo, contenta.

—Los dos estamos bastante jodidos, ¿no? —digo. En cuanto pronuncio una mala palabra, siento una ligera emoción.

—Un poco jodidos, puede ser —dice J. C., tocando mi rodilla con la suya completamente a propósito.

Cuando se levanta para servirme más whisky, me prometo que solo beberé la mitad. Y de pronto entiendo lo que experimenta Mami cuando bebe tanto Bacardi con cola barata: me siento inteligente, sofisticada y fascinante. Y entonces nos ponemos a charlar y resulta

menos incómodo de lo que me esperaba. Hablamos de las personas que vienen a la isla («¿No podían pagar vacaciones en una buena playa?») y de Michelle («Ella ha sido mi mejor amiga desde siempre») y hablamos sobre si los rusos van a lanzar la bomba atómica o no («En California creo que fui cinco veces al cine a ver *Red Dawn*»). Por último, después de que yo tome dos vasos y J. C. tome tres, él me pregunta si quiero ir a dar un paseo por la playa.

—Claro, ¿por qué no? —pregunto, mirando mi reloj. Son solo las nueve y media.

A estas horas, Mami probablemente ya esté durmiendo. Pienso en inventar una excusa para llamar a casa y hablar con Joaquin, pero me da miedo que el timbre la despierte si está fuera de combate, y le dé curiosidad y la haga emerger de su guarida, si sigue despierta, y que no se crea el cuento de que estoy en casa de los Callahan. Lo mejor es cruzar los dedos y desear que todo salga bien.

Tengo que usar el baño de dos hombres. Está tan mugriento que hago equilibrios sobre el asiento del inodoro sin sentarme y evito lavarme las manos porque el lavabo parece más sucio que todo lo demás. Cuando salgo, J. C. está apoyado en la barra que divide la cocina de la sala de estar, inhalando de una pipa. Una nube de humo empalagoso satura el aire.

—Hola de nuevo —dice, y tose. Me ofrece la pipa y el encendedor —. ¿Quieres? Todo bien si no.

—Mejor no —le digo, encogiéndome de hombros: ya bastante mareada estoy después del whisky. Admito que son inesperadas las decisiones que mi cerebro toma esta noche. ¿Qué límites cruzaré? ¿Salir a escondidas de casa sin avisarle a Mami? Claro. ¿Ir al apartamento de un desconocido que, en realidad y a todos los efectos, es un hombre? Bueno. ¿Beber whisky? Por qué no. ¿Fumar marihuana? Hasta aquí hemos llegado, Elena.

No hace falta que me pregunte si cruzar algunos límites ahora facilitará la decisión de traspasar nuevos límites en el futuro. Ya conozco la respuesta.

La playa está prácticamente vacía. La iluminación de los aparcamientos y los hoteles de playa arrojan un resplandor amarillento y fantasmagórico sobre la arena. Hay luz de luna,

también, que por lo menos es agradable. Mucho más agradable que los tubos fluorescentes del aparcamiento. Veo a algunos chicos de mi edad sentados en una de las sillas de socorristas volcadas, bebiendo cerveza. Seguramente vayan a LBJ, así que bajo la cabeza. Solo quiero hablar con J. C. esta noche, y preferiría que no se corriera el rumor de que he salido con un chico mayor. Me he dejado mis chanclas en el apartamento, y a esta hora la arena ya se ha enfriado. Las olas bajas que vienen del golfo rompen perezosamente a lo largo de la costa.

—No sabes las olas que hay en Los Ángeles. Miden como, no sé, dos pisos —dice mientras alza una mano por encima de la cabeza.

—¿En serio? —pregunto, tratando de imaginármelo. Pero, en cambio, mi mente va directa a otra imagen: Joaquin, solo, en una playa de California, de noche, devorado por una ola gigantesca. Aprieto los párpados para borrar la escena de mi mente. «Ay, Elena», pienso, «menos mal que no has fumado marihuana».

Intento concentrarme, para ahuyentar esos pensamientos, cuando siento la mano de J. C. sobre la mía.

—¿Todo bien? —pregunta, mientras me mira.

—Sí —respondo, y una descarga de electricidad me recorre el cuerpo—. Totalmente.

Ay, ¿por qué he dicho «totalmente»? Qué estúpida.

Apenas puedo respirar. Estoy intentando retener cada sensación. Por ejemplo, que, al tacto, la mano de J. C. es rugosa pero tibia. Que me aprieta fuerte pero sin estrujarme. Espero que mi mano se sienta bien entre la suya. Que no esté pegajosa ni nada parecido. Seguramente ha tomado de la mano a muchas chicas. La verdad, seguramente haya hecho muchas cosas con muchas chicas. Al fin y al cabo, tiene diecinueve. Y yo soy Elena Finney, de escasos dieciséis, y la única experiencia que puedo declarar son un par de besos torpes en la playa durante las fiestas de verano. Besos mecánicos y aburridos, y manoseos bajo la ropa que me llevaron a pensar en cachorros ansiosos por subirse a mi regazo.

Caminamos en silencio durante un rato, hasta que J. C. se dirige hacia la siguiente silla de los socorristas.

—¿Te parece bien si nos instalamos allí? —pregunta.

—Sí.

Cuando llegamos, J. C. endereza la silla y nos subimos. La pintura blanca se descascara entre mis dedos.

—Parece que estas sillas están aquí desde los años cincuenta.

—Es así —respondo. Recuerdo que, cuando estábamos en primer año, Michelle y yo puntuábamos por atractivo a los socorristas. Las categorías iban del uno al cinco, como la escala de huracanes.

J. C. me toma de la mano otra vez. Contemplamos el mar, el «golfo», como remarcaría Mami.

—¿Pasarás aquí todo el verano? ¿O qué?

—Por lo menos, el verano. Quizás más tiempo. Mi tío quiere que, en otoño, asista a algunos cursos en un colegio universitario que hay aquí. Que intente organizar mi vida, qué sé yo.

—Sí, el de la isla Mariposa. Aquí todos lo llaman por la sigla, el CUIM —le explico.

—De acuerdo. Mi tío quiere que tome clases en el CUIM. Ahora que conozco el dialecto de los isleños puedo marcharme pronto. Gracias.

—De nada —respondo, con una sonrisa.

J. C. me aprieta la mano un poco más fuerte. Quizás lo esté imaginando, pero me parece que también se acerca un poco más. Todavía viste los mismos pantalones cortos de color naranja y blanco que tenía antes. Suena ridículo, pero noto que tiene mucho vello en las piernas y me pregunto si también tendrá vello en el pecho.

Soy una chica rara, ya lo sé.

—¿Qué estudiarás si vas al CUIM? —le pregunto.

—Sinceramente, no tengo ni idea —responde J. C.—. No me imagino estudiando. Le digo que sí a mi tío para que no se preocupe. Quién diría que el dueño de un puesto de alquiler de sombrillas es un pesado, pero así es.

—¿Así que quizás te mudes cuando llegue el otoño? —le pregunto. Igual que Joaquin. Debe de estar bien ser chico.

—Tendré que ver cómo resulta el verano —dice J. C. Y, está bien, tengo dieciséis pero no soy tan ingenua: noto el cambio en su tono de voz y sé lo que significa. Enseguida, incluso antes de llegar a procesar lo que sucede, siento los labios de J. C. sobre los míos y trato de seguirle el ritmo. Es obvio que le sobra experiencia: me besa con un

propósito claro, con una dirección clara.

Siento que mi cuerpo está a punto de implosionar. ¿O de explosionar? No lo sé, pero besar a J. C. es literalmente lo mejor que he hecho con mis labios en toda mi vida.

—¿Todo bien? —pregunta J. C., con voz ronca. Está muy cerca de mi boca cuando formula la pregunta, como si supiera que sí pero tratara de ser atento.

—Sí —respondo, y tengo que esforzarme para articular la palabra. Una ola de calor se extiende por todo mi cuerpo hasta que, de pronto, de la nada, mi mente vuelve al recuerdo de Mami, la otra noche, cuando dejó caer el vaso al suelo. «Así terminan las chicas malas», diría ella. «Así terminarás si confías en los hombres».

Muevo la cabeza de un lado al otro para resistirme al pensamiento y, aunque el movimiento es sutil, J. C. se aleja de mí un instante.

—¿Segura? —insiste, sin aliento.

—Sí —repito, y como para probarme a mí misma que no estoy mintiendo, retomo el beso y pronto el recuerdo de Mami se esfuma, por suerte. La sensación agradable regresa y me pregunto cómo lo hace la gente para dejar de besarse, pero, al cabo de un rato, no sé cómo, dejamos de besarnos, y J. C. me sonríe.

—Ha estado bien —comenta, como si le diera vergüenza.

—Sí —digo de nuevo. Es la única palabra que sé, al parecer.

—Bueno, puede que lo que voy a decir sea obvio, pero sería genial que volviéramos a salir —dice J. C.

Sacude la pierna. Diría que está nervioso, pero la idea de que se sienta nervioso conmigo me parece absurda.

—Sí, sería genial —digo, capaz de articular una frase entera al fin —, aunque…

No me atrevo a decírselo. No quiero que parezca que ya somos novios porque nos hemos dado unos cuantos besos en la silla del socorrista.

—¿Qué pasa?

—Nada… La próxima vez te llamo yo. Mi madre no quiere que me llamen chicos. —No quiere que llame nadie, en realidad.

—De acuerdo —dice J. C., y levanta las cejas un instante—. Pero sí, lo entiendo. Sin llamadas telefónicas. O sea, más te vale que me

llames. Pero no al revés. Entiendo. —Me guiña un ojo y siento que estoy a punto de morir.

Al rato, empezamos a besarnos de nuevo, y creo que podría besarlo toda la noche, de verdad, pero finalmente, poco después de las diez, ambos acordamos que lo mejor es regresar y yo menciono que es hora de volver a casa. Busco mis chanclas en su apartamento, y cuando llegamos al coche, J. C. revuelve la guantera hasta que encuentra un papel y un bolígrafo, y escribe su número de teléfono. Guardo el papel en lo profundo del bolsillo trasero, pensando en dónde lo esconderé luego, en mi habitación.

Mientras recorremos el camino de vuelta por el boulevard Esperanza, intento captar todo lo que me ha ocurrido, pero es demasiado abrumador, así que decido cerrar los ojos y dejar que una sonrisa, casi invisible, asome por mis labios.

* * *

Camino por la acera, pensando en el beso de despedida de J. C., pero cuando me acerco a casa, la imagen se desvanece. Subo los escalones de la entrada y cruzo los dedos de las manos y los pies antes de meter la llave en la cerradura sin hacer ruido. Entreabro la puerta y contengo la respiración.

—Todo está en orden —dice la voz de Joaquin, y cada centímetro de mi cuerpo se relaja.

—¿No ha salido del dormitorio? —susurro, después de entrar y cerrar la puerta.

—Una sola vez —responde Joaquin, echado en el sofá. Me echa un vistazo antes de seguir viendo la tele—. Ha ido al baño y vuelto a la cama. Pero ni siquiera la he visto pasar, solamente he escuchado los movimientos.

—Perfecto. —No lo puedo creer. Me he salido con la mía.

—¿Lo has pasado bien?

—Sí —respondo, mientras me quito las chanclas.

—¿Qué habéis hecho?

—Hemos ido al cine. —Joaquin asiente. Me doy cuenta de que acabo de caer en una trampa, pero él ni siquiera se molesta en

preguntar qué película hemos visto. Tengo que pensar mejor las cosas —. No he gastado el dinero que me has dado. Él lo ha pagado todo —digo, mientras le devuelvo los diez dólares.

—Guau, qué caballero —comenta Joaquin.

—¿Hablas en serio o es un comentario idiota? —le pregunto, irritada, y arrojo los billetes sobre la mesa—. La verdad es que me ha tratado superbien.

—¿Vais a salir otra vez? —pregunta, ignorando la pregunta.

—Creo que sí —le digo. Mi hermano y yo nunca hablamos sobre chicos. Es territorio inexplorado, un universo completamente nuevo.

—Okey —dice Joaquin.

—No te preocupes, ya le he dicho que no puede llamarme —aclaro. Pienso en el papel con el número de teléfono de J. C. Con solo imaginarlo, me da vértigo.

—Elena, es tu vida —dice Joaquin, y por fin me mira a los ojos, con expresión seria. Sus palabras tienden un puente entre nosotros.

—Está bien, intentaré recordarlo —digo, mordiéndome el labio, pero no del todo porque ha sido gracias a él que he podido salir esta noche. La irritación comienza a pasarse—. Gracias por cubrirme. Me voy a acostar.

No alcanzo a dar tres pasos cuando Joaquin me dice que vuelva. Recoge los dos billetes de cinco dólares arrugados y me los da.

—Guárdatelos. —No aparta la vista de la pantalla—. Para la próxima. Por si tienes alguna emergencia. Por si acaso.

—Joaquin, no hace falta que…

—Guárdatelos.

—¿En serio?

—Sí, Elena, guárdate los billetes.

—Gracias. No era necesario.

—Ya lo sé —dice mi hermano mayor—. Ahora ve a dormir.

—Creía que era mi vida —le respondo, y mi mueca de irritación se convierte en una sonrisa.

—Buenas noches, *sis*.

—No me gusta que me llames así —digo, y mi sonrisa se convierte enseguida en un falso puchero.

Pero mi hermano se ríe por lo bajo y yo también, y siento que la

confianza ha resurgido entre nosotros. Y una vez que estoy en mi habitación, oculto el número de teléfono de J. C. dentro del armario, en el mejor escondite que consigo encontrar, y meto el dinero de Joaquin en el fondo del cajón de mi mesita de noche. Después, me pinto los labios varias veces con el Rocío de Primavera y, frente al espejo, me pongo a soplarle besos sensuales a mi reflejo. Y cuando finalmente me meto en la cama, me llevo un dedo a los labios, como si pudiera rastrear allí alguna prueba de que mi vida por fin ha comenzado.

CAPÍTULO SIETE

Todavía siento el vértigo de haber roto las reglas y hoy hasta tengo coche.

Mami nunca me deja usar el viejo Honda. Incluso me cuesta creer que me haya permitido sacarme el carné de conducir. Pero sirve cuando está demasiado cansada o demasiado enfadada o demasiado lo que sea para hacer los recados que tiene en su lista. En esas ocasiones, me da permiso para aventurarme sola al mundo de los vivos, por más que no tenga que trabajar en casa de los Callahan.

Esta mañana, cuando me pidió que pasara la mayor parte del sábado en el supermercado, entre Kroger y Walgreens, le dije que sí de inmediato, y me apresuré a lavar las tazas del desayuno y prepararme.

—Cuando termines de hacer las compras, puedes ir a El Mirador a recoger a tu hermano —me dice desde el sillón, con los pies apoyados sobre un almohadón y un paño mojado en la frente. Quizás tomara demasiado ron anoche o tenga ganas de quedarse sola en casa.

—Lo llamaré para avisarle —le digo.

—Me parece bien —responde, mientras se coloca el paño sobre los ojos. Un minuto después, la oigo roncar despacio.

Cuando conduzco por el boulevard Esperanza, lo único que me viene a la mente es J. C. Todavía es temprano, así que no sé si lo encontraré en la playa, pero no pierdo la ilusión. Estaba allí la última vez que aparecí, sin previo aviso, después de llevar a Jennifer y Matthew a la biblioteca para contarles un cuento. Es cierto que Jennifer ya está grande para esas cosas, pero a Matthew todavía le divierte. Esa tarde, cuando llegué al puesto donde trabaja Michelle, allí estaba J. C., fumando y hablando con ella. Dudé un minuto.

Habían pasado solo dos días de nuestra cita, y no había reunido el valor para llamarlo. Pero cuando me vio cruzar el aparcamiento, me sonrió tanto que supe que había hecho bien en aparecer de la nada. Me convencí aún más cuando caminamos por la orilla y me llevó debajo del muelle y me besó y todo se desvaneció a nuestro alrededor hasta que en el mundo solo quedamos él y yo, abrazados. Cuando salimos de la sombra del muelle y mi vista se acostumbró otra vez a los rayos del sol y mis oídos a los silbatos de los socorristas, sentí que descendía a la Tierra después de un largo viaje por el espacio. Hasta me temblaban las piernas.

Me basta con recordar ese día, mientras aparco junto al puesto de Michelle, para que se me acelere el corazón. Me miro en el espejo retrovisor para asegurarme de que el brillo labial esté bien y me pellizco las mejillas para que se vean todavía más rosadas. Pero, cuando camino hasta la tumbona de Michelle, noto que J. C. no está.

—Hola, hola, ¡sorpresa! —le digo mientras me acerco. Finjo que no estoy buscando a J. C. porque no quiero herir los sentimientos de mi amiga.

—No está —me dice enseguida, y levanta la vista protegiéndose los ojos del sol con una mano. Me siento en la arena, a su lado, y finjo que no tengo el corazón roto.

—¿Y quién ha dicho que haya venido a verlo a él?

—Ay, por favor, ¿te crees que he tomado píldoras para idiotas está mañana o algo por el estilo? No me vengas con chorradas —dice Michelle, irritada, pero al mismo tiempo se ríe y me arroja arena.

—Vale, es cierto, tenía la remota esperanza de encontrarlo aquí —respondo, mientras desvío la mirada para que no vea que me he sonrojado de la vergüenza—. Pero también quiero ver a mi mejor amiga.

—Puede que todavía venga —comenta Michelle, y comienza a hurgar en su bolso, de rayas verdes y blancas, en busca del protector solar—. ¿Y cómo es que te han dejado salir? ¿Trabajo de niñera? ¿Los Callahan han vuelto antes de lo previsto?

—No. Es increíble, pero mi madre me ha pedido que hiciera las compras. Hasta me ha prestado el coche.

—Guau —me dice. Después, se aplica protector en todo el cuerpo y

extiende uno de los brazos y lo examina—. Creía que a estas alturas del verano estaría más bronceada. —Frunce el ceño.

—Estás bien así. A tu lado, parezco un fantasma.

—Y eso que tú eres la latina —me dice, resoplando.

—*Ay, chica, me estás volviendo loca* —contesto con acento, arqueando una ceja. A Michelle le encanta cuando me hago la cubana.

Una familia se acerca para alquilar un par de sombrillas. Yo me quedo sola, contemplando las olas bajas que vienen del golfo y rompen mansamente en la orilla. Pero cuando decido que es hora de cumplir con los recados, siento un beso en la nuca.

—¡Ey! —digo y suelto un chillido que, ojalá, suene más tierno que aterrador.

—Ey para ti también —responde J. C., mientras se sienta junto a mí, sobre la arena. Me dedica media sonrisa. Noto que tiene los ojos enrojecidos, pero antes de que llegue a observarlo bien, se acerca y me besa. Solían fastidiarme las demostraciones públicas de afecto, pero cuando estoy con J. C. siento que todo lo demás se esfuma—. Eres preciosa.

Parece atolondrado, distraído. Seguramente, esté drogado. Recuerdo entonces que apenas son las diez de la mañana. Pero no importa, es verano, ¿no puede divertirse de vez en cuando? Además, me ha dicho que soy preciosa. Repito esas palabras mentalmente. «Eres preciosa».

—Dime que puedes pasar todo el día conmigo —me dice, mientras me da besos en el cuello.

—No, lo siento —le respondo, y busco en su rostro una expresión de desilusión—. Tengo que hacer un montón de recados para mi madre.

—Mierda —me responde, y se acerca y me toma de la mano—. ¿Y si no te suelto? ¿Y si no dejo que te levantes?

Abre la boca tan grande que parece un Muppet y luego la cierra antes de comenzar a reírse. Nunca lo he visto tan drogado, y no termino de decidir si me gusta o no. Pero es J. C., y él es muy guapo, y yo le gusto, así que creo que me gusta igual.

—Bueno, bueno, mirad lo que ha traído la marea —dice Michelle, al regresar—. ¿Has venido a trabajar esta vez o qué?

—Tengo el turno de la tarde —dice J. C.—. Y hola.

Michelle nos estudia con la mirada. Primero, observa nuestras manos entrelazadas y, después, se detiene en el rostro de J. C. Por último, se deja caer en la arena, junto a él.

—¿Tan temprano y ya vas puesto? —le pregunta en voz baja, pero alcanzo a oírla.

De pronto, se me hace un nudo en el estómago. Una cosa es sospechar que mi novio, o lo que venga a ser, está drogado, pero una cosa bien distinta es que Michelle lo diga en voz alta. Más arriesgado, por decirlo así. Y tal vez incluso un poco más emocionante, lo que quizás resulte absurdo y sin duda peligroso. Creo que, por eso, aprieto la mano de J. C. aún más fuerte.

—Ay, Michelle, relájate —responde J. C., y me devuelve el apretón, lo que hace que mi corazón se acelere—. No me digas que crees que es un trabajo de verdad.

—Por qué no te vas a la mierda —responde Michelle, con un tono a mitad de camino entre la broma y la irritación—. Lo único que te pido es que no llegues tarde.

Michelle no me ha mirado a los ojos desde que se ha sentado. Los tres nos quedamos en silencio durante un rato, y yo trato de pensar en qué decir, pero lo único que se me ocurre es que tal vez sea hora de ponerme en marcha, que es verdad. No parece ofendida ni nada, pero, como está inmóvil mirando hacia delante, pienso que quizás sí lo esté.

—Tengo que irme a hacer las compras —digo, y J. C. me suelta la mano. Una vez que me pongo de pie, me resisto a marcharme, aunque Michelle quizás esté enfadada conmigo y J. C. esté drogado. Sonrío en dirección a Michelle y ella levanta la mirada y me devuelve el gesto. Es una sonrisa muy sutil, pero una sonrisa al fin y al cabo. Acto seguido, dice:

—¿Me llamas por la noche? ¿Después de que tu madre se haya encerrado en su cueva o lo que sea?

—Claro que sí —respondo. Sonrío aún más y de pronto me siento una tonta. Pero Michelle y yo somos mejores amigas y nunca nos enfadamos. Al menos no por cosas importantes y mucho menos por un chico.

—Te acompañaré a tu coche —comenta J. C., mientras vuelve a

tomarme de la mano y me lleva hacia el estacionamiento.

—Adiós, Michelle —le digo a la espalda de mi amiga, mientras J. C. me rodea la cintura con un brazo.

Michelle levanta su mano y mueve los dedos para saludarme, pero no se da la vuelta.

J. C. y yo nos dirigimos hacia el Honda, y en el trayecto pasamos junto a unas cuantas familias, que se esfuerzan por cargar bolsas de playa y toallas y niños quejicas.

Cuando llegamos al coche, él me pregunta:

—¿Puedes salir esta noche? ¿Venir a casa o algo así?

Respondo que sí, sin pensar. La última vez que cuidé a Jennifer y Matthew, la señora Callahan mencionó que viajarían a Houston el fin de semana para asistir a una fiesta de cumpleaños familiar, por lo que no me necesitarían. Pero Mami no lo sabe, así que puedo decirle que me he topado con ellos mientras hacía los recados y me han pedido que fuera a cuidar a los niños. Intento pensar en algún compromiso frívolo que pueda haberles surgido en el último minuto y que haría a mi madre sentirse superior.

—¿Me buscas por la esquina a las ocho? Encontraré alguna manera de escaparme.

—Genial —dice J. C., con voz suave, tierna incluso, sin rastro del aturdimiento que he detectado hace unos minutos. Me acaricia el cabello y mete algunos mechones detrás de mi oreja, y yo me derrito allí mismo, apoyada contra el Honda, mientras trato de no quemarme los muslos contra el metal caliente. Antes de que me dé cuenta, siento sus labios sobre los míos, urgentes. Le devuelvo el beso, sin importarme quién lo vea, hasta que escucho la voz de un niño que dice:

—Puaj, se están besando.

Me alejo de J. C. y busco al niño, hasta que lo veo, vestido con bañador verde y chanclas a juego. Parece más pequeño que Matthew Callahan. Me sonrojo un poco y bajo la mirada, no sin antes captar la expresión de su madre, obviamente convencida de que acabo de corromper para siempre a su hijo. Miro a J. C. y le sonrío. Él me devuelve el gesto y me besa otra vez, aunque el niño aún esté cerca. El beso me parece aún más dulce que el anterior, porque nos estamos

portando mal.

—Bueno, bueno, me tengo que ir ya —consigo decir, mientras me escapo de su abrazo y me acomodo en el asiento del conductor.

—Bueno, bueno, te veo a las ocho —dice, imitándome, y le da unos golpecitos al parabrisas para despedirse.

Cuando salgo del aparcamiento, doy un grito digno de un paseo en montaña rusa. Después, veo mi reflejo en el espejo retrovisor y le sonrío a la chica que me devuelve la mirada. Me cuesta reconocerla.

* * *

El Mirador quedó atrapado en un portal del tiempo. En mis dieciséis años de vida, nada ha cambiado: ni los asientos tapizados en cuero rojo, rasgados aquí y allá, ni las luces de Navidad que cuelgan sobre la barra. Las mismas pinturas que retratan escenas de pueblo cuelgan de las paredes naranja brillante, siempre torcidas: una madre de cabello oscuro con un bebé regordete entre brazos, un ranchero bigotudo orgulloso junto a su caballo. El olor a tortillas calientes y patatas fritas con queso llena el aire. Mami dice que todo estaba igual en los años sesenta, cuando se mudó a Mariposa con nuestro padre. El Mirador es prácticamente el único restaurante de la isla al que Mami quiere ir, y uno de los pocos sitios a los que va sin obligación, a diferencia del trabajo o la iglesia. Cuando estaba en primaria, le pregunté si era porque nuestro padre solía llevarla a cenar allí cuando eran jóvenes, y se enfadó tanto que tiró todas mis Barbies a la basura, pero al menos Joaquin logró rescatar a mi favorita cuando Mami no prestaba atención.

—Hola, *my dear* —me saluda Carlos, el hijo del dueño y el jefe de Joaquin, desde una mesa. Está haciendo algunas tareas sencillas, como envolver los cubiertos limpios en servilletas de tela de color rojo brillante. Carlos es un hombre grande, con la edad suficiente para ser mi padre, o al menos mi tío, si yo tuviera algo por el estilo. Tiene mirada bondadosa, ojos oscuros y el pelo rapado. A Joaquin le cae bien, porque Carlos no se hace el importante, sino que se dedica a llenar los saleros y los pimenteros y se ocupa de las tareas más insignificantes, si es necesario—. ¿Has venido a buscar al inútil de tu

hermano?

—Sí, a menos que prefiera volver a casa en bicicleta —le digo levantando la voz, para que alcance a oírme entre las notas de acordeón que salen del estéreo. En El Mirador, se pasa música de conjunto todos los días, todo el día. Joaquin una vez me dijo que la escucha en sueños.

Carlos avisa a gritos que estoy aquí. El restaurante está casi desierto a esta hora, después del almuerzo y antes de la cena. Las compras están al sol, en el asiento trasero del Honda, así que espero que Joaquin venga deprisa.

—Hola, Elena.

Es Miguel Fuentes, que viste su uniforme blanco de ayudante y trae un cubo de plástico gris. Me sonríe. No lo he visto desde la primera fiesta, aquella vez que me invitó a salir y nos avergonzó a los dos. Me pregunto si ha salido de la cocina solo porque supo que yo había venido. Dios, espero que no.

—Hola, Miguel —respondo, mientras meto las manos en los bolsillos del vaquero. Intento sonreír, para no ser grosera, pero en secreto deseo que Joaquin se dé prisa.

—¿Va todo bien? —dice, con un gesto de hombros que pretende ser informal, pero es completamente forzado.

—Sí, todo va bien —respondo.

Recuerdo a J. C. y los besos junto al coche, que me hicieron palpitar de pies a cabeza. Recuerdo, emocionada, que, en unas horas, estaré en su coche camino al apartamento donde vive. No es que Miguel no sea una buena persona. Es que J. C. es un hombre y Miguel, no. Miguel probablemente comparta el cuarto con su hermano menor. Y probablemente todavía juegue a Dragones y Mazmorras con esos amigos raros que tenía en secundaria.

—El otro día fui a ver *Dentro del laberinto* —anuncia Miguel de la nada, y confirma así lo que acabo de pensar. Toma el cubo gris con las dos manos y sonríe.

—¿En serio? —Esa película parece más rara que la mierda—. Parece muy buena.

—Sí, es buenísima. Actúa David Bowie.

—No sabía que era actor ni nada por el estilo, aunque tampoco

escucho su música.

—¿Cómo que no escuchas a Bowie?

Carlos interrumpe sus tareas para fruncir el ceño y añadir:

—Es un genio.

Al menos, ahora no tengo que hablar solamente con Miguel. Miguel pone cara de fastidio.

—Bueno, si opinas que Bowie es un genio, ¿por qué no suena *Ziggy Stardust* en lugar de Flaco Jiménez todos los santos días?

—La verdad es que *Ziggy Stardust* no combina bien con las fajitas —argumenta Carlos.

Por fin, aparece Joaquin. Se desata el delantal blanco de camarero de la cintura y lo arroja. Aterriza, con puntería perfecta, sobre el hombro izquierdo de Miguel.

—¡Dos puntos! —grita mi hermano—. Oye, Miguel, ¿lo llevarías a la lavandería por mí?

Miguel actúa todo molesto, pero se ríe y Carlos también, y yo descubro la insólita experiencia de ver cómo es mi hermano en el mundo real. Es un tipo sociable, relajado, incluso un poco ridículo y gracioso.

—Es hora de que te hagas tú la colada, hombre —replica Miguel, pero queda claro que lo dice en broma. Es obvio que Miguel admira a Joaquin. Lo entiendo, porque Joaquin es mayor, y no es ayudante sino camarero, y ha tenido varias novias (secretas, que Mami nunca conoció): chicas que le dieron la mano mientras caminaba por los pasillos de la escuela, chicas que lo esperaban junto a su taquilla, felices de verlo. Miguel nunca ha salido con nadie en su vida. Puede que nunca haya besado a nadie. Me da pena, para ser sincera. Pero también me da tanta vergüenza que lo único que consigo hacer es sonreírle.

—¿Estás lista? —me pregunta Joaquin.

—Sí, y tenemos que darnos prisa. Hay helado en el coche y probablemente ya se haya derretido, y encontremos un charco de chocolate en el asiento trasero.

Nos dirigimos al aparcamiento de El Mirador, y pongo en marcha el coche, mientras Joaquin busca su bicicleta en el lateral del restaurante.

Mientras muevo las rejillas del aire acondicionado para asegurarme de que estén abiertas al máximo, veo una chica de pelo corto, que se acerca a Joaquin. Él está de espaldas, así que no la ve llegar y da un salto cuando ella le pellizca la cintura. Cuando Joaquin se da vuelta, ella se echa a reír, con una risa tan ruidosa que alcanzo a oírla a través de las ventanas subidas del Honda y entre el insistente zumbido del aire acondicionado. Joaquin sonríe tanto que de inmediato sé que se trata de la mismísima Besos Amy.

Él señala el coche con la barbilla, probablemente para avisar a Amy de que su hermana menor está a unos pocos pasos, espiándolos. Me alegro de que se lo advierta, porque lo último que quiero es ver a mi hermano besar a una chica mientras estoy sentada en un coche lleno de helado derretido. Podría mirar a un lado, pero no resisto la curiosidad. Amy es rara, no cabe duda. Creo que la he visto en los pasillos de LBJ, con los pocos punks que hay en Mariposa. Por lo general, usa botas negras y pesadas, con varios broches de metal, se pinta los labios de rojo oscuro y los ojos con una gruesa capa de maquillaje, viste camisetas negras y vaqueros hasta la rodilla cubiertos de palabras y símbolos dibujados con rotulador negro que no entiendo. Besos Amy definitivamente no es el tipo de chica que escucha a Madonna ni a Power 104, y tampoco es el tipo de chica dulce que no lleva maquillaje, estilo animadora, con la que Joaquin ha salido antes.

Sin embargo, a pesar de toda la rareza, es bonita. Es lógico, porque a pesar de que resulta asqueroso ponerse a pensar en eso, mi hermano es un tipo que tiene sus encantos. Estoy convencida de que él heredó más genes buenos del lado de Mami que yo, y están dispuestos de tal forma que no lo hacen parecer guapo sino atractivo.

De hecho, mi hermano se comporta como si fuera bien consciente de su atractivo, porque en este mismo instante está apoyado contra la pared del El Mirador como si fuera un James Dean moderno y tuviera todo el tiempo del mundo por delante. Después, se encoge de hombros y gesticula con las manos, mientras Amy sigue echando la cabeza hacia atrás y riéndose a carcajadas. Puede que mi hermano no sea feo, pero definitivamente no es divertido. Amy, por favor, no exageres. Entonces, me pregunto si parezco así de ridícula con J. C. Luego,

suspiro y sigo contemplando la escena: los empujones en broma, los roces y las risas exageradas. Están flirteando. Miro el reloj. Mami pronto estará a la espera de que lleguemos. Toco la bocina.

Los dos me miran. En realidad, Amy levanta la mano. ¿Me estará saludando? Le devuelvo el saludo, para no quedar mal. Por fin, Joaquin se despide con un gesto y cuando dice algo más, Amy se ríe como una desquiciada por última vez. Después, él camina hasta el coche y mete su bicicleta en el maletero. Amy se dirige a la puerta de El Mirador.

—¿Y esa quién es? —le pregunto mientras arrancamos.

—Amy —responde Joaquin—. ¿Nunca la has visto en el instituto? —Yo lo miro, con una mirada de complicidad.

—¿Te parece que frecuentamos los mismos círculos?

—Bueno, puede que no. Pero ella es genial. —Deja entrever una mínima sonrisa, y yo me doy cuenta de que opina mucho más que eso.

—¿En qué año está?

—Empezando el último.

—Ajá. —Conducimos en silencio. Me muerdo el labio, intentando reunir el valor, antes de añadir—: ¿Quiere decir que no te mudarás a California?

Al principio, Joaquin no demuestra ninguna reacción. Se queda con la mirada fija en la carretera y permanece en silencio durante tanto tiempo que, al final, me da vergüenza haber formulado esa pregunta.

—Olvídalo —le digo al fin.

—No, Elena —responde de pronto—. No lo sé. La verdad es que no sé lo que hago. —Se rasca la nuca, un tic nervioso de mi hermano, y luego resopla—. A la mierda. Ya lo he dicho: no sé lo que hago.

Lo miro. Tiene el ceño fruncido. Seguramente me esté escondiendo millones de cosas.

—¿O sea que quizás te marches? —le pregunto, con voz dulce, y, ojalá, no muy irritante.

—Es que todavía no me decido. Pero, Elena, si me voy, no significa que nunca me volverás a ver.

Nos detenemos en un semáforo en rojo y lo miro.

—Vamos, Joaquin. No me mientas. Sabes que no será lo mismo.

California no está a la vuelta de la esquina. Ni siquiera es Houston.

Joaquin mueve la pierna y tamborilea los dedos sobre la rodilla.

—Bueno, todavía no lo sé. Y si te hace sentir mejor: no, no tengo planes de mudarme a California ya, ¿de acuerdo?

Respiro hondo, satisfecha.

—De acuerdo.

Elijo ignorar la palabra *ya* y me quedo con la frase «no tengo planes de mudarme a California».

Nos estamos acercando a casa, pero supongo que Joaquin cree que ahora él está autorizado a interrogarme, porque dice:

—¿Y qué pasa entre tú y don Grateful Dead?

—Se llama J. C.

—¿Por Jesucristo? —Se echa a reír. En ese preciso instante, me doy cuenta de que no sé su nombre completo.

—John Christopher, ya que preguntas —le digo, con voz súper irritada—. Y es genial y muy atento. Esta noche nos vemos.

—¿Los Callahan te necesitan?

—No, están en Houston. Quizás pueda escabullirme si tú estás en casa. ¿O tienes planes con Amy? —Giro para tomar nuestra calle.

—Bueno, no tengo planes—dice Joaquin—. Ella trabaja hasta que cierra el restaurante, así que supongo que no.

—Me las ingeniaré.

—Sabes, tal vez si salieras con un chico como Miguel, ni siquiera tendrías problemas.

Aparco en la entrada, contenta de poder prestarle toda mi atención a Joaquin mientras le lanzo la mirada más suspicaz posible.

—¿Miguel? ¿De El Mirador?

Joaquin mueve las manos como si quisiera borrar las palabras.

—Tranquila, Elena. Solo digo que Mami quizás te daría permiso para salir con un chico como Miguel, y no tendrías que escabullirte para verlo, como con don Grateful Dead.

Apago el motor y arranco las llaves del coche.

—¿Me harías el favor de llamarlo por su nombre? —digo, con la voz llena de frustración—. ¿Y me harías el favor de dejar de vivir en un mundo de fantasía donde Mami me dejaría salir con chicos como Miguel Fuentes?

—Tal vez si te enfrentaras a ella de vez en cuando, podría funcionar —replica Joaquin, con una mirada incisiva. Noto que se arrepiente de lo dicho un segundo después de decirlo, como siempre que intenta analizar cómo me trata Mami.

—Te pido que dejes de opinar sobre algo que no entiendes para nada.

En los treinta segundos que hemos estado sentados aquí sin aire acondicionado, ya he comenzado a sudar. Abro la puerta y con un gesto le indico a Joaquin que esta charla ha terminado. Salgo del coche, y Joaquin me imita.

—Mira, Elena, lo único que digo es… —Se interrumpe y le echa un vistazo al porche antes de bajar la voz hasta continuar en susurros—: Olvida a Mami. Lo que quiero decir es que Miguel es un buen tipo y sé que le gustas. O sea, siempre habla de ti, pregunta por ti. Mereces salir con un buen tipo, eso es lo que quiero decir.

Me asomo por encima del capó oxidado del Honda para mirar a Joaquin, y la ira baja algunos grados.

—Está bien, pero J. C. también es un buen tipo.

No sé qué definición maneja Joaquin de «buen tipo», pero ¿no ha sido amable conmigo J. C.? ¿No me ha besado hasta que he sentido cosquillas y me ha dicho que soy preciosa y se ha reído de las cosas graciosas que he dicho?

De pronto, oímos el chirrido de la puerta de entrada.

—¿Por qué habéis tardado tanto?

Joaquin y yo nos sobresaltamos. En la voz de Mami, hay una clara nota de mal humor.

—Lo siento, Mami —le digo, apresurándome a abrir la puerta trasera y tomar las dos bolsas de papel.

—Ha sido culpa mía —interviene, mientras se acerca y me quita las bolsas de las manos—. Carlos me ha pedido que terminara algunas tareas antes de irme.

Le doy las gracias con la mirada, mientras se me hincha el pecho de gratitud por mi hermano mayor.

—Tu turno termina cuando termina —sentencia Mami desde el porche, como si fuera experta en administración de restaurantes.

Tiene la blusa desabrochada, que asoma sobre unos pantalones

color caqui. De inmediato, frunce el ceño y se peina la melena revuelta con las manos, mientras mira a ambos lados de la calle, para ver si alguien se aproxima. Se moriría si algún vecino la encontrara así, desarreglada, aunque no habla con ninguno de ellos.

—Siento haber retrasado a Elena —le dice Joaquin, mientras camina hacia los escalones.

Tomo más bolsas de víveres y lo sigo. Mami no responde, solo se da media vuelta y entra, sin sostener la puerta, que se cierra de un golpe ante nuestras narices.

—Bueno, las disculpas sí que han servido —comenta Joaquin.

La escena es tan cómica que no puedo evitar reírme a carcajadas, y mi hermano también se echa a reír. Olvidamos lo que acaba de suceder y todo lo anterior, y disfrutamos de ese breve instante juntos, en el porche. Luchamos para mantenernos a flote bajo el peso de las bolsas, como si fuéramos los únicos supervivientes de un naufragio, en una balsa, a mitad del mar, sin más opción que la de aferrarnos el uno al otro.

CARIDAD

1961

Todo se derrumbó, deprisa y despacio, como una torre de bloques de madera se tambalea durante lo que parece una eternidad antes de desplomarse.

Qué extraño le resultaba a Caridad ver a Juanita contando cupones de racionamiento para la carne y el azúcar, volver del mercado con bolsas más vacías que llenas. Qué espantoso fue descubrir, una mañana, que su colegio había cerrado para siempre y que la enviarían a otro, donde ya no encontraría a sus queridas monjas sino a maestras jóvenes que hablaban sobre la revolución y el cambio, y le preguntaban a Caridad si sus padres criticaban al Comandante. Qué insólito era escuchar a su madre y su padre hablar en inglés, articulando las palabras con lentitud y claridad, cosa que hacían para ocultarle información, y qué frustrante resultaba no entender lo que decían. Por más que diera vueltas por los pasillos con frecuencia y escuchara al otro lado de las puertas para averiguar de qué charlaban, Caridad no comprendía nada de aquellos sonidos foráneos, frágiles como bebés recién nacidos, en boca de sus padres.

Y pronto llegó la horrible tarde en que Caridad tuvo que decirle adiós a Juanita, a quien sus padres despidieron tras descubrirla escuchando los discursos del Comandante en la radio de la cocina, desatendiendo sus deberes para seguir su voz entusiasta y enérgica durante lo que parecían horas. Cuánto le dolió el corazón a Caridad cuando Juanita, en su vestido blanco y almidonado, la abrazó fuerte y le susurró:

—Nuestro mundo está cambiando y será un lugar mejor. Nunca lo olvides, mija.

Las últimas palabras que le había dedicado no trataban sobre ellas, sobre los años que habían vivido juntas, sino sobre los cambios que estaba atravesando el país, que, según Juanita, eran buenos. Caridad la vio caminar por la calle sin mirar atrás ni una sola vez, hasta desaparecer al doblar la esquina, y luego estalló en lágrimas, allí en el calor ardiente del mediodía.

A la semana siguiente, ya había una nueva criada, una mujer baja y tosca llamada Marta, que se movía por la cocina con la violencia de un huracán. Frunció el ceño cuando descubrió que Caridad se llevaba comida a escondidas, antes de recordarle el racionamiento gubernamental recién implementado. No le preparaba el baño a Caridad, ni le desenredaba el pelo, ni le servía más postre que al resto. De hecho, ni siquiera había postre.

Un domingo, cuando salían de misa, un grupo de manifestantes rodeó a Caridad y a sus padres, y comenzó a gritarles ofensas. Dios estaba muerto, y

ellos eran tan estúpidos que seguían creyendo en las mentiras. En lugar de adoptar las nuevas ideas de la revolución, se aferraban a las costumbres tradicionales. Caridad miró a los ojos a un niño, que tenía los puños apretados y la boca abierta: «¡Estás perdida!», le gritó él, en ese momento.

Caridad pensó que el niño quizás tuviera razón. ¿Acaso no se sentía perdida? Era cierto: parecía que Dios estaba muerto, que había perdido todo lo que alguna vez había amado, todo lo que había llegado a conocer y sentir como propio, todo lo que había creído suyo por obsequio de Dios. Daba la impresión de que todo había desaparecido en las frías aguas azules de Varadero, donde los barbudos estaban asentados hacía tiempo, donde habían tomado las casas de los más ricos, los que habían huido a tiempo, con las joyas cosidas en el vuelo de la falda y el dinero escondido en libros de fondo falso.

Pero Caridad también se fue de la isla, con el tiempo. Aunque cuando todo comenzó, no entendió que se iría para jamás volver. Una mañana, su madre y su padre la llamaron a la salita y le explicaron que pronto viajaría a Estados Unidos a aprender inglés. Pasaría un mes allí.

—¿Vosotros vendréis conmigo? —preguntó Caridad, confundida.

Acarició el terciopelo suave que tapizaba el sofá. Analizó el cenicero de madreperla que estaba sobre la mesa. Y escuchó a su madre responder:

—No, nosotros ya sabemos inglés. Pero es una buena oportunidad para ti, hija, y cuando vuelvas, podremos charlar los tres.

Su padre se puso de pie, encendió un cigarrillo y miró por la ventana sin decir nada. Caridad deseó, aunque no por primera vez, que Juanita aún estuviera en la casa para que todo cobrara sentido, pero tan pronto como pudo, se recordó que Juanita la había abandonado y los rincones de su corazón reservados para la mujer que la había cuidado desde su nacimiento continuaron encogiéndose.

—Los padres de Graciela no la obligan a marcharse para aprender inglés —replicó Caridad—. No sé por qué vosotros sois crueles conmigo.

Ella se cruzó de brazos y puso mala cara, incapaz de leer la expresión de dolor de su madre, incapaz de registrar la tensión dibujada en el rostro de su padre cuando se apartó de la ventana para mirarla con ojos tristes. Sus padres no consiguieron consolar a Caridad, aunque lo intentaron, con torpeza. La verdad era que no se habían dedicado a criar a su hija para que sufriera. Y, en muchos aspectos, no se habían dedicado a criarla en absoluto.

Y así fue cómo una mañana, vestida con zapatos de color rosa y su vestido rosa más bonito, de cuello blanco al estilo Peter Pan, cargando una maleta llena de su ropa favorita y un álbum de fotografías, se subió a un coche con sus padres y se dirigió al aeropuerto de La Habana, mientras el corazón le latía

con violencia. Su madre se quedó en el coche. Le explicaron que solo uno de los dos podía acompañarla, así que su madre se bajó para darle un abrazo. Ya no olía a Arpège porque ya no era posible comprar perfumes importados: su guapísima madre olía a jabón y talco. Por algún motivo, Caridad se enfureció, como si le negaran la despedida merecida.

—Te veré en un mes —dijo su madre, sonriendo, mientras se alejaba. Tenía los ojos húmedos, pero no lloraba. En cambio, Caridad sí.

—No entiendo por qué hacéis esto —exclamó ella, mientras las lágrimas le empapaban la cara.

—Por favor, confía en nosotros, *mi vida* —dijo su madre, y le dio un último abrazo antes de volver al coche.

El aeropuerto estaba repleto de gente. Las familias iban y venían, los bebés lloraban. Caridad de pronto se encontró de pie junto a su padre, muda, mientras él hablaba con una de las autoridades, un militar robusto de barba tupida, muy parecida a la del Comandante, con una pistola en el cinturón. El padre de Caridad le entregó al militar varios documentos, que el hombre estudió. El aire olía a cigarrillos y limpiador barato. Ella resistió el impulso de tomar la mano de su padre. Era demasiado grande para esas cosas y, además, en parte estaba enfadada con él.

Un segundo después, sin embargo, su padre la rodeó con sus brazos y le susurró instrucciones al oído. *Pórtate bien. Ve con cuidado. Haz lo que te dicen*. A continuación, Caridad pasó a una suerte de sala de espera, rodeada de cristales. Otro soldado revisó su maleta, un hombre tosco, con marcas de viruela en las mejillas tostadas.

—¿Tus padres critican al Comandante? —le preguntó, metiendo las manos entre la ropa de Caridad, entre su vestido de verano verde lima, entre su pijama floreado.

Caridad reparó en que el soldado tenía las uñas sucias y resistió el impulso de fruncir el ceño mientras le respondía que no. Después, el hombre le empujó la cabeza hacia abajo sin previo aviso y le inspeccionó el pelo como si fuera un animal salvaje que hurgaba el suelo en busca de semillas. Luego, Caridad comprendería que había estado buscando joyas cosidas entre sus rizos gruesos.

Cuando la inspección terminó, Caridad se dedicó a mirar a la multitud que estaba dentro de la pecera. Se dio cuenta de que solamente había niños allí y de que ella, con dieciséis años, era una de las mayores. Una niña varios años menor que ella llevaba de la mano al que probablemente fuera su hermanito, los dos rostros pálidos como la tiza. Un niño, de unos once o doce años, había conseguido una hoja de papel y escribía mensajes, que luego acercaba al

cristal para que los leyera una mujer al otro lado, una mujer con ríos de lágrimas negras en las mejillas, manchadas de máscara para pestañas. Los niños pequeños deambulaban por el espacio, moqueando y sollozando.

Caridad buscó a su padre y lo encontró de pie al otro lado de la pecera, mirándola. Se acercó al cristal y apoyó la mano contra la superficie transparente, para despedirse de él. Su padre respondió, con la mano en alto, una sonrisa triste en el rostro, elegante como siempre en su traje de lino. Y fue en ese momento cuando Caridad entendió que sus padres le habían mentido.

No pasaría un mes en los Estados Unidos. Incluso, puede que nunca regresara a Cuba. Que su madre y su padre creyeran que aún era una niña y podían seguir engañándola la hizo arder de ira. Al mismo tiempo, se le cerró la garganta de tristeza, al comprender que era su último intento de consentir a su hija única.

Años más tarde, Caridad recordaría aquel día. Evocaría las horas de nervios y espera, el momento en que la llevaron hasta el avión, que tenía escrito Pan American a un costado, en letras negras. Recordaría haber tratado de captar la mirada de su padre, en vano. Evocaría a la azafata rubia y de caderas estrechas, no mucho mayor que ella, de uniforme celeste y sonrisa blanca, que con su español torpe hacía reír a los niños más pequeños. Recordaría la goma de mascar blanca, bañada en azúcar, marca Adams, que le entregó la azafata, la primera que Caridad había probado en mucho tiempo. ¡Qué dulce era! Había disfrutado del sabor a menta, que en cuestión de minutos perdió todo el gusto.

Con el paso del tiempo, ya en Texas, incluso después de que comenzara a tener sueños donde hablaba inglés y no español, aún sería capaz de rememorar el ruido del motor y el despegue repentino del avión, el paisaje azul del océano. Lo recordaría todo con detalle. Y cuando volvía a pensar en aquel día, el día en que fue expulsada de su tierra natal, no conseguía decidir si lo que le había sucedido había sido bueno o malo, afortunado o desafortunado. Era una cuestión que se negaba a analizar. La respuesta le dolería demasiado, se le clavaría en la piel. Si la vida estaba decidida a sacudirla con la fuerza de una ola, Caridad opinaba que era mejor entregarse al vaivén. Y así se llenó de furia y trató de controlar por completo lo poco que estaba en su poder.

ELENA

CAPÍTULO OCHO

Mami únicamente me da permiso para ir a ver los fuegos artificiales del 4 de Julio porque sabe que voy con Joaquin a la playa. Allí buscamos un sitio para instalarnos y nos sentamos sobre una de nuestras toallas raídas, y a veces viene Michelle a hacernos compañía. Joaquin lleva latas de Budweiser y no me deja probar ninguna, y en cuanto las estrellas, con sus rayos rojos, azules y verdes, dejan de iluminar el cielo nocturno sobre el centro, Joaquin se pone de pie y dice:

—Volvamos rápido al coche para adelantarnos al resto.

El primer verano que nos dieron permiso para ir, yo tenía once años, y mi hermano y yo nos montamos en bicicleta hasta la playa, sonrientes. Estaba extasiada de salir de casa sin Mami, de salir para ver algo divertido. No sé cómo lo hizo Joaquin para convencerla de que me dejara acompañarlo, pero lo hizo. Qué divertido era pasar el día festivo rodeada de la multitud, aunque a veces la playa estuviera tan concurrida que resultara difícil encontrar sitio.

Me imagino que los Callahan pasarán las horas en la terraza de su casa, en Punta Isabel, con vista privada a los fuegos artificiales. Matthew y Jennifer probablemente estén vestidos de pantalones cortos blancos, recién planchados, y camisetas de rayas rojas y blancas que cuestan más que todo mi guardarropa. Tal vez la señora Callahan haya atado con un lazo azul los rizos rubios de Jennifer, que todavía conservan la suavidad del cabello de bebé, hasta tal punto que las cintas se resbalan y se pierden. Me imagino al señor Callahan, tendido

en una tumbona, bien preparado para la ocasión, con el *Wall Street Journal* desplegado sobre el regazo. Contempla la figura bronceada y elegante de su esposa, que viste un atuendo color rosa y verde pastel, mientras prepara los cócteles. Es absurdo que Mami crea que el señor Callahan la engaña: ella es bonita, y muy agradable y dulce. Claro que él viaja a menudo por trabajo, pero lo hace para mantener a su familia. En lo profundo de mi corazón, sé que los Callahan estarán juntos para siempre.

Puede que nosotros no estemos en una terraza, en Punta Isabel, pero espero que Joaquin y yo lleguemos a la playa a tiempo para encontrar un buen sitio y ver los fuegos artificiales. Es viernes por la noche, así que todo parece mucho más emocionante. Se supone que Joaquin se encontrará allí con Amy, y yo me las he arreglado para llamar a J. C. durante la siesta de la tarde de Mami, y entre la larga lista de tareas que me había encargado, he quedado con él. Me imagino besando a J. C. bajo los fuegos artificiales, lejos de Joaquin y su novia. Será una escena de película. Pero primero tenemos que recoger a Amy, y yo tengo que viajar en el asiento trasero del coche como si hubiera tomado un taxi.

—Hola —dice Amy, mientras se acomoda en el asiento de copiloto. Después, besa a mi hermano, mientras yo miro por la ventana, avergonzada—. Elena, ¿no? —me pregunta, por encima del hombro. Lleva pintalabios negro.

—Sí, hola —respondo.

—Te he visto en los pasillos de la prisión —añade ella y se ríe de su propia broma. Joaquin también se echa reír y suena un poco exagerado. Me río unos segundos más tarde, sin entender. Puede que la escuela sea una prisión para Amy, pero estoy bastante segura de que puede ir y venir de su casa cuando le da la gana, así que no tiene ni idea de lo que dice.

Los dos se sumergen en un mundo de susurros. Amy revisa los casetes de Joaquin y hace comentarios. Yo vuelvo a mirar por la ventana, tratando de vislumbrar mi reflejo, porque quiero estar bonita para J. C. Busco el cepillo que he traído y me peino varias veces. Cuando al fin Joaquin encuentra un sitio para aparcar, caminamos hacia la playa. Joaquin y Amy van delante. Ella le da la mano, como si

fuera lo más natural del universo, y Joaquin la mira y le sonríe, contento. Amy es un poco rara, pero quiero que mi hermano sea feliz. Si es feliz, tal vez se quede aquí.

—¿Está bien si nos separamos? —pregunto cuando llegamos a la playa. Echo un vistazo al puesto de socorristas donde he quedado con J. C.

—Siempre y cuando nos reunamos en el coche apenas termine el espectáculo —responde Joaquin—. Y no hagas idioteces.

Amy le da un codazo en las costillas.

—No seas tan sobreprotector. Tu hermana menor tiene todo el derecho a tener novio.

Me lanza un guiño cómplice. No sé si me da vergüenza o alegría que ella sepa lo de J. C. y diga que es mi novio. Pero la miro con gratitud y prometo que los veré en el coche apenas termine el espectáculo. Luego me quito las chanclas y me abro paso por la orilla, en busca de J. C.

Lo veo donde hemos quedado, pero él no nota que me acerco. Está apoyado contra la silla del socorrista, hablando con otro chico, que lleva pantalones cortos y una camiseta sin mangas blanca, y parece de su misma edad. Hay gente por todas partes: familias con niños, parejas jóvenes, personas mayores que luchan contra sus sillas plegables. Todos intentan localizar el mejor sitio para observar los fuegos artificiales. Pero, entre los cuerpos en movimiento, espío a J. C.: con mucha discreción, toma algo de la mano del chico y luego saca de su bolsillo lo que parece una bolsa de plástico enrollada, y se la da en un movimiento bien ensayado. Luego, mira alrededor como si fuera un espía torpe en una película en blanco y negro. Todavía no me ha visto, aunque estoy a pocos metros de distancia. El chico inclina la cabeza a modo de saludo y desaparece entre la multitud.

Cuando por fin alcanzo a J. C., le toco el hombro. Él se sobresalta y se da media vuelta.

—Ah, ¡hola! —dice, sobreactuando.

Me abraza y me besa en el cuello, y durante unos segundos me entrego al momento. Pero no puedo borrar la escena que acabo de presenciar.

—Hola —respondo—. ¿Con quién estabas hablando?

—Con un tipo que me he cruzado en la playa, nada más —explica y se encoge de hombros—. Creo que también conoce a Michelle.

Me quedo confundida, tratando de repasar las imágenes en mi mente. Sé lo que he visto. Pero entonces miro a J. C. Su sonrisa ansiosa. Su espalda ancha. Sus oscuros ojos risueños. Bueno, quizás venda marihuana. La verdad es que probablemente sea menos dañina que el alcohol. J. C. nunca se pone cruel cuando se droga como Mami cuando se emborracha. Y si el alcohol es legal, ¿por qué no la marihuana?

—Busquemos dónde sentarnos —le digo, mientras le doy la mano, en un instante que todavía me resulta emocionante y nuevo. Cuando el sol comienza a ponerse y el anochecer se posa sobre nosotros, damos con el sitio ideal y desplegamos la toalla raída que he traído.

—¿Has visto a Michelle? —le pregunto.

—No.

Tiene dos latas, envueltas en bolsas de papel. Me da una y la abro. De pronto, me doy cuenta de que no he hecho planes para encontrarme con Michelle este año, aunque por lo general ella ve los fuegos artificiales conmigo y con Joaquin. Me inunda la culpa. Durante las últimas semanas, he hablado poco con Michelle, y la echo de menos. Sé que es por J. C., pero creo que mi amiga comprenderá que tengo suerte de tener novio. Además, quizás J. C. se marche, cuando las clases vuelvan a empezar. Me repito a mí misma que Michelle no va a enfadarse.

J. C. toma un sorbo de cerveza y se recuesta sobre los codos. Me bebo la mitad de la lata tan rápido como puedo, tratando de no prestar atención al sabor. Comienzo a experimentar un ligero entumecimiento. La imagen de J. C. y el chico, junto al puesto del socorrista, se desdibuja poco a poco. J. C. es atractivo, divertido, y le gusto.

—Ey —dice, y roza su rodilla contra la mía—. ¿Cómo te hiciste esa cicatriz? —me pregunta señalando una línea descolorida en mi barbilla. La recorre con el dedo hasta que empiezo a temblar.

—Ah, me la hice luchando contra los tigres del zoológico de Houston.

J. C. se sorprende y me mira con el ceño fruncido.

—¿Qué?

—Bueno, en realidad, me la hice cuando salté en paracaídas desde un helicóptero y aterricé en una parte remota del desierto del Sahara —respondo esta vez, y sonrío.

—¿Estás loca? —me pregunta J. C. con un resoplido—. ¿De qué estás hablando?

—Es un pasatiempo —le digo, tomando un sorbo de mi cerveza—. Mi hermano y yo solíamos jugar juntos: inventábamos historias sobre nuestras cicatrices. A veces todavía jugamos, pero no recuerdo cómo comenzó.

Lo recuerdo, en realidad, pero es mejor dejar ese relato para otra noche. O para ninguna.

—¿Así que mentís por diversión?

—Sí.

Entonces, le cuento a J. C. que Joaquin y yo solíamos jugar de pequeños, atrapados frente a la televisión los sábados, aburridísimos, mientras Mami intentaba recuperarse de la resaca o salía de casa para hacer las compras. La cicatriz de cuando me quemé el antebrazo con el horno se convirtió en la mordedura de un perro rabioso que deambulaba por las calles de nuestro vecindario. El círculo blanco e irregular de la rodilla de Joaquin que solía ser una verruga se transformó en la picadura de una anaconda que mató con sus propias manos, durante un safari. El corte delgado y oblicuo en mi pantorrilla que dejó una marca correosa, ya no era culpa de la mesa sino de algún personaje aterrador de las noticias: Richard Ramírez, Gadafi, un comunista anónimo.

—Ahora me gustaría tener un hermano o una hermana —dice J. C. cuando termino de hablar. Vacía la cerveza—. Pero hablando en serio. ¿Cómo te hiciste la cicatriz de la barbilla?

Me doy cuenta de que la estoy tocando. La cicatriz está tan desvanecida que apenas puedo palparla. Le digo a J. C. que no me acuerdo, y él me cree.

Cuando ya es de noche y comienza el espectáculo, J. C. y yo nos acurrucamos. Me besa y luego, guiñando un ojo, mete lentamente una mano bajo mi camiseta y la apoya posesivamente sobre mi pecho izquierdo. Su pulgar se abre paso en mi sostén y me roza el pezón una

vez y luego otra. Comienzo a sentir calor y una palpitación que me recorre el cuerpo.

—¿Todo bien? —me susurra al oído. Asiento porque no puedo hablar—. Ojalá pudiéramos irnos de aquí.

Su pulgar, delicado pero firme, se mueve de nuevo.

—Sí, ojalá —consigo decir.

—Podemos ir caminando a mi apartamento.

—Sí —le digo, con la cara hundida en su pecho—, ya lo sé.

De pronto, escucho una explosión en el cielo, seguida de una ovación colectiva de felicidad. Una niña grita: «Mami, ¡ya empieza!».

J. C. no espera mi respuesta, sino que se pone de pie enseguida. De pronto, comienzo a seguirlo entre la multitud, aturdida, pisando las mantas de desconocidos que murmuran irritados. Solo sé que J. C. quiere llevarme a su apartamento y tengo que seguirlo. Me lleva de la mano, y me arrastra. Sin decir palabra, caminamos hasta su apartamento. El olor a comida rápida barata y agua salada me corta la respiración. El cielo estalla a mi espalda, y se oyen coros de «Ah» y «Uh», pero no miro hacia atrás, mientras subo las escaleras y entro.

* * *

Cuando vuelvo al coche, Joaquin está furioso y Amy está a media manzana, imagino que buscándome a mí.

—¿Dónde cojones has estado? —vocifera mi hermano.

Después, le grita a Amy que ya he vuelto antes de poner toda su atención en mí. Pasa una tropa de adolescentes, que parecen turistas en sus polos y chinos, y estallan en carcajadas.

—Parece que alguien se ha metido en probleeeemaas —canta uno de ellos.

—Lo siento, Joaquin. Se me han pasado las horas y no me he dado cuenta.

Y en serio lo siento. Creía que iba a oír los fuegos artificiales de cierre desde el apartamento de J. C., y quizás así hubiera sido si lo hubiera intentado. Pero en cuanto he entrado, un sueño febril me ha invadido. No lo hemos hecho todo, pero ha sido lo más cerca que hemos llegado. Con solo recordarlo, se me acelera el corazón y bajo la

mirada. Me da vergüenza pensar en esas cosas cuando mi hermano mayor está cerca.

—Creía que te había pasado algo —dice, furioso. La culpa me desgarra. Reviso mi reloj. Son pasadas las diez. Me pregunto si Mami estará despierta, alterada sin saber dónde estamos. Se me vuelve a acelerar el corazón, pero por otros motivos.

—¿Cuándo han terminado los fuegos artificiales?

—Hace casi media hora —ladra Joaquin. Entonces Amy nos alcanza, con la cara brillando de sudor a la luz de las farolas.

—Hola —dice sin aliento.

—Lo siento, no hacía falta que salieras a buscarme.

—No hay problema. Joaquin quería ir, pero le dije que esperara junto al coche y que se tranquilizara. Pensé que si te encontraba él, se volvería loco. —Le da un empujón a mi hermano y sonríe. Bajo el resplandor de las farolas y en contraste con el pintalabios negro, sus dientes parecen aún más blancos—. Joaquin, deja en paz a tu hermanita.

Ella lo lleva al coche y pone fin a la charla entre nosotros. Me acomodo mansamente en el asiento trasero.

—Tengo que dejar a Amy primero —dice Joaquin con voz ronca, y se dirige hacia el vecindario de su novia.

Miro por la ventana y veo a las madres que fuman sentadas en los escalones de las cabañas y las casas de campo, con camisetas sin mangas y vaqueros. En esta zona, viven familias de clase trabajadora, como la nuestra. Los niños corretean en los ínfimos patios de sus casas, con bengalas apagadas en las manos, que parecen varitas mágicas. Joaquin aparca frente a una casa vieja pero conservada y sale sin decir ni una palabra. Amy está a punto de seguirlo, pero antes se vuelve hacia mí, sonriendo.

—Espero que te hayas divertido con tu novio —me dice.

—Gracias —le respondo, esperando no sonar como una niña.

Una vez que se bajan del coche, me doy cuenta de que Joaquin no ha aparcado en la puerta de Amy. No quiere que lo vea caminar con ella hasta su casa. Vuelve unos minutos después y cuando se acomoda en el asiento del conductor me dice:

—Puedes pasarte al asiento delantero, ¿no?

—Estoy bien aquí.

Todavía tengo vergüenza. Además, sé que Joaquin está enfadado y no me gusta cuando se enfada conmigo. Arrugo la frente. En mi cuerpo, ya no quedan rastros de las sensaciones que he experimentado en el apartamento de J. C.

—¿Dónde has ido? —me interroga, mientras me observa por el espejo retrovisor. Yo no le sostengo la mirada—. Y no me digas que has pasado todo el tiempo viendo los fuegos artificiales.

Yo suspiro y me cruzo de brazos.

—Hemos ido a su apartamento a pasar el rato. —Joaquin resopla.

—Sí, claro —responde, sacudiendo la cabeza.

—Basta. Ya me he disculpado.

—Está bien.

Continuamos el resto del viaje en silencio hasta que llegamos a casa. Me quedo mirando la entrada. Las luces no están encendidas, y doy las gracias. Mami debe de estar desmayada, como mínimo. Joaquin aparca, pero no apaga el motor, sino que lo pone en punto muerto.

—¿Qué? —le pregunto, preparándome para lo que sigue.

—Quiero saber por qué no te ha acompañado al coche por lo menos.

—¿Eh?

—No mientas más, Elena. ¿Por qué J. C. no te ha acompañado al coche esta noche?

—No sé —respondo. Pongo la mano sobre la manilla de la puerta, para indicar que la charla ha terminado.

—Mira, está bien si no quieres responder —dice, cuando por fin apaga el motor y se da media vuelta para que pueda mirarlo a la cara —. Pero debería haberte acompañado. Eso es todo. Un chico debería acompañar a la chica hasta su casa. Hasta la puerta, hasta el coche, hasta donde ella vaya. Es importante que lo sepas, ¿de acuerdo? Eso es lo que debería hacer un hombre.

Alzo la vista, exasperada.

—Está bien. No es que él no quisiera. Se ofreció, y le dije que no hacía falta. —Abro la puerta del coche.

—Sí, claro, Elena —dice, con voz apagada.

—¿Ya podemos entrar?

—Las luces no están encendidas. Espero que esté fuera de combate.

—Ojalá —le digo, agradecida por el cambio de tema.

—Está bien, vamos —dice.

Nos bajamos del coche y la grava cruje con cada paso que damos. Cuando Joaquin abre la puerta principal, me doy cuenta de que no he visto ni un solo fuego artificial en toda la noche. Será el año que viene, supongo.

CAPÍTULO NUEVE

Michelle seguramente esté ofendida porque anteayer no fuimos juntas a ver los fuegos artificiales. Es domingo a media mañana, y la he llamado cuando Mami estaba durmiendo la siesta después de misa, pero su padrastro ha dicho que no podía hablar. Creo que es la primera vez que Michelle me pone esa excusa.

También pienso en hacer una llamada a J. C. a escondidas, pero no quiero parecer desesperada, porque solamente han pasado dos noches desde el 4 de Julio.

Más tarde tengo que ir a cuidar a Jennifer y Matthew porque el señor y la señora Callahan saldrán a cenar. Lo tengo todo pensado. Voy a llevar a los niños al paseo marítimo y compraremos dulces fritos o helado o tal vez ambos. Luego, iremos a los videojuegos. Y, después, de vuelta, a la hora de dormir les leeré *La señora Piggle-Wiggle* y actuaré todas las voces hasta que se echen a reír tanto que Jennifer tenga que correr al baño para no hacerse pis en la cama. Los dos adoran a la señora Piggle-Wiggle, y yo también, para ser honesta. Cada vez que Mami nos llevaba a la biblioteca, hojeaba esos libros. Los Callahan no tienen que ir a la biblioteca: tienen la colección completa.

Le he pedido al señor Callahan que me recogiera a las siete y media, pero le diré a Mami que me necesitan después del almuerzo. Así puedo salir temprano, antes de la hora de trabajo, para visitar a Michelle.

Y luego puedo ver a J. C. también.

Me falta el aliento con solo pensarlo. Recuerdo la noche que pasamos en su apartamento durante los fuegos artificiales. Sus manos

en mi cuerpo, el olor de su piel. Tomo una bocanada de aire. Cuando estoy con J. C., siento hambre. Es la única palabra que se me ocurre para describirlo. No, no siento hambre: me siento famélica.

Mami sale del dormitorio. Espero no estar sonrojada. Ella entrecierra los ojos y luego los abre y suspira, como si estuviera decepcionada. Hemos vivido en esta casa horrible desde que yo tenía tres años, pero creo que Mami todavía espera despertar algún día y encontrarlo todo distinto.

—¿Y tu hermano dónde está? —pregunta, mirando alrededor.

—Trabajando —le digo.

Mami asiente y camina hacia la mesa de café. Allí acomoda los posavasos y las revistas.

—Este lugar es un desastre —murmura.

—Te ayudo a ordenar —digo, y vuelvo a doblar la manta doblada que descansa en el respaldo del sofá y a ahuecar los almohadones, que compramos en la tienda de segunda mano y siempre se desinflan.

—¿Has sacado la ropa que no usas como te pedí? —me pregunta, mientras se dirige a la cocina para preparar un trago.

—Sí —le miento—. La semana pasada. Llevé las cosas a casa de los Callahan para que se las dieran a la empleada doméstica, que tiene una hija.

A Mami le gusta hacer donaciones. Joaquin dice que así se siente superior. La verdad es que cuando éramos pequeños, durante algunas Navidades, recibimos juguetes de la iglesia. Me enteré porque Joaquin me lo contó. La familia de su amigo Billy Goodwin había donado un set de Meccano y el juego Hungry Hungry Hippos solo para nosotros, dijo. Creo a que Joaquin le daba vergüenza. En esa época, yo era demasiado pequeña para preocuparme por cosas como esas. Lo único que me molestaba era jugar a Hungry Hungry Hippos en el porche porque Mami decía que hacía demasiado ruido.

Mami se sienta a la mesa de la cocina y le da un sorbo a su bebida, con la mirada ausente. Me pongo tensa, anticipando lo peor.

—¿Qué te ha dicho tu hermano sobre California? —pregunta al fin. Voy a la cocina, en busca del limpiacristales y de un trapo para limpiar las ventanas de la sala. Se me hace un nudo en la garganta. Entonces, ella repite—: ¿Qué te ha dicho?

—Creo que lo mencionó —comienzo a decir, mientras rocío Windex y cierro los ojos para que no me entren las salpicaduras. Mami siempre hace lo mismo: intenta sacar información sobre uno de sus hijos preguntándole al otro. A Joaquin le sale bien hacerse el tonto. A mí, no tanto. Mami conoce esa debilidad mía y se aprovecha de ella.

—¿Cómo que «crees» que lo mencionó? Os escuché hablando sobre el tema el otro día. —Hace una pausa para tomar su bebida—. Te crees que no escucho nada con la puerta cerrada, pero te equivocas.

El hielo tintinea contra el cristal e indica que queda poco en el vaso. No sé cómo lo hace para beber tan rápido.

—Me refiero a que creo que lo mencionó una vez, como si fuera de viaje.

—¿De viaje o de por vida?

—No sé.

Hay un largo silencio.

—¿Por qué se marcharía? —Ella lo sabe. Ella lo sabe y quiere que yo lo diga. El silencio se cierne sobre nosotros. No va a rendirse hasta que yo responda.

—Creo —empiezo, preparándome—, creo que tal vez quiere localizar a nuestro padre.

Silencio de nuevo. Froto la ventana ya reluciente hasta que rechina como un ratón.

—No sé qué imagina que encontrará —me dice—. La última dirección que tengo de ese hombre es de 1974.

La respuesta me sorprende, porque da pie a una conversación y no estoy acostumbrada a esas situaciones con Mami.

—Sí —le respondo, y me doy media vuelta para mirarla al ver la oportunidad que se presenta—. No sé por qué se esfuerza. O sea, no sé por qué está tan entusiasmado por encontrar al hombre que nos abandonó.

Mami me regala una sonrisa inesperada. Al verla contenta, cosa que rara vez sucede, siento una descarga de adrenalina como si le diera el primer bocado a un dulce. Después, se levanta para preparar otro cóctel.

—Tienes toda la razón —dice, de espaldas a mí ahora, buscando hielo con la cabeza en el congelador—. Por eso, tengo mis reglas,

Elena. Por eso, quiero protegerte. No quiero que te pase lo mismo que a mí, que un hombre te arruine la vida.

—Lo sé, pero, Mami, no le cuentes a Joaquin que lo hemos hablado —le suplico, mientras tengo la oportunidad—. No quiero que se enfade.

—Ni una palabra —dice Mami, divertida por la conspiración.

Llena el vaso y regresa a la mesa, donde se sienta y revuelve la bebida con la punta de su meñique.

—Por cierto, tengo que cuidar a los niños —le explico, aprovechando su buen humor—. La señora Callahan quiere que lleve a los niños a la playa antes de que ella y su esposo salgan a cenar.

—Está bien —dice Mami, y su respuesta me llena de alivio—. ¿Cómo están los Callahan?

—Bueno, creo que tienes razón: el señor Callahan tiene una amante. —Claro que es mentira. Pero a Mami le encantan los chismes, en particular los que opacan la deslumbrante vida de los Callahan. Y ahora está tan contenta que quiero darle un motivo más para que se alegre.

—¿En serio? —me pregunta, con una ceja arqueada.

—Sí. La última vez que fui a la casa a trabajar de niñera, la señora Callahan llegó al borde de las lágrimas. Parecía que ella y su esposo estaban peleándose. Y, después, cuando el señor Callahan me llevó a casa, fumó como tres cigarrillos y me dijo que el matrimonio era un asunto difícil.

Mami frunce el ceño.

—Fumar es un hábito muy desagradable.

—Ya lo sé —digo, asintiendo con mucho énfasis.

—¿Crees que él fuma cerca de los niños? —me pregunta, preocupada.

—Por lo general, no, pero, por cómo están las cosas, puede que ahora sí.

Me siento mal, al echarle la culpa al señor Callahan. Él nunca fumaría ni diría nada malo acerca de su matrimonio. Estoy segura de que cree que su esposa es fantástica. Me doy cuenta porque siempre vuelven a casa tomados de la mano y porque él la besa en la mejilla antes de llevarme a casa. O sea, ¿quién besa a su esposa antes de

hacer un pequeño recado como llevar a la niñera a casa? Pero el señor Callahan sí. De todas maneras, con esta clase de chismes puedo conseguir permiso para trabajar todo el tiempo que quiera. Entonces le ofrezco una disculpa muda al señor Callahan.

—Bueno, espero que resuelvan los problemas —dice Mami.

Es lo que debe decir, y lo sabe. Pero sé muy bien que desea lo contrario. A ella le encantan las tragedias ajenas. De pronto, se le ocurre algo completamente distinto.

—¿Alguna vez preguntan por mí? ¿Saben que vengo de una buena familia en Cuba?

—Claro que sí, Mami —respondo, y noto que ella resopla—. Una vez le conté a la señora Callahan todo sobre tu quince cuando mencionó que Jennifer debutaría en sociedad en el club de Houston. Dijo que sonaba muy glamuroso.

Es mentira, por supuesto. ¿Por qué querría aburrir a los Callahan con historias sobre el pasado de mi madre? Pero sé lo que Mami piensa: si los Callahan creen que es de clase alta, como ellos, les caerá mejor.

—No me puedo imaginar que un baile de debutantes en este país se pueda comparar con mi fiesta de quince, pero estoy segura de que tendrán una celebración encantadora.

—Sí, sin duda —digo, orgullosa por haberla puesto de tan buen humor—. Pero ya es hora de que me vaya. El señor Callahan pasará a por mí pronto.

—Bien —dice Mami, vaciando su vaso—. Pero no guardes el limpiacristales. Desde aquí veo que has dejado una mancha.

* * *

Tomo el autobús hasta casa de Michelle. Es mi mejor amiga, y debería visitarla más a menudo. Pero con las restricciones de Mami es muy difícil, en especial, durante la época de clases.

—Elena, me alegro de verte —dice la madre de Michelle, cuando me recibe. Tiene rizos castaños y mechones de canas recogidos con un broche, y un bebé entre brazos: la sobrina de Michelle, Ashley. Ashley se chupa los dedos. Está cubierta de verde.

»Estamos probando los guisantes por primera vez —dice ella, mientras se aparta para dejarme pasar—. Parece que el experimento no va bien.

Sonrío y camino hacia la entrada, ligeramente incómoda. Alcanzo a ver la cocina al final del pasillo: la mesa está cubierta de periódicos y tazas vacías, el fregadero lleno de platos sucios. Mami se volvería loca. Pero a la madre de Michelle no le preocupa. Mami dice que la madre de Michelle deja que sus hijas se salgan con la suya, que por eso la hermana mayor de Michelle trabajó como bailarina en aquel club y se quedó embarazada de Ashley. La cuestión es que sé que no estaba encantada con la noticia. Michelle dice que su madre se echó a llorar cuando su hermana anunció el embarazo, que su madre insistió en que volviera a casa para que, entre todos, la ayudaran a criar al bebé.

También sé que mi amiga puede contárselo todo a su madre, porque me lo ha confesado ella misma, y que siempre le da besos en la frente y le dice que es una hija genial, aunque cada vez que lo hace, Michelle se ofende y le pide que deje de actuar raro.

—Está en su habitación —me indica la madre de Michelle, así que subo los escalones, esquivando pilas de ropa doblada y libros y zapatos, que esperan con paciencia a que alguien al fin se decida a llevarlos a sus hogares.

Ansiosa, llamo a la puerta, que tiene un enorme póster de Journey. Joaquin me dijo una vez que Journey era la banda sonora de Satanás en el infierno. Pero a Michelle le encanta ese grupo.

—¿Mamá? —dice una voz apagada entre la música que suena.

—No, Elena. —Hay un largo silencio. He echado de menos a Michelle. Aunque ahora tengo a J. C., estaría perdida sin mi amiga. La pausa larga se dilata. ¿Y si no me deja entrar?—. Michelle, por favor, abre.

Finalmente, la puerta se abre. Michelle viste una camiseta gastada y vaqueros, y está tan bronceada que da envidia. Me mira con una ceja levantada, pero sé que se le pasa el enfado en cuanto me ve. Qué alivio.

—Tienes suerte de que te deje pasar —dice, mientras me hace un ademán para que entre y se echa en la cama sin hacer. La habitación

de Michelle es un caos, igual que el resto de la casa. Hay un cuenco de cereales lleno a medias sobre la cómoda desordenada. Las montañas de ropa se acumulan en el respaldo de un sillón rosa, descolorido, que encontró abandonado en un callejón y llevó a casa después de convencer a su madre. El suelo alfombrado está lleno de pilas de casetes en precario equilibrio y revistas de música y envoltorios de chicle. Aparto uno de los montones de ropa y me acurruco en el sillón. Michelle se inclina para bajar el volumen del estéreo, que está al lado de su cama.

—Michelle, lo siento —le digo, frunciendo el ceño.

—Es un buen comienzo —responde ella, con las piernas colgando de la cama y mirando al techo.

—He perdido el norte.

—Diría que más bien has perdido la virginidad.

Ahogo un grito y le arrojo una camiseta sucia.

—Cállate. Todavía soy virgen, ya lo sabes. —Michelle se sienta sonriendo y sé que todo irá bien entre nosotras.

—¿Virgen de verdad o técnicamente virgen? —pregunta Michelle, acurrucada en una bola y con una ceja levantada.

Es su gesto típico. Lo adoro desde que estábamos en la primaria.

—Yo qué sé, no seas asquerosa.

—Si no puedes hablar sobre sexo, entonces no tengas sexo.

—¿Y cómo es que tú hablas del tema sin parar, pero nunca has tenido sexo? —le grito, pero me echo a reír y Michelle también.

—Seguro que tu hermano sí. Con esa chica, Amy.

—¡Qué asco! —chillo, y cierro los ojos—. ¡Puaj, puaj, puaj!

No quiero pensar en la vida sexual de mi hermano, ni preguntarme si existe o no. Michelle ha comenzado a reírse más fuerte. Su tortura es parte de la venganza y se la ha ganado gracias a lo que pasó el viernes. Una vez que nos acomodamos, me lanza una goma de mascar de la colección que descansa en su mesita de noche y se mete una en la boca. Después de masticar en silencio durante unos segundos, se pone seria.

—Supongo que las cosas con J. C. son… ¿intensas? —me pregunta. Me encojo de hombros.

—Supongo que sí —digo y, después añado, sin detenerme a pensar

—: Creo que vende marihuana.

—Sí, ya lo sé —responde Michelle, enseguida.

—¿En serio?

—Muchos de los chicos de la playa le compran.

Me llevo las rodillas hasta el mentón. Estar con J. C. es peligroso. Y emocionante. Lo de la marihuana debería molestarme, pero no, por más que lo intente, no me importa.

—No hay nadie que bese como él —comento, lista para cambiar de tema—. O sea, es increíble.

Michelle pone cara de fastidio.

—Claro, porque eres una experta para evaluar, ¿no?

—Basta.

—¿A cuántos has besado? ¿Al primo de Tara Morgan durante el juego de la botella? No creo que cuente.

—Sí que cuenta —le increpo—. Me metió la lengua.

Michelle finge que tiene náuseas y se cae. Le lanzo otra camiseta y luego nos sentamos en silencio otra vez, mascando chicle. Escucho el griterío de los niños de al lado. Corren por la callecita que está detrás de la casa de Michelle mientras uno de ellos exclama: «Un, dos, tres, al escondite inglés».

—¿Y cómo has logrado escaparte de la fortaleza hoy? Desde las vacaciones de primavera que no venías a visitarme.

—Le he dicho a Mami que tenía que cuidar a los niños.

—Con que cuidar a los niños.

—Sí —digo—. Ey, sube el volumen. Me gusta esta canción.

Michelle me hace caso, y nos quedamos en la cama, mascando chicle y escuchando música mezclada con el alboroto que hacen los niños fuera. Cuando termina la canción, Michelle se sienta y rebobina el casete para que podamos escucharla de nuevo. Cuando termina, se inclina y expulsa la cinta.

—Elena, tendrás cuidado con J. C., ¿no? —me pregunta, con el ceño ligeramente fruncido, y voz dulce, dubitativa.

Miro a la chica que sabe por qué nunca puedo dormir en su casa ni ir a fiestas durante la época de clases ni hablar por teléfono cuando quiero. A la chica que me aguanta a pesar de todo y que no se burla de mí, que igualmente cree que soy genial y divertida, que igualmente

quiere pasar tiempo conmigo.

Mi mejor amiga, mi amiga más antigua.

—Sí, Michelle. Tendré cuidado.

Pero no sé bien a qué se refiere. ¿Cuidado de no terminar con el corazón roto? ¿Cuidado con las drogas? ¿Cuidado de no quedar embarazada? Me basta con pensar en la última pregunta para que me invada una mezcla de ansiedad y emoción. Entonces mi cuerpo recuerda la noche del 4 de Julio en el apartamento de J. C.

—¿Tienes tiempo para almorzar antes de marcharte? —pregunta Michelle, y me baja de las nubes—. Podríamos calentar una pizza congelada o algo por el estilo.

Reviso mi reloj. Tengo tiempo.

—Claro.

—También podría rizarte el pelo antes de que te vayas.

—Seré la niñera más bonita de la isla Mariposa.

—Serás más bonita, eso seguro —dice ella, y su sonrisa tierna se vuelve socarrona. Sale corriendo de la cama en dirección a la puerta. La alcanzo y le doy un empujón con la cadera mientras bajamos las escaleras hacia la cocina.

—Oye, tal vez podamos hacer un cambio de imagen completo. Podría ser divertido. Y nunca tengo la oportunidad de hacer esas cosas.

Michelle tiene acceso a todo el maquillaje de su hermana: delineador de ojos, máscara para pestañas y todo lo que Mami no me deja comprar. Vamos hasta la cocina y pasamos por la sala, donde la madre de Michelle ve la televisión y juega a los bloques con su nieta.

—Sí, podemos hacer un cambio de imagen. Pero ¿qué dirá tu madre?

—Me lavaré bien la cara antes de llegar a casa. Ya conoces mi lema: lo que no sepa, no le hará daño.

—Bueno, sin duda —dice Michelle, mientras abre el congelador en busca de una pizza—, ese podría ser el eufemismo del año.

CARIDAD

ESTADOS UNIDOS

1961

Lo que más sorprendió a Caridad fue lo rápido que era posible acostumbrarse a algo, cuando no quedaba alternativa. Y lo incomprensible que era el tiempo: un instante estaba durmiendo en su propia cama mullida, con sábanas suaves de algodón que se levaban a diario y las aguas del Atlántico a unos pocos metros de distancia, y al otro podía encontrarse aún cerca de las aguas del mar, pero en un edificio normal y corriente en el sur de Florida, durmiendo en la cama superior de una litera, con un colchón tan incómodo que tuvo que aprender a acurrucarse bien para no sentir los resortes. También aprendió a bloquear los murmullos y los ronquidos de la niña que dormía debajo, y la luz que, por seguridad, alumbraba el edificio del ocaso al alba. Lo que no consiguió aprender jamás fue a que le gustara la leche envasada que servían para el desayuno, el almuerzo y la cena. Su olor le parecía desagradable y rancio a Caridad, que aún recordaba la leche fresca y cremosa que Juanita servía cada mañana después de que un hombre de uniforme blanco la dejara en la puerta trasera de la casa. En el comedor del campamento, Caridad solía sentarse junto a las demás chicas y recorrer con los dedos los cartones de leche azules y blancos. Siempre estaban húmedos por fuera porque, para mantenerlos fríos, los almacenaban en tinas llenas de hielo. Caridad regalaba a diario su cartón de leche, sin pedir nada a cambio. Había una niña llamada Blanca que bebía la leche muy contenta y parecía ser una de las pocas que ganaban peso. En cambio, Caridad y las demás tenían que luchar para no terminar siendo puro hueso y pellejo: solo probaban algunos bocados, después de pasar el tenedor sobre la comida desconocida lentamente, como si fueran a descubrir algo más sabroso oculto debajo.

A Blanca le gustaba aprender inglés, a diferencia de Caridad. Blanca era más joven, y se notaba: dominaba las palabras y no confundía la «b» con la «v», ni «in» con «on». La niña sonreía con la mirada mientras pronunciaba a la perfección palabras como «Florida», «popcorn» y «shampoo». Era la alumna estrella. Caridad comenzó a guardarle rencor, mientras recordaba las medallas por desempeño académico que las monjas ursulinas le habían dado y llevaba sobre el uniforme, prendidas a una faja. Había tenido que abandonar las medallas en Cuba junto con casi todo lo demás.

El campamento servía de alojamiento temporal, descubrió un día Caridad. Aunque es cierto que vivió allí unos pocos meses y no los treinta días que sus padres habían prometido. Pronto, le informaron, dejaría el sitio de las literas y la luz de seguridad y la leche hedionda y la señorita Blanca Maravilla, y se

mudaría a un lugar nuevo. Texas se llamaba. Una de las cuidadoras que trabajaba en el campamento desplegó un mapa de los Estados Unidos y puso un dedo en Miami y otro en un punto al otro lado del país.

—*There, that is where you are going* —dijo la mujer, pausadamente y hablando alto—. *You are going to a town called Healey*.

A Caridad le hubiera gustado decirle que, por más que alzara la voz, no la entendía.

Las cuidadoras pronto la llevaron a comprar ropa nueva, que en realidad era ropa de segunda mano. Las imágenes de su armario lleno de vestidos elegantes y atuendos diseñados exclusivamente para ella cruzaron por su mente, pero Caridad apretó los labios y asintió con la cabeza ante cada prenda que le ofrecía la cuidadora. La blusa blanca con el cuello amarillento. La falda descolorida que había pasado de verde oscuro a verde lima. Los calcetines viejos. Caridad no hizo más que asentir, ¿qué más podía hacer?

Por dentro, la inundaba la furia.

Tuvo conversaciones telefónicas esporádicas con sus padres. Eran pocas y pasaba mucho tiempo entre cada llamada, y solo se le permitía charlar durante unos minutos. Tenía que hacer un esfuerzo para escuchar las voces de sus padres, metálicas a causa de la estática. Durante las llamadas, intentaba evocar los objetos que seguramente rodeaban a sus padres mientras hablaban con ella: el cenicero de plata con forma de caracola, el gran ventanal que daba a la calle, el ventilador de techo que giraba despacio sobre sus cabezas como un buitre curioso. Imaginar aquellas cosas volvía más reales las voces de sus padres. Más presentes.

¿Cómo estás, preciosa?

Estoy bien.

¿Estás comiendo bien?

Sí, muy bien.

Los diálogos resultaban incómodos, las frases parecían ensayadas. Solo abordaban temas frívolos y mundanos: los platos de la criada nueva, el clima de La Habana, el vecino enfermo de gripe. La única forma de convencerse de que las llamadas sucedían de verdad era así, imaginando los objetos de su hogar: el cenicero de plata con forma de caracola, el ventanal, el ventilador de techo, la voz de su madre.

El día que partió a Healy, Texas, Caridad guardó la ropa de segunda mano en su mochila y miró por la ventana del avión. Mientras tanto, la niña que viajaba a su lado, otra chica del campamento que se dirigía a otra ciudad de Texas, se secaba las lágrimas en silencio y se frotaba las manos y sollozaba. Caridad decidió no prestarle atención. Lo que le estaba a punto de suceder a

ella sucedería, y no había nada que se pudiera hacer para evitarlo. Iría a vivir a un pueblo llamado Healy, y no tenía solución. Era mejor dejar que la ola de la vida la impulsara hacia adelante, en vez de resistirse. Era la mejor manera de sobrevivir. La niña sentada a su lado sollozó y moqueó, pero Caridad se acomodó en el asiento para darle la espalda y no prestarle atención. Aunque sabía que el llanto señalaba que la niña necesitaba alguien con quien hablar, Caridad solamente se preguntó cómo bloquearía el ruido durante todo el vuelo. Porque, a decir verdad, ¿qué podría decirle para consolarla?

* * *

La habitación estaba junto a la cocina. Eso era lo que más le molestaba. En realidad, no era un dormitorio, sino un cuarto de almacenamiento que se había convertido en un falso dormitorio, y con prisas, además. Habían pintado las paredes de un tono espantoso de amarillo, seguramente creyendo, pensó ella, que el color alegraría el espacio. Las sábanas y la manta gastadas descansaban sobre la cama, y había dos ventanas con vista al patio trasero, un cuadradito de tierra con un columpio oxidado donde jugaban los niños pequeños de la familia.

Los Finney tenían cinco hijos, casi todos más jóvenes que ella, que andaban con arañazos en las rodillas y mocos en la nariz. Enseguida, Caridad se sintió abrumada por las voces y los movimientos, por los rostros y las sonrisas llenas de dientes, y por las frases en inglés que se repetían una y otra vez en voz alta.

How nice to meet you!

We are glad you are here!

What can we do for you?

If you need anything, just let us know!

En teoría, tenía que estar agradecida y Caridad lo sabía. Tenía que estar agradecida porque tenía un techo y un espacio propio, mientras que algunas de sus compañeras de campamento vivirían en orfanatos, sin habitaciones privadas, ni junto a la cocina ni en ninguna parte.

Así que Caridad hizo todo lo posible por sonreír y asentir, y cuando Frank, el hijo mayor de la familia, la ayudó a cargar su mochila, ella le dedicó una gran sonrisa y se alegró de que él no fuera del todo feo, de grandes ojos castaños y buena dentadura. Ella asintió entusiasmada durante la cena y probó lo que llamaban «meat loaf», y cuando le pidieron que ayudara a levantar la mesa y lavar los platos, no se quejó. Ni siquiera cuando le enseñaron a guardar los restos de pastel de carne, llenos de saliva, que

quedaban en los platos y guardarlos en un contenedor, antes de enjabonar, enjuagar y secar minuciosamente la loza. Ni siquiera cuando emergieron en su memoria los recuerdos de Juanita, a cargo de servir la cena vestida con su uniforme blanco y almidonado. Ni siquiera en esos momentos.

¿Qué sucede cuando te roban la lengua materna? Aprendes un idioma nuevo. Muy pronto, Caridad se encontró hablando en inglés e incluso pensando en inglés a veces, salteando la agotadora instancia de traducir cada frase mentalmente. La inscribieron en el instituto de Healy, que Caridad superó con esfuerzo. Y después de clases, tomaba lecciones con la dulce señora Morelli, la vecina, que tenía unos pocos años más que ella y estaba recién casada. Después de clases, Caridad visitaba la casa de los Morelli y disfrutaba de la calma y la comodidad de estar a solas con otra persona, y solía quedarse en la limpia y espaciosa cocina de la señora Morelli, con cortinas de cuadros amarillos, para practicar conjugaciones y recitar oraciones.

I go.

I went.

I have gone.

El inglés era un idioma absurdo, opinaba Caridad, pero, poco a poco, con la ayuda de la señora Morelli y la charla constante e interminable de los Finney, comenzó a asimilarlo. Cuando, después de unos cuantos meses, Frank la invitó a dar un paseo con él después de la cena, ella respondió: «Yes», sin detenerse a pensarlo. Esa fue la palabra que salió de su boca y la sobresaltó. «Yes». Los dos caminaron por las calles de Healy, mientras el calor primaveral los envolvía. Era un calor más pegajoso y más agotador que el de Cuba, sin ninguna brisa de mar que trajera alivio. Caridad lo detestaba y caminaba con las manos detrás de la espalda y la cabeza en alto.

—Me alegro de que estés aquí con nosotros, Caridad —dijo Frank, eligiendo las palabras con cuidado. Caridad percibía que ella lo ponía nervioso. No sabía bien por qué, pero le gustaba esa sensación.

—Llámame Carrie —le respondió. Así la llamaban los profesores. Era más fácil que Caridad, más estadounidense. Y Caridad sentía que así quedaba dividida en dos: su mejor nombre quedaba reservado para la mejor parte de ella, la cubana, que seguía existiendo en cierta medida en algún rincón de la mente de Carrie, la estadounidense.

—De acuerdo, Carrie, si lo prefieres —dijo Frank.

Durante el paseo incómodo, llenaron el vacío con charlas triviales y comentarios tontos, y cuando Frank la tomó de la mano, la llevó detrás de un roble y la besó, con labios secos y demasiado ambiciosos que se movían con

torpeza sobre los suyos, Caridad no pudo evitar que su mente viajara a Cuba, al pasado. Pensó en Ricardo: guapo y seguro de sí mismo, inteligente y atractivo. Y de muy buena familia, además. Caridad sabía que si hubiera tenido la oportunidad de besar a Ricardo, no habría sido así: un beso apresurado, inepto, sin sentido. Pero Ricardo estaba muerto y ella estaba allí, así que se recostó contra el árbol y tuvo su primer beso con un chico estadounidense llamado Frank. Todavía no podía creer que esa fuera su vida. Pero así era.

* * *

Las llamadas telefónicas con sus padres se hicieron cada vez más esporádicas. Había cartas, pero también comenzaron a espaciarse. Las oraciones que su madre escribía parecían forzadas y formales, y hablaban sobre cuánto la echaban de menos y el clima de la isla. Caridad pasaba horas mirando las viejas fotografías que había podido llevarse. Se detenía en las que un fotógrafo, contratado por sus padres para que hiciera una sesión en la casa, había tomado la tarde de su quince.

Pasaba noches enteras en su habitación improvisada, sentada, contemplando el patio, imaginando que escuchaba el rumor del océano. Albergaba la esperanza de regresar, aunque sabía en lo profundo de su ser que jamás volvería a pisar Cuba. A veces, a altas horas de la noche y presa del insomnio, Caridad sacaba una botella de limpiacristales y un trapo del fregadero de la cocina y limpiaba los ocho paneles de las ventanas que daban al patio, imitando a Juanita, que fregaba las ventanas de la cocina sin dejar una sola raya. Caridad limpiaba las ventanas de su habitación y luego las limpiaba de nuevo. Los movimientos repetitivos y sencillos la tranquilizaban.

Iba a clases. Estudiaba inglés con la señora Morelli. No tenía amigos porque no hacía sitio en su vida para ellos. Se le hacía cada vez más difícil fingir amabilidad. Detestaba cada instante que pasaba lavando platos y cubiertos sucios, bañados en saliva de los niños. Detestaba cuando la señora Finney le pedía despreocupadamente que la «ayudara» con las tareas del hogar y sacara la basura o alimentara al viejo perro sin dientes que los Finney atesoraban como si fuera un integrante de la familia cuando, para ella, era simplemente un perro sucio y maloliente. Ninguna de sus rutinas diarias le daba el mismo consuelo que limpiar las ventanas una y otra vez.

Fue dejando que el resentimiento y la furia abrieran heridas en su interior, sin dejar que se cerraran.

Durante los fines de semana, Frank la llevaba de paseo a pie o al

restaurante del centro en coche, y entonces, con música de radio de fondo, la manoseaba, pero nunca se excedía. Parecía fascinado por ella. Ansioso. Caridad disfrutaba del poder que experimentaba cuando estaba con él, aunque no disfrutara mucho de su tiempo juntos.

—Me gusta pasar tiempo contigo —solía decirle Frank antes de meterle la lengua en la boca. En estos momentos, Caridad recordaba las advertencias de su abuela en Cuba: una joven mujer debía permanecer intacta como un delicado cristal Baccarat hasta el día de su boda. Pero, como tantos otros recuerdos de su país, las palabras de su abuela se confundieron en su memoria y se fueron desvaneciendo, por más que intentara retenerlas.

Un fin de semana, a poco más de un año de su llegada a los Estados Unidos, el señor y la señora Finney llamaron a Caridad. Cuando Caridad entró al cuarto de la tele, se sorprendió al ver al padre O'Dell de la parroquia sentado en aquel triste sofá verde, que tenía una extraña mancha en el reposabrazos. En vano, la señora Finney intentaba cubrirla con tapetes horribles que tejía ella misma. La señora Finney estaba sentada a su lado, con los ojos llorosos y enrojecidos. El señor Finney estaba sentado en el sillón y su boca no revelaba expresión alguna. Tenía las manos sobre el regazo y los dedos entrelazados, como si no pudiera encontrar una posición cómoda. Entrelazaba los dedos una y otra vez y tosía.

El cuerpo de Caridad se entumeció.

—Carrie, ¿por qué no tomas asiento? —dijo la señora Finney, mientras daba palmadas sobre el almohadón del sofá, tal como hacía cuando quería que el apestoso perro sin dientes se subiera.

Caridad se sentó y cruzó las piernas por los tobillos. Recordó la pequeña salita de su casa y a Juanita y la limonada rosa y el cenicero plateado con forma de caracola. Deseó estar allí con todas su fuerzas.

Y de pronto el sacerdote comenzó a hablar y la señora Finney se echó a llorar y el señor Finney siguió moviendo las manos y tosiendo. Dios, ¿por qué no podía dejar de toser, al menos?

«Ha pasado algo en Cuba».

Hablaron de su tierra natal como si fuera un lugar remoto, en un mapa, no un país.

«Carrie, tenemos que decirte algo que será difícil de escuchar».

Los cigarrillos Pall Malls de su madre y el aroma dulce del Arpège.

«Los últimos informes que recibimos parecen indicar que algo les ha ocurrido a tus padres».

El vals con su padre, tan elegante, durante la fiesta de quince. La expresión tensa en su rostro mientras ella lo miraba a través de la pecera,

antes de subir al avión

«Nos han confirmado que ya no están vivos».

No dijeron «muertos», notó Caridad, sino «ya no están vivos». Qué ingenioso podía ser el lenguaje.

Continuaron hablando sobre el movimiento a favor de Batista y las denuncias y los vecinos que acusaban a otros vecinos, pero Caridad no prestó atención. No podía asimilarlo.

La señora Finney extendió la mano para tocarla, pero Caridad se sobresaltó y la mujer apartó la mano.

—¿Cuándo ha ocurrido todo esto? —preguntó Caridad. Quería llorar para salir del entumecimiento, pero no brotaron las lágrimas.

—Bueno, hace meses que escuchamos los informes, pero no lo hemos sabido con certeza hasta hace muy poco —dijo el sacerdote.

Caridad se quedó mirando al sacerdote, perpleja, y respiró hondo.

—¿Ya lo sabíais? —preguntó, cuando por fin las sensaciones empezaron a volver al cuerpo. Una en particular: la ira—. ¿Sabíais que mis padres quizás estuvieran muertos y no me lo dijisteis?

—Carrie, queríamos estar seguros, y los informes no siempre son fiables —intervino la señora Finney.

—Pero ¿sí sabíais que podían surgir problemas, que las cosas andaban mal? —Qué bien la hacía sentir tener a quién dirigir su ira. Apretó los puños y los golpeó contra el sofá. Cómo se habían atrevido a hacerle eso. ¿Cómo se habían atrevido, esos estúpidos, durante semanas, durante meses, a dejar que Frank Finney la toqueteara en su coche, a que lavara los platos sucios y mirara por la ventana mientras soñaba con su patria, cuando sabían lo que les había sucedido a sus padres?—. ¡Deberíais habérmelo dicho! —gritó.

Caridad jamás gritaba. Su tono de voz sonaba extraño, incluso para ella.

—Queríamos que estuvieras contenta mientras fuera posible —dijo la señora Finney, con una sonrisa ridícula dibujada en su pálida cara de tortita.

Caridad se quedó mirándola. Contenta. La señora Finney pensaba que ella estaba contenta.

El señor Finney volvió a toser. ¿Qué hacía él allí, el más inútil de todos?

La señora Finney se recostó contra el respaldo, lejos de Caridad. Caridad entendió que la distancia revelaba disgusto. Debía estar agradecida con ella. Lo sabía. Debía estar agradecida y mostrar emociones y llorar en sus brazos porque ella la había recibido con compasión cristiana. Pero Caridad se negaba a darle esa satisfacción.

—Estaría bien que rezáramos —dijo el padre O'Dell, y solo porque sabía que su madre hubiera querido que así lo hiciera, Caridad inclinó la cabeza y se

desconectó de lo que ocurría a su alrededor, mientras el sacerdote hablaba de la pérdida y la sabiduría de Dios y quién sabe cuántas cosas más.

Cuando el hombre terminó, Caridad se recompuso y se levantó del sofá.

—Necesito estar sola, dejadme en paz.

Y, acto seguido, caminó hacia la cocina, hasta su patética habitación y cerró la puerta. Se tumbó boca abajo sobre la manta que servía de colcha y se le hizo imposible ignorar el olor a jabón barato. Su mente estaba inundada de imágenes de Juanita. De sábanas limpias. De agua de violetas. De la vida en la isla, la vida que le correspondía por derecho de nacimiento y que le habían arrebatado.

Y solo entonces se permitió derramar lágrimas.

ELENA

CAPÍTULO DIEZ

En la cara de Mami se dibujó una mueca de duda cuando se lo mencioné por primera vez, más o menos una semana después del 4 de Julio. Así que hoy voy a esperar hasta que tome su segundo ron con cola, antes de preguntarle de nuevo si puedo pasar la noche del sábado en casa de los Callahan, cuidando a los niños. Los Callahan asistirán a una cena para recaudar fondos en Houston, y quieren aprovechar la oportunidad para hacer una escapada solos. De paso, le comento que seguramente estén tratando de resolver sus problemas de pareja.

—¿Tú, sola con los niños, en su casa? ¿Y si sucede algo?

—Mami, ¿qué va a pasar en Punta Isabel? Es un vecindario cerrado y hay un guardia que vigila toda la noche. Me pagarán más.

Mami frunce el ceño y yo pierdo la esperanza. «Por favor, por favor, que diga que sí. Nunca más desearé nada en esta vida si ella dice que sí».

—No estoy segura —dice Mami, mientras se pone de pie y se dirige a la cocina, probablemente para servirse otra bebida.

—Déjame, yo lo haré.

Intento tomar su vaso, pero ella me aparta la mano. Me quedo de pie, incómoda y tratando de no perder la esperanza, en el desierto que se extiende entre la cocina y el cuarto de la tele, mientras se prepara otro trago, dándome la espalda.

—Ya sabes que mis padres tenían un buen pasar, pero siempre dedicaban tiempo a estar conmigo —le explica a la botella de ron. *Glu*

glu plin plun—. Nunca me hizo falta nada, pero no me dejaban a cargo de las criadas todo el día. Qué barbaridad, mija.

Me quedo muda. No se puede decir nada cuando habla de Cuba. Sé que no me dará permiso. Cuando me pongo a idear estrategias de escapatoria, advierto lo arriesgada que me he vuelto. Ella cierra la nevera y se da media vuelta, revolviendo la bebida con el meñique antes de dar un sorbo. Luego me observa de nuevo, con mirada severa.

—De acuerdo, puedes ir. Supongo que si no vas, esos pobres niños no tendrán quien los cuide.

Resisto el impulso de levantar las cejas, en estado de conmoción, y me muestro de acuerdo con ella: soy la única esperanza de los niños y prometo llamarla en cuanto se duerman.

—Vale. Será mejor que vayas a cuidarlos.

Al día siguiente, cuando Joaquin llega a casa del trabajo, me encuentra preparando el bolso de viaje. Mami está encerrada en su dormitorio, con su rutina típica: bebida en la mesita de luz, novela romántica en la mano.

—Hoy me quedo toda la noche en casa de los Callahan —le digo, mientras abro la mochila escolar y vuelco las hojas arrugadas que han quedado atrapadas en el fondo. Ojalá tuviera una bolsa de lona o una maleta para llevarme mis cosas, pero no.

—¿Toda la noche? —dice Joaquin, mientras se recuesta contra el marco de la puerta. Lo miro y descubro que me observa con atención. No consigo descifrar si está enfadado, nervioso o simplemente sorprendido, y tengo ganas de intentar tranquilizarlo. Pero no lo hago. Es mi vida, pienso, al ver la mochila. Y me palpita el corazón al imaginar lo que puede suceder esta noche.

—Sí, los Callahan viajarán a Houston para asistir a una cena de…

—Elena, Mami no está aquí. No te escucha —me interrumpe.

Lo ignoro y abro el cajón superior de la cómoda donde guardo mi ropa interior y mis pijamas. Sería más fácil si Joaquin no estuviera a un metro de distancia.

—¿Me harías el favor de dejarme preparar mis cosas? —digo, sin darme la vuelta. Mis dedos se detienen al encontrar mi sujetador favorito. Es rosa y se abrocha por delante. De pronto, me hierven las mejillas.

—Voy a estar en casa. Si necesitas algo… llámame, ¿sí?

—Le he dicho a Mami que llamaría en cuanto se duerman los niños —respondo. Con el pulgar, rozo el broche del sujetador y me imagino escenas que me aturden y me dan más calor. Realmente quiero que Joaquin se vaya.

—Está bien.

—¿Puedes cerrar la puerta cuando salgas? —le pregunto, con la esperanza de que entienda la indirecta.

Miro por encima del hombro: Joaquin se está mordiendo la uña del pulgar. Es una vieja costumbre que Mami intentó que abandonara cuando era pequeño: le remojaba los dedos en vinagre para que tuvieran mal sabor. No funcionó, pero nunca supe si era porque a Joaquin no le desagradaba el gusto o porque se seguía comiendo las uñas para irritarla.

—Está bien, le cierro la puerta, Su Alteza —se burla Joaquin, mientras se saca el pulgar de la boca y hace una reverencia.

Le hago una mueca de irritación, pero no me interesa lo que diga con tal de que me deje sola para que pueda dedicarme a preparar las cosas. Veinte minutos después y cinco antes de que me pase a buscar el señor Callahan, supuestamente, me acerco a la puerta de Mami, con la mochila colgada de un hombro. Decir adiós quizás no sea una buena idea. ¿Qué pasa si ella cambia de opinión en el último minuto? De todos modos, sé que está despierta, porque no se escuchan sus típicos ronquidos bajos.

—¿Mami? —digo, golpeando despacio.

—¿Te vas, mija? Pasa.

Trago saliva, se me seca la boca de pronto, pero giro la manilla y asomo la cabeza por la puerta entreabierta. Ella está boca abajo en su camisón, la novela a un costado. Un vaso medio vacío descansa en la mesita de noche. En la almohada que tiene delante hay algunas fotos en blanco y negro de Cuba que le gusta revisar de vez en cuando, por lo general, después del tercer o cuarto cóctel. Las que más le gustan son las de su quince, con el vestido que lució para la celebración. Siempre habla de esa noche mágica, una de las mejores de su vida.

—El señor Callahan está por llegar —digo, dubitativa.

—¿Alguna vez te he enseñado esta foto de tu abuela? —me

pregunta, sin prestar atención a mi comentario.

Siempre que habla de su madre la llama «tu abuela», como si tuviéramos alguna conexión, como si pasáramos los sábados horneando galletas y haciendo esas cosas que hacen nietas y abuelas. O, al menos, lo que creo que hacen porque, como no tengo abuelos, lo cierto es que lo desconozco por completo. Preferiría que llamara «mi madre» a su madre. Lo otro me resulta espeluznante.

Mami se da la vuelta y me muestra una fotografía de 20 × 30 cm, de una mujer deslumbrante sentada en un sofá con los tobillos cruzados. Ya la he visto, y cada vez que la miro, guardo la esperanza egoísta de que haya un rastro de esos pómulos altos y ojos grandes de aquella desconocida en mi cara.

—Era preciosa —le digo.

Es lo que Mami quiere escuchar, pero es la verdad.

—Ajá —dice Mami—. Y nunca envejeció, así que tampoco perdió su belleza. No como yo —añade mientras se pasa la mano por el pelo teñido.

—No has perdido tu belleza, Mami.

Miro mi reloj. Supuestamente, me recogerán en dos minutos.

—Por favor, no mientas, estás obligada a decirlo —escupe, y me arrebata la fotografía de su madre de las manos.

—No, para nada —digo, y me esfuerzo por sonar sincera. Mami era bonita, pero, con el paso del tiempo, se volvió severa y rígida, su rostro se llenó de venas rotas y ceños fruncidos.

Acaricia la fotografía y la mira durante un instante, antes de alzar la vista y posarla en mí. Toma su vaso y bebe un trago o dos. Tengo un minuto más para salir de aquí.

—Tu abuela era preciosa, pero era una dama —dice ella, mientras apoya el vaso como si tuviera todo el tiempo del mundo por delante —. Siempre una dama. Solía decirme que las damas se conservan intactas, como una hermosa pieza de cristalería Baccarat, hasta el día de su boda.

—Sí —le digo—. Recuerdo que me lo contaste.

—Ah, ¿sí? ¿Lo recuerdas? —pregunta, como si sospechara.

Por supuesto que sí. Lo ha mencionado cientos de veces.

—Sí, me lo has comentado antes, Mami. Mira, mejor…

—Bueno, si lo recuerdas, entonces será mejor que te comportes así, mija —dice, interrumpiéndome—. Las putas no le caen bien a nadie.

Me sorprendo. Mami jamás usa palabras como esas. Parece que ella advierte lo mismo, porque me sonríe como si fuera una niña que acaba de hacer una travesura.

—Te llamaré —le digo, a modo de despedida.

No la beso, ni la abrazo, ni le digo adiós. No tenemos esa costumbre. Me doy la vuelta y salgo corriendo hacia la puerta principal. Joaquin está en el sofá bebiendo una cerveza y mirando la tele.

—¿Vas a llamar? —pregunta, sin levantar la vista.

—Sí —respondo—. No te preocupes.

Y me voy.

* * *

J. C. está sonriendo cuando me subo al coche en la esquina de Esperanza y la Decimoquinta. Se acerca y me besa. No le importa obstruir el tráfico. Un conductor le toca el claxon, pero él me sigue besando durante todo el tiempo que quiere.

—No vaya a ser que me saludes ni nada parecido —le digo, mientras arrojo la mochila al microscópico asiento trasero del Escarabajo. Pero lo digo con una sonrisa.

—Hola —añade, y cuando me guiña el ojo me derrito. Es tan atractivo que todavía no puedo creer que yo le guste. Arranca y mira el reloj—. Tengo que hacer una parada en el camino y después soy tuyo toda la noche.

Al oír las palabras «toda la noche», siento mariposas en el estómago, pero estoy lista para lo que vendrá. Es hora de crecer. Eso sí, ojalá no tuviéramos que hacer la parada en el camino. Sé que es para vender marihuana. En parte, tengo ganas de que lo admita, pero puede que él crea que arruinaría el romanticismo de la noche.

Cuando sube los escalones de un complejo de apartamentos de dos en dos y me deja sentada en el coche, con las ventanas subidas para que no entre el calor, me descubro contando hasta cien una y otra vez para ocupar mi cerebro hasta que él reaparece.

«Toda la noche. Soy tuyo toda la noche».

De pronto, baja saltando los escalones, con una sonrisa irresistible. Después, pasamos por Tony's para comprar una pizza. El sol apenas comienza a ponerse cuando llegamos a su apartamento.

—¿Dónde está tu compañero de piso? —le pregunto mientras entramos.

—Se ha ido a Austin el fin de semana para visitar a sus padres —dice J. C.

Luego deja la pizza sobre la encimera, se da media vuelta y me besa, todo en un solo impulso. Apoya las manos en mis caderas y me acerca a su cuerpo. Me besa como si no pudiera detenerse. Mi cuerpo entero se relaja.

—Estoy muy contento de que estés aquí —susurra cuando al fin nos detenemos para recuperar el aliento.

—Yo también —le digo.

Y luego no puedo evitarlo: me inclino y lo beso de vuelta. Lo beso como si no fuera a besarlo nunca más, desesperada. Mis dedos viajan hasta el borde de su camiseta negra. Meto las manos debajo y le acaricio el pecho. Tiene la piel suave y cálida.

—Guau —dice J. C., retrocediendo, pero solo un poco—. Me hace sentir bien.

Me faltan las palabras y las réplicas ingeniosas. Solo dispongo de esta noche, esta única oportunidad, así que tiro de él hacia mí. Acto seguido, se quita la camisa y la deja caer a sus pies. Es como si tuviera deseos de devorarlo de pies a cabeza: le beso el cuello, los hombros, siento el sabor a protector solar y sal en la piel.

—Elena —dice, con otro tono. Ahora, habla con voz ronca, en vez de juguetona—. ¿Estás segura?

En respuesta, lo llevo a la habitación. Él me acompaña sin decir palabra, y pronto estamos en su cama sin hacer, con las sábanas a juego. La mesita de noche repleta de latas vacías y papelillos para tabaco, y las paredes son blancas, sin decoración alguna más que esa pintura de la playa al atardecer que parece mucho más bonita que cualquier playa real en la isla Mariposa.

—Muy segura —le digo, y lo miro a los ojos para que sepa que hablo en serio.

—Podemos ir tan despacio como quieras —dice J. C., con voz suave y dulce y soñadora.

Y pienso que qué suerte que todo vaya a suceder con él, que es mayor y tiene experiencia, que no vive con sus padres, y al que, según demuestra, le gusto muchísimo.

—Está bien —es todo lo que consigo articular, en un susurro.

Esto realmente está a punto de suceder, pienso. Está a punto de suceder.

Y lo siguiente que sé es que la ropa se pierde en las sábanas y las manos buscan hasta alcanzar, la mía con duda, la suya con mucha más confianza. Intento retener cada momento, cada sonido, incluso el del aire acondicionado, que se enciende y se apaga, y el de los bocinazos de los coches que avanzan en la distancia en el boulevard Esperanza. Necesito archivarlo en mi memoria. Saber que es real. Y, pronto, mucho antes de lo que esperaba, estoy boca arriba, cruzando la frontera, hacia un territorio desconocido del que no hay retorno. Así que cierro los ojos y me entrego.

* * *

Después, J. C. trae la pizza de la cocina. Todavía hace bastante calor, así que nos sentamos en medio de la cama desnudos y comemos y bebemos y sonrío cuando J. C. me lanza miradas cómplices. No hablamos mucho, pero está bien. No es tan extraño como había imaginado. O sea, es un poco raro, pero bueno, en general. Luego, voy al baño y me miro en el espejo del botiquín manchado de saliva. «Acabas de tener sexo», le susurro a mi reflejo.

Entonces me echo a reír de mí misma, tan fuerte que cierro la puerta antes de que J. C. me oiga y crea que he perdido la razón por completo. Arrugo la nariz cuando veo el inodoro sucio y lo limpio con un rollo de papel higiénico. Cuando hago pis, me duele un poco y veo unas gotas de sangre. Espero que sea normal. No veo la hora de analizarlo todo con Michelle, pero al mismo tiempo me preocupa lo que vaya a opinar cuando sepa que mi primera vez ha sido con J. C. Quizás no se lo cuente.

Me vuelvo a meter en la cama y J. C. deja de masticar para darme

un beso.

—Eres bonita, Elena —me dice, y sonrío y fantaseo con escaparme de casa y encerrarme en ese apartamento horrible para siempre, limpiarlo y vivir con el salario mínimo porque, de todos modos, no hace falta mucho si estamos juntos. Por supuesto, es una ridiculez, pero igualmente lo creo.

Cuando terminamos de comer, reviso mi reloj de pulsera. Es muy raro: lo único que tengo puesto es un reloj.

—Debería llamar a casa —le explico, a pesar de que no tengo ganas.

Apoyo el teléfono del dormitorio sobre la cama, respiro hondo y marco el número de casa. Juego con el cable mientras escucho sonar el timbre metálico.

—¿Hola? —Es Joaquin.

—Hola —respondo. Cierro los ojos, con la esperanza de que así la charla resulte menos incómoda, como una niña, al cerrar los ojos, cree que se ha vuelto invisible.

—Hola —repite—. ¿Estás bien?

—Sí.

Alcanzo a oír que J. C. enciende un cigarrillo a mi lado. Me pregunto si el *clic* del encendedor y el sonido de las caladas llegarán al otro lado de la línea.

—¿Mami está?

—Sí, espera.

Oigo el silencio y luego la voz de Mami, la misma voz que siempre usa cuando llama a casa para asegurarse de que estoy limpiando los zócalos o planchando las camisas o limpiando el refrigerador. Bueno, esta vez no, madre.

—¿Qué está pasando allí? —me pregunta. La imagino de pie en la cocina, con la copa en la mano. Y me imagino a mí misma en la elegante mansión de Punta Isabel de los Callahan, hablando desde el teléfono de la sala de estar, sentada en el sofá de cuero blanco, bebiendo refrescos de marca.

—Los niños están dormidos. Estaban desconsolados porque sus padres se han marchado. Es muy triste, tal como dijiste. —A ella le gusta saber que tiene razón.

—Te lo dije —responde. Ahora conspiramos juntas, así que todo saldrá bien.

—Se supone que volverán mañana a la hora del desayuno —le explico. Escucho a J. C. dar otra calada y me alejo de él por si acaso —. Puedo llamarte a primera hora, mañana por la mañana.

—Sí, llámame.

—Bueno, debería ir a asegurarme de que estén bien.

—Estaban muy apenados, ¿no? —me pregunta. Lo está disfrutando.

—Ay, sí, han llorado y llorado cuando el señor y la señora Callahan se han ido. Han montado toda una escena.

Mami resopla. Con eso basta para que se quede tranquila. Por fin, cuelgo el teléfono y se lo devuelvo a J. C., que está sentado a mi lado, mirándome con una sonrisa de desconcierto.

—¿Drama en casa de los Callahan? —pregunta, apagando su cigarrillo en el cenicero antes de rodearme la cintura con el brazo. Es cariñoso e intenso, delicado y fuerte en las proporciones correctas. Me roza el ombligo con la yema de los dedos.

—Totalmente —respondo, y me dejo caer entre sus brazos mientras se acurruca conmigo. Me besa la nuca y yo tiemblo.

—¿Crees que algún día se dará cuenta?

Me pongo tensa: la pregunta me pilla por sorpresa.

—A veces… —consigo responder—, a veces también me pregunto si ya lo sabe.

—¿Que no existen?

Me sobresalto. J. C. acaba de decir una verdad tan pocas veces mencionada por las personas que la conocen, Joaquin y Michelle, que escucharla en voz alta me inquieta. Me alegra que J. C. no pueda verme la cara. Estoy segura de que tengo la expresión de una niña perdida. Al final, se me ocurre una respuesta.

—A veces creo que no hay modo de que no lo sepa. Pero me parece que prefiere pensar que son reales.

J. C. se ríe despacio, contra mi cuello, y su actitud me irrita. No me da risa. Me esforcé mucho para inventar a los Callahan. Sé los cumpleaños y las alergias de Jennifer y Matthew. Conozco el diseño de su casa de Punta Isabel e incluso lo bosquejé una vez en un diario

que escondo en el armario. También conozco cada detalle de su apariencia: son la viva imagen de los hijos del primo de Michelle, que vinieron de visita de Corpus Christi el verano pasado. A ellos les saqué la foto que le muestro a Mami. También sé a qué pediatra van cuando están en la isla y a qué fraternidad pertenecía la señora Callahan en la universidad, y sé que el señor Callahan le propuso matrimonio en la sala de sus padres, en Houston, cuando los dos estaban a solas bajo el árbol de Navidad, y los preciosos ojos de la señora Callahan brillaron como las lucecitas blancas que adornaban el pino. Lo sé porque yo los creé y lo hice para poder tener todo esto: los brazos de un hombre en mi cintura y sus labios cerca de mi cuello. Unas pocas horas en el mundo todos los veranos. La vida de una chica normal.

—Me he perdido —dice J. C., sin dejar de lado la pregunta. Se aleja y se incorpora, y yo me acuesto boca arriba para poder mirarlo si quiero. Pero aún no lo miro. J. C. sigue hablando—. Si crees que tu madre se ha dado cuenta de que le has estado mintiendo, ¿por qué dices que prefiere creer que los Callahan son reales?

Recorro con la vista los círculos irregulares y oscuros que hay en el techo, viejas marcas de humedad. Reflexiono sobre la pregunta de J. C. antes de contestar.

—Porque si los Callahan son reales le demuestran que, en realidad, ella es una buena madre. Se puede repetir a sí misma que jamás dejaría a sus hijos con una niñera todo el día, que no los dejaría de lado durante las vacaciones. Y también puede decirse a sí misma que, por más que los Callahan sean ricos, no son mejores que ella. De hecho, creo que a ella le gusta que sean ricos. Ella viene de una familia rica. Tal vez espera que se me pegue.

No aparto la mirada de las marcas de humedad. Nunca he dicho esas palabras en voz alta, ni siquiera a Joaquin.

—Es un poco retorcido —dice J. C., y me mira como si yo me hubiera olvidado de que él estaba allí, como si creyera que estaba sola.

Entonces, le devuelvo la mirada.

—Sí, supongo que sí.

J. C. medita un instante y luego se levanta.

—Voy a prepararme un trago. ¿Quieres?

—Claro —le digo.

Hubiera deseado que me diera un beso antes de irse, pero la verdad es que solo va a la cocina. Enseguida oigo la música familiar: los *plin plun* del hielo, los *glu glu* del alcohol. Me imagino a Mami en nuestra cocina, preparando su bebida y revolviéndola con el meñique antes de dar el primer trago.

Me imagino a Joaquin refugiado en su habitación, escuchando una de sus bandas para los días de mal humor, mirando el mapa de California, soñando con abandonarnos tan pronto como pueda, aunque no lo admita. E incluso me imagino al señor y la señora Callahan, los dos más que guapos, más que amables. Me los imagino acurrucados en su sofá de cuero blanco, bebidas en mano, sonriendo mientras hablan de Matthew y Jennifer y de las cosas simples y maravillosas que hicieron en la playa ese día. La señora Callahan bebe vino blanco. El señor Callahan le besa el cuello como J. C. besa el mío. Quizás incluso bese mejor que J. C. Al fin y al cabo, tiene más años y, por lo tanto, más experiencia. Me doy cuenta de que sonrío mientras pienso en ellos, en los Callahan, en la familia que inventé con tanta dedicación, con tanto esmero. Los imagino, siempre a salvo en su casa de Punta Isabel, como muñecas en su casa de juguete, siempre presentes cuando los necesito, siempre listos para ayudarme a desplegar mis alas y volar en libertad.

JOAQUIN FINNEY

ISLA MARIPOSA, TEXAS

1986

CAPÍTULO ONCE

Amy Mitchell tiene sabor a menta y cigarrillos Parliament, aroma a Aqua Net y vainilla e incluso cuando hay mucho que hacer en El Mirador, camina con lentitud, mientras su trasero se mueve de izquierda a derecha siguiendo el ritmo de cada paso.

Cuando Carlos la contrató en mayo, no pude evitar echarle un vistazo de vez en cuando, e inmediatamente sentí que era un tipo repugnante. No soy un eunuco ni nada por el estilo, pero no me gusta sentirme así.

Así que empecé a entrenarme para no mirarla, pero una vez pasó junto a mí mientras yo estaba haciendo tareas en la barra y se dio la vuelta en el peor momento posible, como sabiendo que me descubriría con las manos en la masa. Bajé la vista y me quedé mirando los cubiertos que estaba envolviendo en servilletas de tela roja brillante, pero ya era demasiado tarde.

«Mirar es gratis pero tocar tiene un precio», dijo con voz cantarina, y bien fuerte, tanto que incluso Miguel, el ayudante, la escuchó y se rio a carcajadas.

Me ruboricé sin responder. Pero, luego, recordé esa frase cientos de veces. «Mirar es gratis pero tocar tiene un precio». Con solo recordarla, me excitaba.

Poco tiempo después, encontré una cinta en mi casillero. Escrito en el lomo del casete decía «Besos Amy» y tenía grabadas canciones de Social Distortion, Black Flag y Really Red.

Amy Mitchell es absolutamente genial.

La primera vez que la besé fue una semana después de recibir la cinta, más o menos, cuando me invitó a su casa después del turno de

la tarde. Sus padres estaban en el trabajo, dijo, y su hermanito estaba jugando en casa de un amigo.

Había imaginado que sería toda agresiva y punk, pero en su casa hicimos huevos revueltos juntos y vi que era más tranquila de lo que esperaba. De hecho, pensé que estaba nerviosa porque hacía muecas con la boca y se pasaba los dedos por el pelo corto. Me parecía imposible que estuviera nerviosa por mí, pero quizás fuera así y en cuanto lo entendí, me relajé. Verla allí, en su casa, con el suelo de linóleo agrietado y la nevera verde cubierta de dibujos de su hermanito, pintados con los dedos, la volvió menos intimidante. Y resultó que tampoco era muy buena cocinera, así que tuve que ayudarla.

—¿Es raro que hagamos huevos revueltos cuando podríamos haber almorzado comida Tex-Mex gratis? —me preguntó, mientras servía los huevos.

—Somos dos rebeldes —dije, mi voz inexpresiva—. Vivimos y morimos siguiendo nuestras propias reglas.

Y Amy se había reído tanto que al final se le escapó un ruido gracioso por la nariz. Eso es lo otro que tiene Amy Mitchell: ella piensa que soy ocurrente. Y puede que lo sea cuando estoy con ella.

Poco después de almorzar, Amy me preguntó si quería ir a escuchar música a su habitación. Nos sentamos con las piernas cruzadas en la alfombra azul y pusimos canciones de Minor Threat y de Circle Jerks, y empecé a escribirle una lista para grabarle una cinta, y en un momento durante una canción de 7 Seconds nos miramos el uno al otro y se acercó un poco y le pasé la mano alrededor del cuello y nos besamos y enseguida nos acostamos en la alfombra y nos seguimos besando.

Me quedaron marcas rojas en la espalda, por la alfombra, pero no me importó. Me gusta estar con Amy Mitchell.

Y no ha cambiado, aunque ya han transcurrido semanas. En días como hoy, los dos solos en la habitación de Amy, en la cama de Amy, todavía me sorprende que lo que sucede sea real, a pesar de que ya conozco todos los detalles de su cuarto: los pósteres de grupos musicales que cuelgan de la pared, por encima de la cabeza, y las hileras de frascos de esmalte negro que hay sobre la mesa de luz, las

pilas de novelas de bolsillo y los cuadernos de espiral y los casetes que ocupan cada centímetro de espacio libre.

—Tengo que ir a casa —le digo al rato, y me doy la vuelta y me pongo los vaqueros. He dejado a Elena a cargo de Mami toda la mañana. He dicho que Carlos necesitaba ayuda, cosa que no es verdad. La culpa me invade. Con un suspiro, Amy se incorpora y se sienta. Luego, con las mejillas rojas, se pone la camiseta. Con supremo esfuerzo yo también me incorporo y me siento. Si no, nunca me marcharé.

—¿Quieres que pasemos el rato, después del trabajo? —me pregunta, parpadeando varias veces, como si necesitara recordar exactamente dónde está.

—Sí, claro —digo, y le acaricio el pelo, todo mi cuerpo en llamas. De pronto, oigo un sonido al otro lado de la puerta cerrada, y Amy y yo nos miramos. En sus ojos azules, hay pánico.

—Mierda, mamá ha vuelto antes a casa —susurra.

—¿El armario? —alcanzo a preguntar, con el corazón palpitando.

—¡La ventana! —responde y me empuja en esa dirección.

—¡Amy! —Llega una voz apagada de mujer por el pasillo.

Mierda, mierda, mierda.

Después de forcejear un instante, Amy y yo nos las ingeniamos para abrir la ventana, con su marco de aluminio viejo, y me lanzo al vacío. Aterrizo de espaldas sobre unos arbustos. Amy se asoma, todavía con pánico en la mirada. Pero también se echa a reír. Me arroja los zapatos, uno a la vez, y yo los esquivo para que no me den en la cabeza. Luego le regalo una gran sonrisa desde los arbustos, me levanto y me quito la tierra de la ropa. Más arriba, Amy cierra la ventana. Respiro hondo, temblando. Nos hemos librado.

Me pongo los zapatos y saco mi bicicleta del lateral de la casa, donde la he dejado escondida, y voy a casa, pensando en mil cosas de Amy. En sus labios, sus pechos, su cuerpo, su perfume y su risa. En que conoce a las mejores bandas y los libros más insólitos, y que estar con ella me hace muy feliz. Quizás más feliz de lo que he sido en toda mi vida. No es que la barra esté superalta ni nada por el estilo. No estoy tan obnubilado como para perder la objetividad.

—¡Cuidado, idiota! —dice alguien, detrás.

Hago una maniobra para dejar pasar a un Dodge viejo que no termina de entender que debe compartir la carretera con una bicicleta. Me gusta que el viento me sacuda el pelo y me haga sentir completamente despabilado cuando pedaleo, pero no me molestaría para nada tener mi propio coche, incluso un Dodge viejo. Entre otras cosas, si viajara en coche no tendría que soportar el calor de mierda que hace en Texas.

Cuando llego a la entrada, veo a Elena sentada en los escalones del porche, que se muerde las uñas.

—No entres —me advierte, con mala cara.

—¿Por qué? —pregunto, aunque es fácil adivinar la razón.

Analizo a mi hermana menor: no lleva zapatos y va vestida con una camiseta roja y blanca, gastada, que era mía, de cuando estaba en el equipo de atletismo de LBJ. Espero que no vaya vestida así porque tenga planes para salir con ese idiota hoy.

—Mami está hecha una arpía de mierda —murmura, mientras extiende la mano para rascarse una picadura de mosquito en el tobillo.

Para que Elena diga algo así, debe de haber pasado algo muy malo. A ella le resulta más fácil evitar los problemas, ignorarlos o fingir, para usar una palabra más precisa.

Dejo la bicicleta sobre la tierra, en el patio delantero que apenas es un patio, y me siento a su lado.

—¿Qué ha pasado?

Echo un vistazo por encima del hombro para asegurarme de que no nos estén espiando. Nunca se sabe. Mami es tan bajita que puede aparecerse sin hacer el más mínimo ruido, incluso cuando está borracha. Me llevo el pulgar a la boca y automáticamente me pongo a mordisquearme la uña.

—Está superborracha, y yo no he limpiado bien los zócalos —dice Elena, triste, mientras contempla la calle—. Me ha soltado esos insultos típicos de Cuba y me ha hecho fregar el mismo rincón durante unos cinco minutos.

—¿Qué son los zócalos?

Ojalá tuviera una cerveza en este momento. Podría ir a buscar una a la nevera, rápido, sin que Mami me viera. Me imagino con una lata húmeda en la mano y lo refrescante que sería en este clima infernal.

—«¿Qué son los zócalos?» —repite Elena, como si no pudiera creer lo que acabo de decir. Me lanza una mirada que parece un misil—. Justamente de eso estoy hablando. ¡Tú crees que Mami me dejaría hacer lo que quisiera si le plantara cara, pero no te veo aquí, atrapado en casa, fregando zócalos, porque ella opina que limpiar es cosa de chicas! Mientras tanto, tú estás con tu novia, teniendo sexo.

—Elena, basta.

No quiero hablar de Amy con mi hermana. No quiero mezclar las cosas. Es un asunto mío. Pero Elena pone cara de fastidio y resopla.

—Dime que me equivoco, entonces —murmura—. Dime que es mentira, que no estabas teniendo sexo con tu novia.

—¡Elena!

—Vale —dice ella, y deja de insistir. Después, apoya la barbilla entre las manos y añade—: Pero, igualmente, no estás atrapado aquí, limpiando zócalos.

A través de sus dedos, alcanzo a ver la delgada cicatriz descolorida que tiene bajo la boca. Reprimo el miedo y la culpa que me asaltan siempre que observo esa marca atentamente.

—Tienes razón —respondo y me quedo en silencio durante un instante. Elena no me mira, pero veo que sus músculos se relajan cuando me disculpo, así que sigo hablando—. Es más difícil para ti que para mí. Lo siento.

—Hay que esperar un rato, hasta que se desmaye —me dice—. Después, me voy a cuidar a los niños.

Me recuesto contra los escalones del porche. Considerando su estado de ánimo, tengo que tener cuidado de no empeorar la situación. Pero tampoco me puedo quedar callado: me preocupo por ella, es mi hermanita.

—¿A dónde te llevará? —le pregunto. Elena se encoge de hombros.

—Ni idea, a algún lado. Seguramente, al cine.

—Está bien —le respondo, aunque sé que miente, aunque sé que ese tipo debe pensar que una cerveza en el sofá de su apartamento de mal gusto es una buena cita, aunque yo uso el dinero que tanto me cuesta ganar en El Mirador para invitar a Amy al cine o a Putt-Putt de vez en cuando porque es lo que hay que hacer si eres un tipo más o menos decente. Desearía poder explicárselo a Elena, pero ella está

nerviosa y, además, tampoco me va a hacer caso.

Nos quedamos sentados allí un rato, sin hablar. Sentados y nada más. Cuando parece que ha pasado el tiempo suficiente, subo los escalones y me asomo por la puerta para inspeccionar el estudio y la cocina. Las luces están bajas. El ambiente está pegajoso porque el aire acondicionado nunca funciona bien durante los meses más calurosos del verano. El reloj sigue marcando los minutos y su *tic-tac* es el único sonido que se alcanza a oír entre el zumbido de la nevera.

Mi respiración se agita. Mis sentidos se agudizan. Pero no hay nadie echado en el sofá, en la penumbra. Nadie me mira con el ceño fruncido desde el sillón reclinable. Veo las sandalias rosas de Elena a un costado y las levanto a toda velocidad.

—Debe de estar desmayada en su dormitorio —le digo, mientras vuelvo a la tierra de los vivos. Le lanzo las chanclas a Elena.

—Qué suerte que tenemos —me contesta, poniéndose de pie y estirando los brazos. Su respuesta es irónica, los dos lo sabemos, pero la verdad es que cuando se trata de suerte no nos queda más que aceptar la poca que tenemos.

—Vamos a dar un paseo —le digo, señalando las chanclas. Elena me mira.

—Está bien, pero sin temas serios, ¿de acuerdo? No estoy de humor.

—Solo hablaremos del clima, te lo juro.

Caminamos por la acera, pasando las otras casas endebles en diferentes etapas de abandono. Cuando éramos pequeños, en primaria, y Mami se irritaba con nosotros, nos ordenaba que nos marcháramos de casa porque no quería vernos. Entonces Elena y yo dábamos la vuelta a la manzana, calculando cuántas rondas tendríamos que hacer antes de aventurarnos a entrar sin correr riesgos. Una vez, regresamos antes de tiempo y, como bienvenida, Mami nos lanzó un zapato volador. A partir de ese día, siempre añadimos una vuelta adicional, para evitar peligros.

—Sin charlas serias, como he prometido, pero ¿necesitas dinero para esta noche?

Elena frunce el ceño, avergonzada. Ella quiere responder que sí, pero le da pudor. Debería haberle dado el dinero como siempre, sin

preguntar.

—Si te sobra… —dice al fin, en voz baja.

—Bueno.

Tendría más ingresos en el banco, con intereses, si no tuviera que financiar a mi hermana todo el verano, pero nunca gasta dinero, así que no me molesta. Una vez escuché a Elena explicarle a Mami que el señor Callahan estaba invirtiendo la mayor parte de su sueldo de niñera en un fondo especial para pagar las clases de enfermería. Mami se quedó impresionada con la historia y no hizo preguntas. No creo que Elena se haya dado cuenta de que, en algún momento, su mentira saldrá a la luz. O, si se le ha ocurrido, ha elegido ignorarlo como tantas otras cosas.

Después de unas cuantas vueltas en silencio, llegamos a la puerta principal de nuevo. Elena me deja entrar primero, como hacíamos cuando éramos niños.

—Sigue fuera de combate —le informo, como un soldado durante una misión de reconocimiento.

Elena asiente y entra. Cuando estamos en la cocina, recuerdo que debo darle dinero y le ofrezco un billete de cinco dólares. Lo dobla con mucho cuidado y se lo guarda en el bolsillo trasero, antes de darme las gracias con una sonrisa.

—Si no lo necesito, lo devolveré —promete.

—Guárdatelo —le digo—. Puede que lo necesites en otro momento.

* * *

Elena se inventó un empleo, pero el mío existe de verdad. Mami sigue desmayada cuando me voy al restaurante. Elena está en el baño, maquillándose, para salir con J. C. El grifo está goteando de nuevo, y tomo una nota mental para revisarlo antes de que Mami lo note. Me fastidia pensar que Elena pasará tiempo con ese idiota de la playa. Era mejor cuando usaba a los Callahan para pasar tiempo con la tonta de Michelle o ir a esas fiestas estúpidas. Cosas normales de una adolescente que no la dejan hacer. Pero ahora ha aparecido este imbécil de J. C. Sé que no lo conozco en persona, pero me cae mal.

Durante el viaje en bicicleta hasta el trabajo, pienso en Elena y en J. C., en Mami y en los zócalos, en Amy y California, en el futuro incierto que tengo por delante. Pedaleo más fuerte cuando recorro el boulevard Esperanza. No veo la hora de llegar a El Mirador para distraerme.

Debería pedirle a Carlos que me asignara otros turnos. Pero si trabajo más, Elena pasará más tiempo sola en casa con Mami. Aunque, si me mudo a California, Elena estará sola en casa con Mami todo el tiempo. Y además, no volveré a ver a Amy.

Mierda, mierda, mierda.

Cuando llego al restaurante tengo muchas ganas de tomar cerveza, pero en cuanto entro, el olor a queso y enchiladas verdes y tortillas tibias se apodera de mis sentidos, y me tranquilizo un poco. Las lucecitas blancas de Navidad que cuelgan sobre la barra arrojan destellos como si dieran la bienvenida. En el estéreo, suena Antonio Aguilar, y su voz vibra entre las trompetas.

—Hola, hombre —dice Carlos desde la barra, donde prepara una bebida para uno de los clientes habituales—. Me alegro de verte.

—Yo también me alegro de verte —respondo, antes de ir al salón del personal en busca de mi delantal.

—¡Ey! —grita una voz bien conocida a mi espalda. Es Amy.

—Ey —le digo, sonriendo antes de darme la vuelta. La veo salir de la cocina y secarse las manos en el delantal. Se acerca para darme un beso en la mejilla.

—Todavía no puedo creer que mi madre no nos haya descubierto esta tarde —me susurra al oído. Su aliento me da cosquillas y hace que me duela el pecho.

—Sí. Mis movimientos sigilosos nos han salvado.

En su rostro se dibuja una hermosa sonrisa. Nos quedamos mirándonos como dos idiotas hasta que Carlos tose fuerte y comenta:

—Bueno, bueno, ya os podéis ir separando, hay trabajo por hacer.

—Está bien, papá —responde Amy, burlándose por si acaso.

Carlos se echa a reír y el cliente que está sentado en la barra también, y después nos echamos a reír Amy y yo, y cuando llego a la sala de empleados, solo, y me pongo el delantal, me doy cuenta de que sigo sonriendo tanto que ya me duele la cara.

CAPÍTULO DOCE

Todavía vamos a misa. En mi opinión, Mami no es muy religiosa ni nada. A veces rezamos antes de las comidas, pero solo cuando ella tiene ganas. Tiene un cuadro de la Virgen María que Elena le compró en un bazar de la iglesia colgado en la pared del dormitorio, pero es el único objeto religioso que hay en casa. Tampoco nos regaña si decimos: «¡Por Dios!», pero sí interviene si lo usamos en insultos o cosas así, aunque ella sí se dé permiso para usarlo.

Una vez, cuando éramos niños, le pregunté por qué íbamos a la iglesia.

—Iba a misa cuando vivía en Cuba, y seguiré yendo a misa ahora que vivo aquí —me respondió.

Eso no explica por qué Elena y yo tenemos que acompañarla, pero así es Mami: es su mundo y nosotros, sus invitados.

Todavía vamos a misa casi todos los domingos y, cuando era pequeño, Mami me mandaba a catequesis a la escuela privada. Elena y yo nos sentábamos con los otros niños de la escuela pública y jugábamos con lo que había en los pupitres, mientras las madres que trabajaban como voluntarias en la parroquia, con sonrisas entusiastas y mejillas sonrosadas, nos preparaban para la primera comunión y la primera confesión. Todavía recuerdo el traje de poliéster azul usado y que picaba que usé la primera vez que recibí la Eucaristía, y recuerdo también que me secaba las palmas sudorosas en los pantalones mientras caminaba hacia el altar para recibir la hostia o, como el sacerdote y las madres entusiastas dirían, el cuerpo de Jesucristo.

«Estás muy guapo», me había dicho Mami mientras me sacaba una foto en el porche esa mañana.

Los cumplidos de Mami son tan escasos como las tormentas de nieve de Texas, así que aquel se me quedó grabado en el cerebro.

No sé qué pasó con la tarjeta de felicitación y los cinco dólares que me dio después de misa, cuando fuimos a El Mirador para almorzar, un evento inusual. Creo que no la guardé. Tal vez aquella mañana de mi primera comunión también me hubiera sentado aquí, en este mismo banco de iglesia, a medio camino del altar. Elena debía de tener cinco o seis años en aquel entonces, y ahora tiene casi diecisiete y está sentada a mi lado, hojeando el cancionero mientras el padre Harrison expone la homilía con voz monótona. Con expresión seria, Elena me muestra furtivamente el libro de oraciones y canciones encuadernado en cuero rojo y señala una página para que capte el título: *Credo*. Solo que algún niño, en algún momento, tachó las dos primeras letras y le agregó una «p», así que ahora la oración comienza diciendo: «Pedo en Dios Padre Todopoderoso…». Elena y yo nos miramos: yo le sonrío y alzo la vista, y, en respuesta, ella se cubre la boca con la mano para no soltar una carcajada.

Mami, de pie junto a Elena, tose intencionadamente, así que mi hermana cierra el librito y lo deja sobre el banco. El padre Harrison sigue hablando, no sé de qué. Gesticula con sus manos arrugadas, hace una pausa dramática y nos mira con sus ojos reumáticos.

No puedo creer que ese tipo no tenga sexo ahora y nunca más vaya a tenerlo. Bueno, seguramente. Desde la secundaria, es el primer pensamiento que me viene a la cabeza al ver un sacerdote: que no tiene relaciones sexuales. Que sea el primer pensamiento me pone mal, porque algunos parecen tipos bastante agradables, pero no puedo evitarlo. Creo que ni siquiera tienen permitido masturbarse, cosa que me parece totalmente inhumana. Entonces mi mente comienza a navegar hacia Amy Mitchell y su caminata lenta y el vaivén de su trasero, y aprieto los párpados y sacudo ligeramente la cabeza. No está bien pensar en masturbarse en la iglesia y mucho menos en tener sexo con Amy Mitchell. Mierda.

Bueno, creo que tampoco debería decir palabrotas, ni siquiera para mis adentros.

Por fin, termina la homilía del padre Harrison. Nos ponemos de pie y luego de rodillas, y nos sentamos y cantamos los himnos, y Elena me

muestra una vez más el «Pedo en Dios Padre Todopoderoso…» justo antes de la bendición final para tentarme. Hasta que, por último, salimos, después de detenernos junto a la pila de agua bendita, sumergir las yemas de los dedos en el líquido a temperatura ambiente y persignarnos. Acto seguido, Mami hurga en su bolso y me entrega las llaves del Honda.

—Conduce tú —me dice.

Puede que tenga resaca o quizás no quiera conducir. A veces, no consigo distinguir el motivo.

—Está bien —le respondo.

En cuanto salgo del aparcamiento, Mami empieza a sermonear:

—¿Has visto lo que llevaba puesto esa mujer que teníamos enfrente? Qué ordinaria.

Intento desconectarme para no escucharla, como hago con el padre Harrison. Lo lógico sería que la iglesia tuviera un impacto positivo en ella. Por otra parte, sería un hipócrita si dijera que tiene impacto en mí.

—¿Qué llevaba puesto? —responde Elena, para darle el gusto a Mami o quizás para que yo no intervenga.

Decido no empezar una discusión y trato de no prestar atención cuando Mami parlotea sobre que la falda era demasiado corta y poco apropiada para la iglesia. Pero justo cuando tomo la calle 13, Mami comenta:

—Me he enterado de que quizás te mudes a California, Joaquin.

Me aferro al volante y trato de mantener la calma. Que no me vea sudar: esa es la regla número uno, aunque, al fin y al cabo, siempre la rompo.

—¿Qué? —pregunto, fingiendo que no he entendido bien.

Eso siempre la irrita, pero es una de mis estrategias típicas: obligarla a repetir lo que ha dicho solo para hacerla enfadar. Echo un vistazo por el espejo retrovisor. Elena está mirando por la ventana, con el rostro tenso.

—He dicho que me he enterado de que quizás te mudes a California —repite Mami.

Me detengo en un semáforo en rojo. El coche de al lado tiene la ventanilla baja, que deja escapar música heavy metal de mierda, tan

fuerte que alcanzo a escucharla desde el interior del Honda. No respondo. Quizás Mami se dé por vencida.

¿A quién quiero engañar? Soy un iluso, nivel Elena.

—He pensado que tal vez querrías compartir un plan así de importante con tu madre —insiste—. ¿O ibas a abandonarnos a tu hermana y a mí en mitad de la noche, a hurtadillas, como un ladrón?

Está tranquila, serena. Corre con ventaja y lo sabe. Elena se lo confesó, no tengo duda. Mi hermana miente muy bien cuando se trata de ella, así que podría haber mentido para protegerme a mí. Pero no, a veces Mami sabe encontrar el punto débil de su presa y atacar.

—No tengo planes de ir a California —le contesto.

Cuando el semáforo se pone verde, piso el acelerador, agradecido de tener que concentrarme en la carretera.

Mami se examina una uña y hace una pausa, para que crezca el suspense.

—Me parece bien. Porque si pensabas ir a buscar a tu padre, que te abandonó a ti y a tu hermana, era una idea estúpida. O sea, sé que nunca fuiste el estudiante más inteligente de la clase, pero nunca antes se me había ocurrido que fueras tan tonto.

Qué carajos, Elena.

No digo nada aunque tengo ganas de gritarlo todo: que ella es quien nos ha ocultado información sobre nuestro padre y que me revienta; que lo único que sabemos es que se marchó cuando éramos niños; que apenas lo recuerdo, ni su olor ni su voz ni nada; que ella ni siquiera trató de localizarlo; que las pocas imágenes que hay de él están ocultas en su dormitorio. Han pasado años desde la última vez que vi esas fotos cuadradas, descoloridas.

—Bueno, ¿no estás de acuerdo en que es una mala idea? —prosigue Mami.

Tranquilo, Joaquin. Ya casi estamos en casa. Echo otro vistazo por el espejo retrovisor. En la cara de Elena, veo tristeza.

—El verano acaba de empezar. No sé lo que haré después.

—Deberías hacer lo que te recomendé y tomar cursos en el CUIM. El plan de estudios en radiología es muy bueno.

Mami quiere que yo estudie radiología y, Elena, enfermería. Está obsesionada con eso. Opina que son profesiones de buena reputación,

supongo, y que pagan bien. Nos insiste desde que tengo memoria. Cuando estaba en quinto grado y tenía que hacer un proyecto para el día de las profesiones, hice un enorme póster, ridículo, sobre radiología porque quería hacerla feliz. Cuando llegué al colegio, mis compañeros hablaron de sus profesiones soñadas: jugador de fútbol profesional, arqueólogo o cuidador del zoológico. Yo me puse frente a todos a hablar de radiología, como si mi sueño fuera hacer radiografías.

Conduzco hasta la entrada de casa y oigo crujir la grava bajo el peso de los neumáticos. No aguanto más y me doy media vuelta para mirar a Mami.

—Lo que es una idea estúpida es pensar que debería saber lo que quiero hacer con mi vida. Tengo dieciocho años. No sé qué mierda quiero hacer.

Mami se encoge de hombros, todavía bajo control, pero a punto de estallar.

—Deberías ir a buscar a tu padre —dice ella, escogiendo las palabras que más daño me harán—. Te pareces mucho a él. Una decepción total.

Extiende la mano para que le entregue las llaves y luego se baja del Honda. Da un portazo cuando se mete en casa.

—Qué mierda —murmura Elena.

—Sí, qué mierda —le grito, y me doy media vuelta para mirarla. Sé que soy un imbécil por levantarle la voz a Elena, porque yo tampoco resisto los interrogatorios de Mami, pero Mami se ha ido y tengo que gritarle a alguien—. ¿Por qué se lo has contado? ¿Por qué le has hablado de California?

Elena se cruza de brazos con fuerza sobre el pecho.

—No quiero pelear contigo, Joaquin.

—Nunca quieres pelear. Tampoco quieres reconocer la realidad.

—No es justo —me dice, y se cubre de manchas rojas en la cara y el pecho—. No es justo, joder.

—Ah, claro, pero decirle a Mami que quiero instalarme en California cuando termine el verano sin advertírmelo sí es justo.

Elena pierde la paciencia y se lanza hacia delante como un gato enojado.

—Nos escuchó una noche, mientras hablábamos, a través de la puerta de su dormitorio. Lo acabo de confirmar.

Luego se recuesta sobre el asiento y veo que tiene los ojos húmedos. Elena detesta discutir conmigo y con Mami, detesta toda clase de conflictos, la verdad. Al fin y al cabo, así se simplifica su propia vida. Pero tengo la impresión de que, cuando tenga veinticinco, seguirá viviendo en casa, bajo el control de Mami, y cada vez que lo pienso me deprimo tanto que trato de olvidarlo.

El calor de Texas ya está empezando a convertir el Honda en una sauna. Abro la puerta de delante y Elena abre la de atrás. Un mosquito se aventura, curioso, y vuela en círculos sobre mí. Le doy un manotazo, molesto.

—¿En serio nos escuchó hablar? —le pregunto, avergonzado por mi reacción.

—Sí —insiste, sin levantar la vista. Luego baja la voz y agrega—: Pero sí le dije que quizás ibas a buscar a papá. No te enfades, por favor.

Su cara me recuerda a la de una niña, con mejillas regordetas y mirada ansiosa. Se lleva un dedo a la cicatriz delgada que tiene en la barbilla y la acaricia. Es un movimiento inconsciente, lo sé, pero igualmente se me hace un nudo en el estómago.

—No creo que pueda encontrarlo —le digo.

Elena asiente. Hace un calor del infierno aquí. Pienso en el aire acondicionado que circula en el interior de casa, pero allí es donde está Mami, ya sea preparándose un trago o sentada, acumulando rencor, mientras se prepara para el próximo round de nuestro combate, predecible: gritos y más gritos, portazos tanto suyos como míos.

—¿Crees que está en California? —le pregunto, en un intento por cambiar de tema y dejar de discutir sobre Mami, sobre nosotros.

Elena se encoge de hombros.

—Puede ser, pero no me importa.

Me llevo una uña a la boca y la muerdo. Supongo que tiene razón. No tiene importancia. Así que no sé por qué me pregunto por él, ese hombre responsable de mi existencia física. Ese hombre que nos dejó antes de que Elena aprendiera a caminar o antes de que yo supiera

formular oraciones completas.

—Ey, yo todavía no he tomado ninguna decisión, no sé si me marcharé.

En respuesta, alza la vista y me mira a los ojos. Después hace un gesto con la cabeza en señal de agradecimiento.

—Ojalá te quedes, aunque sea por Amy y no por mí.

Frunzo el ceño, avergonzado.

—Si me quedo, será por el motivo que yo decida, ¿de acuerdo?

Me bajo del Honda: necesito estirar las piernas, tomar un poco de aire fresco.

—De acuerdo —responde Elena, y ella también se baja, cerrando la puerta de atrás con todas sus fuerzas—. Perdón por haberle mencionado a papá.

Que lo llame «papá», con tanta intimidad, como si él mereciera ese apodo me pone de mal humor. Pero me quedo callado.

—No quiero entrar —comenta Elena, con los ojos clavados en la puerta.

—Me vendría bien una cerveza —digo yo.

—Joaquin, es la hora de comer.

—¿No puedo tomar una cerveza a la hora de comer? —pregunto, y Elena se echa a reír como una niña, y creo que tal vez todo vaya bien entre nosotros.

»¿Me acompañas hasta el quiosco? Me puedo comprar un refresco, por lo menos.

—Bueno, vamos —me responde. Le echa un vistazo a la casa de madera que está a punto de derrumbarse como si estuviera decepcionada con la vida. Con nosotros.

Luego comenzamos la corta caminata hasta el quiosco, en silencio. Y no caminamos al mismo ritmo tampoco, sino que yo voy delante, balanceando los brazos, pisando automáticamente las rayas entre baldosa y baldosa.

Siempre recuerdo la rima que escuché una vez: «Si pisas la raya, mamá se desmaya».

—¿Me compras un Snickers? —pregunta Elena.

—¿No tienes el dinero de tu sueldo? —digo en broma, sin darme la vuelta.

—Ay, Joaquin —dice, irritada. Pero me da un empujoncito… le ha parecido gracioso.

—Creo que tengo para un chocolate, *sis* —le digo, con el apodo que odia.

—Un Snickers es todo lo que pido —dice.

Después sale corriendo hacia el quiosco. Me esquiva y toma la delantera, y después avanza dando saltos. Su cola de caballo se balancea y se mueve con pasos ligeros como si nada.

Como si nadie la hubiera decepcionado en toda su vida, ni una sola vez.

CARRIE

TEXAS

1967

Ella dijo que se casaría con él solo si se la llevaba lejos de Healy, si se mudaban juntos a algún lugar donde Carrie pudiera respirar el aire de mar, aunque fuera frente a las aguas oscuras y sucias del golfo de México. De cualquier modo, sería mejor que estar encadenada a Healy y contemplar el centro de construcciones bajas y los campos despoblados que rodeaban la ciudad. Así que el año en que asesinaron a Kennedy, después de la Navidad, cuando todo en su patria nueva y ajena se volvió más ajeno y desagradable que nunca, se sintió casi agradecida de que Frank se arrodillara en mitad de Healy Park y metiera torpemente la mano en el bolsillo para sacar un anillo de compromiso. Reconocía en ese gesto la ola siguiente, la que la impulsaría hacia delante y definiría su vida. Pero esta vez, al exigir el movimiento, al exigirle a Frank que se marcharan de allí a cambio del «*Sí, quiero*», Carrie sintió, por primera vez, que ejercía un mínimo control sobre la marea.

Carrie se había graduado en el instituto y trabajaba como cajera en el banco del centro. Aún dormía en la misma habitación amarilla y esperaba a que Frank volviera a casa de la Universidad de Houston los fines de semana, donde estaba estudiando una carrera que, al parecer, no era útil ni interesante. Los Finney habían comenzado a cobrarle un alquiler a Carrie, que lo pagaba a regañadientes, aunque sabía que no era del todo injusto que se lo exigieran. Estaba a la espera de que algo sucediera en su vida. Y por fin ocurrió cuando Frank le propuso matrimonio.

—Vamos a casarnos lo antes posible —dijo Frank—. Te llevaré adonde quieras.

Carrie sabía que Frank estaba deslumbrado por ella, hasta el punto de la idiotez. Estaba fascinado tal como los chicos se fascinan con las chicas bonitas, tanto que no notaba que a ella todavía le parecía desgarbado y torpe, con sus piernas y brazos raquíticos, y su pelo despeinado. Sin embargo, ella reconocía que los rasgos de Frank no estaban tan mal y que, a lo largo de los años, sus habilidades para besar habían mejorado e incluso a veces daba besos que le gustaban.

—Entonces, ¿cuándo nos vamos de Healy? —preguntó Carrie, muy consciente de la flamante sortija en su dedo, de todo lo que la ayudaría a conseguir—. Quiero vivir junto al mar.

Frank asintió e insistió en que cumpliría con su palabra. Y así lo hizo. Pero, primero, había que resolver el asunto de la boda. Los padres de Frank esbozaron sonrisas forzadas durante la ceremonia, que se celebró en la iglesia

de St. Martin con la familia y el padre O'Dell como únicos invitados. Hacía tiempo que se habían dado cuenta de que la niña cubana que habían acogido se consideraba superior a ellos y su familia, y que había sido un gran error recibirla en su casa. Y, para empeorarlo, allí estaba ella, a punto de arrebatarles a su hijo mayor, llenándole la cabeza de ideas absurdas. Por ejemplo, que debía dejar la universidad y marcharse de Healy, e instalarse en la isla Mariposa, donde el muy estúpido, cegado por el amor, llenó su nuevo apartamento de muebles de lujo que apenas podía pagar. Pero a Carrie no le importaba que Frank comprara los muebles a crédito o lo que pensaran los Finney al respecto. Ella era feliz, tan feliz como podía ser y probablemente más feliz de lo que había sido durante aquellos años en Estados Unidos. Y era todo gracias a Frank, que la había sacado de Healy y le había dado un espacio que, por fin, sería suyo. Sentía que tenía por delante un mundo de posibilidades. Por las mañanas, Frank trabajaba de vendedor en una tienda de colchones, y Carrie jugaba a las casitas: fregaba el departamento hasta que lo dejaba reluciente, doblaba la ropa a la perfección, organizaba los víveres en ordenadas hileras. Haberse visto obligada a cambiar su nombre dulce y rococó, Caridad de la Guardia, por el de Carrie Finney, afilado y rígido, le pareció una negociación justa, sobre todo cuando tomó un autobús urbano hasta la playa, caminó sobre la arena y sumergió los pies en el agua. Al principio, se le hizo fácil ignorar la evidente inferioridad de las playas de Mariposa frente a las de su tierra natal. Incluso se dedicaba a imaginar que las aguas eran las mismas que alguna vez la habían salpicado de niña, allí en Miramar, cuando paseaba de la mano de su abuelita.

Durante un breve lapso, todo le resultó fantástico.

Pero Carrie empezó a aburrirse. Otras jóvenes esposas que vivían en el mismo complejo de apartamentos se reunían en el patio durante las tardes y fumaban cigarrillos y compartían chismes mientras sus esposos trabajaban. Pero a Caridad aquellos encuentros le parecían indecorosos, así que prefirió no participar de ellos. Algunas de las mujeres eran recién casadas, pero ya se habían entregado al abandono: tenían barriga y papada, no se lavaban el pelo a diario ni usaban ropa limpia. Carrie las evitaba porque no quería parecerse a ellas, pero por ese mismo motivo tenía demasiado tiempo libre, incluso después de limpiar la casa de arriba abajo y de preparar la cena para recibir a su marido. Y si se permitía divagar, tenía la tendencia de viajar de vuelta a Cuba. A las imágenes, cada vez más borrosas, de sus padres. A Juanita. A la noche trágica de su quince. No le gustaba recordar esas imágenes.

En Healey, los Finney la dejaban tomar una copa de vino con la cena durante las vacaciones, y Carrie había aprendido a disfrutar de su suavidad y

calidez, así que pronto decidió comprar varias botellas de Merlot mediocre y beber en vasos de zumo mientras veía el televisor en blanco y negro que aún no era del todo suyo. Le gustaba que el vino la hiciera sentirse ligeramente mareada, como sumergida bajo el agua, que aligerara el paso del tiempo o, al menos, lo volviera más llevadero. Además, descubrió que, cuando Frank llegaba a casa con una sonrisa de lobo en la cara y quería llevarla directamente al dormitorio, todo era más fácil si ya había tomado una o dos copas y que, incluso, a veces se lo pasaba bien.

Carrie no se quedó embarazada de inmediato. Solía decirle a Frank que algo iba mal, pero, en realidad, no tenía prisa por ser madre, a diferencia de Frank, que solía hablar de su futuro hijo, Frank Jr.

—Quizás una vez que nuestros hijos crezcan, podamos volver a Healy y mudarnos cerca de mis padres. Podríamos ir a misa con ellos los domingos y que los niños se críen con sus primos.

Frank se lo comentó una noche después del sexo, lleno de ilusiones.

—Puede ser —contestó Carrie, contemplando el techo y preguntándose, preocupada, lo que estaba sucediendo dentro de su cuerpo en ese preciso instante.

Con el paso de los años, cada vez tenía menos sentido traer un bebé al mundo. En primer lugar, Carrie y Frank no eran compatibles en lo más mínimo. Una vez que las novedades de la vida conyugal se esfumaron, se dieron cuenta de que tenían muy poco en común. A Frank le gustaba leer el periódico y ver los canales de noticias. Quería saber lo que Carrie opinaba sobre Vietnam. Carrie, en cambio, odiaba discutir temas de actualidad y las noticias la deprimían. Además, no les divertían las mismas cosas, ni los mismos libros ni películas. La incomodidad y el nerviosismo de Frank fueron desapareciendo, y para Carrie perdió una de sus pocas características encantadoras. Al parecer, se había disipado todo el poder que tenía sobre su esposo.

Y, para colmo, no podían mantener a un bebé. Tenían deudas. Le debían dinero a la mueblería, a la tienda, al propietario del apartamento. Frank empezó a criticar a Carrie porque gastaba demasiado dinero en ropa y adornos para la casa. Carrie se defendía argumentando que trataba de darle un hogar bonito, pero no era honesta. Lo hacía por ella, para soportar un poco mejor las horas que pasaba entre esas cuatro paredes. El apartamento había comenzado a asfixiarla. La pintura barata comenzaba a resquebrajarse. Las mujeres del patio habían tenido bebés que, poco a poco, crecieron hasta convertirse en niños. Con el tiempo, aquellas mujeres comenzaron a pasar las tardes fuera, fumando y gritándoles a sus hijos, cuyos chillidos y sollozos viajaban hasta las

ventanas sucias e imposibles de limpiar del segundo piso donde vivía Carrie. Entonces decidió cambiar el vino tinto por ron, en parte porque le recordaba a Cuba, en parte porque no le manchaba los dientes.

Y luego, durante el Verano del Amor, cuando tantos jóvenes, de las edades de Frank y Carrie, dejaban la universidad, huían del ejército, se escapaban de sus casas para rechazar todas las normas sociales a las que el matrimonio Finney se aferraba, aunque con dificultad, Carrie tuvo un retraso de dos meses. Y entonces lo supo, antes de que el médico lo confirmara con una gran sonrisa en su cara fláccida. Durante el viaje de vuelta, miró por la ventana sucia del autobús y pensó en Cuba. En lo que habrían dicho sus padres, en lo que habría dicho Juanita. Su familia solo la había conocido hasta la adolescencia, por supuesto, y se habrían escandalizado, con razón, al oír la noticia. Por supuesto, solo hasta que Carrie explicara que era una mujer casada, estadounidense, que recalentaba comidas congeladas y no tenía ni una botella de agua de violetas en la casa.

Carrie trató de celebrar aquel día: cocinó pollo para dar el anuncio, y cuando le dio la noticia a su esposo, ruborizada, él se puso de pie de un salto y la abrazó tan fuerte que casi se sintió culpable por sus dudas. Y esa noche, cuando Frank dormía, Carrie se escabulló del dormitorio a la sala de estar, salió por la puerta principal y luego al balcón que daba al patio. Súbitamente, el pánico amenazó con atraparla. Se le aceleró el corazón y se le cerró la garganta.

Entonces Carrie respiró hondo. Pensó que así podría percibir el mar en el aire, y se calmaría, aunque, en realidad, no sería agua de mar, sino un pobre reemplazo. Perpleja, Carrie contempló la noche oscura y se aferró a la barandilla del balcón hasta que la ansiedad pasó. Sin embargo, no consiguió ahuyentar la tristeza que sufría, ni siquiera con el perfume del mar. En algún lugar del mundo se encontraba su vida real, la que debería estar viviendo, pero las olas se la habían llevado demasiado lejos, y entonces Carrie entendió que se estaba ahogando.

JOAQUIN

CAPÍTULO TRECE

Amy abre la puerta con una enorme sonrisa en la cara y una lata de Milwaukee's Best en la mano.

—Hola —me dice, y nos besamos allí mismo, en los escalones de la entrada.

Su bálsamo labial tiene sabor a cereza. Cuando el beso termina, me guía hasta la cocina.

—Mi padre ha comprado una caja entera —dice, cuando saca una lata de cerveza de la nevera y me la ofrece—. No creo que se dé cuenta si faltan un par.

Le doy las gracias y abro la lata. Amy se apoya contra la encimera y toma un trago de cerveza, pero unas cuantas gotas bajan por su barbilla y caen sobre la camiseta negra. Se seca la bebida, como si fuera baba.

—Se ve que tengo problemas con el alcohol —dice, y se echa a reír a carcajadas de su propia broma mala.

—¿Estás segura de que nadie vendrá? —pregunto, con miedo a que, de un momento a otro, la madre de Amy aparezca y me obligue a escapar por la ventana otra vez.

—Sí, han ido de visita a Houston con mi hermano, a la casa de mis abuelos, y pasarán la noche allí —me explica—. Yo he dicho que me encontraba mal. ¿Soy la peor nieta del mundo o qué?

—Puede ser, pero eres la mejor novia del mundo.

En cuanto pronuncio la frase, me muero de vergüenza. Es la primera vez que uso la palabra «novia» para referirme a Amy.

—Ven conmigo, chico cursi —dice, con una sonrisa, y después de otro beso me lleva a la sala de la televisión, donde nos echamos sobre un sofá que ha conocido mejores épocas y nos besamos durante un rato. Después, tomamos un par de cervezas más, y Amy pone MTV. Están dando un video de unos tipos melenudos.

»Esta música es una mierda —sentencia Amy.

—Sí —digo mientras el cantante contonea las caderas cubiertas de lycra y gruñe—. ¿Cuánto crees que valen estos tipos?

—Seguro que millones —dice Amy, con cara de fastidio.

—Deberíamos ir a Houston algún día, a ver un concierto.

Las bandas no suelen venir a Mariposa, y tampoco hay muchas bandas locales de punk. Me imagino conduciendo por la carretera I-45, con Amy como copiloto, pasando la música que nos gusta en el estéreo.

—Sería genial —dice Amy, con los ojos clavados en la pantalla y la nariz arrugada—. Pero hay que hacerlo antes de que termine el verano. Cuando vuelvan a empezar las clases, tengo que quedarme en esta cárcel.

—Claro, las clases —respondo, y se me hace un nudo en el estómago. No me gusta pensar en el fin del verano, cuando LBJ vuelva abrir sus puertas y mi futuro se despliegue ante mis ojos como un rompecabezas que, supuestamente, debo resolver de inmediato.

—¿Y a ti en qué te afecta? —dice Amy, rozando sus rodillas contra las mías y acercándose un poco más, lentamente—. Ya te has graduado.

—Es cierto —reconozco—, pero, por lo menos, si tuviera que volver a clases no tendría que decidir qué mierda hacer con mi vida.

Amy se acerca aún más, y pasa una de sus manos sobre mi torso y se acurruca junto a mí mientras apoya la cabeza sobre mi pecho. El más mínimo contacto con su cuerpo me gusta, y me hace poner la piel de gallina en los brazos. Echo un vistazo a la televisión: otro grupo de tipos con melena ha reemplazado al anterior.

—Así que ¿todavía estás pensando en viajar a California? —pregunta Amy sin apartar la vista de la tele y con voz vacilante.

—Puede ser —le respondo, y me acerco para besarla en la frente —. Pero prefiero no pensar en eso ahora.

Quiero que Amy y la casa de Amy sirvan de refugio de Mami y Elena y de todo lo que no sea mi presente con ella. Pero ella no me lo permite, y me mira de lado.

—Si te quedas un año más, podemos mudarnos juntos a Austin, después de que me gradúe. Podríamos ir a la Universidad de Texas.

—No es mala idea —le respondo, sin saber si le doy la razón para tranquilizarla o si de verdad opino que es una buena idea.

Amy quiere ir a la Universidad de Texas y especializarse en Literatura, y después, instalarse en la ciudad de Nueva York y dedicarse a escribir ficción. Lo tiene todo pensado, y estoy seguro de que lo llevará a cabo. Me imagino en la isla Mariposa un año más, trabajando en El Mirador, a la espera de que Amy se gradúe y luego en Austin con ella. Podría funcionar. Me imagino dándole la noticia a Mami. ¿Pensarían que es mejor que el viaje a California? Elena probablemente estaría feliz de que me quedara un año más. Un año más. Un año más en esa casa con Mami merodeando, con ganas de pelear y yo dándole el gusto, a menos que, por supuesto, esté desmayada en su habitación. Y también pienso en Elena. ¿Cómo porras va a seguir viendo a ese tal J. C. una vez que termine el verano y su familia imaginaria regrese a la ciudad?

Le doy un largo trago a mi Milwaukee's Best y sigo bebiendo hasta que no queda nada. Enseguida, quiero otra cerveza, pero el video musical termina y Amy se incorpora.

—¿Quieres ir a mi habitación? —me pregunta.

—Sí —respondo yo.

* * *

Cuando recuerdo lo nervioso que me ponía Amy al comienzo del verano, esa primera tarde cuando me invitó a su casa y cocinamos huevos revueltos, me parece ridículo. O sea, todavía me emociono con solo estar cerca de ella, porque es inteligente y sexy y divertida, pero la verdad es que, en las últimas semanas, me siento cómodo con ella. Incluso relajado. Hablamos mucho sobre música y películas. A veces sobre novelas. He mencionado a mi familia y a Mami en algún momento, pero me he guardado lo peor. No sé bien por qué, quizás

por vergüenza. La última vez que salimos, le conté la verdad sobre los Callahan y le hice prometer que no se lo diría a nadie. Creo que la capacidad de Elena para sortear las reglas de Mami le causó admiración, pero me di cuenta de que también le pareció raro. «Casi trágica», así describió la situación. Por suerte, no se espantó tanto con la historia de mi familia como para dejar de salir conmigo.

Esta noche estamos sentados, muy cerca el uno del otro, sobre la alfombra de su habitación, evitando los temas serios.

—¿Y esta? —me pregunta, antes de arrojarme una cinta.

Amy guarda todos sus casetes en cajas de zapatos, organizados en orden alfabético. El estéreo está en un mueble, a unos pocos centímetros del suelo, así que es lógico que siempre terminemos sentados enfrente como si, para nosotros, fuera el equivalente de una chimenea.

—Es bueno —sentencio, y ella lo pone.

Revisamos sus casetes, intercambiamos opiniones e inventamos predicciones sobre lo que harán las bandas y cuáles podrían tocar en Houston. Cuando doy con la banda sonora de *Grease*, se la muestro y le lanzo una mirada acusadora.

—No me importa lo que opines —responde, simulando que está ofendida—. John Travolta estaba estupendo en esa película. Y, además, fue en primer año cuando lo compré.

En un gesto teatral, alzo las cejas.

—Ay, por favor. Travolta no se puede comparar con un hombre de verdad como yo.

Amy se echa a reír y me da un empujoncito. Yo me dejo caer boca arriba y la arrastro al suelo conmigo. Así iban a terminar las bromas y las charlas, y los dos lo sabemos. De la ansiedad, me tiembla todo el cuerpo.

—Oye, cariño, bésame como Danny Zuko —dice Amy con voz ronca, como si fuera la mujer fatal de una vieja película.

—Te besaré mejor que Danny Zuko —respondo, y ella se deja caer sobre la alfombra.

Me coloco encima de ella, ahuyentando el miedo a que, quizás, yo no sepa besarla tan bien como Danny Zuko, en sus fantasías. Enseguida, terminamos enredados. Con su boca suave, busca la mía;

con sus caderas, se mueve debajo de las mías. Me vuelve loco. Al cabo de un rato, me lleva a su cama.

Sin decir ni una palabra, nos metemos bajo las sábanas, que nos envuelven como una crisálida. Amy se estira y baja las persianas hasta que deja fuera el más mínimo rayo de luz. Todavía alcanzo a oír el ruido de algún automóvil que pasa de vez en cuando, pero pronto mis oídos se vuelven sordos a todo lo que no sea nuestra respiración y el colchón que se mueve debajo de nuestros cuerpos. No pasa mucho tiempo antes de que caigan las camisetas y los pantalones, y el sujetador de Amy, no sé bien cómo. Entre risas, pateamos los vaqueros al pie de la cama y los míos terminan en el suelo.

La primera vez que Amy y yo nos acostamos, hace unas semanas, logré reunir el coraje para susurrarle al oído:

«Es mi primera vez».

Ella había salido con Nico Ricci todo el año pasado, pero nunca me hizo sentir que yo no sabía lo que hacía, aunque fuera verdad.

«No pasa nada», fue lo único que respondió, y me acompañó en cada paso, hasta que me olvidé de la incomodidad y los nervios, y di las gracias al cielo por haberlo hecho con Amy Mitchell.

La beso otra vez. Me palpita el corazón y tengo ganas de estar con ella con cada centímetro de mi cuerpo. Sé que no soy un experto en sexo ahora, pero espero, y no por primera vez, ser mejor que Nico Ricci.

—¿Quieres? —susurro, mientras la beso debajo de la oreja.

—Sí —dice ella—. ¿Y tú?

Joder, sí.

—Joder, sí —respondo, y los dos nos echamos a reír. Cierro los ojos y respiro su aroma.

—Un segundo —dice de pronto.

Abro los ojos y la veo salir de la cama desnuda, excepto por las braguitas rosa pálido. No es el tipo de ropa interior que esperaba, pero no me importa porque su culo está increíble. Ella corre hasta el otro lado de la habitación, toma un casete y lo pone en el estéreo.

Después vuelve a meterse en la cama, a mi lado. Las primeras notas familiares comienzan a reproducirse.

—¿Psicocandy?

Es el primer álbum de Jesus and Mary Chain, uno de mis favoritos. Y Amy lo sabe.

—Sí —me responde, y me mira a la espera de la reacción—. He pensado que sería todavía mejor con esa música de fondo.

Se me dibuja una enorme sonrisa en la cara, y Amy enseguida me devuelve el mismo gesto.

—Totalmente —le digo.

Ah, esta chica.

La primera canción comienza, esa melodiosa sobre la miel. La voz de Jim Reid suena como siempre, como si le diera todo lo mismo, pero no.

Beso a Amy, y la deseo muchísimo.

Después, mientras nos quedamos recostados, recuperando el aliento y mirándonos el uno al otro, y nos reímos y sonreímos y nos volvemos a besar, me pregunto cómo se me cruzó por la cabeza que podía mudarme a California.

* * *

Nos quedamos dormidos un rato, tranquilos, sabiendo que nadie vendrá. Cuando nos despertamos, Amy se incorpora, se frota la cara y bosteza.

—¿Tienes que irte ya? Por favor, di que no.

Pienso en mi casa, en cómo estaba todo antes de que me marchara esa noche. Mami no me dirige la palabra desde la discusión que tuvimos después de misa, hace una semana. Durante la cena, casi muda, se ha tomado varias copas y ha ido a encerrarse en su dormitorio y allí seguía cuando le he dejado una nota en la encimera para avisarle de que había aceptado un turno extra en El Mirador y volvería tarde. Elena ha comentado en broma que no era la única con un trabajo inventado. Me ha contado que había quedado con J. C., así que le he dado un billete de cinco y le he pedido que tuviera cuidado al menos tres veces antes de conducir a casa de Amy.

—Puedo quedarme un poco más —respondo, al fin, mientras echo un vistazo al radio reloj.

Son casi las diez en punto. Durante un segundo, pienso en

quedarme a dormir con ella. Al fin y al cabo, su familia no volverá. Elena consiguió pasar toda la noche fuera, con la excusa de que tenía que trabajar de niñera el fin de semana. Joder, si vuelvo a casa bien temprano, mañana por la mañana, Mami ni siquiera se dará cuenta de que no he dormido en mi cama.

—Voy a buscar más cerveza —me dice Amy, antes de salir de la cama y ponerse la ropa interior y la camiseta.

La veo marcharse de la habitación y me quedo recostado, con los brazos cruzados bajo la cabeza, fantaseando con quedarme con ella hasta que salga el sol. Al minuto, escucho que el teléfono suena, y Amy atiende en la cocina. Alcanzo a entender solo algunas frases, pero supongo que son sus padres que llaman desde Houston. Hasta que grita mi nombre.

—Joaquin, ven aquí. ¡Rápido!

Lo primero que se me ocurre es que Mami ha descubierto que estoy aquí, desnudo en la cama de una chica, pero es imposible. Aun cuando Elena le hubiese mencionado a Amy, y no creo que fuera a revelar un secreto como ese, no sabe ni su apellido ni su número de teléfono. Entonces, ¿quién llama?

Me pongo la ropa interior y los vaqueros, y corro a la cocina sin camisa. Amy me ofrece el teléfono, con cara de preocupación.

—¿Quién es? —le pregunto, pero no espero su respuesta. Me llevo el auricular a la oreja y digo—: Hola.

—Joaquin, habla Miguel, de El Mirador.

Es Miguel, el ayudante, que se presenta como si yo fuera a olvidarlo después de haber trabajado dos años con él. Así es él de bueno y de tonto.

—Sí, Miguel, ¿qué pasa?

Alcanzo a oír ruidos de fondo, como si me llamara desde la calle: coches que pasan, bocinazos, gritos.

—Lo que voy a decirte es un poco raro y un poco incómodo —comienza a explicar, pero se queda en silencio y solo se oyen más ruidos. Siento náuseas y el corazón se me acelera.

—¿Desde dónde llamas? —pregunto, alzando la voz para asegurarme de que me escuche bien. Amy está a unos metros, con el ceño fruncido. Me pregunta qué sucede, pero yo me encojo de

hombros y le digo que no sé.

—Estoy llamando desde un teléfono público cerca de la calle 34 —explica Miguel, pausadamente. Me doy cuenta de que piensa cada palabra antes de decirla—. He llamado a tu casa primero, pero nadie ha respondido, así que se me ha ocurrido probar aquí. Le he pedido el número a Carlos.

—Miguel, ¿qué pasa? —lo interrumpo, un poco irritado y muy preocupado.

—Es que hay una fiesta en la playa y tu hermana…

Tomo el auricular y me alejo todo lo posible de Amy, tanto como me lo permite el cable, que no es mucho.

—Miguel, ¿Elena está bien?

—Sí. O sea, creo que sí. No se ha hecho daño ni nada. Anda… con ese chico. Estoy preocupado. No sé cómo decirlo, pero… hay mucho alcohol aquí y… otras mierdas.

Quiero saber más detalles, pero no quiero perder tiempo.

—Ya mismo voy para allí —le digo—. Vigílala, ¿sí? O sea, si puedes.

—Sí, por supuesto —responde Miguel, y cuelgo el teléfono sin despedirme.

«Vigílala». Qué ridiculez, pero tenía que decirlo.

Atravieso a la carrera el pasillo hasta el dormitorio de Amy, la pongo al tanto y empiezo a buscar la camiseta y los zapatos. Me detengo a mirar la cama: las sábanas descoloridas y revueltas, las almohadas hundidas. Es increíble pensar que, hace apenas un momento, Amy y yo estábamos acostados, en nuestro propio mundo, felices y a salvo.

Ahora Elena me necesita.

—Te acompaño —me dice, mientras recoge su ropa.

Quiero decirle que no, para mantenerla alejada de los desastres de mi familia. Me da vergüenza pensar así, pero es cierto.

—No hace falta —le respondo, aunque en un tono poco convincente, porque aunque prefiero que no venga, quizás la necesite.

—Pero quiero —insiste, sin detenerse a discutir mientras se pone las sandalias—. Vamos.

Y entonces corro con ella hasta la puerta, con las llaves del Honda

en el puño. Fuera hace muchísimo calor y está oscuro, pero apenas lo registro. Enseguida, avanzamos a toda velocidad por el boulevard Esperanza en busca de mi hermanita, pero quién sabe qué más encontraremos.

CAPÍTULO CATORCE

Cuando damos con un lugar donde aparcar el coche, Amy y yo corremos en dirección a la playa. A lo lejos, veo uno de los muelles de roca que se adentra en la bahía. Allí es la fiesta. Debe de haber al menos un centenar de estudiantes de instituto, que ponen música en sus estéreos, mientras beben cerveza y se portan como adolescentes odiosos. Me resulta increíble que la policía aún no haya venido, pero no están cerca de las propiedades de playa más exclusivas. Este es un territorio estrictamente urbano.

—Es el grupo de los deportistas y los idiotas —murmura Amy mientras nos acercamos y examinamos la escena.

El olor dulzón a marihuana perdura en el aire, mezclado con el humo de cigarrillo. Las luces fluorescentes que se ciernen sobre el aparcamiento cercano emiten un brillo antinatural. Entre los grupos más cercanos, veo a un surfista, sin camisa, que se aplasta una lata vacía en la frente y recibe ovaciones frenéticas de los simios que lo rodean.

—¿Ves a Miguel? —pregunto, mientras recorro la multitud con la mirada—. ¿O a mi hermana?

—Mira —dice Amy, y señala con el dedo.

Entre la muchedumbre, aparece Miguel, parece demasiado joven y fuera de lugar. Corre hacia nosotros.

—Elena está cerca del muelle —dice Miguel, e indica las rocas negras que sobresalen entre el agua inmóvil. Y agrega con expresión de amargura—: Está con el tipo ese.

—¿No has visto a Michelle?

—Creo que está de viaje —responde Miguel—, pero, igualmente,

no ha venido a la fiesta.

Hay tanta gente que es difícil distinguir, y todavía no veo a Elena. Amy se quita las sandalias para avanzar más rápido por la arena, pero yo camino como puedo, sin querer detenerme ni siquiera para quitarme los zapatos. Me abro paso a empujones entre las chicas de pelo largo y los chicos de otros años, llenos de acné, que recuerdo vagamente de los pasillos de LBJ. Solía ir a fiestas estúpidas como esta hasta hace muy poco, pero ahora me parecen una mierda.

Por fin, vislumbro a Elena, que hace equilibrio en el muelle. Lleva puestos vaqueros cortos y una bikini rosa. ¿De dónde narices ha sacado una bikini? Tiene un cigarrillo en una mano y una cerveza en la otra. Está de pie, encaramada a una roca, observando el agua. Hay otros chicos cerca, sentados en las piedras, que también beben y fuman.

—¿Elena? —grito, mientras me acerco, con Amy y Miguel pisándome los talones—. ¿Elena?

Ella se da media vuelta y me mira, parpadea una vez y luego otra, asombrada.

—¡Hermano! —exclama—. *¡Brother!*

Una sonrisa exagerada se le dibuja en el rostro, tan grande que le asoman las encías rosadas.

—Hola —le digo, confundido ante su reacción.

—Hermano, ¿alguna vez te has parado a mirar el mar? —me pregunta, mientras arroja el cigarrillo y apoya la lata de cerveza en el suelo. Luego une las manos debajo de la barbilla en posición de rezo y mira el golfo de México como si fuera una aparición divina, un milagro. Y entonces cuando vuelve a hablar arrastra cada una de las palabras—: O sea, ¿alguna vez te has parado a mirar estas aguas, estas aguas in-cre-í-bles? —Me mira y sonríe.

—Sí —respondo—, pero por qué mejor no bajas de allí.

Intento encontrar al idiota de J. C. entre la multitud, pero no sé qué cara tiene. Aquí todos los chicos parecen pervertidos que salen con menores de edad, así que J. C. podría ser cualquiera de ellos.

—No puedo bajar —dice Elena, y cada sílaba se despliega con pereza—. Soy una con el océano esta noche. —Luego se pone en cuclillas y toca las rocas negras del embarcadero—. También soy una

con la piedra.

Acaricia una roca con dulzura, como si fuera el objeto más interesante del planeta. Un par de chicos sentados alrededor se ríen en voz baja, y otro pone cara de exasperación.

—Está ida —me explica Amy, en voz baja—. Apuesto lo que quieras a que ha tomado ácido.

Cuando escucha a Amy, Elena se da la vuelta y nos mira.

—¿Tú eres Besos Amy? —pregunta, risueña—. Ay, sí, ¡eres tú! ¡Eres Besos Amy! ¡Hola, Besos Amy!

Le dedica una gran sonrisa a Amy y estira la mano para tocarla, pero pierde el equilibrio y se resbala.

—Elena, ¡ten cuidado! —grito, y la atrapo.

Mi hermana pequeña me toma por las manos y se ríe incontrolablemente mientras intenta recuperar el equilibrio.

—¿Por qué no te bajas de ahí? —insisto.

Mil pensamientos se me cruzan por la mente. No puedo dejarla ahí. No puedo marcharme. Pero me imagino intentando llevarla a casa así. ¿Y si Mami la ve? Perderá el juicio. Será el fin de Elena.

—¿Qué tiene? —pregunta Miguel, ansioso. Casi me había olvidado de que estaba allí.

—Mañana por la mañana estará bien —dice Amy—. Pero esta noche no va a pegar ojo.

Mierda, mierda, mierda.

Elena se ha librado de mí y está otra vez encaramada en la roca, contemplando las aguas oscuras. Alrededor, se oyen charlas y música mala. Mientras decido qué hacer, alguien emerge en la oscuridad y, de inmediato, sé que es él: no lleva zapatos y viste pantalones cortos desteñidos y una camiseta de Grateful Dead. Ya lo odio, si es que no lo odiaba antes.

—Hola, Elena —dice J. C., caminando lentamente hacia el muelle desde donde mierda estuviera antes. Él también está drogado, obviamente—. Elena, ¿qué estás mirando?

Furioso, veo que J. C. intenta subir al muelle, no lo consigue y vuelve a intentarlo, entre risas. Por fin, lo logra, y la abraza por la cintura. Me da asco.

—Oye, tengo que llevar a Elena a casa —me escucho decir en voz

alta.

J. C. mira hacia abajo, desconcertado.

—¿Y tú quién eres? —pregunta, sonriendo, como si guardara un secreto. Estoy harto de las sonrisas estúpidas.

—Soy el hermano de Elena. He venido a buscarla.

Me imagino a Mami despertando, saliendo de su dormitorio y encontrando a Elena inspeccionando los imanes de la nevera durante dos horas. Se me hace un nudo en el estómago.

—Amigo, relájate —dice J. C., sonriendo de nuevo—. Va todo bien. Es genial que hayas venido. Es… el destino.

A Amy le hace gracia, pero yo no le veo el chiste. Lo único que quiero, además de asegurarme de que Elena esté a salvo, es estar a solas con Amy, en su habitación.

—Hola, Elena —interviene Amy—. ¿No quieres bajar para ver mi esmalte de uñas? Es muy bonito. Creo que te gustará.

Amy extiende su mano, confiada. Elena aparta los ojos del mar y estudia los dedos que le enseñan.

—Qué bonito, Besos Amy —dice Elena, y toma la mano extendida de Amy.

—Ven —la persuade Amy—. Ven aquí con nosotros.

J. C. escucha el diálogo y dice:

—Elena, creía que íbamos a nadar, en este precioso, preciosísimo océano nocturno.

Miguel respira hondo, pero no dice nada. Le lanzo una mirada de odio a J. C. cuando Elena suelta la mano de Amy, sin saber qué hacer a continuación.

—Ah —anuncia Elena entonces—, es cierto. Íbamos a tomar ácido y meternos en el mar. Es la mejor manera de nadar, ¿no? Con ácido. —Se ríe como si fuera la ocurrencia más divertida del mundo.

—No, Elena, es peligroso —advierte Miguel.

—Tranquilo —le dice Amy en voz baja, antes de extender la mano una vez más—. Elena, en un rato irás a nadar, pero por favor baja a ver mi esmalte de uñas primero. Me haría muy feliz.

Elena frunce el ceño, confundida. J. C. está a su lado, inestable, mirando el agua, sin prestarle atención. Me tengo que esforzar para no

bajarlo a rastras y darle un puñetazo en la cara.

—Bueno, está bien, pero un minuto nada más —cede Elena, y sujeta la mano de Amy y baja con cuidado, antes de caer en sus brazos entre un maremoto de risas.

Ahora que Elena pisa la arena, puedo respirar mejor y la observo mientras inspecciona el esmalte negro de Amy, que ha comenzado a saltarse.

—Qué bonito —repite Elena—. No tanto como el mar, pero sí. —Después mira a Amy—. Tú también eres muy bonita. Estoy muy contenta, porque gracias a ti mi hermano se quedará en Mariposa en vez de viajar a California.

Amy se mueve, incómoda. A mí me inunda una sensación de humillación. No sé qué hacer, así que me dirijo a J. C.

—Ey, imbécil —grito, y no me importa quién escuche.

Algunos de los chicos sentados en las rocas intercambian miradas y se acercan para ver mejor la pelea inminente. Desde secundaria que no me meto en una riña. No tengo ni idea de lo que estoy haciendo. Pero la ira me atraviesa, ardiente e insistente.

—¿Qué pasa, amigo? —responde J. C. desde las rocas—. ¿Por qué estás tan agresivo?

—¿Así que has drogado a mi hermana e ibas a llevarla a nadar? —le pregunto, receloso, alzando la voz.

Amy intenta atraer a Elena para que se aleje de la costa, pero Elena se concentra en nosotros.

—Joaquin, no —comienza Elena, separándose—. J. C. es una gran persona. Quiero que vosotros dos seáis amigos. ¡Quiero que seáis mejores amigos! —Vuelve a sonreír, solo que es una sonrisa a medias, de preocupación.

—Nunca va a suceder —escupo, enfadado. Amy pone una mano sobre mi brazo.

—Joaquin, mejor demos un paseo. Tú, Elena y yo.

Me da pena por Miguel. Es evidente que siempre ha estado enamorado de mi hermana. Pero Amy tiene razón. Es mejor que no nos acompañe. Con suerte, J. C. tampoco vendrá.

Y obvio que J. C. no viene con nosotros, porque no le interesa cuidar a mi hermana, sino drogarse y pasar el rato haciendo

estupideces.

Le doy las gracias a Miguel por su ayuda y prometo ponerlo al día después. Luego Amy y yo guiamos a Elena hasta la costa. Tenemos que detenernos cada dos pasos, cuando Elena se pone a examinar una caracola o las algas que ha traído la corriente. Al menos todavía está de buen humor. De pronto, echa a correr. Amy me da la mano.

—Lo siento —digo, avergonzado.

—¿Por qué? Tu hermana no es la primera persona del mundo en tomar ácido.

—¿Tú lo has probado? —pregunto, con curiosidad.

—No, eso no es lo mío. Pero estuve con Nico un par de veces cuando había tomado.

Hago un gesto, como si no me molestara oír el nombre de su novio anterior. Me pregunto si Nico alguna vez obligó a Amy a perseguir a su hermana durante una noche que supuestamente iban a pasar juntos.

—No puedo llevarla a casa, pero tengo miedo de lo que sucederá cuando mi madre se despierte y no la encuentre. No sé qué es peor.

Elena sigue trotando delante y, de vez en cuando, se da la vuelta y esboza una sonrisa infantil y desquiciada, como si fuera una niña en la búsqueda del tesoro. Me gustaría enfadarme con ella, pero no puedo: frágil como está, lo único que quiero hacer es protegerla.

—Podemos llevarla a mi casa —dice Amy, dudando—. O sea, como he dicho, si ha tomado ácido hace poco va a seguir colocada durante dos horas más, por lo menos.

Respondo que no con la cabeza.

—No te puedo pedir eso.

—Bueno, pero si la llevas a la tuya, ¿qué pasará? ¿Cómo reaccionará tu madre si se entera?

En mi mente, reaparece la cicatriz de Elena y se me acelera el corazón.

—No sería nada bueno —comento, pero no me animo a contarle más.

—¿Se volvería loca?

—Sí. Definitivamente.

Caminamos en silencio un rato más. Echo un vistazo sobre el

hombro, para ver si J. C. nos está siguiendo, si se preocupa por Elena en lo más mínimo. Pero no. Después de más o menos media hora de caminata, que pasamos esquivando borrachos y parejas que se besan desaforadamente en público, Amy comienza a llevar a Elena al coche.

—Elena —le dice—, ¿no quieres venir a casa a comer algo?

Elena se detiene, arruga la frente y la mira.

—¿J. C. puede venir con nosotros?

Amy y yo intercambiamos miradas.

—Se ha tenido que ir, tenía algo importante que hacer —le respondo.

¿Por qué mierda invento explicaciones para proteger a ese idiota?

—Bueno —dice Elena, frunciendo el ceño de nuevo, mientras medita—. Vamos. Me divierte ver tu habitación, Besos Amy —añade y sonríe como si estuviera teniendo una experiencia religiosa.

Elena nos sigue sin resistirse, se sube al coche y no para de reír. Conduzco hasta la casa de Amy, sin hablar. Elena parlotea constantemente desde el asiento trasero: comenta lo increíbles que son los semáforos de noche y lo increíble que es que vivamos junto al mar. Amy y yo solo asentimos en respuesta.

—Ya hemos llegado —dice Amy, mientras aparco en la entrada.

—Amy, no puedo pedirte que hagas esto —insisto.

Me parece ver un destello de irritación en su rostro. Ay, me va a dejar mañana mismo.

Y de pronto mi incertidumbre se convierte en ira. Siento furia. Por Mami. Por J. C. Y por Elena también. Puede que más por ella que por el resto.

—Entremos —contesta Amy, y enseguida Elena va hasta el cuarto de la tele y se queda contemplando la señal de ajuste como si fueran dibujos animados del sábado por la mañana.

Ya es entrada la medianoche. Pienso en Mami y me empiezo a morder la uña.

—Tengo que ir a casa para asegurarme de que mi madre no se pregunte dónde diablos estamos —le digo.

Ruego que siga dormida o desmayada en su dormitorio. Entonces caigo en la cuenta.

—Mierda, mañana es domingo.

—¿Y qué? —pregunta Amy. Yo me sonrojo.

—Por lo general, vamos a misa.

—Ah —dice Amy, sorprendida.

—Escucha —le digo, mientras intento idear un plan—, volveré a casa, veré cómo está mi madre y luego, al amanecer, vendré a recoger a Elena. Crees que de madrugada ya estará… ¿normal?

—Puede que no esté perfecta, pero no debería estar tan ida como ahora.

Mientras lo dice, señala a Elena, que sigue mirando las rayas de color en la pantalla y sonríe como un payaso.

—Está bien —le digo.

Y con un gesto de valor, tomo las manos de Amy, más pequeñas que las mías pero no tanto. Amy no es una niña débil y eso me gusta. No siento que voy a aplastarla cada vez que la abrazo.

Y quiero abrazar a Amy ahora mismo. Sentirme a salvo, desaparecer con ella.

—No sé cómo agradecerte lo que has hecho. No puedo creer que nuestra noche haya terminado así.

Amy se acerca y me besa. Se me infla el pecho.

—No te preocupes —susurra, mientras se aparta—. Solo ve.

* * *

Cuando llego a casa, camino sigilosamente hasta la sala de estar, seguro de que encontraré a Mami, enfadada, de que comenzará a gritar y a decir que ha llamado a la policía y a todos los hospitales. Pero la casa está silenciosa, sombría. Arranco la nota que dejé sobre la encimera antes de irme y la entierro en el fondo del cubo de basura. Luego me aseguro de que la puerta de la habitación de Elena esté bien cerrada y apoyo una oreja contra la de Mami hasta que detecto un ligero ronquido. Ha estado durmiendo todo el tiempo, confiada de que yo estoy en mi habitación y de que Elena ha vuelto a casa después de trabajar de niñera para los Callahan.

Los estúpidos Callahan. Recuerdo cuando Elena y yo los inventamos, y escogimos los nombres de los niños. En esa época, yo era más joven y siempre andaba excitado, y me imaginaba que la

señora Callahan era una rubia seductora con muchas curvas. Al principio, solía fantasear con que, una noche, cuando Elena no pudiera ir, me tocaría reemplazarla. Me imaginaba que iba en bicicleta hasta la elegante casa de Punta Isabel y la señora Callahan me abría la puerta, en ropa interior de encaje. Me da pudor recordarlo, pero, para mí, los Callahan no son más que un recuerdo de nuestra infancia.

Para Elena, en cambio, la familia todavía está viva y coleando.

Me cepillo los dientes, me cambio la camiseta y la ropa interior, y me acuesto. Repaso mentalmente todo lo que ha sucedido durante la noche, desde el sexo con Amy y el rescate en la playa hasta la pelea con el imbécil de J. C. Mi tarea es proteger a mi hermana, pero no he podido alejarla de los imbéciles fanáticos de Grateful Dead. Paso demasiado tiempo pensando en Amy.

Me inunda la culpa, y doy vueltas en la cama. Si algo así le sucede a Elena cuando estoy en otro vecindario de la ciudad, ¿qué podría pasarle si estoy en otra ciudad, en otro estado?

Entonces, cuando llevo dormitando no más de una hora, escucho que la puerta de Mami rechina y se abre. Me incorporo.

—¿Elena? —gruñe—. Elena, ¿estás en casa?

Me quedo paralizado un instante, antes de salir corriendo al pasillo, con pánico de pies a cabeza.

—Mami, Elena está durmiendo —susurro—. Ha llegado a casa con dolor de cabeza, así que ha tomado un paracetamol y se ha ido a dormir.

Mami me observa frunciendo el ceño. Su rostro parece fantasmagórico e inquietante a la luz del porche que entra por las ventanas. Es más baja que yo por una cabeza, pero siempre tengo la impresión de que se cierne sobre mi cabeza. Parece desnuda sin el maquillaje que siempre se pone, y lleva el cabello teñido suelto. Frunce el ceño y mira alrededor como si le estuviera mintiendo, lo cual es verdad.

—¿Has pasado la noche en casa?

Quizás se levantó mientras no estábamos y vio mi nota y ahora está intentando hacerme caer en la trampa. Me arriesgo.

—Sí.

Ella no dice nada, solo avanza dando tumbos hacia la puerta de Elena.

—¿Está durmiendo? Debería mirar.

Me pongo tenso. Justo hoy tenía que levantarse antes de que salga el sol. No recuerdo la última vez que ocurrió.

—Deberías dejarla dormir.

Por favor, Dios, que no entre. Ay, Dios, te lo ruego.

—¿Y tú? —susurra Mami, frunciendo el ceño—. ¿Qué haces despierto?

«¿Y tú?», tengo ganas de preguntarle. Quizás así pueda provocarla y distraerla con una discusión.

—Tenía insomnio —elijo responder—. Vi una película de terror en la tele.

Parezco un idiota de diez años. Elena es capaz de improvisar mentiras mucho más rápido que yo, pero también ha tenido más oportunidades de practicar. Mami se encoge de hombros, aburrida de antemano por mi respuesta. Vuelve a clavar la mirada en la puerta de Elena y, por suerte, por fin, vuelve a su dormitorio. Antes de entrar, se da media vuelta y anuncia:

—Iremos a la misa de las ocho en punto, así que mejor que los dos estéis despiertos y listos a esa hora.

Mierda.

—¿Por qué mejor no vamos al siguiente servicio?

De pronto, me doy cuenta de que es la primera vez que me dirige la palabra desde el incidente del domingo pasado. Me clava una mirada fría y hace una pausa antes de responder:

—Vamos a la misa de las ocho en punto porque yo quiero ir a la misa de las ocho en punto.

Luego se mete al dormitorio y cierra la puerta.

Paso las horas que siguen con la mirada perdida en distintos puntos de mi habitación, con el estómago hecho un nudo, preguntándome cómo estarán Amy y Elena. Por fin, unos minutos antes de las seis, cuando todavía está oscuro, me escabullo de casa y me subo al Honda. Antes de llegar me detengo a comprar una docena de donuts en Shipley Do-Nuts. («Gracias por cuidar a la drogata de mi hermana, Amy. Te he traído unos donuts. Por favor, no me dejes»).

Llamo a la puerta y Amy, vestida con un pijama viejo, me recibe con un bostezo.

—Te he traído una caja de donuts —me las arreglo para decir, y le ofrezco la caja roja y blanca, en un gesto ridículo.

—No era necesario —dice, y luego bosteza otra vez y levanta una ceja—. Ok, puede que sí —añade, mientras acepta la caja.

Elena duerme en el mismo sofá en el que estaba cuando me fui, solo que tiene puesta una de las camisetas de Black Flag de Amy. Durante un instante, la situación me resulta muy graciosa: mi hermana lleva la camiseta de mi novia, con el nombre impreso de un grupo musical que seguro ni siquiera conoce y mucho menos ha escuchado; yo, de pie con los brazos a los costados; Amy, con una caja de donuts en la mano.

—Se ha desmayado hace como treinta minutos —susurra Amy, y apoya la caja en la encimera—. ¿Sabías que los azulejos del baño de mi casa son *hipermegafascinantes*? Pasamos como una hora allí debatiendo el tema.

Me froto la cara, exhausto y avergonzado.

—Lo siento mucho, Amy.

—No pasa nada, pero necesito dormir.

Intento despertar a Elena durante dos o tres minutos antes de conseguir que se incorpore. Cuando me mira, veo que la expresión frenética ha desaparecido y, en su lugar, hay cansancio y confusión.

—Hola. Estamos en casa de tu novia, ¿no?

Y, en un segundo, paso a la ira. La situación ya no me resulta para nada graciosa. Y no quiero sentir pena por Elena. Quiero despertarme con Amy o, al menos, despertarme en mi propia cama, solo, después de una noche de sueño reparador.

—Tenemos que irnos. Mami quiere que vayamos a la misa de las ocho en punto.

Elena se frota los ojos.

—Mierda —dice con un suspiro y sacudiendo la cabeza—. Espera, ¿has ido a casa?

—Te lo explicaré en el camino —respondo, con la esperanza de que capte la gravedad de la situación. Con la esperanza de que se sienta al menos un poco culpable—. Vamos. Ya. Hablo en serio.

Elena me frunce el ceño, pero ya debe de estar lo suficientemente lúcida como para saber que no debería empeorar las cosas. Mira la ropa que lleva puesta, confundida.

—Te llevaré la camiseta al trabajo —le digo a Amy, que está comiendo un donut bañado en chocolate y nos observa desde la cocina.

—No hay prisa —contesta ella, y no termino de entender si suena tensa porque está a punto de dejarme o si está cansada porque necesita dormir.

—Lo siento mucho —le dice Elena a Amy mientras nos dirigimos a la puerta principal. Al menos le pide disculpas.

—Tranquila —responde, pero está claro que quiere que nos vayamos.

—¿Te llamo? —le pregunto, y el movimiento de mi cejas acompaña la incertidumbre en mi tono. Amy asiente, esbozando una sonrisa a medias.

—Pero dame cinco o siete horas antes. Estoy a punto de desmayarme. Menos mal que no me toca trabajar hoy.

—Sí —respondo, y me voy sin besarla ni tocarla, cosa que me rompe el corazón.

En el viaje a casa, le cuento a Elena lo que necesita saber *(Mami cree que estabas durmiendo. Se despertó en mitad de la noche. Sí, mentí por ti)*, y luego el silencio nos consume. Cuando nos detenemos en la entrada, el sol apenas comienza a teñir de rojo el cielo. Al final, Elena abre la boca para hablar.

—Joaquin

—Ahora no —le digo, mientras alzo una mano—. No puedo.

—De acuerdo —responde Elena, herida, encogiéndose en su asiento.

—Quiero saber una sola cosa —digo, incapaz de callarme—. ¿Entiendes que J. C. dejó que te marcharas sin él anoche? Dejó que te fueras después de que hubieras tomado ácido con él, sin asegurarse de que llegaras bien a casa. —Tengo las mejillas sonrojadas por la ira. Elena se derrumba, y en sus ojos asoman lágrimas de inmediato. Se queda en silencio y se limita a mirarme como una niña asustada. Y añado, soltando todo el rencor que he acumulado en las últimas horas

—: Podría haber terminado muy mal. Y supongo que no te importará porque no es genial ni nada, pero fue Miguel quien nos llamó a Amy y a mí para que te fuéramos a buscar.

Creo que es un buen momento para salir del coche, con un gesto melodramático: golpear la puerta y entrar con prisas en casa, pero no puedo hacer ruido, así que renuncio a la idea. Me quedo allí, furioso, inmóvil. Elena no dice nada durante un largo rato, hasta que, por fin, susurra:

—Lo siento.

Luego se cubre la cara con las manos y se echa a llorar, tan desconsoladamente que veo que los hombros se sacuden bajo la camiseta prestada.

Mierda.

—No llores —digo, todavía enfadado pero ahora, además, con culpa.

Mierda, mierda, mierda.

—Lo siento mucho —dice con la voz apagada, con la cara todavía entre las manos—. No sabía cómo era el ácido. J. C. solamente me dijo que sería divertido. Lo siento.

Tímidamente, le apoyo la mano en la espalda, esforzándome por no imaginar el apartamento mugriento donde J. C. hizo que mi hermana tomara ácido, por no pensar en el discurso de surfista hippie, fanático de Grateful Dead, de mierda que usó para convencerla. Me quedo junto a ella hasta que deja de llorar y se queda mirando la casa. Solloza, respira hondo y se pasa los dedos por la cara para secarse las lágrimas.

Después de un rato, me mira, con cara de póquer y expresión indiferente. Me resulta increíble la rapidez con la que se transforma cuando hace falta.

—¿En serio ha dicho que iríamos a la misa de las ocho en punto? —me pregunta—. ¿Tan temprano?

Asiento, y enseguida me encuentro revisando la sala como siempre antes de informarle de que todo está bien. Nos damos una ducha rápida, nos vestimos para ir a la iglesia y caminamos de puntillas por la casa, nerviosos, a la espera de que Mami salga de su dormitorio. A las siete y media, debatimos si debemos despertarla, pero decidimos

que mejor no. Preparamos huevos revueltos y tostadas, y nos sentamos en el sofá a desayunar, mientras miramos los canales de noticias aburridos del domingo por la mañana, porque no hay nada para ver. Por fin, a las nueve menos cuarto, Mami emerge de su cueva, bostezando. Entra a la sala de la tele y nos analiza.

—Elena, ¿cómo te sientes?

Mierda. No le he explicado a Elena que le había inventado un dolor de cabeza. Sin dudar un instante ni apartar los ojos de la pantalla, Elena responde:

—Estoy bien. Tomé paracetamol.

Dejo de contener la respiración, con la esperanza de que Mami no pueda leer mi expresión de alivio, pero no estoy seguro de si me ha visto porque todo lo que contesta es:

—¿Por qué estáis vestidos a esta hora?

—Me dijiste que iríamos a la misa de las ocho en punto —le respondo, y me doy media vuelta para mirarla, desconcertado. Ella me mira como si pensara que soy estúpido y pone cara de fastidio.

—¿Cuándo en la vida hemos ido a la iglesia tan temprano? Iremos a las nueve y media, igual que siempre. Voy a darme una ducha.

Entonces Elena y yo intercambiamos miradas: la clase de miradas que solo un hermano es capaz de interpretar y que dice más que todas las palabras del mundo.

Sí, más que todas las palabras del mundo.

CAPÍTULO QUINCE

Elena terminará por romper el cable del teléfono si lo sigue estirando así.

—Ey —digo, mientras llamo a la puerta de su habitación tan fuerte como puedo—. Te pedí que dejaras de estirar tanto el cable. Y, además, hay otras personas en esta casa que necesitan usarlo, en caso de que lo hayas olvidado.

Elena golpea tres veces en respuesta para hacerme saber que me ha escuchado, pero no cuelga. Mami trabaja, así que mi hermana debe de estar hablando con J. C., no tengo duda. Yo suspiro. La catástrofe de la semana pasada no ha cambiado nada. Dos días después de que la encontrara frenética en la playa, me dejó una tarjeta de disculpa, hecha a mano, en la almohada: «¡Eres el mejor hermano que una chica tonta como yo podría desear!». Pero no he tenido ni el ánimo ni la energía para sacar el tema a relucir. Ella sigue tomándose la situación a la ligera: se escapa de casa a escondidas cuando Mami se queda dormida, vuelve a casa con olor a humos de todo tipo e improvisa excusas cada vez más inverosímiles para escapar. La otra tarde explicó que la señora Callahan tenía una clase de tenis de último minuto. ¿Quién carajo tiene una clase de tenis de último minuto? Pero supongo que Mami se creyó el cuento. Frunciendo el ceño, mientras bebía un trago de ron con cola, se puso a hablar de esos niños abandonados y solitarios, y de su madre rica y ausente.

Espero un minuto más.

—Elena, ¡basta!

Por fin, exasperada, mi hermanita abre la puerta con mirada desafiante y me da el teléfono.

—Aquí tiene, Su Majestad.

Pero luego sonríe tanto que se le forman hoyuelos en las mejillas. Es que está feliz porque me quedo. Ayer, durante la cena, di la noticia. Mientras pinchaba el pastel de carne horrible de Mami, por fin conseguí contarles que pensaba quedarme un año más en la isla, hacer algún curso en el CUIM y luego tal vez solicitar plaza en la UT.

—Bueno, no tenemos dinero para la UT —había comentado Mami categóricamente, mientras le daba un bocado de pajarito al pastel y un trago de marinero a la bebida—. Pero puedes ahorrar durante el año que viene. Y el CUIM no es tan caro. Has tomado la decisión correcta. Y, además, demuestras que tienes carácter, a diferencia de tu padre.

Es la primera vez que Mami me elogia desde aquella mañana de mi comunión, cuando me dijo que estaba muy elegante. Elena, en cambio, se limitó a aplaudir como una niña, con una enorme sonrisa.

—Sabía que decidirías quedarte —había dicho, alegre—. ¡Lo sabía!

—Bueno, bueno, tampoco hagamos un escándalo —le había respondido, antes de dedicarme a levantar los platos mientras Mami se retiraba a mirar televisión y Elena se preparaba para su trabajo de niñera. Me hice el ofendido, pero en realidad lo que más quería era atesorar aquel momento insólito en que todo parecía prácticamente normal en mi familia. Prácticamente agradable.

Prácticamente.

Me alegro de que Elena esté feliz, pero si he decidido no viajar ha sido por Amy. Pensé que no querría salir más conmigo después de que la dejara a cargo de Elena, así que me quedé helado cuando, en el trabajo, se acercó para saludarme y me dio un empujoncito con la cadera.

—No estás… ¿ofendida? —pregunté, entre agradecido y confundido.

Amy se había encogido de hombros.

—Bueno, no diría que me divertí, pero, Joaquin, ni que fuera tu culpa. —Debió de haber visto una expresión de asombro en mi cara, porque en ese instante me acarició la mejilla—. Tienes que confiar un poco más en la gente.

Sí, claro.

Esa misma tarde, cuando salimos del restaurante, pasamos toda la

noche juntos. Sus padres estaban trabajando y su hermano en catequesis. Después del sexo, entre aturdido y feliz, dije:

—Creo que me quedaré un tiempo más en la isla.

Amy se apoyó sobre el codo para incorporarse y me sonrió, pero me di cuenta de que estaba intentando no demostrar emociones.

—Bien —me dijo, con una amplia sonrisa—. Me gustas. Quédate. Quédate un año más y luego ven conmigo a la UT.

—Pero ¿qué voy a estudiar? Creo que ni siquiera podré entrar en la UT.

Amy se encogió de hombros.

—Seguro que sí, pero no es importante ahora. Ven y lo resolveremos juntos. Mientras tanto, puedes hacer un curso de Escritura en el CUIM, por ejemplo, o algo parecido para no aburrirte y que tu madre no te persiga.

Y punto.

Así que aquí estoy, llamando a la oficina de admisiones del CUIM para averiguar cómo inscribirme a las clases introductorias. Una mujer con voz aguda me informa de que necesito el certificado de nacimiento y el expediente académico del instituto. Anoto lo que me dice en una hoja antes de colgar.

—¿Qué haces? —me pregunta Elena mientras busca algo para comer en el refrigerador. Por fin, se conforma con un pedazo de queso, cierra la nevera con el pie y se apoya sobre la encimera.

—Estoy averiguando lo que necesito para inscribirme en el CUIM —le explico, y meto el papel en el bolsillo trasero. No estoy seguro de dónde pondría Mami cosas como mi certificado de nacimiento. Puedo pedir el expediente en el instituto—. ¿Tienes idea de dónde guarda Mami nuestros certificados de nacimiento? —le pregunto a Elena mientras termina de comer el queso y comienza a vaciar el escurridor, asegurándose de secar a la perfección cada plato, con el trapo de cocina rojo y blanco que cuelga del horno. Hace una pausa para pensar, mientras manipula con muchísimo cuidado un cuenco de cereales naranja claro.

—No, pero podrías buscar en su dormitorio.

Me echa una mirada de duda, con las cejas levantada. El dormitorio de Mami es un mundo desconocido que huele a Arpège y

detergente económico. A ron mediocre exudado a través de poros cubiertos de maquillaje de mala calidad, pero aplicado con mucho esmero. Elena entra más a menudo que yo. Tender las sábanas y doblar la ropa de mi madre me parece una intrusión a mi edad, y más adecuado para el niño que Mami prefiere recordar. O que, al menos, tolera más.

—¿Dónde? —pregunto, mirando el reloj. Faltan al menos dos horas hasta que Mami vuelva a casa del trabajo.

Elena se encoge de hombros.

—¿En el armario?¿Y por qué no esperas a que llegue a casa y se lo preguntas?

—Prefiero hablar lo mínimo posible con ella. Ya lo sabes.

—Sí, míster Drama, ya lo sé. Busca a ver si lo encuentras, entonces. Yo voy a ver la televisión.

—¿No trabajas de niñera hoy?

—Puede que después —responde Elena, dándome la espalda.

No entiendo si la he irritado con la pregunta.

Giro el picaporte del dormitorio de Mami con miedo a que se aparezca detrás de la puerta. Nunca nos ha pedido que no entráramos sin su permiso. Es solo que yo me resisto.

Oigo que Elena enciende la televisión y pone un programa de juegos, de esos pésimos. Con el griterío y el sonido de campanas y los aplausos forzados de fondo, avanzo hasta el armario de Mami, mis ojos recorren la cama, la manta bien extendida, los libros sobre la mesita de noche ordenados en forma de pirámide. De la pared que está frente a la puerta, cuelgan fotografías en blanco y negro de sus padres, que parecen estrellas de Hollywood con atuendos de cóctel. Aparte de las fotos y el cuadro de la Virgen María que Elena le regaló, las paredes están desnudas. Entro tan pocas veces que me siento en casa ajena. Se me acelera el corazón, sé que no existe ni la más remota posibilidad de que Mami llegue temprano. Desde que comenzó a trabajar en la consulta del doctor Sanders, hace años, se marchó temprano una única vez, y solo porque pescó una gripe. Abro la puerta corrediza del armario, que oscila en los rieles. La ropa de Mami está organizada por color y colgada en perchas de plástico, con el mismo espacio entre prenda y prenda. Los zapatos están alineados a la

perfección, como si estuvieran a punto de marchar en formación. Mi mirada se posa en el estante de arriba. Hay algunos álbumes de fotos y tres cajas de zapatos apiladas una encima de la otra.

No sé por qué, pero de pronto se me cierra la garganta. Elena, Mami y yo hemos vivido aquí desde que tengo memoria, y conozco en detalle cada uno de los rincones: el olor a humedad de mi propio armario, la mancha en el mostrador de formica, la ducha torcida del baño. Pero este bien podría ser el armario de algún desconocido que viviera en Dallas o San Antonio.

Tomo la caja superior, que es más fácil de alcanzar. No me atrevo a sentarme en la cama y arrugar la manta, así que me acomodo de rodillas sobre la alfombra gastada. Con cautela, abro la tapa. Saco los viejos registros de la chequera y los cheques cancelados con la firma florida y exagerada de Mami, con cuidado de dejar todo tal como lo encontré.

Pongo la primera caja a un lado, después de tomar nota de que estaba arriba de todo, y bajo la siguiente. En su interior, encuentro las declaraciones de impuestos de otros años y los documentos de nacionalización de Mami. Sé que se obtuvo la ciudadanía justo antes de casarse con nuestro padre. En la fotografía en blanco y negro adjunta, ella mira al vacío, sin sonreír y sin arrugas. Me quedo mirándola largo rato, en busca de pruebas de la madre con la que vivo ahora, pero es la imagen de una extraña. Caridad Serafina de la Guardia. Qué montaña rusa de sílabas. Lo repito en voz baja antes de volver a colocarlo todo como estaba. Escucho una explosión de aplausos al otro lado de la pared. El teléfono suena, y yo me quedo inmóvil. Escucho que Elena baja el volumen de la televisión y comienza a hablar, en la distancia. Sin duda es Mami la que llama, para ver cómo está su hija y asegurarse de que esté en casa, como debe ser. Enseguida, oigo que sube el sonido de la tele, y entonces abro la tercera caja.

Contiene mis viejos boletines de notas, y también los de Elena, desde la guardería hasta la última. Siento una oleada de cariño por Mami: ha guardado estas cosas que nos pertenecen. Nuestra casa jamás ha sido como la de Amy, donde los dibujos de los niños permanecen pegados con orgullo a la nevera durante años.

Le doy la vuelta a mi boletín de notas de octavo curso, el año que tuve a la profesora Gardner. Era mi favorita porque siempre nos daba cosas divertidas para hacer, como analizar las canciones de los Beatles en lugar de la poesía aburrida y pasada de moda. En el espacio para comentarios de fin de año, se lee en la letra pulcra de la maestra Gardner: «Joaquin es muy inteligente para su edad. Sabe formular preguntas que sin duda lo llevarán lejos en la vida». Leo y releo esas palabras e incluso me acerco el boletín a la nariz para respirar el olor a papel viejo. Recuerdo vagamente el octavo curso, cuando aún levantaba la mano en clase. Al final del último año ya era uno de esos chicos que se sienta al fondo; nunca participaba, siempre entregaba los deberes a tiempo y tenía una media de ocho sin esforzarme mucho.

Registro con atención la caja hasta llegar al fondo. No hay más que boletines de notas: ni certificados de nacimiento ni tarjetas de seguro social. Me resigno a que tendré que preguntarle a Mami dónde lo ha guardado, mientras vuelvo a ubicar las cajas de zapatos en el orden correcto y coloco la pila en el estante superior.

Es en ese preciso instante cuando la veo, al fondo del estante, detrás de las otras cajas, oculta en un rincón oscuro. Es una caja más baja, como las que dan en Foley para las camisas de vestir. La inspecciono, sin saber si lo que veo existe de verdad. Bajo nuevamente las tres cajas de zapatos y las apoyo sobre la alfombra. Y, después de mirar por encima del hombro sin razón aparente, me estiro todo lo que puedo para tomar la caja. Sin embargo, aunque mido más de un metro ochenta, apenas alcanzo a tocar la caja con la punta de los dedos. Poco a poco, acerco la caja, centímetro a centímetro, hasta que finalmente consigo agarrarla. Mis huellas digitales quedan grabadas en la fina capa de polvo que cubre la tapa.

¿Qué habrá adentro?

Aún oigo el sonido de la televisión. Pienso que podría llevarle la caja a Elena para revisarla con ella en el sofá. Pero no lo hago.

Con mucho cuidado, la dejo en el suelo y levanto la tapa despacio, tratando de no sacudir el polvo aún más, en caso de que Mami la abra de vez en cuando. Me doy cuenta de que estoy conteniendo la respiración. En el interior hay algunas fotos cuadradas, desteñidas, que en el pasado supieron tener colores intensos. En una de ellas, me

reconozco a mí mismo de bebé, sobre el sofá, con un sonajero de plástico. En otra, aparecemos Elena y yo de niños, con caras regordetas y camisetas manchadas. Y también hay una en la que un hombre me alza por encima de la cabeza, como si me hubiera ganado en un puesto de feria. Es mi padre. Lo reconozco de otras fotos, pero nunca antes he visto esta en particular. Es alto y larguirucho, y tiene dibujada una enorme sonrisa, que enseña los dientes. No reconozco el sitio donde se sacó la foto. Debe de ser de la época en la que vivíamos más cerca de la casa de Amy, en uno de esos complejos de apartamentos con jardín que, da la impresión, cualquier tormenta podría tirar abajo.

Exploro la caja, sin olvidar cómo está organizada cada cosa. Hay más fotos, entre ellas, algunas de Mami y mi padre cuando vivía en Healy con la familia de él, la familia que cortó todo contacto con Mami y Elena y conmigo después del casamiento porque no querían tener una nuera de otro país. En una, Mami está sentada primorosamente en el borde del sofá con una sonrisa forzada. En otra, Mami y mi padre están retratados en el que debió de ser el día de su boda. Es la primera prueba que tengo de que se casaron, y no parecen mucho mayores que yo, porque no lo eran. Están de pie en los escalones de lo que, supongo, debe de ser una iglesia, mirando a la cámara. A Mami se la ve muy feliz, con una sonrisa que va prácticamente de oreja a oreja. La contemplo durante un largo porque es algo muy raro. Luego, debajo de las fotos, encuentro una pila de hojas amarillas, que parecen arrancadas de una libreta. Lo que las mantiene unidas es una goma vieja y reseca. Tengo miedo de romperla, si intento quitarla, pero puedo encontrar otra goma, ¿no? ¿Y cómo de a menudo mirará la caja Mami si está tan polvorienta?

Presto atención: el programa de juegos ha terminado, y Elena ha comenzado a ver una telenovela. Quito la banda elástica poco a poco y luego despliego los papeles. Del montoncito cae un recorte de periódico, pero son las cartas lo que me llaman la atención.

Queridísima Carrie:

Escribo esta carta en la casa donde nos

conocimos, el sitio donde te vi por primera vez y supe que era nuestro destino estar juntos para siempre. No sé qué decirte. Me fui porque necesito pasar un tiempo solo y sé que tú también, pero ahora no atiendes mis llamadas. La última vez que levantaste el auricular escuché a la pequeña Leni llorando sin cesar de fondo. Por favor, no me excluyas de la familia.

Podemos resolver nuestros problemas, al menos por el bien de los niños.

Frank

El corazón me palpita. Muy fuerte. Lo que leo no tiene sentido. Nuestro padre nos dejó, no quería resolver los problemas. Un escalofrío me recorre la columna y se me seca la boca. Debería dejar la caja donde la he encontrado en este mismo instante: algo en mi interior me dice que, si sigo leyendo, si sigo desplegando papeles, si sigo revisando, iré a parar a un sitio sin retorno.

Pero no me detengo. Nunca, ni durante un segundo, contemplo la posibilidad de frenar.

Carrie:

Espero que leas mis cartas, ya que te niegas a atender mis llamadas. Mis padres no te lo dirán, pero sé que esperan que vuelvas. También sé que no es lo que tú quieres, pero por el momento podría ser la mejor opción. Sabes que ellos están en contra del divorcio y sé que tú también. Si vuelves, tal vez puedas hospedarte en su casa, y ellos puedan ayudarte con los niños, y yo pueda retomar la universidad y conseguir un trabajo mejor. Así podríamos mejorar nuestra situación financiera. Por lo menos, resolveríamos uno de

nuestros problemas. La única que vive en casa ahora es Deirdre, así que hay mucho más espacio del que recuerdas. No podemos seguir así. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que te vi y que vi a los niños. Y echo de menos a los niños y, sí, te echo de menos muchísimo a ti.

Con amor,

Frank

Mami nos contó que, una mañana de verano, antes de que Elena cumpliera dos años, se despertó y encontró que el coche ya no estaba y que el dinero tampoco, y que, una semana después, recibió una carta de nuestro padre con sello postal de Los Ángeles.

Y que nunca nos envió dinero.

Y que nunca le importamos una mierda.

Es lo que siempre nos dijo, lo que todavía nos dice, y lo que siempre he creído sin cuestionar. Siempre.

Pero incluso antes de leer el resto de las cartas, lo sé: sé que todo era mentira. Mi corazón está desbocado ahora. La sangre me zumba en los oídos. Las voces de la telenovela que se cuelan por las paredes me ponen aún más nervioso. La música de orquesta indica que en la pantalla se está desarrollando un momento crucial de suspense, un giro inesperado de la trama.

Miro las páginas restantes. Hay cuatro cartas en total, pero ninguna está fechada. En cada una, se lee una versión diferente de la misma escena. Frank, mi padre, le escribe a mi madre desde Healy, Texas, donde se aloja con sus padres, mis abuelos, y le ruega que se ponga en contacto con él. Quiere vernos. Las cartas no dicen por qué está en Healy y no en Mariposa, excepto por comentarios imprecisos de que «necesita pasar un tiempo solo». Pero Mami también, al parecer. Menciona muchas veces a «Leni», a pesar de que nunca he oído a Mami referirse así a Elena. Siento celos irracionales cuando Frank me llama Joaquin, sin apodo cariñoso.

Miro la tinta azul, las palabras que mi padre garabateó de su puño y letra. Él tocó esas hojas. Él escribió esas frases. Él dejó una mancha

allí. Él rasgó el papel allá, sin querer. Mi padre tocó estas cartas que ahora sostengo.

Me tiemblan las manos. ¿Cómo explicárselo a Elena? De pronto, me imagino todas las cartas desplegadas sobre la cama de Mami, boca arriba, a la espera de que vuelva del trabajo.

Qué espectáculo de mierda.

Se lo merecería.

Recojo deprisa las cartas, una, dos, tres, cuatro, y estoy a punto de ponerme de pie cuando veo la hoja de periódico en el suelo. Dejo las cartas a un lado. La recojo y la abro.

Tardo menos de cinco segundos en procesar lo que tengo delante. Minuciosamente recortado, sin lágrimas ni roturas que dañen la impresión, encuentro el obituario de mi padre. Tiene fecha del 2 de noviembre de 1971. Incluye una foto formal que lo retrata en un estudio, vestido de traje. En el papel, me contempla a través de la distancia que han creado años de mentiras y resentimiento. Como si se hubiera estado preguntando cuándo iba a dar con él.

En mi mano, la hoja pesa lo mismo que una pluma y no se ha puesto amarilla a pesar de haber pasado todo aquel tiempo escondida en una caja, en el rincón más oscuro del armario más oscuro de la casa. La sostengo con delicadeza, como si fuera una reliquia.

El resto de la habitación, el resto de la casa han desaparecido, se han esfumado de un momento a otro. No escucho la televisión, no oigo nada en absoluto. Una ola de náuseas me recorre. Me quedo observando el obituario.

Francis «Frank» Patrick Finney no vive en Los Ángeles, California, y probablemente nunca se mudara allí, porque murió a los veintinueve años por motivos que el obituario no explica. De acuerdo con el periódico, deja atrás a una madre, un padre, cuatro hermanos y varias sobrinas y sobrinos, todos de Healy. Sus sonoros nombres irlandeses se enumeran uno tras otro, como si fueran carrozas en un desfile. No hay mención de Elena ni de mí, como si no existiéramos, como si fuéramos el final trágico que han borrado de una antigua fábula para no asustar a los niños.

Somos dos chicos abandonados en una isla, sin nadie que nos cuide más que una bruja aterradora.

CARRIE

1971

La lección de que un bebé no arreglaría un matrimonio con problemas de la noche a la mañana es una lección que suele aprenderse demasiado tarde, y en ese sentido, Frank y Carrie Finney fueron un caso típico.

El día que nació Joaquin fue un buen día, aunque no perfecto. Los padres de Frank viajaron a Mariposa, pero Carrie no quería que fueran a visitarlos en el hospital. Frank le suplicó. Carrie no cedió. Ella quería tener el control de esa única cosa. Los padres de Frank volvieron a Healy, furiosos y seguros de que su hijo se había arruinado la vida al casarse con esa chica a la que, como dos inocentes, habían intentado ayudar.

Frank había sugerido algunos nombres para el bebé, pero Carrie tampoco había cedido al respecto. La enfermera lo había pronunciado mal, «Yoáquin», y Frank había hecho una mueca de disgusto, sabiendo que su primogénito cargaría con esa decisión el resto de su vida. Pero a Carrie no le importaba. Para ella, el nombre de su bebé la unía, aunque débilmente, a la patria que nunca volvería a ver. Y a ella le gustaba que Frank no pudiera decirlo bien, mientras que ella sí.

El bebé era rosado como un caramelo, e igual de dulce. Lloraba muy poco, y si lo hacía, era fácil adivinar la razón; gases, sueño, hambre. Más adelante, cuando su pequeña hija Elena lloriqueaba sin parar a causa de los cólicos, Carrie pensaba que jamás habría tenido a Elena si Joaquin se hubiera portado así de mal. Aunque, en realidad, Elena no había estado en los planes.

Pero sin importar lo bien que se comportara Joaquin, todo era más difícil para Frank y Carrie ahora. Tenían menos dinero y menos tiempo libre. Carrie estaba de peor humor, más enfadada. Frank intentaba aplacarla con pequeños obsequios: cajas de bombones baratos que compraba en el quiosco. Una botella de ron de primera calidad. Pero nada funcionaba. Todo lo que Frank hacía ponía nerviosa a Carrie: la manera en que se sonaba la nariz, los ruidos que hacía al masticar, los suspiros que exhalaba cada vez que se sentaba en el sofá, como un tren que llega a la estación. Todos los días eran iguales para Carrie. Y también para Frank, pero Carrie no lo advertía. Lo único que sabía era que ella estaba encerrada en casa con el bebé, atendiendo al bebé, haciendo las compras con el bebé y muy poco dinero. Por lo menos Frank tenía la suerte de salir del pequeño apartamento para ir a trabajar.

Por la noche, mientras cenaban comidas precocinadas o espaguetis pasados o sándwiches fríos, Frank hacía un esfuerzo.

—¿Cómo te ha ido el día? —le preguntaba.

—Bien —respondía Carrie encogiéndose de hombros, con Joaquin en la falda.

Frank solía esperar a que Carrie le hiciera la misma pregunta. Y esperaba.

—Yo he tenido un buen día —decía, al final—. He hecho dos ventas.

—Qué bien —respondía siempre Carrie—. Nos hace falta la comisión.

Después de la cena, Frank se instalaba en el sofá para ver la televisión, y Carrie se internaba en su dormitorio con Joaquin, a quien abrazaba con una actitud de feroz protección. Tenía un ser humano que dependía de cada arrullo y cada sonrisa que ella le ofrecía. Tenía a alguien que la quería de verdad, quizás por primera vez en su vida después de Juanita. Carrie se encontraba finalmente relajándose un poco cuando se acurrucaba junto a él y le cantaba en voz baja las canciones que Juanita le recitaba de pequeña.

Duérmete mi niña,
duérmete mi amor,
duérmete pedazo
de mi corazón.

A veces, Frank entraba en la habitación y encontraba a Carrie y Joaquin dormidos en la cama. Entonces se encogía de hombros, suspiraba y se conformaba con el sofá de la sala de estar.

Cuando Joaquin tenía alrededor de un año, después de haber tomado mucho ron, Carrie se rindió demasiado rápido y pronto volvió a quedarse embarazada. En cuanto nació, Elena comenzó a llorar a todas horas, de día y de noche, y las paredes del apartamento volvieron a asfixiar a Carrie. Los bloques de madera de Joaquin parecían reproducirse de la noche a la mañana, y multiplicarse por todas partes. La pequeña boca rosada de Elena se abría de par en par, más de lo que Carrie creía posible, y no se cerraba durante horas. Carrie se llenaba las orejas con bolas de algodón y bebía cócteles con la comida. Nunca conseguía mantener el apartamento bien ordenado, bien limpio. Se le ocurrió llevar a los niños al patio, pero la idea de hablar con alguna de las otras madres la hacía entrar en pánico, así que pasaba días enteros en el apartamento con los bebés, la televisión encendida a todas horas. Contaba los minutos que faltaban hasta la vuelta de Frank, hasta que tuviera otra cosa que mirar.

Con Frank, tenía «recreos». Así llamaba a él a los días que llevaba a Joaquin, y luego a Elena también, hasta Healy para visitar a sus padres. Carrie pasaba esos sábados sin hijos en el sofá, bebiendo ron de un vaso, viendo malos programas de televisión, hasta que estallaba en llanto porque echaba de menos a sus bebés, lo único que de verdad sentía propio. Cuando Frank volvía a casa, Carrie lo atacaba.

—Supongo que tus padres piensan que soy una pésima madre —decía ella, haciendo un puchero, con los brazos cruzados.

Agotado, Frank se limitaba a responder:

—No, Carrie, no es así. Quieren que volvamos a Healy.

Entonces Carrie recordaba la habitación amarilla. El sofá rechoncho con los tapetes feos. La pequeña ciudad sin litoral, llena de entrometidos y don nadies. Los suegros mentirosos que la detestaban. Con solo pensar en volver a vivir allí, se le erizaba la piel. Con solo pensar que así haría enfadar a los padres de Frank, se sentía reivindicada.

—Nunca volveré —anunciaba terminantemente, y Frank sabía que hablaba en serio. Y entonces miraba el apartamento desordenado, las facturas que se acumulaban, a la mujer que había sido su amor de juventud y se había transformado en una total desconocida, o quizás nunca la había llegado a conocer. Y, al poco tiempo, comenzó a entrar en pánico.

Un sábado por la mañana, después de una pelea por el alquiler sin pagar, Carrie se despertó y encontró una nota y ciento cincuenta dólares en la encimera.

Carrie:

He ido a ver a mis padres. Quiero resolver nuestros problemas, pero necesito tiempo para pensar. He empeñado mi reloj para que tengas efectivo. Estaré en contacto.

Frank

Carrie se había quedado allí, en mitad de la diminuta cocina, contemplando la carta, leyéndola una y otra vez. La invadió una ira tan intensa que pensó en atravesar la pared de un puñetazo. De hecho, cerró el puño y fue entonces cuando distinguió una mancha en la pared de la cocina, probablemente hecha por Joaquin mientras gateaba. Todo lo que veía estaba mal: la manilla oxidada de la nevera, la pintura saltada de la cafetera, la suciedad acumulada en la cocina.

De niña, había vivido con criadas que la atendían de pies a cabeza.

Había tenido el vestido de quince más hermoso de la historia.

Había sido una princesa en una isla preciosa, una isla real, no como aquella.

Cuando sus hijos se despertaron, sirvió cereales en cuencos (comprados de la tienda de segunda mano) y leyó la carta de Frank una y otra vez, a la espera de las lágrimas, pero sin que brotara ninguna. Pasó los días siguientes encerrada en el apartamento, mientras Elena se quejaba y Joaquin golpeaba la puerta para que lo dejara salir. Carrie los miraba desde el sofá, incapaz de moverse. Se las ingenió para alimentar a los niños: cereales, agua, leche y rodajas de naranja durante tres días seguidos.

Cuando comenzaron a llegar las cartas y las llamadas de Frank, que le rogaba que se mudara a Healy o le suplicaba que contestara el teléfono, ella se negó a responder. De hecho, como Frank era el único en llamar, dejó de atender el teléfono por completo. No contestar al teléfono era más fácil que atender para colgar enseguida, aunque sin duda le daba menos satisfacciones. Carrie plegaba las cartas que dejaban a través de la ranura de correo y las guardaba en el cajón de su mesita de noche. Mientras los niños dormían, las abría y se dedicaba a leerlas, para recuperar una pizca del poder que alguna vez había ejercido sobre Frank, años atrás, cuando todavía eran adolescentes.

Si tanto quería hablar conmigo, no debería haberse marchado, ¿no?

El poder que sentía le dio valor para salir del apartamento. Un día fue con los niños hasta la tienda de la esquina y la licorería, y cuando de la mano, Joaquin cerró los ojos y disfrutó de la brisa que finalmente soplaba en sus dulces y regordetas mejillas, Carrie sonrió.

Hasta que un sábado por la tarde llamaron a la puerta. A Carrie le preocupaba que fuera el propietario, para reclamar el alquiler, más retrasado de lo habitual. Abrió la puerta con cautela y encontró a dos policías de la isla Mariposa. Uno más joven, uno más viejo, ambos de pelo rapado y rostros rubicundos. Carrie se preguntó si el más joven opinaría que ella era bonita. Se apartó los mechones de pelo de la cara. Tenía que comenzar a prestar más atención a su apariencia.

Invitó a los oficiales a pasar y les ofreció un vaso de agua. Tomó un sorbo de ron con cola. Se preguntó si lo percibirían en su aliento, pero ya eran casi las cuatro y quién podía culpar a una madre de dos niños por tomar una copa. Los oficiales se acomodaron torpemente a su lado en el sofá, mirando a Joaquin y Elena, que hacían dibujos en viejos periódicos con ceras gastadas.

—¿Qué sucede, oficiales?

Era tan raro tener una charla, tan inusual para ella interactuar más allá de la necesidad básica de comprar algo en la tienda, que se preguntó si notarían su acento. Si le preguntarían de dónde era. Le encantaba cuando pasaba, las pocas veces que pasaba. Muchos no sabían nada de Cuba. O solo conocían las noticas tristes.

Antes de la revolución, era el lugar más bonito del planeta. Eso era lo que Carrie siempre le decía a la gente. Tenía la esperanza de que se pusieran celosos al saber que alguna vez había vivido en el lugar más bonito del planeta.

—Señora, ¿es usted la esposa de Francis Finney, nacido en Healy? —preguntó el oficial más joven.

—Sí —le respondió, asintiendo. Detestaba el nombre de pila de su marido.

—Señora, lamento informarle de que ha habido un accidente.

Carrie asintió de nuevo, pero no dijo nada. Miró a los oficiales, desconcertada, mientras ellos le explicaban lo que les había dicho el Departamento de Policía de Healy. Que la noche anterior, el coche de Frank, de vuelta a casa (pero esta es su casa) desde el centro de la ciudad, se había salido de la carretera y chocado contra un árbol. Frank había muerto a causa del impacto.

—Señora, ¿hay algún pariente o amigo al que podamos llamar? —preguntó el oficial más viejo de los dos.

—Me temo que no —le contestó.

Joaquin y Elena garabatearon en el periódico sin darse cuenta de lo que sucedía alrededor. Carrie trató de comprender sus dibujos: nubes negras desordenadas, enormes explosiones rojas.

—Es posible que el señor Finney tomara unos tragos antes de ponerse al volante —comentó el oficial más joven, sacudiendo la cabeza con el remordimiento que demandaba la situación.

El oficial más viejo hizo una mueca. Carrie tuvo la sensación de que el más joven no debía mencionarlo.

—Señora —dijo el oficial más viejo—, ¿está *segura* de que no hay nadie a quien podamos llamar?

Carrie negó con la cabeza, pero ellos se negaban a dejarla sola. Para horror de Carrie, llamaron a unas pocas puertas del complejo, y pronto una tropa de mujeres apareció en su puerta con trajes de rayón y vestidos de tela fina para darle el pésame. Al rato, volvieron con fuentes y los rostros llenos de preocupación, hambrientas de curiosidad por echar un vistazo a su vecina solitaria, a la que solían referirse en confianza como «esa chica española tan rara».

Y Carrie dejó que irrumpieran en su apartamento. Dejó que bañaran y cambiaran a sus hijos. («Creo que no los baña desde hace una semana, pobres bebés»). Se quedó sentada en el sofá y dejó que aquellas mujeres bulliciosas le sirvieran un gran plato de guiso y un cóctel tras otro. El ron lo curaba todo, se decían ellas. A Carrie no le importó que la vieran beber tan rápido. Estaba sentada en el sofá, tan feo como el sofá de los padres de Frank, si era sincera,

un sofá feo que no merecía. Entonces recordó la salita de Cuba, a su guapa madre y su padre elegante diciendo que pronto emprendería un viaje para aprender inglés. Y mirando a las mujeres ir de un lado al otro, también recordó la sala de Healy, cuando los Finney le contaron que sus padres habían muerto. Gran parte de su vida parecía desarrollarse en sofás mientras ella se quedaba inmóvil. Había recibido muchas malas noticias mientras estaba sentada y rodeada de personas bien intencionadas que creían que hacían lo mejor para ella.

Sus padres habían creído que hacían lo mejor para ella al enviarla a Estados Unidos. Los Finney habían creído que hacían lo mejor para ella al llevarla a vivir con ellos. Y esas desconocidas pensaban que hacían lo mejor para ella al invadir su hogar para atenderla como si fuera una obra de caridad. Y una vez más, Carrie sintió que las olas la impulsaban a donde les daba la gana. No podía luchar contra el mar. Sentada allí en el sofá, evocó una imagen de Frank, cuando aún era muy joven y le sonreía tímidamente en la cocina de su casa, y su sonrisa le ocupaba toda la cara. Evocó sus camisas de manga corta de color pastel. La sutil curva de su nuez. El calor en su voz cuando le había prometido que la llevaría a vivir junto al mar. Al fin debió de sentir algo, porque las cálidas lágrimas se deslizaron por sus mejillas y, al cerrar los ojos, escuchó a una de las vecinas exclamar nerviosa, con una nota en la voz que parecía de orgullo por haber sido la primera en detectarlo:

—Mirad, la pobre está llorando. Creo que acaba de caer en la cuenta de lo que ha pasado, por fin.

JOAQUIN

CAPÍTULO DIECISÉIS

Le debo a Carlos un millón de dólares por prestarme su coche**,** aunque se trate de un Chevette que va a menos de ochenta kilómetros por hora si aprieto a fondo el acelerador.

Faltan cincuenta kilómetros para llegar a Healy.

No le he contado nada a Elena. He salido del dormitorio de Mami, aturdido y desorientado, como aquella vez que fumé marihuana en casa de Kevin Anderson. Después, he buscado papel y lápiz en mi habitación y he anotado los nombres de los Healy que aparecían en el periódico. Había visto la foto de mi padre, con su rostro juvenil, ignorando por completo que me estaba sonriendo feliz desde de su propio obituario. Como un robot, lo he dejado todo tal como lo había encontrado y he cerrado el armario. Antes de irme, le he enseñado el dedo del medio a la cama de mi madre.

—¿A dónde vas? —preguntó Elena desde el sofá, sin dejar de mirar la televisión.

«Nuestra madre nos ha mentido todos estos años».

—Salgo.

«Nuestro padre está muerto».

—Bueno, ¡adiós a ti también!

Eso ha sido lo que ha gritado mientras yo cruzaba la puerta, recorría el porche cubierto y bajaba los escalones, palpándome el bolsillo para asegurarme de que tenía guardada la billetera.

Carlos me ayudará, he pensado. *Carlos tiene coche.*

Así que he sacado mi bicicleta del fondo de casa y he pedaleado a

toda prisa hasta El Mirador. Mientras pasaba el Whataburger y el DQ, me ardían las piernas.

He abierto la puerta del restaurante. El aroma a tortillas calientes. La música de conjunto. Carlos estaba en el bar, secando unos cuantos vasos. Me ha mirado sorprendido.

—¿Hoy te toca? —me preguntó, con una sonrisa. Con una puta sonrisa. Mi padre nunca más me va a sonreír, pero mi jefe sí.

—No, no me toca —le respondí, y se me quebró la voz.

Qué vergüenza. He intentado guardar las manos en los bolsillos, pero no he podido porque tenía los puños cerrados. He mirado a mi alrededor, nervioso, intentando divisar a Amy.

—Joaquin, ¿estás bien? —me ha preguntado Carlos entonces, mientras se acercaba.

En una de las mesas cercanas, una pareja y sus tres hijos rubios, que todavía estaban en traje de baño, sumergían patatas fritas en queso y me miraban con curiosidad.

—Sí —respondí, y de pronto ha aparecido Amy. Ha emergido, como por arte de magia, de la esquina donde nos dedicamos a otras tareas cuando no atendemos clientes. Me ha estallado el corazón. La ira ha abandonado mis hombros y puños.

—Hola —he conseguido articular.

—Hola —me ha contestado, dulce y sorprendida.

—Joaquin, ¿seguro de que estás bien? —ha insistido Carlos—. Se te ve pálido.

Los tres nos hemos dirigido al pasillo que conduce a la sala de descanso del personal y allí, tartamudeando, les he contado la historia a medias: que tenía que ir a Healey a buscar a mi padre. No sé si lo que he dicho ha tenido sentido. Carlos ha fruncido el ceño. Amy ha puesto cara de asombro.

—¿Tienes que ir a Healy? —me ha preguntado Amy—. ¿Dónde queda?

Entonces me ha tomado de la mano con su mano cálida, tierna.

—Cerca de Houston, como a una hora en dirección al oeste.

Carlos y Amy han intercambiado miradas.

—¿Quieres que te acompañe?

Sería genial. De verdad que sí. Pero sabía que tenía que afrontar la

situación por mi cuenta. Y, además, me han entrado ganas de llorar. Y no he querido llorar delante de Amy.

—Tengo que hacerlo yo solo.

Amy se ha limitado a asentir, con expresión de incertidumbre. Después, me ha abrazado y me ha besado el cuello, sin pudor de hacerlo frente a Carlos. Carlos ha metido la mano en el bolsillo y sacado un juego de llaves, así, sin más.

—Usa el Chevette.

He aceptado la oferta y le he hecho un gesto con la cabeza, a modo de agradecimiento. Creo que Carlos ha entendido que si le daba las gracias, me hubiera echado a llorar. En respuesta, me ha devuelto el gesto.

Y aquí estoy. A treinta kilómetros de Healy.

Y, más o menos cada quince kilómetros, me seco las lágrimas.

* * *

Cuando llego a la ciudad, veo la calle principal. Un par de sitios de comida rápida. Una peluquería. Una farmacia y una sala de cine. He conducido a toda velocidad sin detenerme ni para ir al baño desde que salí de El Mirador, pero no tengo ni idea de a dónde me dirijo. A mi favor, Healey parece una ciudad donde es fácil encontrar a alguien. Healy hace que Mariposa parezca una verdadera metrópolis.

Mami nos contó que creció aquí, con una familia de acogida, y que nuestro padre era el hijo mayor. La habían tratado mal, nos dijo. La hacían dormir en el garaje. La obligaban a realizar más tareas del hogar que al resto. Las pocas veces que habló de su familia estadounidense, por lo general después de beber demasiado, había fruncido el ceño, hasta retorcer la cara como un pretzel. Solo se había casado con nuestro padre para escapar de Healy, nos había dicho. Pero que él no era bueno para nada y nos había abandonado cuando éramos pequeños. Y ese era todo el cuento, capítulo por capítulo.

Diviso un teléfono público, en una estación de servicio, me bajo del Chevette con el papel arrugado en la mano. Por fin, estiro los músculos y me suenan todas las vértebras de la espalda, como palomitas de maíz al estallar. Abro la guía telefónica maltratada y

reviso las páginas. Hay tres nombres con el apellido Finney. Tengo ganas de arrancar la página, pero no quiero ser un mal tipo, así que voy hasta la estación de servicio y le pido prestado un lápiz al hombre que atiende para copiar las tres direcciones. Pruebo primero con Francis Finney. Francis Finney Senior, supongo.

¿Será mi abuelo? No puedo ponerme a pensar en eso ahora. Tengo que avanzar. Cuando le devuelvo el lápiz al hombre de la estación de servicio, le pido indicaciones para llegar y enseguida me pongo en marcha, con el estómago hecho un nudo. Al cabo de un rato, me detengo frente a una enorme casa de dos pisos y con un porche amplio. Es grande, pero parece que los parterres de flores han tenido mejores épocas. El techo también. Hay una bandera estadounidense arrugada, sin la más leve brisa que la haga ondear en el calor del verano.

¿En serio estoy a punto de hacer esto?

Miro por el espejo retrovisor para asegurarme de que no parezco un asesino en serie o un bicho raro. Respiro hondo. Ojalá tuviera una cerveza para matar los nervios. Pero no, así que, acto seguido, me encuentro caminando por la entrada hacia la puerta principal.

Cuando se abre, me saluda una chica. ¿O es una mujer? Es mayor que yo, pero probablemente no me lleve muchos años. Tiene el pelo rojo recogido en una coleta, camiseta negra, pies descalzos.

—¿Sí? —me dice, pero no suena brusca ni nada por el estilo.

—Eh… —empiezo a responder, y noto que podría haber pasado el larguísimo viaje ensayando lo que diría—. Estoy buscando a Francis Finney. ¿Frank?

Frunce el ceño. Tal vez la dirección sea vieja. Tal vez mi abuelo oculto se haya mudado a Cleveland o algún lugar remoto.

—Soy la hija. ¿Por qué lo buscas?

Veo que se prepara para recibir malas noticias, así que retrocedo un paso para no ponerla nerviosa.

—Puede que resulte raro, pero creo que soy su nieto.

Una expresión de asombro se dibuja en los ojos de la mujer y después se queda boquiabierta.

—No… —me dice, observándome con atención. Me examina como si fuera un espécimen de un experimento científico—. No… no puede

ser. ¿Eres el hijo de Frank? ¿Joaquin?

Sabe quién soy

—Sí —respondo, sin encontrar más palabras.

—Mierda —dice, y que diga «Mierda» me tranquiliza un poco—. Yo soy Deirdre Finney. Creo que… Joder. Creo que soy tu tía.

* * *

Hace unas horas, no sabía que tenía un abuelo perdido, y si me hubieran pedido que imaginara cómo sería conocerlo, creo que habría pensado en algo muy similar a esto: yo, incómodo, en la sala familiar, junto a una mujer que ha resultado ser mi tía Deirdre, mirando a un hombre completamente encorvado. Mi abuelo está en un sillón reclinable, vestido con camiseta blanca, pantalones ocre, calcetines deportivos blancos, sandalias negras y el rostro ausente.

—Este es papá —dice Deirdre, y le apoya la mano en el hombro. Levanta la voz y habla en dirección a su oreja, cubierta de mechones de cabello canoso que alguien, supongo que la misma Deirdre, ha peinado con mucho cuidado—. Papá, este es Joaquin. ¿No quieres saludarlo?

Yo me agacho y extiendo la mano. Francis Finney padre me estrecha la mano sin mirarme a los ojos y la sacude dos veces.

—Hola, señor —le digo. No puedo dejar de pensar en que su sangre corre por mis venas. Y yo ni siquiera sabía que él existía.

Frank Senior me suelta la mano y acomoda la suya sobre el regazo.

—¿Cachorro? —le pregunta a Deirdre. Su voz suena más dulce y más femenina de lo que hubiera imaginado. Deirdre va hasta otra habitación y vuelve con un perro de peluche, de orejas gastadas. Mi abuelo lo agarra y esboza una gran sonrisa, que deja ver espacios vacíos donde solía haber dientes.

—¿Quieres sentarte? —dice Deirdre, señalando el sofá—. ¿Quieres un vaso de agua?

Lo que realmente quiero es una cerveza, pero no puedo pedírsela.

—No, gracias.

Deirdre se sienta en una silla junto al sillón reclinable. Contempla a su padre durante un momento y luego me mira a mí.

—Tiene demencia —me explica—. O quizás Alzheimer. Comenzó hace unos años, después de que mi madre muriera de cáncer de mama. Sinceramente, me alegro de que no llegara a verlo así. Le habría roto el corazón. —Yo asiento y Deirdre hace una mueca—. Ay, lo siento. Te acabo de decir que tu abuela está muerta. Es que… es mucha información —añade, mientras sacude la cabeza y sonríe, arrepentida.

—Lo sé. Perdón por aparecer de la nada.

Miro a Frank padre acariciar al cachorro y sonreír. Al menos, alguien en la sala está contento.

—No pasa nada —me responde. Mueve los pies y se queda mirándome, estudiando mis rasgos—. No te he visto desde que eras un niño. Y mis recuerdos son bastante vagos. Yo también era una niña en esa época.

Me muevo en el asiento. No sé qué responder.

—Desearía tener algún recuerdo. Pero me acabo de enterar de tu existencia.

Deirdre escucha atenta, mientras le cuento cómo encontré el obituario de mi padre, que vivo con mi hermana y mi madre en la isla Mariposa y que siempre me han dicho que él nos abandonó para mudarse a California. Cuando digo esto último, Deirdre levanta las cejas.

—¿California? Creo que mi hermano nunca salió de Texas. —Mira a mi abuelo, que está dormitando—. Quizás te parezca raro, pero… ¿no quieres una cerveza?

—Por favor —respondo, y al cabo de unos minutos Deirdre y yo abrimos dos latas frías de Lone Star.

Poco a poco, se desarrolla una historia.

—Como te he dicho, era una niña en ese entonces, cuando mi hermano se mudó y se casó con tu madre. Recuerdo que, algunas veces, tu padre te traía aquí a pasar el día. Solíamos comer perritos calientes y ver la tele. Justo aquí, en esta habitación. —Señala la ordenada sala de estar, llena de muebles viejos y estantes con pilas de *National Geographic* y libros de bolsillo gastados—. Hay algo que quiero enseñarte. —Se levanta de la silla de un salto y examina las estanterías cercanas hasta que encuentra lo que está buscando: un

voluminoso álbum de fotos—. Mira.

Las páginas de celofán crujen ligeramente mientras las hojea. Me explica quién es cada uno: otra de mis tías, mi abuela, ella misma cuando era pequeña, varios primos. Todos se asoman desde las fotos con grandes sonrisas. Los hombres están de pie, junto a las parrillas, orgullosos de sus barrigas cerveceras y sus hamburguesas. Las mujeres están inmortalizadas a mitad de una carcajada durante alguna fiesta de Navidad, con la boca abierta y los ojos cerrados.

—¡Ese eres tú! —grita de pronto, hundiendo el índice en una de las fotos, emocionada—. Y aquí está tu hermana.

Y sí, somos nosotros, jugando en algún patio, tal vez el de esta casa, sentados en un arenero. Elena muerde un cubo rojo de plástico. Yo levanto un castillo de arena, muy concentrado. Observo, atónito. Mientras he pasado todos estos años con Mami, ha habido un objeto, una prueba de que, aunque solo fuera por un breve tiempo, fuimos parte de otra familia. Aquí estaba, en este álbum. No tengo nada que decir, así que me limito a contemplar la foto. Deirdre deja la página abierta sobre la mesa de café.

—Bueno, por lo que me han dicho y por lo que recuerdo —dice, cuando toma asiento y mira de nuevo a su padre, que sigue durmiendo—, tu madre y tu padre tuvieron una pelea muy fuerte por algún motivo. No te olvides de que mis padres no estaban muy contentos con el casamiento.

—¿Por qué?

—Tu madre… Bueno, no quiero que suene mal ni nada…

—No, dime la verdad. No vas a herir mis sentimientos.

Deirdre asiente, pero espera un momento antes de retomar la charla, como si buscara la forma de decir lo que quiere decirme.

—Por lo que he oído, tu madre nunca se acostumbró a la vida aquí, en Estados Unidos. O sea, yo era un bebé cuando vivía con nosotros, así que no recuerdo nada. Creo que puedo ser objetiva igual. Ella era joven. Vino aquí sin saber inglés. Después sus padres murieron. —Se queda boquiabierta—. Espera, ya sabías todo eso, ¿no?

—Sí —respondo, para tranquilizarla—. Sé todo lo de Cuba.

—Bueno. Supongo que ella venía de una familia de dinero. Y, como habrás visto, no es nuestro caso. —Ella se encoge de hombros y

señala la sala de estar como prueba.

—Sí, venía de una familia de dinero —confirmo—. Incluso tuvo una fiesta de presentación en sociedad, en La Habana, que fue superelegante y salió en todos los periódicos.

—Ah, sí, mi familia lo sabía —dice Deirdre, con voz triste—. En fin, ella nunca encajó aquí, o sea, nunca se acostumbró a nosotros. Pero mi hermano, tu padre, se enamoró de ella. Habrás visto las fotos. De joven, era muy bonita.

Pienso en Mami. El cuerpo flaco y desgarbado, y los ojos inyectados en sangre. Pero solía ser bonita. Lo sé. Solía ser bonita.

—Bueno, la cosa es que se casaron —añade Deirdre, y me doy cuenta de que escucho la historia como si no se tratara de familia, como si fuera la trama de una de esas películas que Mami y Elena ven en la televisión cada semana—.Tu madre quería vivir junto al mar, porque le recordaba a Cuba, así que se mudaron a Mariposa y mi hermano abandonó la universidad. —La tos de Frank padre la interrumpe.

»¿Estás bien, papá? —le pregunta. Mi abuelo abre sus ojos reumáticos y mira alrededor como si estuviera tratando de recordar dónde está, antes de volver a cerrarlos. Esperamos un momento hasta que vuelve a quedarse dormido—. Pasa la mayor parte de su tiempo así. Creo que prefiere dormir a estar despierto —me explica, con un suspiro. Luego toma un sorbo de cerveza y continúa el relato—. En fin, se mudan a Mariposa, nacéis vosotros y tu madre, según tengo entendido, no quería tener nada que ver con nosotros. Ni siquiera quería que fuéramos de visita ni nada. Las pocas veces que te vimos fue porque mi hermano te trajo, él solo. —Ella se queda en silencio y me mira. Espero a que continúe hasta que me doy cuenta de que está esperando a que yo hable, esperando a que le dé una explicación.

—Mi madre es… No lo sé. Creo que nunca se sobrepuso a lo de Cuba, como dijiste. Creo que ella… creo que no está del todo cuerda.

Es la primera vez que digo algo así en voz alta, y de inmediato entiendo que es cierto. Deirdre asiente, sacude la lata de Lone Star para asegurarse de que está vacía y la apoya sobre la mesa.

—Eso parece. Bueno, resulta que un fin de semana tu padre vino aquí solo. Él y tu madre habían tenido una pelea fuerte. Dijo que

necesitaba tomarse un tiempo. —Se muerde la uña del pulgar, igual que yo cuando estoy absorto en mis pensamientos. ¿Los hábitos son hereditarios?—. Yo debía de tener diez años, y recuerdo que él y mis padres estaban sentados a la mesa de la cocina, y ellos le decían que tenía que volver a Mariposa y traeros a vosotros a Healey. Que podían conseguir un abogado, argumentar que tu madre no era apta para criaros.

Me quedo pensando en esa frase. «Que no era apta». Nunca nos dejó sin comer ni nos encerró en los armarios ni nada parecido. ¿Mami no es apta? ¿No era apta? No lo sé. Creo que Mami es Mami.

—Pero tu padre seguía enamorado de ella, creo, a pesar de todo. Creo que todavía tenía esperanzas de que pudieran resolver los problemas. Él la llamaba y tu madre no contestaba. También le escribió cartas, obviamente. ¿No es raro que ella las haya guardado?

—Sí —respondo, aunque no estoy convencido. Solo quiero mostrarme de acuerdo con Deirdre para que siga hablando.

—Estaba muy deprimido. Ya no sabía qué más hacer, imagino. Deprimido. Una noche, mientras yo dormía en la habitación de arriba… Ni siquiera me enteré de que él había salido. En fin, escuché unos gritos. Bajé corriendo y vi que había oficiales de la policía. —Señala la puerta principal con un ademán de la barbilla—. Ahí, en la entrada. Bueno, los oficiales les estaban explicando a mis padres lo sucedido. Mi madre se volvió loca, por supuesto. —Hace una pausa para mirar a su padre—. Tu padre era el mayor y yo la menor, así que en realidad nunca fuimos muy cercanos ni nada. —Se muerde la uña del pulgar y vuelve a echarle un vistazo a la puerta principal—. Pero era mi hermano mayor.

Del exterior, llega el ladrido del perro de algún vecino. Nos quedamos callados durante un minuto o dos.

—Lo siento —consigo decir, finalmente.

—Era tu padre —dice Deirdre, mientras vuelve a la realidad—. Yo debería decirte que lo siento. Sobre todo, porque nunca llegaste a conocerlo.

—Gracias —respondo. Suena raro, pero ¿qué puedo decir?

—Una cosa más: estaba borracho. Volvía del centro, de un pub, y los dueños dijeron que había bebido más de lo necesario. —Después

de un largo silencio, añade—: Chocó contra un árbol.

No sé por qué guarda silencio. Quiere dar a entender algo, pero no lo entiendo. Hasta que, de pronto, entiendo lo que quiere decir sin decirlo.

—¿Crees que chocó a propósito?

Deirdre suelta un suspiro.

—Tal vez, pero nunca lo sabremos. Mi madre jamás dejó que lo insinuaran, aunque creo que algunos de mis hermanos piensan que sí. No sé qué opinaba mi padre. Nunca lo hablamos. Pero después, todos se quedaron destrozados. Mis padres estaban descorazonados. Y yo creo que… lo siento, pero creo que le echaron la culpa a tu madre. Y también creo que… supongo… decidieron no buscarla, olvidarla.

—Y a nosotros con ella.

Deirdre asiente y se mira las manos.

—Ahora veo que no estuvo bien. Tú y tu hermana erais sus nietos. Podrían haberlo intentado, pero… —Ella suspira otra vez.

—Tranquila —le digo.

Miro el álbum de fotos abierto, la foto del arenero. Imagino nuestras voces resonando en estas paredes. Imagino que jugábamos al pilla-pilla en el patio delantero o nos rociábamos agua con una manguera de jardín. Enseguida, creo un universo paralelo donde Deirdre parece más mi hermana mayor que una tía perdida hace mucho tiempo.

—¿Quieres otra cerveza? —pregunta Deirdre, levantando una ceja —. O sea, lo que necesito saber es… ¿has heredado los genes irlandeses?

—Por supuesto —respondo y añado con acento—: Bueno, chica, y los cubanos también.

Nos echamos a reír, y luego acepto la cerveza.

—Ven, acompáñame a la cocina, así te enseño la antigua habitación de tu madre. Si tú quieres, claro.

Deirdre me conduce hasta una cocina muy ordenada de alacenas blancas y una nevera cubierta de imanes extravagantes. Luego, abre una puerta que da a una habitación de servicio, pequeña, con vista al patio. Hay grandes cajas de cartón apiladas contra las paredes. Una de ellas tiene una etiqueta que dice **adornos navideños**. En un rincón,

frente a una de las ventanas, hay una mesa con una vieja máquina de coser.

—Obviamente, no estaba así cuando tu madre vivía aquí. No importa lo que te haya dicho, te lo juro. Mi madre y mi padre le dieron una cama y un armario y todo lo demás.

Lo dice como si estuviera bromeando, pero entiendo que quiere asegurarse de que no me vaya pensando mal de su familia. Que también es mi familia, creo. Más o menos.

—Estoy seguro de que la trataron bien —digo, mientras observo el resto de la habitación.

Las paredes están pintadas de un tono muy alegre de amarillo, aunque sin duda necesitan una nueva capa con urgencia. Toco el marco de la puerta. Respiro el olor a humedad. Cuando mi madre tenía mi edad, dormía en esta habitación. Miraba por estas ventanas. Si supiera que estoy aquí ahora, ¿qué haría? ¿Qué diría? Nada bueno, estoy bastante seguro. Escucho su voz en mi cabeza, aguda y penetrante.

«Ya ves, me hacían dormir junto a la cocina como a una sirvienta. ¡Y yo tenía una criada en Cuba! Mi madre y mi padre nunca me habrían dejado viajar si hubieran sabido que viviría así».

A mi espalda, escucho el silbido de una lata.

—Ten, sobrino, bebe —dice Deirdre, con una sonrisa en el rostro.

Acepto la lata, agradecido. Arranco la voz de mi madre de mi cabeza. Detestaba este sitio igual que detesta todos los demás, excepto Cuba. Así es ella.

Pero esta habitación no tiene nada de malo. No importa lo que nos haya dicho de pequeños, ahora lo sé. Mientras sigo a Deirdre de vuelta a la sala de estar, se me ocurre que habría estado muy bien crecer aquí.

CAPÍTULO DIECISIETE

Encuentro la casa oscura y silenciosa, cuando entro sigilosamente**,** con las Converse en mano para evitar todos los ruidos posibles. Son pasadas las diez. He aparcado el Chevette de Carlos en la esquina, donde Mami no lo verá. Se lo llevaré mañana.

Me quedo de pie en mitad de la sala, escuchando el zumbido de la nevera, el *tic-tac* del reloj, el sonido de mi propia respiración.

No puedo esperar hasta mañana por la mañana para decirle la verdad a mi hermana. Tiene que saberlo ahora mismo. Voy de puntillas a su habitación y llamo a la puerta despacio.

—¿Sí? Joaquin, ¿eres tú?

Cuando entro, veo que Elena ya está sentada en la cama, iluminada por el resplandor de las farolas que se filtra a través de la ventana. Cuando era niño, esta era mi habitación, pero la luz no me dejaba dormir. A Elena le gusta. Entonces intercambiamos cuartos.

—¿Dónde estabas? —me pregunta, indignada, pero con una expresión de alivio muy evidente.

—Lo siento —digo, mi voz apenas un susurro.

—Mami creía que estabas trabajando —dice, y se lleva las rodillas al pecho, mientras me mira con cara de que aún no sabe si me ha perdonado—. No le he dicho nada. Pero ¿dónde estabas?

Aparto una pila de ropa y de revistas y despejo el camino antes de sentarme a los pies de la cama. Elena se recuesta contra la pared, debajo de su póster ridículo de Madonna.

—Tengo algo que contarte. Y es bastante intenso.

Elena frunce el ceño y levanta una ceja.

—Déjame adivinar: Amy está embarazada, voy a ser tía.

—Por el amor de Dios. No. Necesito que me escuches, en serio.

Elena se incorpora y cruza las piernas. Otra vez, lleva puesta mi camiseta de atletismo.

—Bueno, ¿qué pasa?

En susurros interrumpidos por las preguntas de mi hermana, que formula con voz seria, firme, sin la histeria que yo había imaginado, despliego el relato del día más inesperado de mi vida. La historia termina cuando Deirdre me acompaña al coche y anota su número de teléfono en un papel.

—Me ha dicho que la llamemos, si queremos. Y si queremos conocer al resto de nuestra familia.

Elena hace una mueca.

—No sé, ¿son nuestra familia?

Me alejo, confundido.

—Bueno, sí, ¿o no?

Se encoge de hombros.

—Pero no nos buscaron. O sea, cuando tuvieron la oportunidad.

Me quedo sorprendido. En el camino de vuelta, mientras conducía, me había imaginado que Elena gritaría enfurecida a la luz de las farolas al oír la historia, que insultaría a Mami por habernos mentido toda la vida. Pero está tranquila.

—Sí, o sea, supongo que podrían haberse esforzado más para mantenerse en contacto con nosotros. Pero tienes que admitir que Mami no parece haberles facilitado las cosas.

Elena se queda pensando y luego dice:

—Bueno, en realidad conocemos una sola versión.

—¿Qué? Elena, Mami nos mintió. Nos dijo que nuestro padre nos había abandonado. Pero está *muerto*. Está muerto desde que eras un bebé. ¿No te *molesta*?

Escupo cada una de mis palabras y los susurros se transforman en frases a todo volumen.

—Sh —dice Elena, con la mano en alto—. La despertarás.

—Quizás es hora de que se despierte.

Mi hermana suspira y hace un movimiento para buscar la bolsa llena que está al lado de la cama. Revisa el interior hasta que encuentra lo que buscaba, un paquete de Marlboro Lights. Después de

abrir la ventana, enciende un cigarrillo.

—¿En serio? ¿Cuándo ha empezado esto? —Elena lanza una bocanada de humo a través de la mosquitera destartalada e ignora la pregunta—. Déjame adivinar. J. C.

—No —replica—. Fumaba antes de conocerlo.

—Bueno, pero no comprabas paquetes.

Elena arroja las cenizas en un vaso que tiene un centímetro de agua. Está sobre la mesita, entre montones de cosas. Me pregunto si ella lo deja ahí para usarlo de cenicero.

—Más te vale que Mami no lo huela.

—Dormiré con las ventanas abiertas y me daré una ducha antes. De todas formas, ¿qué te importa lo que piense? ¿No estás a punto de tirar abajo la puerta de su dormitorio y criticarla porque nos ha mentido toda la vida?

Da otra calada. Probablemente, cree que fumar la hace parecer mayor, pero sucede lo contrario. Parece una niña que finge ser adulta. Es una estupidez. De todos modos, su pregunta me afecta. ¿Qué le voy a decir a Mami? No me he puesto a pensar en eso en todo el viaje. Solo me preocupaba contárselo a Elena.

—Avísame si vas a despertarla, así apago esto —me dice, agitando el cigarrillo en el aire. Su voz ha pasado de neutral a hostil.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué estás enfadada conmigo?

—No es verdad.

—Mentirosa.

—¡No estoy enfadada!

No hay más que silencio, excepto por el *puf* de una nueva calada y el chisporroteo del cigarrillo. Sé que si aguardo el tiempo suficiente, empezará a hablar. Y mi técnica funciona.

—Mira, Joaquin, entras aquí con tu importantísima noticia, esperando que me vuelva loca —comienza a decir, mirándome con sus enormes ojos. Cambia de posición y después presiona el cigarrillo contra el borde del vaso antes de dejarlo caer al agua—. Pero la verdad es que no opino nada nuevo. Por lo que me estás contando, nuestro padre nos abandonó. Se fue a Healy y nos dejó aquí.

—Pero no quería abandonarnos —rebato, pensando en la gran casa de dos pisos donde Deirdre y mi abuelo deben de estar profundamente

dormidos ahora mismo. Recuerdo el álbum de fotos. El porche laberíntico. El amplio patio trasero.

—Puede ser, pero se fue igual. A California o a casa de sus padres, ¿qué importa?

—Pero ella nos mintió —insisto.

Como de costumbre cuando se trata de Mami, soy yo quien se enfada. Elena está tranquila y serena. Me revienta.

—Quizás nos mintió porque pensó que sería peor decir que había muerto —responde Elena. Y después bosteza. Bosteza, qué cojones.

—¿Estás cansada?

—Joaquin, no quiero tener esta charla ahora.

Se frota la cicatriz en la barbilla, un antiguo tic nervioso. Las palabras de Deirdre pasan por mi cabeza. Iban a argumentar que nuestra madre no era apta para criarnos.

—¿Cómo te hiciste esa cicatriz en la barbilla? —pregunto, apuntado directamente a la yugular.

Elena baja la mano poco a poco y la apoya sobre el regazo.

—Recorriendo Machu Picchu —dice ella, con tono dulce y mirada decidida—. Haciendo paracaidismo en el Himalaya.

—No es el momento, Elena.

—Ya sabes cómo me la hice —responde, con tono acusatorio—. Así que, ¿por qué insistes en preguntar?

—Lo que quiero —empiezo a decir, mientras me pongo de pie, preparándome para salir hecho una furia y que entienda lo enfadado que estoy— es que por una vez en la historia dejes de inventar excusas para justificar las situaciones que atravesamos. Que entiendas que Mami te va a controlar durante el resto de tu vida si se lo permites.

—¡Basta! —dice Elena, alzando más la voz que durante el resto de la noche—. Actúas como si tuviéramos, no sé, vidas superhorribles. Si te molesta tanto esta casa, vete de una vez.

Sacudo la cabeza y me voy de la habitación. La dejo sentada en su cama, mirándome, y cierro la puerta antes de escuchar el llanto.

* * *

Así fue cómo Elena se hizo la cicatriz.

Tenía doce años, era verano, e hizo una escapada al quiosco cuando Mami estaba en el consultorio. Yo había salido en bicicleta con Kevin Anderson. Seguramente, iba a la playa para ver qué chicas de la clase habían comenzado a usar bikinis o alguna estupidez por el estilo. Nunca sufrí controles telefónicos.

Mami llamó una vez, así que Elena pensó que estaría a salvo durante un rato. Mami debió de sospechar algo porque supongo que volvió a llamar al poco tiempo. Pero era demasiado tarde: mientras sonaba el teléfono, Elena se dirigía a la tienda del señor O'Rourke para comprar una Coca-Cola y una revista con algo de dinero de Navidad que tenía ahorrado. Nunca se enteró de que Mami llamaba y llamaba, ni de que el teléfono sonaba y sonaba, y no había nadie que lo escuchara, excepto las paredes.

Cuando Mami volvió del trabajo, yo ya estaba en casa, y Elena y yo estábamos echados en el sofá viendo las noticias locales, aburridos a muerte.

—Mierda, tendríamos que empezar a preparar la cena —le dije, saltando al escuchar el portazo del coche.

Ese verano había empezado a decir palabrotas. Era una prueba, para ver lo malo que sonaba.

—Mierda, mierda, mierda —repitió Elena, antes de apagar la tele e ir a la cocina.

Estábamos sacando una olla para llenarla de agua y hervir los espaguetis cuando Mami entró, y de inmediato supe que Elena y yo estábamos, por usar una expresión que había empezado a decir hacía poco, jodidos.

—¿Dónde estabas esta tarde, Elena? —preguntó Mami.

Antes de que Elena tuviera tiempo de contestar, Mami se dirigió a la nevera y comenzó a servirse una bebida. Los cubitos de hielo, con su tintineo, lanzaron una fría advertencia.

—Estaba aquí, Mami —respondió Elena, con la olla entre las manos.

—Mentirosa. He llamado y no has contestado.

Las mejillas de Elena comenzaron a ruborizarse. Yo me interpuse entre las dos, y me dediqué a mirar de un lado al otro, intentando anticipar el siguiente movimiento.

—Mami, ¡estaba aquí! No sé, quizás en el baño.

Más tarde, Elena aprendería a mentir mejor. Pero en aquel entonces no era más que una principiante. Mami la miró, cóctel en mano. Tomó un sorbo y nos contempló, obstruyendo la puerta principal con su cuerpo. A la espera. Ya había ganado y lo sabía. Era solo cuestión de que Elena declarara oficialmente su derrota.

—Bueno —admitió Elena, con la voz quebrada—, fui al quiosco de la esquina. Solo quería una Coca-Cola. Solo… quería salir de casa.

Apenas podía hablar, de los nervios. Le temblaba la voz. Le brotaban lágrimas de los ojos. Yo sentía el latido de mi corazón en el pecho. Mi hermanita: tenía que protegerla de alguna manera.

—Mami, cálmate. No ha sido para tanto —dije.

Como si, además de decir palabrotas, también hubiera empezado a probar qué se sentía al encarar a Mami. Mami me lanzó una mirada. Vi que Elena se refugiaba en la pared, aferrándose a la olla con todas sus fuerzas.

—¿Qué me has dicho? —increpó Mami, con palabras llenas de furia.

—He dicho —repetí, feliz por el sonido de mi nueva voz, profunda y poderosa—, que no ha sido para tanto. Déjala salir de casa de vez en cuando. Es ridículo que no la dejes. —Entonces, para enfatizar mi declaración, exclamé—: Por el amor de Dios, joder.

Lo dije con el mismo tono desganado al que apelaba Kevin Anderson cuando algo le molestaba. En un movimiento rápido y explosivo, Mami atravesó la diminuta cocina con las manos extendidas, en dirección a mí. Me agaché, por puro reflejo, y no me dio. En un microsegundo, decidió que entonces le pegaría a Elena, y cuando la olla cayó al suelo y le pedí que se detuviera a gritos, Mami golpeó la cara de Elena contra el canto de la encimera. En la barbilla de mi hermana quedó una herida roja y recta como una regla. Y en el sitio del impacto, un rastro de sangre como una explosión de ira.

No debería haber esquivado el golpe, *sis*. Debería haberlo recibido por ti.

Pero no lo hice. Retrocedí como un cobarde.

Sin decir ni una palabra, Mami salió furiosa de casa y lanzó el vaso en el porche, donde se hizo añicos. Luego, oímos que encendía el

motor del coche. Aquella noche, volvió muy tarde, cuando ya habíamos limpiado la herida y recogido los cristales rotos, cuando ya había pasado horas preocupado pensando que Elena necesitaba atención médica y puntos quirúrgicos. (Y, probablemente, así fuera). Cuando nuestra madre volvió, Elena dormía, con la almohada todavía mojada por las lágrimas. Yo estaba acostado sobre una pila de mantas, en la alfombra, tapado con una sábana, y de vez en cuando me incorporaba para mirarla, con el corazón lleno de culpa.

Mami nunca volvió a hablar del incidente.

Durante un tiempo, traté de parecerme más a Elena. Cumplir más con las peticiones de Mami. Alterarla menos. Lo hice por mi hermana. El verano siguiente, Elena me explicó su plan. Lo seguí de inmediato. Al fin y al cabo, se lo debía. La ayudé a hacer el volante que supuestamente había encontrado en el supermercado. Escogí los nombres de los niños. Mentí por ella de todas las formas posibles. Juntos inventamos a los Callahan y, al hacerlo, Elena creó un mundo para evadirse. Un mundo donde Mami ya no tenía tanto poder. Un mundo construido con mentiras.

Los Callahan duraron más de lo que había sospechado, y la fantasía de mi hermana empezó a irritarme. Supongo que, porque mientras ella los usaba para mostrarse obediente, yo hacía lo contrario, incapaz de acatar órdenes durante mucho tiempo. Incapaz de mantener la boca cerrada, incluso cuando en muchos casos hubiera sido la decisión más inteligente. Y a medida que avanzaba cada verano, a medida que transcurría cada año, a medida que cada noche en casa nos sofocaba de tensión y de temor por lo que vendría, descubrí cada vez más pruebas de la cruda verdad.

Y decidí mirarlas con fijeza como si estuviera contemplando el sol, hasta que el dolor me obligó a cerrar los ojos y desviar la vista, pero solamente durante un breve instante.

CARRIE

1972

Joaquin y Elena nunca lo sabrían, pero, al menos durante los primeros años, le debían la poca estabilidad que había en sus vidas al escuadrón de mujeres del complejo. Recaudaron dinero para Carrie y sus hijos, y les contaron a sus iglesias su triste situación. Le consiguieron un empleo como recepcionista en el consultorio de un médico local e incluso la ayudaron a encontrar una niñera. Durante un tiempo, Carrie fue su consentida. Y a Carrie le gustaba. Había pasado mucho tiempo desde que se habían ocupado de cuidarla.

Carrie hizo un esfuerzo por ignorar su cabello teñido en casa, sus actitudes toscas de clase trabajadora o su idea de que usar talles más pequeños las hacía parecer más delgadas en lugar de salchichas con exceso de relleno. Así que sonreía cuando llegaban sin previo aviso, se obligaba a asistir a sus aburridísimos juegos de dados, asentía con entusiasmo al escuchar todas sus historias tontas. Estaba en deuda con ellas. Lo sabía. Y eran amables. Pero Carrie se les parecía, y cuanto más tiempo pasaba con aquellas mujeres, más temía contagiarse de sus costumbres vulgares, perder lo último que la hacía especial.

Después de casi un año, ahorró suficiente dinero para alquilar una casa en un vecindario que, según esperaba, sería un poco mejor. Les dijo a las mujeres que necesitaba empezar de cero, que el complejo estaba lleno de malos recuerdos. Pero, en realidad, sentía la urgencia de alejarse de ellas antes de descubrirse con diez kilos de sobrepeso, fumando en el patio y gritándoles a sus hijos frente a todo el vecindario.

Durante una de las últimas noches en el apartamento, decidió invitar a las mujeres a una reunión de agradecimiento y les sirvió bebidas y galletas con «dulce de leche». A las mujeres, el postre les pareció de lo más exótico, así que Carrie, con la lengua suelta por unos cuantos vasos de ron con cola, les contó historias de Cuba y de su infancia perfecta en una isla mágica. De pronto, se sintió como una princesa rodeada de doncellas. Incluso, podría decirse que le resultó entretenido. Pero cuando la última invitada se marchó, Carrie cerró la puerta, exhausta, y más tarde, cada vez que las mujeres pasaban por su nueva casa, Carrie metía a los niños al baño. Apagaba las luces. Simulaba que no había nadie hasta que, por fin, se iban. Y, un día, dejaron de visitarla.

Cuando se mudó, Carrie inspeccionó su nuevo hogar, con ojo crítico. Su primer pensamiento fue: es mejor que el apartamento. Está más limpio y es más nuevo, tiene alacenas recién pintadas y tres habitaciones en lugar de dos.

Que las dos habitaciones más pequeñas, las de Joaquin y Elena, en realidad fueran una sola dividida era algo que estaba dispuesta a pasar por alto. Había dado un pequeño paso, casi infinitesimal, pero al menos avanzaba en la dirección correcta. Sin duda, las cosas seguirían mejorando. A Carrie incluso le gustaba su empleo, aunque nunca habría adivinado que le gustaría trabajar. El doctor Sanders, oftalmólogo, era un hombre serio y tranquilo que quería tener un consultorio serio y tranquilo. A Carrie le gustaba mantenerlo todo en orden, archivar carpetas, comprar flores frescas y revistas *Bon Appétit* para la sala de espera. Le gustaba ser la guardiana de un hombre importante porque la hacía sentir importante. Años más tarde, cuando el doctor Sanders se retiró y su hijo se hizo cargo del consultorio, Carrie recibió el título de gerente de oficina, cosa que le encantaba detallar año tras año en su declaración de impuestos. Sonaba bien, pensaba ella.

A veces, pero no muy a menudo, echaba de menos a Frank. Echaba de menos, sobre todo, los primeros años juntos, que, como todas las cosas sumergidas en la corriente del tiempo, ahora le resultaban casi encantadoras. Pero también sabía que, a medida que los niños crecieran, comenzarían a hacer preguntas sobre su padre, preguntas que no quería responder. Se le ocurrió que, incluso, Joaquin podría tener recuerdos de él, así que no tardó en ocultar las fotografías de Frank, en regalar su ropa, sus zapatos, sus cosas.

Pero de todas maneras, Carrie seguía preocupada. Si les explicaba a sus hijos que Frank había muerto, y trágicamente, tal vez quisieran saber más sobre él. O sobre la familia espantosa que la había tratado como a una sirvienta. Si les contaba que Frank estaba muerto, tal vez lo idolatrarían, soñarían con un padre mágico, maravilloso, bueno y perfecto: ¿y cómo podría competir con un fantasma?

A medida que los niños fueron creciendo, descubrió que lo más fácil sería decirles que su padre los había abandonado. Y de todos modos, ¿no había sido así? ¿No se había marchado, dejando unos pocos billetes para la comida, para no regresar jamás? Ella eligió California como su destino porque, le parecía, era el estado a donde la gente solía huir. Se ocupó de demostrar dolor a Joaquin y Elena cada vez que la bombardeaban con preguntas de su padre. Si se echaba a llorar cuando la interrogaban, si les hablaba de todo el daño que Frank le había causado, a ella, a ellos, quizás dejaran de insistir. Así que se aseguraba de derramar un par de lágrimas cuando hablaba de él. De moquear y decir que lo sentía. El llanto era auténtico, aunque no llorara por Frank. Pronto Joaquin y Elena renunciaron a las preguntas.

Por la noche, bañaba a los niños, los acostaba y se servía un trago y, a veces, otro, y si bebía demasiado, se permitía pensar en Cuba. En su madre, su

padre y en Juanita también. Solía buscar las antiguas fotografías, cantar viejas canciones en voz baja, imaginar un final distinto para su trágica fiesta de quince, en el cual Ricardo y ella se besaban durante el ocaso junto a las orquídeas del jardín de su casa. Y a veces estaba a punto de convencerse de que así había sucedido todo de verdad. Y pensaba en el dulce, dulcísimo aroma del agua de violetas y recordaba la playa de Varadero y el mar azul, azulísimo.

Todavía borracha, Carrie solía visitar el cuarto de sus hijos antes de acostarse. Le encantaba verlos descansar a altas horas de la noche, acomodar las mantas y apartar los mechones de pelo suave de las frentes empapadas de sudor. Joaquin siempre se quedaba dormido con un libro o una pieza de Lego en la mano. Elena siempre terminaba con el culo destapado. A veces Carrie se quedaba allí, mirándolos, hasta que las lágrimas le hacían arder los ojos y se le formaba un nudo en la garganta. Gracias a ellos, no estaba sola y nunca lo estaría. Siempre la acompañarían. Jamás la abandonarían. Le pertenecían a ella y solamente a ella. Y cuando crecieran, confiarían en ella y la querrían, y sabrían que había hecho cuanto estaba a su alcance por ellos, a pesar de todo lo malo que le había tocado vivir. Y se hizo una promesa: sería una buena madre.

JOAQUIN

CAPÍTULO DIECIOCHO

En las semanas que siguen a mi viaje a Healey, Elena y yo guardamos las distancias, en una suerte de tregua. No me meto en sus cosas y ella no se mete en las mías. Voy a trabajar a El Mirador. Paso tiempo con Amy cuando tiene la casa para ella sola, y nos refugiamos en su habitación y lo hacemos y escuchamos música y, en general, dejamos el resto del mundo fuera. Se lo cuento todo a Amy. Ella me escucha y me besa y luego me dice que resista. Que aguante un año más. En realidad, si nos mudamos a Austin en mayo, falta menos de un año. Ella sueña con que nos instalaremos en Nueva York después de la universidad e iremos juntos a los mejores conciertos de punk, que se convertirá en una novelista famosa. Es una fantasía genial, pero no le pregunto qué haré yo en Nueva York además de ver grupos musicales. No quiero arruinarle la ilusión.

Para vivir la propia vida, ¿es suficiente con seguir los sueños de otra persona, aunque los sueños pertenezcan a alguien tan especial como Amy? No lo sé.

Elena trabaja de niñera y vuelve muy tarde y llega a casa borracha y con olor a humo. No solo a cigarrillo, sino también a marihuana, muchas veces. No ha vuelto a tomar ácido, al menos, no que yo sepa. Agosto avanza con lentitud. Los días se acortan. El verano se despide.

Mami no sabe lo de mi viaje a Healy. A veces, me descubro contemplándola mientras ve programas de juegos por la noche o películas en la tele. La imagino en esa habitación amarilla junto a la cocina. Me imagino la gran sonrisa de Deirdre. Recuerdo las manos de

mi abuelo aferradas a su cachorro de peluche. Me imagino una vida paralela, de principio a fin, para mí y mi hermana en Healy.

Un sábado por la mañana, Mami nos pide que vayamos al supermercado. Está de mal humor sin razón aparente, y estoy bastante seguro de que quiere estar sola. No discuto. Simplemente tomo las llaves del coche y me subo al Honda. Elena trae la lista de Mami en la mano. A mitad de camino por el boulevard Esperanza, me dice:

—Joaquin, deja de estar enfadado conmigo.

La miro. ¿Cómo le explico que ya no estoy enfadado? De verdad. Solamente preocupado. Siempre me preocupo por ella.

—Está bien, pero tú no te enfades conmigo.

Elena hace dibujos en la ventana con el dedo índice. No me mira cuando comenta:

—Nunca he estado enfadada contigo, ni un solo minuto en toda mi vida.

Aparto los ojos de la carretera un momento. Entonces nos miramos y, de pronto, los dos somos aliados otra vez, conspiradores, mi hermanita y yo.

En la tienda, metemos víveres en el carrito. Elena me regaña por escoger fruta demasiado madura. Yo me muerdo los labios cuando elige cereales Frosted Flakes.

—A Mami no le gustan —le digo.

—Pondré los cereales dentro de la caja vieja de Cheerios, que nunca prueba —responde Elena—. No sería la primera vez.

—Inteligente, muy inteligente.

Ella se echa a reír. Adivinamos lo que el otro dirá, lo que elegirá, el gesto que hará.

¿Quién te conoce mejor que tu propia sangre?

De camino a casa, Elena me deja poner el casete de Jesus and Mary Chain y ni siquiera se burla de mí.

Cuando llegamos, cargamos todas las bolsas que podemos. Pero encontramos a Mami apoyada contra el marco de la puerta principal. Nos observa con los ojos entrecerrados. Nos analiza.

Se me revuelve el estómago.

La esquivo y voy a la cocina, pero ella no pierde de vista a Elena, que se acerca a la entrada con una sonrisa en su cara bonita y

aniñada. Mami la mira fijamente, y sus patas de gallo se marcan aún más cuando frunce el ceño.

—Hemos comprado todo lo de la lista —le explica Elena, y me sigue hasta la cocina.

Saca un cartón de huevos con mucho cuidado de una de las bolsas y lo guarda en la nevera. Yo vuelvo al coche en busca de la última bolsa. Cuando pongo un pie en la cocina otra vez, Mami dice:

—Sé que anoche no estabas con los niños, Elena.

Se me electrizan los nervios. Veo la historia que Elena y yo hemos construido a lo largo de los años desmoronarse. Apoyo una bolsa sobre la encimera y me coloco al lado de mi hermana. Elena levanta una bolsa de patatas, sin apresurarse.

—¿De qué estás hablando? —pregunta Elena, sin darse la vuelta para mirar a Mami. No hay rastros de duda en su voz—. Por supuesto que estaba con los niños.

—Mentirosa. —Echo un vistazo por encima del hombro. Mami tiene los ojos clavados en Elena como un francotirador en su objetivo —. Acabo de hablar por teléfono con la señora Callahan. Ha dicho que tenías que cuidar a los niños y no fuiste.

Me quedo paralizado. *Mami acaba de hablar por teléfono con la señora Callahan*. Pero Elena se recuesta contra la encimera. En un gesto automático, se toca la cicatriz de la barbilla. La línea de piel blanca, delgada y correosa, es tan recta como el canto de la encimera contra la que ahora descansa.

—Ay, Mami, ¿en serio? —pregunta, con una sonrisa—. ¿Ha llamado la señora Callahan?

Mami se sobresalta y mira a Elena a los ojos, que le devuelve la mirada.

—Sí, ha llamado —insiste Mami, pero en su voz ya no se registra el mismo tono agresivo. Elena se queda en silencio, con los ojos brillantes y decididos. Yo no muevo un músculo. Después de un segundo o dos, Mami añade—: Al menos, creo que era ella.

La tensión se disuelve de pronto. Saco dos latas de frijoles de la bolsa y me dispongo a guardarlas en la alacena, tratando de mostrarme indiferente, pero el corazón me late con fuerza. Tengo la garganta seca. De reojo, veo que Elena se pasa las manos por el pelo y

se lo ata en un nudo flojo.

—Mami —dice al fin, paciente pero firme, como si estuviera hablando con una niña—. Anoche estaba trabajando. ¿Dónde más iba a estar? —Entonces pone voz alegre, dulce—. No seas tonta.

Y, acto seguido, camina hasta Mami y le da un beso en la mejilla. Un beso, un movimiento, sin una pizca de nervios, sin el más mínimo rubor de preocupación. Elena ha ganado la batalla de los mentirosos, sin duda. Después, se va a la habitación y me deja a cargo de ordenar.

Mami frunce el ceño. Mira la puerta de Elena con los ojos entrecerrados y murmura algo entre dientes que no puedo entender. Enseguida, me habla a mí.

—¿Qué haces ahí, Joaquin?

—Ya casi he terminado de guardarlo todo —le respondo, y me pongo manos a la obra.

Y mientras guardo las cajas de espagueti, veo que Mami se retira a su dormitorio, vaso en mano.

La casa está en silencio mientras organizo las latas y apilo la fruta en la fuente. Veo que el futuro se despliega ante mí como un mar interminable de mentiras: Elena y Mami continuarán así para siempre, manipulándose la una a la otra, hasta que ninguna sepa dónde termina la verdad y comienzan las falsedades. Son así y no saben cómo cambiar.

Cierro los ojos mientras el pánico me oprime el pecho. Salgo al porche cubierto para respirar aire fresco, pero no me basta. Voy a la calle y resisto el impulso de correr sin dirección. Me obligo a quedarme allí parado un minuto. La humedad me cubre como una manta pesada. De fondo, oigo el claxon de un coche, los frenos de un autobús que se detiene, el griterío de los niños que juegan al pilla-pilla en algún patio cercano.

Apenas puedo respirar.

—¡Tú la llevas! —anuncia la voz de un niño, victorioso—. ¡Te he pillado! ¡Tú la llevas!

* * *

Me lleva tres días reunir el valor para decírselo. Cuando terminamos

de cenar arroz con pollo, Elena levanta los platos de la mesa y los deja en el fregadero.

—Joaquin, ¿puedes lavarlos? —me pide.

—Sí —respondo. Tengo la garganta seca. Miro a Mami, que revuelve su bebida con el dedo meñique—. Bueno, tengo algo que contaros. A las dos.

Elena se da la vuelta para mirarme. Mami toma un sorbo de su cóctel, con los ojos clavados en la pared que tiene delante.

«Hazlo, Joaquin».

—He decidido que me mudaré a California, cuando empiece el otoño.

Estoy mirando a Mami, pero oigo que Elena contiene un grito. No me atrevo a mirarla a ella, así que contemplo a Mami. Al cabo de un rato, alza la vista y entrecierra los ojos. Me estudia.

—¿Crees que encontrarás a tu padre? —dice ella, con serenidad. Fría. Ahora es el momento de admitir la verdad. Ahora. Podría confesarlo todo si pensara que así puede retenerme. Pero tendría que confesar también que nos ha mentido, que se ha equivocado.

»Porque, para serte sincera, dudo que vayas a encontrarlo. Puedo asegurarte que no lo harás.

Advierto que tal vez ella crea en serio que Frank Finney está vivo en Los Ángeles.

—No se trata de mi padre. Quiero viajar, ver cómo es la vida antes de decidir lo que haré después.

Suena estúpido cuando lo digo en voz alta. Pero ¿qué sentido tiene tratar de explicárselo? Mami y yo podríamos pasarnos el resto de nuestras vidas aquí, hablando, y aun así ella jamás lo comprendería.

Mami asiente una vez, frunce el ceño ligeramente y sigue bebiendo. A continuación, mira por la ventana.

—Juanita solía repetir un refrán —anuncia Mami, con una expresión muy parecida a una sonrisa—. «Ojos que no ven, corazón que no siente». Tal vez termine de entenderlo en los próximos meses. —Luego se pone de pie y toma su vaso—. Buena suerte, Joaquín. Espero que te vaya bien en California —añade, dándome la espalda, camino al dormitorio,

Miro a mi hermana. Tiene el rostro y el cuello cubiertos de

manchas rojas. Abro la boca, pero Elena alza la mano para interrumpirme.

—No —dice ella, haciendo un esfuerzo para articular la palabra. Yo creo que, acto seguido, saldrá hecha una furia, pero no se mueve. Me obliga a ser testigo de sus lágrimas, sus ojos rojos y sus sollozos.

—Elena, ¿no podemos hablar? —le pregunto, mientras me acerco.

—No —repite, y se aleja—. No, no podemos.

—Está bien.

Al rato, mi hermana se rinde y se va de la cocina. Da un portazo cuando entra a su habitación. Yo me quedo allí y la oigo llorar, a lo lejos, a través de las paredes.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Al día siguiente, mientras me preparo para cubrir el turno de la comida, siento un agujero en el estómago con solo pensar en el restaurante. El Mirador suele ser un refugio para mí, pero hoy no.

Porque hoy sé que tendré que darle la noticia a Amy.

Sigo la rutina mecánicamente: les sonrío a las familias que intentan disfrutar su última semana de vacaciones y muevo la cabeza a modo de saludo: hay bebés y niños pequeños con arena entre los pliegues, madres cansadas, padres con narices quemadas por el sol.

«¿Qué os traigo de beber?».

«¿Ya os habéis decidido? Tomaros el tiempo que necesitéis».

«¿Queréis la cuenta?».

A Amy le ha tocado el turno siguiente. Llegará en cualquier momento y entonces tendré que decirle la verdad. Pienso en su cuerpo. Su dulzura. Sus sueños que no son los míos.

Cuando entra, me ve junto a la barra. Se acerca para darme un abrazo, pero enseguida advierte que algo va mal. Cuando me pregunta qué pasa, señalo con la barbilla la sala de descanso de los empleados. Entramos y, después de cerrar la puerta, me mira con cara de preocupación.

—Joaquin, ¿qué pasa?

—Amy, yo… —Contengo la respiración. Nunca he llorado delante de ella, pero se me quiebra la voz—. Amy, tengo que alejarme de aquí —explico, en un susurro.

Ella frunce el ceño, confundida.

—¿De aquí, del restaurante?

—No —le digo, y cierro los ojos para contener las lágrimas—. De

aquí, de mi familia, de esta ciudad.

Cuando abro los ojos, veo una mueca de confusión en el rostro de Amy.

—¿De qué estás hablando?

—No puedo seguir viviendo aquí. Me tengo que marchar.

—Pero el año que viene nos mudaremos a Austin juntos —me dice, mientras me da la mano—. Creía que querías venir conmigo.

Aparto la mano, porque, si no, nunca podré hacerlo, y Amy hace un gesto de tristeza.

—Ya lo sé, pero… —Me faltan las palabras para explicarle lo que sucede, pero igualmente lo intento: le explico lo que pasó el día anterior, cuando Mami y Elena volvieron a desplegar sus jueguecitos de mentiras—. Me tengo que ir ahora. O sea, ahora mismo. Tengo que salir antes de quedar atrapado —añado, cuando termino de relatar lo de ayer.

—Vamos a encontrar la solución —dice ella, llorando. Un río de lágrimas corre por su rostro—. ¿No puedes quedarte en casa de Carlos? ¿O alquilar un apartamento si haces más turnos en el restaurante?

Cierro los ojos de nuevo y sacudo la cabeza.

—Amy, si no me voy ya de la isla Mariposa, jamás me iré.

Cuando vuelvo a abrir los ojos, veo que tiene las mejillas rojas, y aunque sigue llorando, me habla enfurecida.

—¿Estás cortando? —pregunta, incrédula. Moquea y se limpia los ojos con la mano—. ¿Ya está? ¿Fin?

La forma en que dice la palabra «fin» me destruye. Me entrego al llanto y dejo que las lágrimas me rueden por la cara.

—Amy… —No tengo las palabras.

—No me lo puedo creer —insiste, con los brazos cruzados.

Desvía la mirada, pero no se mueve.

—Amy, lo siento —murmuro, por fin, llorando desconsoladamente, apenas capaz de ver.

Paso a su lado, porque es la única forma de salir, y abro la puerta de la sala de descanso y atravieso el restaurante a la carrera, con el delantal de camarero puesto. Cuando salgo de El Mirador, voy al sitio donde Amy y yo solíamos charlar y coquetear cuando acabábamos de

conocernos. Pero ahora estoy solo, respirando como si tragara el aire, hasta que las lágrimas dejan de caer.

* * *

En la semana que transcurre entre que decido marcharme y la mañana en que Carlos debe llevarme a la estación de autobuses de Houston reina un silencio casi total, al menos entre Mami, Elena y yo. Bueno, Mami y Elena todavía hablan entre ellas. Sigo escuchando las charlas y peleas por la noche mientras ven la televisión.

Unos días antes de partir, me dedico a revisar mis libros, camisetas y entradas viejas de recitales y casetes, tratando de decidir qué estoy dispuesto a abandonar y qué puedo llevarme. Me gustaría dejarle varias de las cintas a Amy, pero tampoco me habla. Le pidió a Carlos que nos asignara turnos diferentes.

De pronto, oigo que se abre la puerta principal. Es Elena, que vuelve de pasar el rato con J. C. Da pasos fuertes y pesados, y deja caer las llaves. Una vez. Otra vez.

—Pf —murmura. Luego, aparece, de improviso, en la puerta de mi habitación—. Hola, hola.

Me doy la vuelta para mirarla, ladeo la cabeza y decido no tomarme las cosas en serio.

—¿Has vuelto a hurgar entre las bebidas de los Callahan sin permiso, Elena?

Ella se acuesta sobre mi cama sin hacer.

—Me he bebido todo el vodka que tenían —me responde, avergonzada—. Soy la peor niñera del planeta.

Dice tonterías, como en los viejos tiempos. Es porque está borracha, ya lo sé, pero al menos me dirige la palabra.

—¿Estás haciendo las maletas?

—Sí —respondo. Entonces saco una camiseta vieja del armario, la del equipo de atletismo. Se la arrojo y le da en la cara. La toma y trata de enfocar la mirada para entender qué es—. Te la regalo. De todos modos, me la robabas todo el tiempo.

Mi hermana se abraza a la camiseta y luego se acurruca de costado.

—Gracias, hermano mayor —susurra, y la frase se me clava en el pecho como una daga.

—Elena —le digo, aprovechando la situación: puede ser mi única oportunidad—. Elena, ¿podemos hablar de mi mudanza, de por qué me voy? O sea, ¿vamos a hablar del tema algún día?

—¿Joaquin? —me llama con los ojos cerrados.

—¿Sí?

—No quiero hablar de eso ahora, ¿está bien? Te vas a California, no a China. Nos veremos pronto. —Abre los ojos y me mira, repentinamente lúcida—. O sea, nos veremos pronto, ¿no?

—Sí, Elena, nos veremos pronto. Tal vez puedas venir a visitarme.

Elena se echa a reír y se acuesta boca arriba, aún abrazada a mi camiseta.

—Es improbable, a menos que los Callahan viajen a Disneylandia y me contraten como acompañante. Pero algo me dice que Mami no se tragará el cuento.

—Supongo.

—¿Sabes qué?

—¿Qué?

—Los Callahan volverán a Houston esta semana. Las clases están a punto de empezar.

Las lágrimas comienzan a correr por su rostro

—¿Elena?

—¿Cómo lo haré para salir con J. C. si los Callahan se van? —dice, y se incorpora de un impulso—. No quiero dejar de verlo.

«Quizás no sea tan malo», pienso. Pero me conviene medirme, para evitar que se enfade y no se despida de mí.

—Ey —le digo, mientras me siento a su lado en la cama—. Ya te las apañarás.

Qué consejo de mierda. Pero no sé qué más decir. Elena se encoge de hombros y solloza.

—Supongo. Ojalá los Callahan se mudaran a Mariposa. Pero el señor Callahan tiene un trabajo increíble en Houston, así que…

—Tal vez puedas encontrar otra familia. O conseguirte un trabajo de verdad.

Elena parpadea para sacudirse las lágrimas y asiente.

—Quizás me dé permiso. Tengo casi diecisiete años.

—Ya casi eres adulta.

Es ridículo, pero lo digo de todos modos. Elena bosteza y se echa de espaldas. Un instante después, la oigo roncar despacio. Apago las luces, la cubro con mi manta y sigo haciendo la maleta. Cuando el reloj marca más de la medianoche, voy a la habitación de Elena y me desplomo en su cama. Intento ignorar la luz de las farolas que se filtra por las ventanas y el olor a humo de cigarrillo que impregna sus sábanas.

* * *

La noche anterior a mi partida apenas consigo pegar ojo. Todavía está oscuro cuando me levanto, me ducho, me visto y llevo las maletas al porche. Abro la puerta de entrada lentamente, pero rechina igual. La humedad de la mañana ya es espesa como un batido. Después de dejar mis maletas, vuelvo y me dirijo hacia la puerta de Mami. La entreabro.

—Mami —digo en la oscuridad—. Mami, me voy.

Silencio.

Ella es mi madre y yo me voy. ¿Qué me va a pasar? Entro, y voy hasta su cama. Está completamente despierta y acostada de lado, con la cabeza sobre la almohada y los ojos clavados en la pared. Se la ve mucho mayor sin maquillaje y con el pelo despeinado por la mañana.

—Mami, me voy, ¿ok? —Ella asiente sin decir palabra—. Llamaré en cuanto llegue, ¿de acuerdo?

Tampoco dice nada y se limita a asentir, sin mirarme. Me quedo de pie, sin saber qué hacer. Ya no recuerdo la última vez que nos dimos un abrazo.

Mis abuelos cubanos, desconocidos para mí, nos observan desde las fotografías.

—Mami —le digo, porque tengo que hacerlo, porque es verdad—. Te quiero mucho.

Entonces Mami se acurruca y hunde la cara en la almohada.

—Cuídate —murmura.

Cierro la puerta del dormitorio y descubro a Elena, que me espera

en camisón con los brazos cruzados. Bosteza.

—Es muy temprano —susurra.

—Lo sé, pero Carlos me recoge a las seis. Quiero recorrer el tramo más largo hoy. Hoy me quedaré en Phoenix y mañana llegaré a Los Ángeles.

Elena ya lo sabe. Solo hablamos para llenar el vacío.

—Bueno, llama cuando llegues. Llama a cobro revertido si es necesario.

Asiento. Abro la puerta principal y echo un vistazo fuera. Carlos acaba de aparcar en la entrada, con el motor en ralentí.

—Es hora, me tengo que ir.

—No *tienes* que irte —me dice, como si fuera una broma.

Una vez, de pequeños, Elena y yo jugamos al escondite, y yo me oculté en mi armario y me quedé dormido. Cuando por fin me encontró, estaba llorando, enfadada, tan enfadada que me dio un empujón en el pecho.

«¡Nunca vuelvas a hacerme esto!», me gritó. «¡Promételo!».

Y se lo prometí. Pero esta vez no me estoy escondiendo. Ella sabe dónde y cómo encontrarme.

Antes de despedirme, me descubro a mí mismo rezando, cosa que nunca hago. «Dios, por favor, protege a Elena».

Carlos toca el claxon: dos bocinazos cortos.

—No lo hagas esperar —me dice, sin derramar ni una lágrima.

En su cara, hay serenidad y dulzura. Ni una mueca.

—Elena…

—Solo abrázame y vete, Joaquin.

Ella extiende los brazos y yo le doy un abrazo rápido. Tampoco es que tengamos mucha práctica.

Después, me regala una sonrisa y se aparta. Prácticamente, me da un empujón hacia la puerta.

—Te quiero mucho.

—Yo también —me responde, sonriendo.

Y luego la puerta se cierra.

Bajo los escalones, arrojo mis maletas dentro del Chevette y me subo.

—Hombre, ¿estás listo? —me pregunta Carlos. Se rasca la nuca y

bosteza.

—Sí —respondo.

Arranca y toma el boulevard Esperanza.

Y yo no miro hacia atrás.

JOAQUIN FINNEY

Los Ángeles

1987

Aquella canción horrible tenía razón: nunca llovía en el sur de California. De hecho, siempre estaba soleado con posibilidades de sol. Y la playa era épica. Ancha, de arena blanca como el azúcar, con un mar azul profundo tan increíble que, en comparación, las aguas de Mariposa parecían una broma de Dios. En Texas, a Joaquin le daba lo mismo vivir frente al mar, pero en su nuevo hogar solía ocupar las tardes libres en la playa, contemplando las olas que rompían. Se le hacía fácil pasar tiempo solo allí. Le gustaba, igual que le gustaba su nueva vida en Los Ángeles.

Tenía un apartamento, de las amplias dimensiones de una baldosa, y un trabajo en un restaurante mexicano, que Carlos le consiguió gracias a su primo. Joaquin no veía la hora de volver a casa, a su apartamento, poner su música favorita tan fuerte como era posible, comer lo que le diera la gana. Le encantaba despertarse por la mañana y saber que no tenía que lidiar con ninguna personalidad complicada. Que no tenía que preocuparse por la vida cotidiana de nadie. Dejó de comerse las uñas.

Los fines de semana, salía a explorar la zona. Aunque era un típico sitio turístico, el Observatorio Griffith se convirtió en su preferido. Solía observar a la gente y disfrutar de la vista panorámica del letrero de Hollywood, que todavía le resultaba raro ver en vivo y en directo. No quería ser ni actor ni músico. No tenía ni idea de lo que quería hacer en Los Ángeles, pero no le importaba ser distinto. Y, además, en aquel mundo había un millón de posibilidades.

Los domingos por la noche, Joaquin llamaba a casa. Cuando, rara vez, su madre atendía, se negaba a hablar con él y le pasaba el teléfono a su hermana Elena, que le preguntaba por el clima, el trabajo y el apartamento. Él respondía con cautela, mientras intentaba imaginar desde dónde conversaba ella. ¿El viejo sofá del cuarto de la tele? ¿El porche cubierto? Joaquin era muy consciente de que su madre escuchaba toda la charla, pero, a decir verdad, no le molestaba.

—¿Cómo va tu año? —le solía preguntar a Elena, ansioso por hablar de ella.

—Bien —le contestaba, tensa.

Un domingo por la noche, le preguntó, por lo bajo, por si acaso su madre estaba cerca del recibidor:

—¿J. C. sigue viviendo en Mariposa?

—Sí —le contestó Elena al segundo.

La voz de su hermana se fue volviendo más tensa con el tiempo. Joaquin nunca le preguntaba por los Callahan o cómo lo hacía para escapar de casa. En cambio, sacaba temas triviales y caminaba de un lado al otro por su cocina microscópica, estirando el cable todo lo posible. Cada vez que se despedía de ella, le dolía el estómago, y aunque le daba mucha tristeza, al mismo tiempo, se sentía feliz de colgar el teléfono y estar a solas, en California.

Decidió comenzar a escribirle cartas a su hermana. Solo así, se le ocurrió, podía contarle lo que le pasaba de verdad, sin temer el control de su madre. Sabía que el correo siempre llegaba durante el día, y era Elena quien lo recibía. Así que tomó su cuaderno de espiral y encontró un lugar cómodo en la alfombra barata y se acomodó, con la espalda apoyada en la pared desnuda y los dedos aferrados a un bolígrafo que dejaba manchas de tinta en el papel. Escribió sin detenerse ni censurarse. Le relató a su hermanita todo sobre su vida, por supuesto, pero también le dijo que estaba preocupado por ella y lo que sucedía con J. C., por cómo la trataban J. C. y su madre. Le dijo que entendería si estaba enfadada con él, pero intentó explicarle por qué se había marchado.

Además, le preguntó si los Callahan irían a Mariposa el verano siguiente.

Cada vez que podía, metía un billete de cinco dólares en el sobre. Mandaba las cartas los días que no trabajaba. Les sonreía amablemente a las mujeres que atendían la oficina de correos, lamía cada sello y lo colocaba con mucha precisión en el centro de la marca, como si fuera la última pieza de un rompecabezas. Luego entregaba aquellos sobres y cruzaba los dedos. Porque, durante todos aquellos meses, Joaquin nunca había recibido una carta de Elena. Ni una sola.

A veces, en la quietud de la noche o en su balcón con vista al aparcamiento, Joaquin se dedicaba a imaginar a Elena subiendo los escalones del porche, con la mochila roja destartalada al hombro y el

cabello recogido en una coleta despeinada. Imaginaba que revisaba el correo, en el porche que necesitaba una buena capa de pintura, y entre facturas y anuncios de papel brillante encontraba su carta, con el nombre «Elena» escrito en su mejor letra de imprenta; que se quedaba mirando el sobre y lo abría con muchísimo cuidado para no romper lo que guardaba adentro. La imaginaba tirando del papel, desplegando la carta allí mismo, en el porche, y leyéndola una y otra vez. Tal vez incluso se acercara la carta a la nariz, a pocos centímetros de la cicatriz de su barbilla, deseosa de respirar el aire de Los Ángeles que viajaba con ella. Tal vez estuviera feliz de tener noticias de su hermano.

Así lo esperaba, al menos.

En la imaginación de Joaquin, Elena se aferraba a la carta durante un larguísimo rato y la contemplaba. Y cuando se la guardaba en el bolsillo, latía como un corazón, lanzaba buenos augurios como un talismán, la protegía como una promesa. Y deseaba que, a continuación, su hermana se tomara un momento para echar un vistazo a las calles de la isla Mariposa y analizar todo lo que la rodeaba, contemplar todas las posibilidades que tenía por delante, tanto allí como en otros sitios, antes de abrir la puerta de la casa de su infancia y entrar.

NOTA DE LA AUTORA

Al igual que Caridad, la madre de Elena y Joaquin, muchos otros niños cubanos fueron llevados a Estados Unidos después de que Fidel Castro y sus seguidores asumieran el poder oficialmente, el 1 de enero de 1959. La Operación Peter Pan, también conocida como Pedro Pan, fue un auténtico éxodo masivo, que exilió a más de 14.000 niños a principios de la década de 1960. El programa fue dirigido por la Oficina de Bienestar Católica y, como parte del programa, los niños cubanos fueron ubicados en hogares privados y orfanatos en distintos puntos de Estados Unidos. La mayoría, pero no todos, volvieron a reunirse con sus familias. Al igual que Caridad, muchos de los que viajaron a Estados Unidos recuerdan la pecera, un recinto de cristal que los separó de sus padres en los momentos previos a su partida.

Durante la Revolución Cubana y poco antes de que Castro tomara el control del país, entre 1953 y 1958, hubo varios bombardeos en la isla. El bombardeo de la fiesta de quince de Caridad es completamente ficticio.

Elena usa la palabra «hispano» en esta novela. Si bien aún se usa hoy en día y era un término muy utilizado en la década de 1980, ahora se prefiere «latina», «latino» o «latinx».

Este libro está inspirado en un episodio del programa de radio *This American Life*, llamado «Yes, There is a Baby», que se transmitió el 5 de enero de 2001.

AGRADECIMIENTOS

Este libro no habría sido posible sin la generosidad de mi madre y sus tres hermanas, todas mujeres nacidas en Cuba, que huyeron de su tierra natal con el ascenso de Fidel Castro. Aunque mi madre no formó parte de la Operación Peter Pan, ella también tuvo que exiliarse cuando era menor de edad, sin acompañante adulto, y recuerda lo doloroso que fue despedirse de sus padres a través de los cristales de la pecera. El reencuentro con la familia completa, con sus hermanas y sus padres, tardó dos años en llegar. La predisposición de mi madre a charlar sobre aquel período de su vida, así como sus recuerdos de la Cuba de su infancia, me ayudaron a crear este libro. Deseo que, algún día, ella pueda regresar a una Cuba libre. Gracias a mis tías maternas por su predisposición para responder preguntas sobre el pasado. A mi madre y mi padre por su ayuda con el español.

También me gustaría darle las gracias a Olivia González por tomarse el tiempo para hablar conmigo sobre su experiencia como parte de la Operación Peter Pan. Sus recuerdos detallados, aunque ciertamente difíciles de evocar, fueron fundamentales para la escritura de este libro. A mi hermana cubana, la escritora Christina Díaz González, por ponernos en contacto. La novela de Christina, *The Red Umbrella*, es un relato excepcional sobre una niña que se exilia de Cuba durante la Operación Peter Pan. No me alcanzan las palabras para recomendarla.

A mi editora, Katherine Jacobs, por la semilla que se convirtió en este libro y por su atención para guiarlo hasta el final del proceso.

A mi agente, Kerry Sparks, y a todo el increíble equipo de Levine Greenberg Rostan, en particular, a Beth Fisher, que siempre fue mi

aliada.

A todo el equipo de Macmillan, incluidos Mary Van Akin, Jo Kirby, Elizabeth Clark, Lucy Del Priore, Katie Halata, Molly Ellis, Allison Verost, Brittany Pearlman y todos los que colaboraron en la publicación de mis libros. Un millón de gracias por vuestra confianza y vuestro apoyo.

A Cathy Power por contestar todas mis preguntas sobre la vida de una punk en Texas en la década de 1980 y celebrar mi escritura con tanto entusiasmo. Un fuerte abrazo al maravilloso Domino Pérez por leer algunos de los pasajes más críticos. Gracias también a Claire Barnhart por resolver mis dudas sobre Los Ángeles, y a mi hermano, Chris Mathieu, por llevarme al Observatorio Griffith más de una vez.

A la comunidad de escritores de literatura juvenil, Jessica Taylor, Julie Murphy, Kate Sowa, Christa Desir, Katie Cotugno, Jeff Zentner, Liara Tamani, Leigh Bardugo, Mitali Perkins, Caleb Roehrig, Anna-Marie McLemore, Emmy Laybourne, YAHous, a la buena gente de la librería Blue Willow de Houston, y a tantos otros que se toman el tiempo para darnos su apoyo, ¡gracias!

Todo mi amor para mi segunda familia, del instituto Bellaire, por su continuo apoyo a mi segunda carrera, en particular, a Michael McDonough y Carl Casteel. ¡Estoy orgullosa de ser una cardenal!

A Jesus and Mary Chain. Su preciosa y desgarradora música fue la banda sonora para escribir esta novela.

Y, por último, a mi principal admirador, mi esposo, Kevin. ¿Qué haría yo sin ti? No quiero saberlo, jamás. Mi amor, del tamaño de Texas, para ti y Elliott, para siempre.

¿TE GUSTÓ ESTE LIBRO?

Escríbenos a

puck@edicionesurano.com

y cuéntanos tu opinión.

ESPAÑA /MundoPuck /Puck_Ed /Puck.Ed

LATINOAMÉRICA /PuckLatam

/PuckEditorial

¡Gracias por vivir otra
#EXPERIENCIAPUCK!

PUCK